

■ En defensa del  
**marxismo**

**47**

En Defensa del Marxismo  
po.endensadelmarxismo@gmail.com  
**Director:** Jorge Altamira

**Ediciones Rumbos**  
www.po.org.ar  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires  
ISSN 2314-0479

# Índice

<b>Presentación</b> .....	5
<b>El gobierno de Macri, una caracterización de conjunto</b> Jorge Altamira .....	9
<b>“Se habla mucho de división, pero son la misma gente”</b> Jorge Altamira .....	21
<b>¡Qué vivan los militantes!</b> Jorge Altamira .....	29
<b>Algunas apostillas al Anti-Lanata, de Jorge Altamira</b> Eduardo Grüner .....	35
<b>Resolución acerca del Frente de Izquierda</b> Partido Obrero .....	43
<b>Crisis y refugiados: el momento de la verdad para Europa</b> Savas Michael-Matsas .....	51
<b>La izquierda brasileña y el Partido de los Trabajadores</b> Ricardo Guerra Vidal y Mario dos Santos (Pablo Rieznik) .....	59
<b>De Lenin a Stalin, la sección femenina de la Internacional Comunista</b> Jean Jacques Marie .....	107
<b>El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920)</b> Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido .....	137
<b>Rusia obrera y campesina</b> Luis Emilio Recabarren .....	163
<b>El debate sobre la industrialización en la Unión Soviética (1923-1928)</b> Nicolás Marrero .....	177
<b>El significado de Hegel</b> Giorgi Plejánov .....	195

**Marx y la contradicción dialéctica**

Diego Bruno ..... 221

# Presentación

Cuando este número de *En defensa del marxismo* ingrese a imprenta, las características convulsivas de la transición política de Argentina habrán emergido con toda su intensidad. La decisión del gobierno de Macri de aumentar las tarifas de los servicios públicos entre un 300 y 500%, al tiempo de que se redoblan los despidos de empleados estatales y en la industria, echan por tierra la pretensión de una transición indolora.

En verdad, esa pretensión chocó rápidamente con las contradicciones explosivas de la bancarrota capitalista. La conjunción de la devaluación de la moneda y el tarifazo redoblaron las tendencias inflacionarias, que el gobierno busca contener a costa de acentuar la recesión económica. Es esa crisis temprana la que explica el apuro de toda la burguesía y sus partidos para tramitar un socorro del capital internacional. El acuerdo con los fondos especulativos que litigaban en los tribunales de Nueva York, y que agravará la hipoteca de la deuda pública argentina, es el certificado de nacimiento del nuevo régimen político que intentará poner en pie el macrismo.

El acuerdo buitre ha sido justificado con el argumento de que abriría paso a un financiamiento internacional, que haría menos cruentos los términos del ajuste. La realidad mostró, muy pronto, lo contra-

rio: los rescatistas exigen primero que el Estado inicie un ajuste feroz, como garantía de repago de las nuevas operaciones de deuda. Ello explica el “rodrigazo” desatado apenas se terminó de votar en el Congreso la ley exigida por el juez norteamericano Griesa.

El imperialismo respalda políticamente este rescate financiero, bajo la condición de una reconfiguración económica general, en función de sus intereses -y los de las corporaciones norteamericanas- en la región. En suma: la transición argentina exige un replanteo de las relaciones entre todas las clases sociales. Para construir un nuevo régimen político, la coalición gobernante deberá vérselas con las tendencias disolutorias de la crisis mundial, con la disgregación del régimen político -con múltiples manifestaciones en sus partidos, su Justicia y sus aparatos de seguridad- y, principalmente, con la clase obrera, a la que el kirchnerismo nunca pudo doblegar. Esta acción de los trabajadores ha comenzado a desplegarse con fuerza, como lo revelan las huelgas y multitudinarias marchas de maestros y estatales en Córdoba, Mendoza, Santiago del Estero o Tierra del Fuego.

Este número de *En defensa del marxismo* da cuenta de las primeras batallas políticas del Partido Obrero en la nueva etapa. Una caracterización de los primeros sesenta días del macrismo -el primer artículo- constituye toda una hoja de ruta para la comprensión del proceso político y las tareas que se desprenden para la izquierda revolucionaria. El pasaje del nacionalismo burgués a la oposición ha colocado en el escenario político una tentativa de prolongar una polarización entre el kirchnerismo y el macrismo. El carácter ficticio de este antagonismo -la “grieta”- se revela, por un lado, en la condición del Frente para la Victoria como partido del ajuste, o en la camarilla empresarial kirchnerista -Lázaro Báez, Szpolski- que ha actuado como punta de lanza en el despido de trabajadores. La guerra judicial contra esta camarilla -que ya se ha cobrado varias detenciones- es un intento por avivar esta polarización política, y justificar al ajuste oficial como la consecuencia “inevitable” de aquellos desfalcos.

En un reportaje, que aquí reproducimos, Altamira desmitifica esa “grieta” ficticia y coloca las cuestiones políticas de fondo que deberán desarrollar una verdadera polarización -entre el Estado y los partidos del ajuste, de un lado, y los trabajadores y la izquierda, del otro.

Por eso, la nueva etapa coloca al rojo vivo la cuestión estratégica que ha recorrido a la izquierda argentina -la de su delimitación con el nacionalismo burgués. Nuestra tesis -que el XXIII Congreso del Partido Obrero debatió intensamente- es que la lucha contra los ajusta-

dores macristas deberá conducir a una diferenciación aún más aguda con el nacionalismo. Si, por el contrario, la izquierda se disuelve en éste, con el pretexto de la “lucha contra el ajuste”, habrá cometido dos crímenes. El primero, hipotecar la propia lucha contra el macrismo, al subordinarse a quienes, en definitiva, son otra fracción de los ajustadores. El segundo, y más importante: echar por la borda las conquistas de independencia política arrancadas durante todo el período de lucha contra el gobierno kirchnerista, y que tuvieron en el Frente de Izquierda a su mayor expresión. La “resolución sobre el Frente de Izquierda” que incluimos en este número formó parte de los materiales preparatorios del XXIII Congreso del PO, y llama a desarrollar al FIT como frente único de clase contra el Estado y sus partidos.

La transición política argentina se integra a un proceso continental caracterizado por el agotamiento de los regímenes nacionalistas o centroizquierdistas. Mecanismos históricos de regimentación y estatización de la clase obrera se han derrumbado, sin que los bloques derechistas que pretenden sustituirlos cuenten aún con los recursos políticos y económicos para consolidarse como alternativas. Los Macri continentales deberán construir su autoridad en medio de choques de fondo con las masas, y en el cuadro signado por la bancarrota capitalista. El horizonte político, en Argentina y el continente, preanuncia crisis políticas y la configuración de situaciones prerrevolucionarias. Como concluye Altamira en su texto sobre Lanata: “El fracaso de los regímenes bolivarianos, ahora que se cayeron los precios de las materias primas, no habilita, sin embargo, un pronóstico de sosiego (...). El viejo orden ha caducado, y por eso siembra de cadáveres los mares Egeo y Mediterráneo y erige muros en las fronteras que la Unión Europea había declarado definitivamente abolidas”.

Precisamente, la hoja de ruta de este número de *En defensa del marxismo* prosigue con un texto de Savas Matsas sobre la crisis de los refugiados: huyendo de los eufemismos que se refugian en una supuesta “crisis migratoria”, el texto de Savas sitúa la cuestión en la crisis mundial y la guerra imperialista, que ha trasladado sus consecuencias lacerantes al corazón de Europa.

La revista completa su contenido con materiales históricos de enorme valor documental y teórico: nos referimos al texto de Daniel Gaido, sobre la burocracia sindical y la Socialdemocracia alemana; las reflexiones de Luis Emilio Recabarren, el legendario dirigente obrero chileno, sobre una visita a Rusia durante los primeros años de la revolución; el artículo de Nicolás Marrero, sobre el debate económico

en la Unión Soviética; y el abordaje de la cuestión de la mujer en el tránsito de la Tercera Internacional revolucionaria al stalinismo, del investigador francés Jean-Jacques Marie. Publicamos también dos artículos sobre la filosofía del marxismo: el artículo que Georgi Plejanov escribió en ocasión del 60 aniversario de la muerte de Hegel, donde presenta su método; y el de Diego Bruno, sobre Marx y la contradicción dialéctica. Finalmente, la enorme contribución que escribiera nuestro compañero Pablo Rieznik sobre la caracterización del PT en sus orígenes, que es a la vez una fuerte delimitación respecto de las corrientes trotskistas que oscilaron entre el embellecimiento político y el sectarismo.

Esperamos que la lectura de este nuevo número de *En defensa del marxismo* contribuya a la comprensión de un período político apasionante para el desarrollo de la organización y las ideas revolucionarias.



# El gobierno de Macri, una caracterización de conjunto

Jorge Altamira

Luego del verano del gobierno por decreto, Argentina empezó a transitar hacia un régimen de coalición a la carta.

La separación de Graciela Bevacqua del Indec es un síntoma oportuno de la crisis que se desarrolla en el nuevo gobierno, cuando ha cumplido poco más de dos meses de mandato. El ministro Rogelio Frigerio y el director Jorge Todesca parecen haber coincidido en la necesidad de recurrir, ellos también, a la manipulación estadística. Ocurre que la salida del cepo no ha resultado ser tan indolora como se la quiso presentar. La devaluación de partida del peso avanza a paso firme. El dólar, cuya cotización llegó a caer por debajo de los 13 pesos, empina con paso firme a los 16 -nada menos que un 60%, cuando aún no ha concluido la liberación, que se ha querido ‘graduar’, de las importaciones y del giro de utilidades al exterior. La tendencia devaluatoria ha doblegado, asimismo, al cepo que se pretende imponer por medio de las elevadísimas tasas de interés de referencia del Banco Central, que superan holgadamente el 30-32 por ciento. De acuerdo

---

Jorge Altamira es dirigente del Partido Obrero. Autor, entre otros, de los libros *La estrategia de la izquierda en Argentina*; *La Asamblea Constituyente*; *Teoría marxista y estrategia política*; *El Argentinazo. El presente como Historia*; *Una nueva etapa histórica*, *Problemas políticos de 2004*; *No fue un “martes negro” más: las perspectivas socialistas de la bancarrota capitalista* y *El ascenso de la izquierda*. Sus textos pueden leerse en *Prensa Obrera* y en [facebook.com/jorge.altamira.ok](https://facebook.com/jorge.altamira.ok)

con la información periodística, los exportadores y grandes acopiadores siguen reteniendo cereales en disconformidad con un tipo de cambio inferior a los 16 pesos. Las reservas en divisas han caído más de 1.500 millones de dólares desde la inauguración del mandato macrista. Cuando, a todo esto, se suma el 'tarifazo', al que también se describe como 'gradual', se diseña en el escenario nacional el fenómeno conocido como "rodrigazo". En junio de 1975, la salida simultánea de varios cepos -cambiaros y tarifarios- dio paso a la primera de las hiperinflaciones que caracterizarían a la historia argentina, por ahora hasta el año 2002.

En el plan oficial, el impacto de la devaluación y el tarifazo -de nuevo, todos 'graduales'- debía ser contenido por medio de un acelerado endeudamiento internacional. El crédito externo financiaría el déficit fiscal, en reemplazo de la emisión de moneda. Esto 'anclaría' el nivel interno de los precios y permitiría encarar las paritarias hacia la baja y reducir en forma 'gradual' la tasa de interés. La llave maestra para este andamiaje económico y político es el arreglo con los fondos buitres. Este arreglo se encuentra, sin embargo, trabado; por eso Macri busca, como antes CFK y el 'resistente' Kicillof, la mediación de Obama -él mismo acosado por esos fondos, que reportan a la derecha del Partido Republicano, en un año electoral. El fondo Elliot tiene en su cartera algunos bonos cuyo diseño le aseguran intereses estratosféricos, que no estaría dispuesto a resignar, sobre el valor original. La incertidumbre sobre lo que reporta este bono descalifica los cálculos apresurados de las consultoras macristas acerca del monto total de la deuda. Elliot quiere cobrar, asimismo, en los mismos términos del acuerdo con Repsol, con bonos que se puedan vender a valor nominal y con tasas de interés elevadas. En cualquier caso, Argentina debería endeudarse por cifras que van de 11.000 millones a 18.000 millones de dólares, a tasas de interés no menores al 7-8 por ciento. Más allá de esto, los buitres 'duros' quieren que Argentina derogue primero las leyes cerrojo y de pago soberano, algo que Macri no conseguiría del Congreso si no presenta antes los términos del acuerdo. La arquitectura político-financiera del gobierno macrista -el arreglo con los buitres y su aceptación por el Congreso- no ha conseguido poner aún su propia piedra basal. El mapa genético del régimen político, que procura establecer el nuevo gobierno, está siendo escrito por el capital financiero internacional.

Cuando se observa que Argentina debe unos 15.000 millones de dólares por importaciones y giros de utilidades pendientes y, además,

otros 15.000 millones, aproximadamente, a los buitres, y que tiene obligaciones con bancos centrales por más de 10.000 millones por contratos de canje de monedas, más una deuda externa reconocida con acreedores privados del exterior de 150.000 millones, es difícil entender a los especialistas que aseguran que Argentina es un país ‘desendeudado’. Un país ‘desendeudado’ no necesita apelar a un rescate financiero internacional ni a créditos extranjeros para respaldar su propia moneda; al revés, podría ofrecer socorro financiero a otros Estados. Un monto de 200.000 millones de dólares de deuda externa, a tasas de interés enormes, frente a un PBI que la devaluación redujo a 500.000 millones, es un soberano 40 por ciento. Ahora, la deuda dolarizada es mucho mayor si se anotan los 70.000 millones que el Tesoro le debe al Banco Central, los 20.000 millones a la Anses y la deuda en dólares o ajustadas al dólar de la mayoría de las provincias.

La deuda pública anda por los 250.000 millones de dólares; 145.000 millones son con el Banco Central, la Anses y otros organismos públicos; 65.000 millones con acreedores privados; 30.000 millones con organismos financieros internacionales.

El macrismo acaba de dar una muestra redonda del carácter externo de la deuda en dólares del Tesoro con el Banco Central al convertir 6.000 millones de ella en bonos internacionales y poner en la lista de espera a otros 10.000 millones de dólares. La deuda ‘intra-estatal’ se ha convertido, por medio de una anotación contable, en una deuda externa. Un préstamo internacional de 16.000 millones de dólares, cuya única finalidad es reforzar las reservas del Banco Central, está lejos de constituir una inversión productiva como pregonan los ‘desarrollistas’ del oficialismo; solamente sirve como un seguro de cambio para respaldar a los especuladores de divisas. Ese préstamo obla un 6,5% de interés, muy por encima del establecido en los canjes de monedas con los bancos centrales de China y Francia, o del 0,5% de interés que pagaba el Tesoro al Banco Central. Argentina asiste a una bancarrota financiera internacional que la convierte en rehén del capital extranjero. El macrismo es la expresión política de esta dependencia económica.

Ha quedado desmentida la especie de que el endeudamiento del gobierno con la Anses, el Banco Central, el Nación, el Pami y la Lotería era inocuo, por su condición intraestatal que permitiría refinanciarlo en forma indefinida. El dinero de esas instituciones proviene de impuestos o diversas formas de deuda -o sea, del estado financiero de contribuyentes y usuarios. Un banco central no puede saldar su pasivo

-deuda con bancos y público- si su activo, deuda pública, carece de valor mercantil. El Fondo de Sustentabilidad de la Anses, repleto de deuda pública, tampoco podría hacer frente a caídas en la recaudación impositiva o previsional, si el activo no pudiera ser usado. Esta realidad explica que el macrismo se encuentre pergeñando una reforma jubilatoria, que va desde el aumento de la edad de retiro a fuertes restricciones para la jubilación de aquéllos que han efectuado aportes inferiores a los requeridos. También explica por qué la reforma de ganancias que se acaba de anunciar acentúa, en realidad, la presión del impuesto sobre los salarios.

A todo lo expuesto corresponde añadir, por un lado, la deuda nacional en pesos y, por el otro, el déficit fiscal, que es extraordinario. La deuda del Estado nacional y las provincias con bancos, proveedores y contratistas es enorme. La reciente crisis en la Legislatura bonaerense giró en torno de la contratación de deuda por 110.000 millones de pesos, la mayor parte para pagar deuda vencida. Los intentos del Tesoro nacional para colocar nueva deuda fueron declarados desiertos, antes con Kicillof, ahora con Prat Gay. El Banco Central tiene una deuda de 500.000 millones de pesos con los bancos locales e individuos. Está constituida por Letras ofrecidas a los bancos para absorber el excedente de moneda emitida, al 30% de interés anual, aproximadamente. La naturaleza parasitaria de esta deuda salta a la vista. ¡Es la principal fuente de la colosal ganancia de los bancos -supera cómodamente a las tarjetas de crédito, a pesar de que éstas rinden intereses usurarios! Otra deuda, ésta de carácter delictivo, son los contratos de dólar futuro, que el Banco Central pactó entregar a 10 pesos y a fines de febrero y de marzo estará un 60% arriba -a 16 pesos. Sólo esto lo obligará a emitir entre 150.000 millones y 200.000 millones de pesos, porque los contratos no admiten pagos en bonos. El déficit del Tesoro está calculado en 400.000 millones de pesos -un 8% del PBI-, el cual deberá ser financiado con emisión y deuda. El costo de esta financiación es abismal, pues corresponde a la tasa de interés vigente. Los especialistas disimulan lo que es un régimen de libre cambio -la deuda en pesos es deuda virtual en dólares, intercambiable, cuya cotización los especuladores aseguran por medio de contratos diseñados al efecto, por ejemplo los mencionados "futuros".

El socorro financiero internacional potenciaría la bancarrota financiera, lejos de resolverla. El ingreso de dólares financieros supone una inflación monetaria equivalente, a cargo del Banco Central, cuya deuda igual supera el total de la base monetaria. Lo obligaría a absorber

circulante y a aumentar esa deuda desmesurada. Los ‘ortodoxos’ alegan, por este motivo, que el ajuste -maxidevaluación, tarifazos, corte de gastos sociales, eliminación del déficit fiscal- debe preceder a un nuevo endeudamiento, y no al revés: endeudarse para obtener una financiación externa del gasto público. Como en toda crisis capitalista, exigen la liquidación del capital sobrante y la rebaja del precio de la fuerza de trabajo en todos sus aspectos. Es el desenlace inevitable de la bancarrota capitalista, incluso a nivel mundial -donde los intentos de amortiguarla por medio de subsidios de la banca central han llegado al punto de agotamiento: la aparición de tasas de interés negativas, donde el cliente paga al banco por sus depósitos, en lugar de recibir una remuneración (interés), significa la aniquilación del sistema de crédito y convierte a la banca en económicamente superflua para la acumulación capitalista.

El tarifazo, aún inconcluso, del mismo modo que el aumento artificial de los combustibles, tendrá un efecto cascada en los precios, a partir del incremento que producirá en los costos de la industria -o sea, más allá del encarecimiento de la canasta familiar que produce el ‘tarifazo’ residencial. El cuadro internacional, por su lado, apunta a una crisis bancaria generalizada, en especial en Europa, la cual incluye a Alemania (Deutsche Bank), Francia (Société Générale), Italia (Monte dei Paschi, Unicredit). La conclusión que se impone es que el rodrigazo ‘gradual’ se encuentra en vías de extinción. El impasse ha abierto grietas en el equipo oficialista. Si el acuerdo con los buitres se dilata o sus términos bloquean la aprobación del Congreso, se abriría una crisis política enorme. El ‘gradualismo’ podría dar paso a un rodrigazo en toda la línea y a un choque decisivo con los trabajadores. Un recule hacia el intervencionismo estatal plantearía la misma situación en otros términos. La crisis política podría llevar a la formación de un gobierno de coalición a nivel ejecutivo y, en un caso extremo, la formación de un gobierno provisional electo por el Congreso.

### **Todos unidos perderemos**

El apoyo de todos los bloques políticos patronales al gobierno, en estas primeras semanas, lleva el sello de la ‘defensa de la gobernabilidad’. Este apremio político determinó la formación del bloque de intendentes bonaerenses que aseguró el presupuesto del endeudamiento de María Eugenia Vidal y desbarató las presiones contrarias que se atribuían a El Calafate. La salida posterior de una veintena de diputados

nacionales del bloque del Frente para la Victoria no fue precipitada por ningún episodio faccional: simplemente fueron cooptados para dar señales de que estaría asegurado el quórum para derogar las leyes que bloquean un acuerdo con los buitres. Numerosos otros pejetistas se guardan agazapados en el FpV para hacer lo mismo. En el Senado, el FpV ‘acompañó’ el despido intempestivo de numerosos empleados, incluso de su palo, para luego entregar la presidencia, y con ello la mayoría de la comisión de seguimiento de los Decretos de Necesidad y Urgencia (DNU), a Cambiemos, a pesar de que con ello legitimaba la derogación inconstitucional de la ley audiovisual, que Macri había infiltrado en el decreto que modificó la ley de ministerios. La concesión de esa mayoría para el año en curso se explica por el propósito, por parte del bloque K, de habilitar la aprobación del DNU que avaló el préstamo de 6.000 millones de pesos al Banco Central, por parte de un grupo de bancos extranjeros. Ahora, los gobernadores dieron su respaldo al protocolo contra los piquetes, incluida Alicia Kirchner, quien ya había pedido la Gendarmería frente a los cortes de ruta de los obreros de la construcción en Santa Cruz. Luego del verano del gobierno por decreto, Argentina empezó a transitar al régimen de coalición a la carta -o sea un régimen de acuerdos diferentes y diversos protagonistas en cada caso, incluida la burocracia sindical. El eje de la coalición a la carta es dar sustento político a un socorro financiero internacional y a medidas de orden público que lo garanticen. Este régimen de coalición a la carta ya había sido visualizado durante la campaña electoral, cuando quedó claro que ningún gobierno obtendría mayoría absoluta en el parlamento, pero su necesidad se ha acentuado con la victoria de Cambiemos. La conferencia de prensa del bloque de diputados del FpV, el jueves 18, encabezada por Recalde y Gioja, dio su contribución a este régimen político singular cuando evitó pronunciarse acerca del voto a un acuerdo con los fondos buitres. Los gobernadores K respaldan con las dos manos ese acuerdo, porque ya están negociando créditos para las provincias con aval del gobierno nacional. La izquierda debe denunciar al conjunto de este régimen de complicidades recíprocas, no ya solamente al gobierno, como una agencia de los capitales financieros internacionales y de los fondos buitres.

Un régimen de coalición a la carta solamente puede funcionar sobre una base provisional, en especial cuando todos sus protagonistas tienen la mirada puesta en las elecciones parciales del año próximo. Plantea una situación de crisis, deliberativa, al interior de todos los bloques pro-

tagonistas. En el oficialismo esto es evidente a partir de las críticas que recibe por el descontrol de los precios; en el bloque de Massa, las protestas retoman la crítica a la salida, que caracterizaron como prematura, del cepo. La madre de todas las crisis tiene lugar, sin embargo, en el FpV. No se trata de un pase de facturas por la derrota electoral. La cuestión, de nuevo, es la ‘governabilidad’; o sea, los acuerdos para hacer viable el gobierno macrista y, por lo tanto, la salida de la bancarrota financiera, que pasa por arreglar con los buitres; es lo que viene reclamando la burguesía nacional desde finales de 2011. Es, por otra parte, lo que intentó Kicillof a principios de 2014, solamente para rendirse ante los obstáculos que ahora enfrenta Prat Gay, y lo que buscó superar con los acuerdos ruinosos que firmó con Repsol y el Club de París: “volver a los mercados”. Cuando el mismo Kicillof explica en *Página/12* los costos enormes que entraña un acuerdo con los buitres, la burguesía le contesta que le resultan más caros los intereses y punitivos que acumula, por el impase, la sentencia de Griesa y la falta de crédito internacional. Argentina ha salido de la experiencia kirchnerista en un estado de bancarrota, precisamente por la sumisión a la deuda externa, que consumió las reservas financieras del país. Una experiencia histórica de medio siglo de crisis deja en claro que no hay salida al estrangulamiento financiero de Argentina sin el repudio a la deuda externa usuraria.

Todo esto revela la limitación insalvable de la caracterización que ha visto en la victoria electoral del macrismo una derechización política del país, sin destacar lo más importante: el derrumbe del kirchnerismo expuso la incapacidad de la burguesía para resolver la parálisis de las fuerzas productivas del país por medio de medidas y demagogias nacionales y populares. En toda América Latina, con la salvedad de sus particularidades nacionales, el agotamiento de la experiencia bolivariana ha dejado expuesta una enorme crisis de poder en el marco de una bancarrota capitalista internacional. Este marco convierte a las tentativas de salidas thatcherianas en recursos políticos anacrónicos; en recursos que carecen, comparativamente, de los medios necesarios para alcanzar sus objetivos. El desenlace de la crisis dependerá del resultado de los grandes choques de clases que plantea la nueva etapa.

El kirchnerismo camporista se ha esforzado, en estos dos meses, por alcanzar un objetivo imposible: presentar, por un lado, todo conflicto o choque con el nuevo gobierno como un enfrentamiento entre el ‘neoliberalismo’, de una parte, y la ‘causa nacional’, de la otra; y, por otro lado, anudar un acuerdo con el pejetismo instalado en el FpV, que ha sellado numerosos acuerdos con Macri en un tiempo récord.

Se ha movilizado contra el encarcelamiento arbitrario de Milagro Sala, mientras sus socios dejaban correr esa detención y festejaban la derogación de retenciones a la minería, y se disponen a avalar los DNU en las cámaras del Congreso. La consigna ahora es “la unidad peronista” con Gioja Barrick como presidente del PJ y una cómoda mayoría pejetista. Los pulpos mineros tendrían un partido ‘populista’ -Argentina es siempre una curiosidad. El camporismo no ha escarmentado con la derrota que le impusieron sus socios pejetistas, aliados a María Eugenia Vidal, en la discusión del presupuesto en la Legislatura bonaerense. El camporismo se alinea como furgón de cola de la coalición a la carta que caracteriza el momento político presente, al ratificar una subordinación estratégica al pejetismo.

En la lucha contra el rodrigazo macrista, los trabajadores deben exponer sus propios intereses de clase y de ningún modo permitir que esa lucha de carácter clasista sea oscurecida y, peor, deformada, como una oposición del kirchnerismo al macrismo. Uno y otro, lo prueba la larga gestión K, son expresiones del capital. Otorgar una expresión política kirchnerista a las luchas contra el ajuste aleja a las enormes masas que fueron llevadas por el kirchnerismo a una situación sin salida y a una gran fatiga política. Un frente único contra el macrismo debe ser completamente independiente del kirchnerismo y profundamente hostil a las manipulaciones de los grupos K en los movimientos populares. Por caso, los jefes del kirchnerismo no quieren asumir su responsabilidad política por los desfalcos financieros y ataques contra los trabajadores del Grupo 23, alimentado por el gobierno K hasta el absoluto final.

Después de doce años de protagonismo en la gestión capitalista K, con mineras, petroleras y banqueros incluidos, el conjunto de organizaciones de izquierda kirchnerista no tiene vocación de romper con el aparato capitalista del PJ y constituir una fuerza política independiente. No es casual que en el aniversario 40, el kirchnerismo ortodoxo hubiera criticado la ruptura de la JP con Perón en Plaza de Mayo. De la tragedia, ya se sabe, se pasa a la farsa. Desenmascarar la duplicidad del kirchnerismo en todas sus variantes, es una tarea irrenunciable cuando se trata de desarrollar una vigorosa lucha obrera y popular contra los agentes de los fondos buitres en el gobierno.

## **1975-2016**

Cuando el gobierno peronista desató el “rodrigazo” hace cuatro décadas, la reacción de la burocracia sindical fue, entonces, incluso más podrida



que la que exhiben hoy Moyano y Caló, entre otros. Fue la respuesta de los trabajadores, y sus comisiones de fábrica independientes y clasistas, la que abrió un período de huelga general que duró un mes. Es precisamente lo que más teme el macrismo: que la zafra de paritarias comience con una gran huelga como son capaces de desarrollar los sindicatos y el clasismo docente. La crisis en la paritaria docente expresa esta situación. Es significativo que la resistencia a algunas concesiones a los maestros, que el gobierno estaría dispuesto a dar para iniciar las clases, parta también de los gobernadores kirchneristas. Con aliados como éstos, los enemigos lucen inofensivos. El “rodrigazo” es un ‘invento’ peronista, por eso muestra su colaboración con el ajuste macrista.

La burocracia sindical atiende, en primer lugar, a sus intereses materiales, no a los de los obreros. Por eso prioriza la deuda del Estado con las obras sociales, cuyos servicios alimentan las fortunas de sus familiares y allegados. Esto explica que haya dilatado una respuesta, con algunas excepciones, a la estampida inflacionaria a la fecha de convocatoria de las paritarias. Que ninguna de las diversas CGT haya presentado un programa alternativo al ajuste macrista, no indica solamente que se encuentra en uno de los puntos más bajos de su trayectoria como dirección sindical (los tuvo aún peores), muestra también la complicidad política de esa burocracia con el macrismo. No se puede excluir, para nada, que la burocracia se adelante a una reacción de las bases con la intención de contenerla, pero el factor principal será esa reacción y su potencial de desarrollar nuevos liderazgos y direcciones. Cualquier pronóstico en este sentido se encuentra condicionado a las alternativas de la crisis económica, sus derivaciones políticas y el empeño militante y la claridad política de los trabajadores más avanzados. La resistencia obrera al ajuste tomará un carácter político, en tiempos y ritmos que serán verificados por la propia acción.

El fin del período de vacaciones y la marcha del 24 de Marzo pondrán de manifiesto el estado de agitación que reina en nuestro pueblo. Existen convocatorias destinadas a reanimar el movimiento de activistas que fue paralizado el año pasado por peleas faccionales y las derrotas de conflictos sindicales, donde esas peleas faccionales ejercieron efectos indudablemente negativos. Se plantea el frente único de los agrupamientos independientes y clasistas sobre la base de una clara delimitación política: independencia de clase frente a cualquier variante que tributa al capital o al Estado capitalista; caracterización de la colaboración de todas las fracciones del capital, incluso con sus contradicciones, con el plan ajuste del macrismo y el plan financie-

ro; un programa de reivindicaciones inmediatas junto a un programa alternativo al del ajuste capitalista -no importa si ese programa tiene aún un carácter elemental.

Las propias características de la crisis política deberá convertir al Congreso y a las legislaturas en un escenario de contubernios y, por lo tanto, de confrontaciones. A través del régimen de coalición a la carta, el macrismo buscará convertirlo en una escribanía de acuerdos que se tejerán a espaldas del pueblo. Este mismo epicentro podría convertir al Congreso en destino de manifestaciones populares, incluso de carácter general. Por las mismas características de la situación, el método de usar el Parlamento para convocar al pueblo a la acción directa y a desconfiar de soluciones legislativas, es más necesario que nunca. La experiencia de la izquierda en los parlamentos en los dos años pasados demuestra claramente que la acción legislativa, que siempre puede conservar un grado de utilidad, debe subordinarse a la exigencia de impulsar la lucha colectiva del pueblo. Ni qué decir de la importancia que tiene, para esta política, un amplio desarrollo del aparato de difusión de la agitación socialista.

### **Otra oportunidad histórica**

Es casi un lugar común señalar que toda crisis de fondo, en Argentina, cuestiona la vigencia del peronismo y plantea su superación. Fue así después de la Libertadora, en los '60 y '70 del siglo pasado, y volvió a serlo en otras ocasiones, pero en especial en el Argentinazo. Una crisis es tal porque remueve todas las estructuras sociales y políticas establecidas.

“El pasado, sin embargo, oprime como un peso muerto el cerebro de los vivos”. Por eso no sorprende la aparición de una tendencia en la izquierda que, como en el pasado, se adapta políticamente a un peronismo cada vez más residual en el seno de las masas. El macrismo probó que la derecha atendió a esta realidad con mejores resultados que la izquierda; incluso inventó una sigla independiente para explotar el ocaso del peronismo. Admitir que una lucha sea secuestrada para plantear la dicotomía kirchnerismo-macrismo constituye una política que prepara nuevas derrotas y que bloquea la formación de una dirección socialista y revolucionaria del proletariado. Repetir la política del Frente del Pueblo, en 1985, que se disfrazó con un candidato peronista de izquierda o peronista independiente, es de nuevo pasar a la farsa. Los frentes de lucha son tales cuando exponen el carácter de clase de esa lucha, no cuando los escamotean.

Toda la situación política reclama que la izquierda revolucionaria tome la iniciativa; en principio, por medio de una agitación política enérgica. La agudeza de los problemas que plantea la crisis la puede convertir en dirección política en un período corto de tiempo. Es una cuestión que se plantea con toda fuerza a nivel internacional -o sea en la mayoría de los países.

20 de febrero de 2016



# “Se habla mucho de división, pero son la misma gente”

Jorge Altamira

Jorge Altamira es dirigente del Partido Obrero, fue legislador de la Ciudad y también es uno de los exponentes del crecimiento relativo de la izquierda en el panorama electoral. De origen peronista, su verdadero nombre es José Saúl Wermus, pero empezó a usar el seudónimo para escribir en el Grupo Praxis, de Silvio Frondizi, quien fue asesinado por la Triple A. Durante el Proceso se asiló en Brasil y a su regreso, en 1982, fundó el PO. Fue candidato a presidente en varias ocasiones.

*-¿Creés en la existencia de la grieta?*

-Francamente, no. Yo sé que se habla mucho de división, pero cuando uno mira el personal político que estaba en el gobierno y el personal político que estaba en la oposición, observa que es la misma gente que estuvo bajo Menem, bajo la Alianza, reciclándose. Es decir que la crisis de 2001 impuso un realineamiento determinado de fuerzas y, además, una salida política que no podía ser estrictamente consensuada. En situaciones de crisis de esa magnitud generalmente emergen gobiernos de características bonapartistas. Y la prueba de esto es que

---

Extraído del libro “*Cerrar la grieta*” -de Edi Zunino y Carlos Russo (Ed. Sudamericana).

Néstor Kirchner vaciló bastante en asumir ese carácter, porque primero intentó armar un esquema político de una centroderecha y una centroizquierda.

***-Más o menos un peronismo clásico.***

-No, eso fue después. Después trató de armar eso, al ver que lo anterior no funcionaba... Él quería pertenecer al ala progresista, a la de centroizquierda y no a un ala de centroderecha, donde pensaba que muchos justicialistas irían hacia allí, porque tenía una visión, como la tiene todo el mundo, de que el peronismo es de izquierda y de derecha. Y luego trató de ganar al Partido Justicialista. De manera que la que finalmente va a consumir este fenómeno va a ser Cristina Kirchner. Se va a proponer como una especie de árbitro, ya no gobierna con Cobos, ya no gobierna con la centroizquierda, al PJ lo tiene relegado, y ese bonapartismo va a ser lo que nosotros hemos denominado oficialmente un "bonapartismo tardío", porque es una fase avanzada de una experiencia y, por lo tanto, no es que lo inaugura y ofrece grandes alternativas, sino que trata de subsistir. Yo escribí un artículo una semana antes del 25 de mayo de 2003 donde planteé estas alternativas para Kirchner: "Si vos querés gobernar en las condiciones críticas que hay, tenés que gobernar en un lugar de árbitro". No es que yo lo apoyara, porque yo estoy en una posición socialista y él no, pero quiero decir que vislumbré que él no iba a poder consensuar. Que la crisis era muy severa y entonces alguien tenía que cortar el bacalao. Esto lo terminan haciendo, pero muchos años después, cuando se desgaja todo. Por ejemplo, la Presidenta asume un carácter bien de "bonapartismo tardío" cuando saca el 54 por ciento. Y el 54 por ciento es el comienzo del desgajamiento del gobierno. Es decir que cuando quiere hacer una función de arbitraje, ya las bases económicas que se habían reconstituido se han deteriorado violentamente y entonces tiene que hacer un manejo de final de gobierno.

***-¿Entonces la cuestión clave es económica y no política?***

-No, el tema político también. Acá hay que entender lo siguiente: el gobierno kirchnerista fue creciendo en los votos y contó con el personal político de todo el mundo, del justicialismo, contó con el personal político del Frepaso, contó con la Alianza. Nosotros no nos olvidamos de que la Unión Cívica Radical estaba con el gobierno. Un fenómeno importante- como es la crisis con el campo- tiene también, al mismo tiempo, un elemento que lo oscurece. Porque el gobierno no entra en

crisis con el campo por cobrar las retenciones. Los tipos dicen “con las retenciones que están pagando, estoy hecho”, pero esta vez hay retenciones móviles, es decir la expectativa de que si crece mucho más el precio de la soja en el mercado internacional, la retención va a ir subiendo. Por muchos motivos que no quiero entrar aquí a considerar, quiero decir, nos llevaría un análisis técnico que aburriríamos, era un proyecto inviable, porque habría paralizado los mecanismos financieros del comercio de la soja. Pero los llamados sectores sojeros nunca le cuestionaron los niveles de retenciones que estaba cobrando, y por una razón muy elemental, porque el precio de la soja estaba por las nubes. La renta y las ganancias industriales de los grupos sojeros eran monumentales, estaban todos contentísimos. Cobos salvó a ese gobierno. Porque si Cobos llegaba a votar como quería el gobierno, las retenciones móviles, se pudría todo. Entonces zafó, y a tal punto zafó que hubo un hecho que los periodistas no registraron: una vez que las retenciones móviles fueron rechazadas en el Senado, tenían que volver a Diputados, pero no volvieron. Es un fraude, no volvieron, arreglaron por atrás.

***-¿Además de bonapartista, fue populista el kirchnerismo?***

-La palabra populismo a ese gobierno le queda grande, porque el gobierno les sacaba a los pobres para darles a los pobres. Populismo sería que les sacara a los ricos. Entonces, así como le quedaba muy grande el populismo, creo que la palabra “grieta” distorsiona lo que vendría a ser una especie de enfrentamiento civil. Es una distorsión que es funcional a un juego político. El bonapartismo siempre tiene que hablar en términos de un enemigo, porque, como gobierna sobre el arbitraje de una persona, siempre opera de esa manera. Entonces, se crea una especie de antagonismo, pero el antagonismo de fondo está oculto. Y también existe otra cuestión que es un relato, en este caso opositor, simplemente para armar otro relato. Por ejemplo, ahora el relato sería que todos empezaríamos a ser mucho más respetuosos unos de otros, y discutiríamos y no nos consideraríamos enemigos, pero se va a producir una megadevaluación. Entonces, de alguna manera, guantes blancos, una sonrisa, qué lindo, fenómeno: hacha. Macri no es el de la grieta; sin embargo, hizo espionar a todo el mundo por *Ciro James*. No es el de la grieta, sin embargo, tuvo a “*Fino*” *Palacios* cubriendo el atentado de la *Amia*. No es de la grieta pero apaleó a la gente en el *Borda*. Entonces están los tipos que construyen la grieta, pero la disfrazan con un discurso “civilizado”; y estaba el gobierno, que le

interesaba lo de la grieta. El bonapartismo es un movimiento de características románticas, en el sentido de que le interesa repetir algún acontecimiento heroico del pasado. Y el acontecimiento heroico del pasado que quiere repetir es el de Perón y la Libertadora. Entonces dicen: “Bueno, si yo logro presentar a los demás como los de la Libertadora, yo soy Juan Domingo Perón”. Pero vos no sos Juan Domingo Perón, y por más que te esfuerces en presentar a los otros como la Libertadora, nadie te va a considerar Juan Domingo Perón.

***-Ese planteo funcionó.***

-Para algún agrupamiento interno, pero no en la visión de la sociedad; es decir, una declaración de una sociedad dividida, peleada. Yo escucho a veces que dicen que las familias se dividen, bueno, en todo el mundo un poquito las familias se dividen por la política, pasó siempre. Yo estoy rechazando la tesis de una supuesta guerra civil sin armas, armada por la epopeya kirchnerista. No es así. Los grupos económicos la han utilizado y se han servido de ellos hasta hace muy poco.

***-¿Por qué culturalmente está aceptado el concepto de la grieta?***

-Es muy interesante porque, por ejemplo, un dirigente de uno de los partidos del Frente de Izquierda sacó un libro que se llama *La Argentina kirchnerista*. Ya el título es significativo, porque quiere decir que el kirchnerismo llegó a armar hasta una ideología, una cosa así. Bueno, creo que no. De ninguna manera. Y la prueba está en lo que está ocurriendo: los pibes de La Cámpora no son la clase obrera argentina que apoyó a Perón. No toca las fibras de la masa obrera. No se moviliza la clase obrera. No, es un error. Indudablemente, el gobierno kirchnerista ha tenido su momento muy glorioso, pero es un fenómeno superficial, no hundió raíces en ningún lugar. Ese es el tema que yo cuestiono. El hecho de que la realidad se describa de una manera y sea de otra no le quita realismo a la descripción, pero se lo da en contradicción con la realidad. Se busca armar un relato, se busca presentar una fisonomía, se busca apelar al recuerdo del pasado. Perón la puso a Isabelita pensando que, como era su mujer, ella automáticamente representaba la fidelidad a Perón. Yo, por ejemplo, en un debate en la Legislatura dije una cosa... Se discutía un tema sobre dictadura y democracia, y todos los peronistas se decían que eran democráticos. “Escuchame, Perón fue una dictadura”. Ni siquiera dije “autoritario”. Perón fue una dictadura, pero yo la apoyaba, con mi familia, porque era una dictadura popular. No porque era una democracia. No le cambio el nom-



bre a las cosas. Era una dictadura popular, pero tenía algo más que el autoritarismo. Había un gigantesco movimiento social. Acá no pasó nada. Acá, la Asignación por Hijo la financian la Anses y el Banco Mundial. Los bancos no financian nada, los bancos se la llevaron en pala, ganaron más que nunca en la historia. En cambio, Perón tomó medidas de cercenamiento a la libertad del capital extranjero, que no es lo que ocurrió acá. Entonces, el peronismo puso de manifiesto una grieta que no es la grieta formal peronismo-antiperonismo, porque atrás operaba antagónicamente la aparición de la clase obrera. Yo lo considero formalmente una dictadura, aunque se votara y todo lo demás. Sólo que no era una dictadura como la de Videla, sino que era una dictadura popular, en el sentido de que con métodos autoritarios se desarrolló ese fenómeno. Si se hubiera desarrollado con métodos democráticos, la clase obrera lo habría superado a Perón, porque el método autoritario, como en cierto modo ahora ocurre en Venezuela, se aplica al otro, pero, en realidad, el mensaje es para uno.

**-¿Cómo es eso?**

-Y, lógico, porque si yo fuera del Partido Obrero y el Frente de Izquierda en Venezuela, y llamaran a una movilización por aumentos salariales y a una huelga general porque hay una inflación bárbara, nos pegan. Es decir, le están pegando a la derecha, pero el mensaje es "que no me salgan los de la izquierda". No sólo polarizan diciendo "estáte conmigo porque los otros son de derecha", sino que implícitamente hay un mensaje de "vos no te vas a movilizar contra mí". Si el peronismo hubiera dejado libres a los sindicatos, independientes, y hubiera asumido otras características, cuando el peronismo hubiera empezado a tocar ciertos límites, los sindicatos se habrían erguido contra su dirección. No lo hacían porque estaban controlados por una burocracia sindical, por un aparato policial... Ahora, la imagen de la grieta existe, es real, porque, si no, ¿de qué estaríamos hablando nosotros? Hay una imagen, pero no hay un sustento.

**-El gobierno kirchnerista, después de que empezó a tener problemas con la economía, sobre todo por la inflación, ¿hizo más violento el discurso?**

-Sí, claro. Siempre. Cuando peor estás, más violento te ponés. Yo tengo un recuerdo de niño que me pesa, porque es una especie de indagatoria sobre mí mismo. Había una crisis muy grande, en el año '55, ya se había producido el primer golpe en junio, éramos todos pe-

ronistas, y Perón habla. Y me acuerdo de que mi padre estaba dentro de mi casa y yo en la calle, pero por la ventana estábamos escuchando los dos. Cuando Perón dice: “Por cada uno de ellos vamos a voltear a cinco” y todo lo demás, mi padre dijo: “¡Bien!”, y yo dije: “No, papá, cagó Perón”. Y a través de la vida descubrí que el que habla pausado y no grita es más serio que el que grita. Es decir, vos podés gritar “voy a matar a cinco”... y te vas a la cañonera. O vos podés decir “ésta es una situación muy seria, llamo a los trabajadores a...”; con ese tipo ¡cuidado!, porque está en onda con la gravedad de la situación. Entonces, el discurso virulento, mejor refutarlo, presentar argumentos y no descalificarlo. Cristina Kirchner es ideológicamente reaccionaria. Ella es enemiga a muerte de la izquierda y de todo lo que representa un movimiento obrero independiente. Por eso ataca sistemáticamente a la izquierda. Es un deporte que lo inauguró ella en Santa Cruz, también con nosotros.

***-Kirchner fue el único gobernador que reprimió un cacerolazo.***

-Apaleó a todos los empleados estatales de Río Gallegos. Por eso, ese discurso de que uno es funcional a la derecha, “vos no existís”, “a mi izquierda está la pared”, los ninguneo, los invisibilizo, porque si existen realmente, soné. Porque ése es el proyecto popular, lo mío es una usurpación. Lo que lo mató fue ver que el asesinato de Mariano Ferrera produjo huelgas a las dos horas de conocerse, en fábricas y entre los docentes, y al otro día una gigantesca movilización. Entonces dijeron: “Acá tenemos una crisis política muy seria”. Y, además, nosotros dijimos que a Pedraza lo crearon ellos. Entonces, la responsabilidad política es del gobierno. Fue una conmoción para mí en el doble sentido, primero me conmocioné cuando me enteré, pero luego cuando vi la reacción, yo dije: “Esto es nuevo. Finalmente, no es que mataron a alguien de un movimiento popular de millones. Es un militante del Partido Obrero”. Porque en el imaginario, la idea de que mataron a alguien del Partido Obrero quiere decir que era un crimen, no que era una disputa intergremial, una disputa de patota, no: un crimen.

***-Una grieta funesta.***

-Si vos querés resumir en una palabra la estrategia del Partido Obrero, es que la grieta entre el nacionalismo, el justicialismo y el movimiento obrero crezca sin parar hasta que la clase obrera se transforme en una clase independiente. Y ahí se ha ido desarrollando una grieta, y esa grieta nos ha permitido desarrollarnos a nosotros. El gran éxito del

Frente de Izquierda es haber sabido ser oposición a un gobierno de las características del gobierno de Kirchner. Y cuando fue lo de Mariano Ferreyra, que provocó una crisis política en el gobierno, que pudieron superar, porque Kirchner se muere casi a la semana, entonces enmascara todo este proceso político por el impacto que produce.

***-¿Cómo será el poskirchnerismo?***

-Es el posgrieta. Porque el problema del posgrieta es que hay un gobierno que no tiene las estructuras de los viejos partidos, con una gran crisis económica, con una devaluación y con un Estado en descomposición. Este es el problema. El nuevo gobierno va a tener que intentar construir de nuevo poder por arriba, ¿o va a crear un movimiento popular? Acá hay una crisis de fondo; en cambio, nosotros nos hemos desarrollado. Y no te digo que hemos creado poder popular desde abajo, tenemos mucho por recorrer, pero los signos son alentadores. Cuando ellos subieron dijeron "vuelve la política", contra los que habían dicho "que se vayan todos". Se destruyó la política, la política no sirvió para nada. El hecho de que además tengan una grieta interna quiere decir que el instrumento de conexión entre ellos tampoco funcionaba, porque tuvieron una crisis, no supieron cómo enfrentar esa crisis.

***-¿Fue una acción deliberada del kirchnerismo entregar al nuevo gobierno una situación crítica en muchos aspectos?***

-No, no es deliberado. Lo que fue deliberado fue, por ejemplo, no negociar con los buitres. Entonces, vos parecés un héroe, pero a sabiendas de que van a terminar negociando, entonces dicen: "No, hacélo vos". Pero para mí el que dice "hacélo vos" es como si lo hubiera hecho él. Porque si yo pavimento el camino para que lo haga otro... Ese tipo de medidas y otras más. El endeudamiento del Banco Central: ellos saben que eso no se arregla más si no es con una fuerte devaluación que desvalore lo que el Banco Central debe a los bancos y valore en términos de pesos las reservas en dólares del Banco Central. Ellos sabían que lo que estaban haciendo llevaba a una exclusión. La improvisación fue extraordinaria. Yo creo que no es un fin del ciclo kirchnerista, nosotros decimos que es el fin del ciclo de un régimen político. No sólo de los kirchneristas, sino que los que hacen de opositores están en una crisis como ellos. Estos porque ya no pueden seguir gobernando y los otros porque no han quedado como una alternativa de poder. Entonces, de alguna manera, es el ajuste final del ciclo que empieza con la partida de la dictadura. Es un concepto más amplio.

**-¿Cristina puede terminar presa?**

-Un presidente hoy termina preso si su encarcelamiento sirve para consagrar otra hegemonía, que no podría consagrarse sin ese encarcelamiento. Si el kirchnerismo se va y listo, van a arreglar, porque los que quisieron encarcelarla saben que, a su vez, van a ser encarcelados ellos por alguna matufia que van a hacer en algún momento de su gestión. Entonces, hay una especie de amnistía recíproca, por eso nunca nadie va en cana. Van en cana cuando hay una resistencia política y hay que quebrarla. La burguesía les perdonó la vida en Alemania a todos los nazis que colaboraron con el hitlerismo.

**-Es decir que haber tenido poder significa impunidad.**

-El que tiene poder está comprando su impunidad. El que viene, compra su impunidad dándoles impunidad a otros, por eso es un régimen de amnistía. Sin estas complicidades no gobernarían. Hay una profunda insinceridad en el enfrentamiento, volvemos al tema de la grieta. Todo se puede arreglar, el asunto es qué podés molestar o qué no podés molestar.

**-Es decir que vos estás pensando que lo que viene va a ser similar a la crisis de 2001, en términos de que tenés una crisis económica, una crisis política, una crisis de la representatividad...**

-No igual, naturalmente, pero te voy a decir la razón profunda por la que pienso esto: yo creo que la crisis mundial es desesperante. Es decir, vas a tener quiebras fuertes. Mi catastrofismo no tiene que ver con que el sujeto que debe arreglarla es un inútil y entonces “nos vamos todos al carajo”. No, mi catastrofismo nace en que el objeto que hay que arreglar está en un estado muy malo. En el contexto de esa crisis mundial, que se va a acentuar, los problemas argentinos se multiplican. Creo que la crisis capitalista, lo que nosotros llamamos la “bancarrotita capitalista mundial”, es la categoría analítica dominante de esta época. Y va a tener manifestaciones severas, en términos de guerras, lo cual es muy preocupante, porque no se ve todavía una reacción de los pueblos, de la clase obrera, de tal vigor que la alternativa plausible primera sea la popular. El horizonte que ofrece el sistema económico en que vivimos es cero.

**-¿Qué te gustó del kirchnerismo?**

-A mí, el kirchnerismo no me llamó la atención en ninguna fase. Hasta se me ocurre decir lo siguiente: ¿no será que al kirchnerismo lo inventaron los opositores?

# Que vivan los militantes

Jorge Altamira

**E**n un artículo para *Clarín* (7/2), el periodista Jorge Lanata aprovecha la construcción paraestatal de las agrupaciones kirchneristas, para emprender un ataque contra la militancia 'tout court'. Es así que, luego de zamarrearlas, sorprende con el dislate de que "a lo largo de los últimos cien años, el 'pensamiento' de los 'cuadros' no ha variado", como si desde el siglo que va de la Revolución del '90, Argentina no hubiera asistido a transformaciones enormes impulsadas por partidos y militantes de las más diversas corrientes del pensamiento político. La militancia ha sido la levadura de las transformaciones históricas que protagonizaron las grandes masas desde el fondo de la historia. En los pupitres de la primaria, cualquier argentinito aprendió que French y Beruti agitaban al pobrero en mayo de 1810 para voltear al virrey, o sea que pensaban y actuaban como militantes, y que Moreno era un militante como Castelli (conspirador nato), además de fundador de *La Gazeta* -una prensa militante. La prensa militante o de partido fue la primera forma del periodismo, mucho antes de que se transformara en un medio de comunicación mediocre, manejado por corporaciones capitalistas. Hasta el día de

---

Nota publicada en: [www.facebook.com/jorge.altamira.ok/posts/524920817688784:0](http://www.facebook.com/jorge.altamira.ok/posts/524920817688784:0)

hoy, nadie ha logrado superar la calidad de la *Neue Rheinische Zeitung* (*Nueva Gaceta Renana*), que dirigía Karl Marx. Ni la de sus artículos militantes en el *New York Tribune*. ¿Puede alguien disputar que León Trotsky fue el mejor corresponsal en la cobertura de la guerra de los Balcanes de 1912/3? Rodolfo Walsh no fue un escritor excelente “a pesar” de ser un militante, como alega Lanata -su labor en el periódico de la CGT de los Argentinos, en 1967, demuestra lo contrario. Lo mismo vale para Jorge Masetti y Rogelio García Lupo en la dirección de la agencia cubana *Prensa Latina* -antes de que cayera bajo el control del stalinismo.

Lanata ironiza con indisimulada satisfacción cuando interroga al lector: “¿se imaginan un ‘modo de pensar militante’”? Es cierto, se necesita desarrollar algún grado de imaginación para desarrollar un pensamiento político de ese nivel; no podría lograrse desde el sentido común. Marx usaba un vocablo griego para designar ese “modo de pensar”: praxis -la unión de la teoría y la práctica. Es un método que no emana de la rutina cotidiana, que es repetitiva. Es que no se trata de interpretar el mundo, decía el renano comunista, sino de transformarlo. El pensamiento militante funda la práctica en la teoría y ésta en el estudio de la experiencia histórica, y la somete a los resultados de la acción. Es la forma más elevada del desarrollo de la dialéctica desde los griegos -mucho antes de que apareciera la obsesión ‘sui generis’ de Lanata por La Cámpera.

Ignorando a Marx, Mariano Moreno, León Trotsky, al francés Marat, Sarmiento, Walsh, García Márquez, Lanata asegura que “el periodista tiene preguntas y el militante respuestas”. ¿Será por eso que los periodistas entrevistan a los militantes? “El periodista duda -se exalta Lanata- y el militante mantiene su fe”. Pero *The New York Times*, el emblema del “periodismo democrático”, no vaciló en avalar las mentiras de Bush para invadir Irak (disimulando sus certezas en contrario) y terminar provocando la mayor catástrofe humana desde la segunda guerra. “No questions”. ¿Qué pregunta se hizo el mismo Lanata para mofarse de la afirmación militante de que “el gobierno mundial está manejado por una pequeña camarilla que sólo representa sus propios intereses”, justo ahora cuando emerge a la luz que los cinco bancos que establecen la tasa de interés de referencia internacional (Libor), la manipularon en su beneficio durante toda la incubación de la crisis hipotecaria que desató la bancarrota capitalista que está en curso?

Lanata está ostensiblemente confundido. El periodista de investigación duda de sus fuentes, verifica la información, hace controles

cruzados. No es, sin embargo, lo que hacen las grandes corporaciones, como la de Rupert Murdoch, ni la prensa empresarial de Argentina -y esto no solamente bajo la dictadura. Cuando los medios de comunicación presentan una lucha por la democracia en los sindicatos como una “pelea intergremial”, ¿no son acaso conscientes de que falsifican la realidad para desprestigiar a los militantes obreros -quienes, de paso, no viven del dinero de los sindicatos? ¿O cuando intoxican a los usuarios con interminables culebrones, pero no tienen el menor espacio para informar sobre la realidad en las fábricas o las barriadas obreras? Ahora mismo hay una cacofonía universal para defender la inevitabilidad del tarifazo y la devaluación, pero ningún reclamo para investigar y llevar a los tribunales y a la cárcel a los acaparadores de soja y a los operadores del mercado de futuro de divisas, que han operado contra la moneda nacional juntamente con el gobierno K y se van a embolsar ahora decenas de miles de millones de pesos, que pagará el denostado ‘pueblo’ argentino.

La duda del militante se distingue, sin embargo, de la del periodista que no es militante en que no se trata solamente del procedimiento empírico de cotejo de datos y fuentes, pues va más allá: es un método aplicado a la historia, que se interroga, a través del estudio y la práctica, acerca de la validez y la pertinencia de sus propias premisas. La duda se integra como parte del método de la crítica. No debe confundirse con autocritica, que identifica al error con la culpa y por eso es una creación de la Inquisición española refinada por el stalinismo.

Lanata roza la justificación de la dictadura militar cuando avala a un búlgaro que funge de sociólogo, el cual finge interrogarse por los males que nos hubieran asolado si ganaba Montoneros. El búlgaro elige el enemigo que le conviene, esto porque la dictadura se sirvió de la llamada guerrilla como pretexto: en realidad, vino para aplastar a un enorme movimiento de lucha de masas que es anterior a los Montoneros, los cuales no existían cuando irrumpió el Cordobazo con el reclamo de “Un gobierno obrero y popular”. La dictadura de Onganía derrocó al Arturo Illia, no a una formación de combatientes. La cúpula de Montoneros trezó con los milicos más de una vez, desde el operativo Dorrego, en 1974. Por otro lado, La Cámpora no es la primera creación paraestatal; ¿Lanata se olvidó de la Junta Coordinadora de Alfonsín? Claro que en aquellos años, el periodismo ‘dubitativo’ apoyaba al gobierno radical. “Coti” Nosiglia, el jefe de aquella banda, siguió operando bajo todos los gobiernos subsiguientes -incluso K. Lanata debería dedicarle un párrafo. En toda su construcción prejui-

ciosa, Lanata olvida al principal aparato paraestatal -la burocracia de los sindicatos. También relega al olvido a las barras bravas de Macri, Angelici, Santilli, Ritondo y al apaleamiento a los trabajadores del Borda, donde el presidente pretende desarrollar un proyecto inmobiliario con su amigo de toda la vida.

Lanata le enchufa a la militancia la masacre de Camboya, cuando fue la militancia revolucionaria la que denunció esa masacre en tiempo real, del mismo modo que lo hizo con las del stalinismo. Lanata no ignora que las condiciones para esa masacre fueron preparadas por la “democracia americana”, que mandó 500.000 soldados a Indochina y roció con napalm a sus pueblos durante cerca de una década.

¿Qué finalidad persigue Lanata cuando amalgama a los luchadores con los verdugos? ¿Cree que la lucha de clases no es un proceso histórico positivo, que despierta a la actividad histórica a las masas mantenidas en la ignorancia y la explotación, e incluso la esclavitud? ¿Está realmente convencido de que no hay mejor cosa que endeudarse por partida doble, so pretexto de la necesidad de arreglar con los buitres, una por 20.000 millones de dólares para pagarles a esos parásitos, y otra por otros 20.000 millones para ‘aprovechar’ las ventajas que supondría esa sangría para ‘retornar’ a los ‘mercados internacionales? La cruzada de Lanata contra la militancia está privada de cualquier fundamento, solamente traduce un prejuicio -precisamente, porque el cruzado y el militante son figuras históricas antagónicas.

Lanata se ha destacado, de un modo incuestionable, como el intérprete de una clase media que cree que se encuentra de vuelta de su protagonismo en el Argentinazo. A propósito, fue el mismo Lanata quien dio la pitada inicial de aquellas jornadas, luego de pelearse con D’Elía y Verbitsky, en su programa de 8 a 9, el miércoles 19 de diciembre. Es una clase media fatigada por la crisis y los conflictos, y por la ‘emergencia’ de los doce años que siguieron a aquellos hechos. Macri, de cualquier modo, no le promete un lecho de rosas, a partir del Rodrigazo que ha emprendido. En oposición a la lucha contra esta confiscación, Lanata pretende que pejetistas, burócratas y toda una laya de aprovechados le tienda una mano a Macri, sin importar que haya formado un gobierno integrado por operadores financieros internacionales, especializados, por la profesión, en organizar lavados de dinero, fuga de capitales y evasión impositiva. Repite un discurso de pseudopacificación que es clásico en la historia, desde Platón, luego de la guerra del Peloponeso. Reclama que se vote a favor la derogación de la ley cerrojo y que los sindicatos se comporten en ‘forma razonable’.



‘L’esprit du temps’ (macrista) -¿eso es lo que quiere expresar Lanata con su ataque a la militancia y a la revolución? El fracaso de los regímenes bolivarianos, ahora que se cayeron los precios de las materias primas, no habilita, sin embargo, un pronóstico de sosiego. ‘Vide’ la crisis de China y las sospechas de quiebra del Deutsche Bank; el ascenso de la izquierda en las nuevas generaciones. El viejo orden ha caducado, y por eso siembra de cadáveres los mares Egeo y Mediterráneo, y erige muros en las fronteras que la Unión Europea había declarado definitivamente abolidas.

Es la hora de la militancia. Independiente, teórico-práctica, consciente y organizada. La política, la forma misma de participación en el interés colectivo, postula a la militancia como su expresión más consecuente y transformadora.



# Algunas apostillas al anti-Lanata, de Jorge Altamira

Eduardo Grüner

La rigurosa diatriba de Altamira contra Jorge Lanata (y me apresuro a aclarar que, para mí, la *diatriba* -justamente cuando es practicada con rigor- es un género político-literario no sólo legítimo sino indispensable para el debate) tiene la virtud de ir mucho más allá de lo que dice explícitamente. Si esto último es en sí mismo suscribible, el texto nos ofrece entre líneas el *bonus track* (como dicen los rockeros) de un replanteo de cuestiones que, entre otras cosas, hacen a una profunda crítica de muchos de los *mecanismos ideológicos* dominantes (y no sólo los periodísticos) imperantes en la actualidad. Procuero hacer un breve, y probablemente incompleto, listado de esas “entrelíneas”:

---

Eduardo Grüner es sociólogo, ensayista y crítico cultural. Profesor de las materias Antropología y Sociología del Arte y Teoría política en la UBA. Durante los años '80 dirigió Cinégrafo, una revista de crítica de cine. Ha publicado numerosos artículos en distintos medios periodísticos y revistas especializadas, y los libros *Un género culpable. La práctica del ensayo: entredichos, preferencias e intromisiones* (Homo Sapiens Ediciones: Rosario, 1996); *El sitio de la mirada* (Norma, 2000); *El fin de las pequeñas historias* (Paidós, Espacios de Saber, 2002); *La cosa política o el acecho de lo real* (Paidós, Espacios de Saber, 2005); *Las formas de la espada. Miserias de la teoría política de la violencia* (Colihue, 2007) y *La Oscuridad y las Luces* (Edhasa, 2011).

1. El mecanismo de *la-parte-por-el-todo*: quizás el más característico de todo discurso ideológico, abundantemente analizado por Marx en el famoso apartado sobre el fetichismo de la mercancía en el capítulo I de *El capital* (pero también, como mecanismo “subjetivo”, por Freud en su artículo “El fetichismo” de 1927, con una lógica asombrosamente análoga a la de Marx). Lanata, en efecto -como señala Altamira-, “aprovecha” la por cierto criticable construcción por La Cámpora de una “militancia” paraestatal (es decir, en última instancia *dependiente* del Estado burgués, aunque fuera en su forma “bonapartista”, “populista”, etc.) para denotar *toda* forma de militancia, haciendo de este concepto un *universal abstracto* (para decirlo en módico “hegeles”) en el cual, como se dice vulgarmente, “todos los gatos son pardos”. El texto de Altamira hace lo que hay que hacer en estos casos: devolver la *parte* a su relación conflictiva y dialéctica con el *todo*, y reinscribir ese “conjunto” en su debido *contexto histórico-concreto*, para mostrar las *diferencias* entre distintas formas de militancia: diferencias de concepción militante que provienen, a su vez, de las diferencias entre las *posiciones de clase*, claro está, y que, por lo tanto, atañen a diferencias entre los *objetivos políticos* de la militancia: no es lo mismo militar, con todas las “mediaciones” que se quieran, para el objetivo revolucionario que para sostener distintas variantes, mejores o peores, del Estado burgués; las diferencias entre los militantes de los partidos burgueses competidores son, en un sentido genérico, de *forma*, aún cuando a veces se maten entre ellos (;y quién dijo que la gente no puede matarse por las “formas”, cuando a veces esas formas pueden matar a la gente, como en la diferencia entre un Estado burgués “bienestarista” y formalmente democrático, y otro fascista o terrorista?), mientras que la militancia revolucionaria introduce una radical e inconmensurable diferencia de *contenido* y, por lo tanto, de registro lógico tanto como ético (aunque no tengo tiempo ni competencia suficiente para desarrollarlo aquí, posiblemente habría que introducir una sutil distinción en el caso de la histórica militancia peronista -me refiero a la auténticamente obrera, popular y “de base”-, en la cual el mecanismo fetichista funcionó mediante la *con-fusión* entre esa militancia “de abajo” y la dirección burguesa -incluyendo en ésta a la burocracia sindical-, produciendo la paradoja, típica de los “nacional-populismos”, de que procesos como la llamada “resistencia peronista” significara uno de los puntos más altos de la lucha de clases en la Argentina del último siglo... beneficiando, en definitiva, a aquella dirección burguesa). Lanata -como nuevamente señala Altamira-, por supuesto, pasa por alto

todas estas “sutilezas”, como corresponde a un propagandista de las ideas de derecha, que sabe muy bien cómo son las cosas pero ejerce “militantemente” un intencional fetichismo<sup>1</sup>.

2. Otro ejemplo de *parte-por-el-todo* que el texto busca desarmar tiene que ver con la discusión sobre la militancia de los setenta. Es un ejemplo importante que también excede en mucho las pequeñas miserias lanatistas. Los medios de la derecha han logrado producir allí otra *con-fusión*, identificando a casi toda la militancia de esos años con las llamadas (por el peronismo) “formaciones especiales” o bien (por una parte de la izquierda revolucionaria) “vanguardias foquistas”. En general, se alude con ellas (parte-por-el-todo *dentro* de la parte-por-el-todo en la que asimismo incurre Lanata) a Montoneros y mucho menos, por ejemplo, al ERP -revestido de un halo de heroicidad e integridad moral al que la conducción de Montoneros, como es notorio, ya no podría aspirar, con lo cual la “con-fusión” logra el truco de, otra vez, identificar a *toda* la militancia setentista no sólo con los “errores” sino con las variadas trapisondas de la conducción “Monto”, las que, a su vez, por supuesto, habría que distinguir de la conducta de sus bases. Esa identificación masiva pasa alegremente por el costado de las diferencias entre esas organizaciones, así como con otros grupos considerados “menores” (FAR, FAL, FAP, MR17, ERP22 y siguen las firmas). Pero hace algo aún peor: “olvida” que todas ellas son sólo una *parte* -aunque fuera la más “espectacular”- de la militancia de entonces, y que dentro de la izquierda revolucionaria (y también del propio peronismo, aunque en otro sentido) había una enorme, apasionada y “militante” discusión a propósito de la estrategia “foquista” o “guerrillera”, de la cual muchos grupos y partidos revolucionarios estaban férreamente *en contra* (es el caso del PO -entonces Política Obrera- al cual pertenece Altamira, pero también, entre otros, del PCR y VC,

1. Alguien puede pensar que me apresuro al afirmar que Lanata “sabe” cómo son las cosas. Pero no, sí las sabe -y eso lo hace peor. Aunque sea una anécdota trivial, conocí un poco al personaje (que entonces era más o menos “de izquierdas”) cuando, a principios de los años ‘80, trabajamos juntos en los primeros tiempos de la mítica revista *El Porteño*, en esos tiempos “bancada” por Gabriel Levinas (quien también era “más o menos de izquierdas”) y periodísticamente dirigida por mi gran amigo, ya fallecido, Miguel Briante (quien murió siendo de *izquierda*). Aunque el “gordito” nunca me cayó simpático (poco más que un adolescente, ya era bastante pedante y “trepa”), hay que decir que desde entonces el proceso de su degradación ha sido espectacular. Es difícil -aunque sea de dudoso gusto- resistirse a recordar el chiste que circuló casi inmediatamente después de la muerte de Bernardo Neustadt: “Se fue la mala leche... pero queda *la nata*”.

del PRT “morenista”, de cuya ruptura por este tema provino el PRT “Combatiente” que conformó el ERP). Todo este debate -que sistemáticamente se obtura cuando se habla de los ‘60/’70- está muy lejos de ser “arqueológico”. Se trataba de concepciones políticas que implicaban interpretaciones decisivamente diferenciales sobre la sociedad y las formas de la lucha de clases en la Argentina (y, desde luego, en los países dependientes en general) y que, por lo tanto, implicaban también una diferencia radical entre quienes apostaban a “empujar” esa lucha de clases de arriba hacia abajo mediante el elitismo armado “guevarista” (y, en el caso particular de la dirección de Montoneros, para colmo, usando métodos de militarismo sedicentemente “revolucionario” para finalidades objetivamente burguesas), y quienes apostaban *no* a un abstracto “pacifismo”, sino a la organización autónoma de conjunto de las masas proletarias y populares, evidentemente con la dirección política del partido revolucionario, pero montándose sobre la militancia masiva “desde abajo”, en las fábricas, los lugares de trabajo, las universidades, etcétera, y no en los montes tucumanos. (Caricaturescamente y para hablar rápido, podríamos decir que esta discusión se sintetiza en la diferencia entre considerar que al gobierno de Onganía lo volteó el ajusticiamiento de Aramburu o la movilización masiva del Cordobazo y sus sucedáneos, la cual, como recuerda Altamira, fue *anterior* a la aparición de Montoneros.) Se nos dirá que hoy en día este debate ha perdido actualidad, pues a ninguna organización revolucionaria en su sano juicio se le pasa por la cabeza juntar fusiles para ir a inventar “focos” en las montañas, o algo por el estilo. De acuerdo. Pero la estricta *actualidad* de la cuestión es otra: al “ningunear” ese debate histórico, el mecanismo de la *parte-por-el-todo* identifica, otra vez, a *toda* la izquierda revolucionaria de los ‘60/’70 con los “errores” (muchos de ellos francamente catastróficos) del foquismo, descalificando así a la militancia de izquierda de conjunto. Esta operación ideológica es *indispensable* para la clase dominante *hoy mismo*, cuando -como también recuerda Altamira- la feroz crisis mundial del capitalismo hace que cada vez más sectores de las clases obreras y populares empiecen a mirar de nuevo hacia el lado izquierdo. Esto también lo saben Lanata y sus secuaces ideológicos (porque desde ya, en un nuevo ejemplo del mecanismo *PxT*, asimilan “militancia” a “izquierda”, como si fuera inconcebible la militancia de derecha).

3. Otro mecanismo: la sempiterna, interminable, cuestión de la objetividad (no solamente “periodística”). Lanata finge creer -es otra de esas

cosas que sabe, pero se hace el distraído- que un militante *no puede* hacer un análisis crítico “objetivo” de la realidad: en el mejor de los casos, ya tiene una posición tomada que le altera lo que debería ser una visión “desinteresada”; en el peor, lleva las anteojeras de la línea oficial del Partido, o lo que sea. Por supuesto, no se pregunta quién, o cómo, genera esa “línea”: aparentemente habría algún ideólogo profesional, encerrado en su gabinete, pergeñando recetas “oficiales” para entender el mundo; Lanata nunca escuchó hablar de asambleas partidarias, de centralismos democráticos o cualquier otra “sandez” por el estilo que implique elaboraciones colectivas. Por implicación, para él, el Sujeto de Conocimiento Objetivo es un individuo (*un* individuo: aunque fueran muchos, es siempre *uno-por-uno*) que flota en el éter incontaminado del cosmos, observando todo fríamente desde su conciencia omnisciente (no es ni siquiera el “sujeto cartesiano” del puro *cogito*: el buen Descartes era lo suficientemente inteligente para advertir que incluso ese sujeto tiene pasiones y deseos): es un Sujeto que no pertenece ni adscribe a ninguna clase social, sexo, nacionalidad, etnia o cultura, ni debe estar contaminado por el “barro y la sangre” de la Historia. Si tiene una ideología, una posición política -aunque más no fuera una tibia simpatía-, y para colmo *hace* algo al respecto (“milita”, por ejemplo) sonó: ya es pura “subjetividad” (y ésta, desde ya, es una mala palabra, una palabra casi “anticientífica”). Esto hace de todo sujeto *conscientemente* político (porque “políticos”, como hubiera dicho Aristóteles, somos *todos*: el Hombre es, por definición, *zoon politikón*, sólo que algunos prefieren no enterarse) un idiota capturado indefectiblemente por una suerte de *relativismo absoluto* -valga el oxímoron- disfrazado de objetividad. Lanata se hace el que no entiende (porque entiende, entiende: el hombre, boludo no es) la diferencia que va del relativismo a lo que Nietzsche denominaba *perspectivismo*: a saber, que puesto que aquella objetividad omnisciente y distanciada sólo puede ser patrimonio divino, *nuestra* objetividad humana no puede ser sino la conciencia crítica de *nuestra* propia perspectiva (de clase, de género, de cultura, etcétera). Esto, antes de Nietzsche, lo sabía también Marx, aunque de otra manera. Altamira ironiza sobre la expresión lanatiana “modo de pensar militante” y le responde con el criterio de la *praxis*. Hace bien, porque justamente no se trata sencillamente de un modo de *pensar*, sino de un modo de *pensar-actuando* y de *actuar-pensando*. Y esto no es un privilegio de la militancia, es lo que hace todo el mundo (incluido, créase o no, Lanata): el militante se limita a hacer esto consciente para sí mismo para poder “interpretar” eficazmente la realidad *tal como es*, es decir un producto de la *praxis*

social-histórica colectiva. Cuando Marx propone el “escándalo” filosófico de que solamente el proletariado (entiéndase: la *posición* “proletaria”, no necesariamente cada proletario empírico) está en condiciones de acceder a la “totalidad” (una vez atravesado el pasaje del *en-sí* al *para-sí*, o sea, organizándose políticamente como *clase* enfrentada a la burguesía) está diciendo exactamente eso: que la “objetividad” es el *saber* sobre la propia perspectiva “posicional” en el conflicto entre la transformación o la conservación de la realidad. Eso es, en los términos más básicos posibles, la *ciencia* del “materialismo histórico”: el proletariado *puede* acceder a ella (que lo haga o no depende de un complejísimo cúmulo de circunstancias) porque es el que *hace* la realidad, la “fabrica”, por así decir (y ya decía Vico, más de un siglo antes de Marx, que para los hombres es más fácil conocer la Historia que la Naturaleza, porque a la Historia la hacen ellos). La burguesía no, porque se limita a usufructuar una realidad que hacen los otros, *des-conociendo* -que no es lo mismo que *ignorando*- su propio lugar en las relaciones de producción. Lanata tampoco, porque también él *des-conoce* (sin “ignorar”) el lugar bien poco “objetivo” que él ocupa en la conformación de una cierta *percepción* de la realidad, que es la de las clases dominantes, aunque él se haga (porque ya dijimos que no lo es) el boludo. Con todo lo anterior, va de suyo, no queremos decir *en absoluto* que un militante no pueda ser “confundido” por la ideología, por su “subjetividad” interesada y demás (y por sus dudas y errores, como dice Altamira): los militantes -voy a darle a Lanata una primicia- son seres humanos como cualquiera. Lo único que estamos diciendo, y a esta altura debería ser un artículo de sentido común, es que el militante está en mucho mejores condiciones “objetivas” de *sustraerse* a esos condicionamientos, precisamente porque parte del criterio de la *praxis*. Lanata no puede porque, como hubiera dicho Althusser, nadie está más insanablemente atrapado por la ideología que el que cree que está *fuera* de ella. Esa ideología, además, hace que a los Lanata no se les pueda siquiera ocurrir el papel que puede tener la militancia, justamente, como motor transformador de la propia “subjetividad”. La militancia no será un “modo de pensar”, pero ciertamente produce *mucho* pensamiento. La militancia, en sentido amplio -el concernimiento y compromiso activo con los problemas de la *polis*, como hubiera dicho un ateniense del siglo V a.C.- es un importante hecho de *civilización*.

4. Llegamos a un tema espinosísimo, que también está atravesado por toda clase de las más insidiosas operaciones *pars-pro-toto*. Altamira, en su respuesta a Lanata, hace referencia a militantes intelectuales e in-



telectuales militantes (no son exactamente lo mismo), que van desde French y Berutti a Rodolfo Walsh y el mismísimo Trotsky. En otro contexto también cita a Platón, quien a decir verdad posiblemente fue el primero que planteó el problema (si bien desde la perspectiva del Poder, con su hipótesis sobre los reyes-filósofos comandando *La República*). ¿Cuál problema? El de la relación entre “militancia” y producción intelectual. Para Lanata -está claro por todo lo que se ha dicho y, una vez más, no es el único-, el compromiso militante es *incompatible* con la producción intelectual, al menos con una producción intelectual “de calidad”. Con toda razón le contesta Altamira que no es que Walsh fue un buen escritor *a pesar* de su militancia, o que el militante Trotsky fue -y esto lo subrayo yo- uno de los mejores *escritores* con que contó toda la izquierda en el siglo XX. Por supuesto que ser militante no es por sí mismo ninguna garantía de ser un intelectual valioso (ahí tenemos los incalificables mamarrachos de los “realistas-socialistas” o populistas berretas de toda laya). Por supuesto, también se puede ser un militante o para-militante de *derecha* y ser un gran escritor o un importante intelectual (ahí tenemos a los Heidegger, los Céline o los Pound que siempre se citan, o entre nosotros a los Anzoátegui, los Doll o los Castellanis). Y, por supuesto, que se puede ser “inocente” de toda inocencia política y ser, asimismo, un gran escritor (y ahí lo tenemos a Borges, cuya mayor “culpa” es haber pretendido ser inocente, pero que con eso creó la mejor literatura en lengua castellana del siglo XX: es una diferencia con Lanata). Todas las variantes son posibles. Lo que es *imposible* -porque es una estupidez mayúscula- es decir que el compromiso político *impide*, “ontológicamente”, la creatividad intelectual, ni aún cuando esa creatividad intelectual sea puesta “al servicio” (es una fea expresión, pero la usamos para que se entienda claramente la idea) de ese compromiso político: ahí está de nuevo Trotsky, Gramsci y tantísimos otros que se podrían citar. Desde luego, la frase “compromiso político” tiene asimismo toda clase de gradaciones y matices. Para volver a un señalamiento que hicimos al pasar, no es lo mismo aquél que desde la militancia plena produce un “plusvalor” intelectual (es el caso de Trotsky o Gramsci) que aquel que desde su trabajo intelectual llega al más militante compromiso político, incluso transformando sus posiciones originarias (es el caso de Walsh). También aquí hay toda clase de variantes intermedias: pongamos el caso del modelo-Sartre, paradigma canónico del intelectual que -presuntamente para asegurarse su autonomía crítica, *no* su “objetividad”- jamás quiso ser un militante “orgánico” de partido alguno (aunque en

la posguerra llegó a fundar, junto a Merleau-Ponty, un efímero agrupamiento de izquierda) y, sin embargo *siempre*, consecuentemente y sin desmayo hasta su último día de vida, “comprometió” su estupenda pluma en las mejores causas (de Argelia a Vietnam, de Cuba a Mayo del ’68, de la revolución proletaria a la lucha anticolonial y antirracista en cualquier parte): ¿lo consideraremos o no un intelectual-militante? En otros tiempos, la respuesta de los militantes partidarios-revolucionarios hubiera sido un taxativo No: a lo sumo, “intelectual pequeño bienintencionado” o “compañero de ruta simpatizante”, etcétera. Hoy, por suerte, en la izquierda revolucionaria estas cosas se miran con la cabeza más abierta; pero no quita que las dudas y vacilaciones subsisten. Quizás haya llegado el momento de re-pensar, a caballo de las nuevas formas de *praxis* social-histórica, conceptos como *militancia*, o *intelectual*, o incluso *revolución*. Pero sobre lo que no debería haber dudas ni vacilaciones es sobre lo que postula el párrafo final del texto que estamos comentando: “Es la hora de la militancia. Independiente, teórico-práctica, consciente y organizada. La política, la forma misma de participación en el interés colectivo, postula a la militancia como su expresión más consecuente y transformadora”. Se nos dirá que decirle todo esto a Lanata no tiene mayor sentido: a él le importa un bledo, y no lo vamos a convencer de nada. Está claro. Pero Lanata es solamente un pre-texto: cualquier excusa debería ser buena para volver a discutir, una y otra vez, la naturaleza y el valor de las distintas formas de militancia transformadora.

# Resolución acerca del Frente de Izquierda

1. El Frente de Izquierda ha sido la expresión, a partir de 2010, de dos tendencias fundamentales en el proceso político de Argentina. De un lado, la radicalización de los obreros más avanzados y de una parte de la juventud, que se manifestó en el crecimiento de las luchas parciales y coaguló en las movilizaciones por el asesinato de nuestro compañero Mariano Ferreyra. Del otro lado, expresó la tendencia a la diferenciación política de clase de los trabajadores en relación con el gobierno kirchnerista. El asesinato de Mariano fue, precisamente, el momento culminante de esa diferenciación política, que se manifestó en la aguda lucha política librada por el Partido Obrero contra los intentos de ‘recuperación’ K del movimiento de reclamo de justicia y cárcel para los responsables. La especie de que el FIT fue el resultado accidental de la necesidad de superar el piso establecido por las Paso, es refutada, por un lado, por la tendencia de lucha de clases que lo precedió y, por el otro, por el protagonismo del Partido Obrero, y en sus términos por otras corrientes de izquierda, como vanguardia de ese proceso.

Es significativo que ninguno de los restantes integrantes del FIT

---

Este texto formó parte de los documentos preparatorios hacia el XXIII° Congreso del Partido Obrero.

destaca la cuestión de la delimitación del nacionalismo burgués y se limita a explicar su ascenso por la participación en las luchas o por un clamor popular por la unidad de la izquierda. Sin este rol histórico concreto de diferenciación del nacionalismo burgués, la izquierda revolucionaria no podría reivindicar en la actualidad la posibilidad de liderar una polarización política con el macrismo en la lucha por derrotar la tentativa de éste de descargar la crisis capitalista sobre las masas e infligir, él, una derrota estratégica al proletariado. Para la generalidad de los grupos de izquierda y sectores combativos, la lucha de clases se reduce a un proceso objetivo, en el cual no juega un rol decisivo la lucha política que impone esa lucha de clases. El nacionalismo burgués o pequeño burgués es criticado por esas tendencias en términos puntuales, por ejemplo “techos a las paritarias” o “pago de la deuda”, nunca en los términos de la revolución permanente; o sea, la pelea por la dirección de las masas por parte de la clase obrera consciente -organizada en partido propio. Nuestro partido caracterizó, desde un comienzo, que la demagogia nacionalista del kirchnerismo escondía una reconstrucción del Estado burgués, luego del levantamiento popular de 2001-2. En Argentina, es imposible el desarrollo de una dirección revolucionaria sin la lucha por la derrota política completa del peronismo.

2. El lugar histórico concreto del Frente de Izquierda debe ser distinguido de su composición política contradictoria, que en su momento fue caracterizada como “oportunista” en nuestra prensa. Es un frente con partidos luchadores y combativos, pero democratizantes. No plantean la dictadura del proletariado y oponen la autoorganización de las masas a la dirección política del partido revolucionario, aunque en la práctica desarrollan todos los métodos verticalistas de los grupos autoproclamatorios. Izquierda Socialista reivindica el Frente del Pueblo e Izquierda Unida, y todos los planteos de adaptación política al nacionalismo o a la izquierda democratizante de su corriente histórica, el morenismo, desde la formulación del “partido centrista legal” y la disolución en el peronismo (“entrismo”). En 2008 tomó partido por el frente patronal agrario ante la Resolución 125. Hace un fetiche de la “unidad de la izquierda” -o sea del frentismo sin principios-, precisamente lo que nos ha llevado a caracterizar al FIT como “oportunista” desde su fundación. El PTS se caracteriza por el zigzag político constante. La campaña electoral de 2011 la dedicó a reivindicar la estrategia de la guerra (que incluyó la mención de Clausewitz en ac-

tos públicos), para concluir, en 2015, abogando por una “democracia superior” basada en la reducción de los salarios de los funcionarios y atacando a la continuidad histórica revolucionaria bajo la etiqueta de la renovación generacional. El PTS práctica el centrismo explícito con publicaciones que dan cabida, sin polémica, a todas las corrientes académicas y políticas, incluido el liberalismo burgués -o sea al frente único ideológico con la burguesía. La lista es larguísima: el ataque al ‘propagandismo’ del PO hasta la política actual de puro propagandismo y exhibicionismo mediático.

Una caracterización adecuada de la formación del Frente de Izquierda debe reunir, de un modo concreto, su contradicción de origen: de un lado, una coalición de fuerzas combativas que, como consecuencia de la presencia del PO, delimita posiciones del nacionalismo burgués y pequeño burgués (kirchnerismo, camporismo); del otro, una coalición con fuerzas democratizantes, por su programa y por sus oscilaciones permanentes. El programa ‘aprobado’ en 2011 (no hubo discusión) es una receta de estatizaciones y de ningún modo el desarrollo del método que debe llevar al proletariado a establecer un gobierno de trabajadores.

3. El faccionalismo acentuado al interior del Frente de Izquierda no es solamente la expresión de un método de descalificaciones personales e incluso violencias físicas. Esto queda patente en la campaña que desarrollan contra dirigentes y cuadros de nuestro partido a cargo de personajes designados para esa ‘guerra sucia’. Es fundamentalmente la envoltura escamoteadora de posiciones políticas no revolucionarias; sin despreciar lo primero, lo principal pasa por lo segundo. A pesar de que el Frente de Izquierda se había convertido en la delimitación de los obreros de vanguardia y los luchadores del kirchnerismo, el PTS desarrolló una política para destruir al FIT, en un caso para reemplazarlo por “un partido de trabajadores” sin trabajadores; por “candidaturas obreras” de características individuales, o sea no representativas políticamente, o por “encuentros sindicales” que no deben reivindicar la independencia política de la clase obrera de la burguesía -en definitiva, del peronismo y del kirchnerismo. En este cuadro se inscriben las provocaciones lanzadas contra el Congreso del movimiento obrero y la izquierda, que fue el punto más alto de reagrupamiento político de clase en todo el desarrollo del Frente de Izquierda. La ruptura de los acuerdos de gestión colectiva de las bancas parlamentarias y la formación de bloques separados tiene por finalidad proceder a una ruptura

sin principios del Frente de Izquierda. Lleva la tesis del PTS, que entiende al FIT como “campo en disputa”, en oposición al frente único, incluso al terreno parlamentario.

La indignación moral ante estos métodos no deben obnubilar acerca del contenido centrista que busca disimular y contrabandear ese método, y acerca de la tentativa de sustituir al FIT por amalgamas sin principios. En Brasil, en completo antagonismo con lo que representa el FIT, el PTS ha pasado a integrar el PSOL (donde IS juega un rol protagónico desde el inicio de la ruptura con el PT, en 2003), una corriente tributaria del centroizquierdismo ampliado al clero ‘progresista’. En Bolivia propugnaron un PT con la burocracia colaboracionista de la COB -una reminiscencia del “partido obrero de Vandor”, formulado en 1965 (el pasaje del PTS al PSOL contrasta con su oposición a la consigna de “un gobierno de izquierda de Syriza, el PC y Antarsya”, una consigna que determinó una aguda ruptura de las masas con los partidos burgueses en Grecia -2012).

De nuevo, una caracterización correcta del FIT y un método adecuado para pronosticar su futuro debe distinguir su función en la situación histórica concreta, de un lado, y su estructura política, del otro.

4. El significativo ascenso electoral del Frente de Izquierda, en 2013, en particular la victoria del PO en la capital de Salta y la consagración, muy difícil, de un diputado nacional por la provincia, demostró la justeza de la caracterización del FIT como el instrumento que desarrolla una fuerte delimitación de las masas con el kirchnerismo y el peronismo. Toda la clave de la revolución proletaria, en Argentina, reside en este punto. El anterior Congreso del PO lo caracterizó como “una transición histórica”. La potenciación de la función histórica del FIT acentuó, en lugar de atenuar, las contradicciones de su condición ‘oportunista’. No hay manifestación más clara de la tendencia, dentro de la izquierda, a consagrar una “casta política”, porque los métodos políticos de ésta son precisamente la autoproclamación y la lucha de aparato sin principios.

5. Varios sectores exteriores al PO han criticado el recurso de las Paso, para definir las candidaturas en 2015 -ignorando que fueron reclamadas, en términos extorsivos, desde 2013, por los rivales. Simplemente, ignoran que las contradicciones internas habían llegado a un estallido, y que las Paso eran el recurso último para defender la presencia del Frente de Izquierda en una elección que definía la sucesión presidencial. El PTS había roto el bloque parlamentario que había trabajado en forma

unificada en Córdoba -ratificando la decisión de provocar una ruptura sin principios con el FIT. Las Paso fueron precedidas por el debate acerca de si el FIT era un frente único, en tanto represente un instrumento de desarrollo de la lucha de clases y la independencia obrera, o un “campo en disputa” -o sea en el terreno de peleas faccionales (sin principios). El “campo en disputa” fue el nombre y apellido de la política de romper el FIT en nombre de la autoproclamación y el autobombo.

El método de nuestro partido fue intachable: agrupar a todas las fuerzas partidarias del FIT sobre la base de un método: un programa y una integración que debía darse a través de una experiencia de lucha en el tiempo. Más allá de las deformaciones territoriales de algunos resultados (caso Mendoza), la derrota de la Lista 2 (nuestra lista “Unidad”) en las Paso puso de manifiesto un fuerte apoyo a la posición democratizante y electorera de la Lista 1 (“Renovar y fortalecer”) y, más que eso, a su carácter antirrevolucionario. Asimilar la trayectoria revolucionaria de nuestros candidatos al atornillamiento en el Estado de la politiquería burguesa o reducir el planteo de la izquierda a la reducción de salarios de la burocracia estatal, no es otra cosa que la política del español Podemos, un agrupamiento de arribistas, que fue copiada desvergonzadamente en este punto. Al mismo tiempo, se manifestó anticipadamente en la Lista 1 una tendencia hacia el kirchnerismo, que ya había sido anticipada ‘ideológicamente’ por la caracterización de que los K habían triunfado “culturalmente”, desde la celebración del Bicentenario. Para Izquierda Socialista, el PSOL es un ejemplo de la estrategia de “unidad de la izquierda”; lo mismo para el MST.

Caracterizamos a la victoria de la Lista 1, más allá de la lucha faccional, como una regresión democratizante del Frente de Izquierda, como una tendencia a la ‘podemización’ y ‘syrización’. Del estudio de la estrategia militar de Von Clausewitz, por un lado, a la reducción de salarios de una “casta”, al otro, para producir “una democracia superior”, queda descripta la oscilación del oportunismo dentro del FIT. Al mismo tiempo, caracterizamos la adaptación de un sector del electorado que ha votado a la izquierda a esta suerte de moda electorera, como un episodio superficial que será barrido por una creciente polarización política, de un lado, y por la firmeza de los planteos del Partido Obrero, por el otro.

Es necesario señalar el retroceso que ha representado el resultado electoral del Frente de Izquierda, que no logró atraer nuevos votos luego de las Paso. Este resultado relega, por un lado, la posición conquistada por el FIT como alternativa política, y esto ofrece un margen

de acción al centroizquierdismo, que el éxito del FIT había puesto en estado de extinción. Por otro lado, desnuda la inconsistencia de la campaña contra el “testimonialismo”, dirigida por el PTS contra el Partido Obrero. La caracterización de la izquierda como “testimonial” está sacada del arsenal de la derecha, que siempre ha acusado a la izquierda revolucionaria de “utópica” o por levantar “proyectos irrealizables”, obviamente en el marco del capitalismo. Pero estos adversarios de izquierda del testimonialismo no han ofrecido otra cosa, en distintas situaciones revolucionarias internacionales, que el voto en blanco o el abstencionismo, en nombre de prepararse para la “confrontación final”. En oposición a este testimonialismo real -o sea, el inmovilismo-, nosotros hemos opuesto el programa de transición -o sea, una política revolucionaria para todas las fases de la lucha. En esto consiste la preparación sistemática de la revolución: la denuncia del capital y el desarrollo de la conciencia y organización del proletariado. El ‘posibilismo’ es una versión bastarda del reformismo. El resultado electoral, que no movió el amperímetro respecto a las Paso, demostró la vacuidad del ‘posibilismo’ e incluso de sus posibilidades electorales.

6. El destino del Frente de Izquierda -o sea sus posibilidades de desarrollo- no puede abstraerse del desarrollo de la situación política en su conjunto, a partir de la crisis de poder dejada por el derrumbe del kirchnerismo y por la crisis económica. El derrumbe financiero del Estado, la caída de la tasa de ganancia del capital industrial y el ajuste plantean, de un lado, una agudización sin precedentes de la lucha de clases y, por el otro, la forzada adaptación del nacionalismo burgués, en general, del peronismo, más precisamente, y del kirchnerismo, con sus propias características, a la política del capital -o sea al macrismo. Al FIT se le plantea el desafío -o sea la posibilidad y la obligación- de luchar por la dirección de esta lucha y, por esta vía, convertirla en una lucha por el poder político de los trabajadores. Es la estrategia y el método que plantea el Partido Obrero.

Dentro de la izquierda, en general, la caracterización de la etapa y las tareas que corresponden son diferentes. Caracterizan una iniciativa histórica de la burguesía y una etapa de “resistencia” de la clase obrera. El descarrilamiento relativo del plan económico del macrismo y las primeras movilizaciones populares confirman nuestra caracterización y desmienten a nuestros rivales. El PTS ha descubierto el frente único para ir a remolque de los K, con una especulación electoralista muy reveladora: porque si el pronóstico es que el cristinismo se va a des-



integrar, oficiar de furgón de cola de él es liquidacionista. Algunos, como el MAS, van tan lejos como proponer una marcha común, el 24 de Marzo, con Guillermo Moreno y la cohorte de la ley antiterrorista, el Proyecto X y el gatillo fácil de la década ganada. Este planteo impugna, en los hechos, el voto en blanco en el balotaje. Todos los pronunciamientos K, en la nueva etapa, reivindican su gestión capitalista y antiobrera de esa década.

7. La tarea fundamental del Partido Obrero en esta etapa, que será prerrevolucionaria, es impulsar la iniciativa de la lucha contra el gobierno entreguista y antiobrero. La iniciativa debe expresarse en una agitación política sistemática. Sobre la base de esta agitación convocamos, como partido del FIT, a la izquierda y a todos los luchadores a un frente único combativo. Sobre la base de este frente único planteamos la lucha por la movilización de los sindicatos, por un lado, y por superar a la burocracia sindical, por el otro. Nuestra estrategia debe desarrollarse como una agitación política contra el gobierno -o sea el desarrollo de una alternativa de poder- con un programa de transición, la movilización hacia el gobierno de los trabajadores. El curso político de esta etapa determinará la recaracterización de las fuerzas de izquierda en lucha y del mismo FIT. La delimitación del nacionalismo burgués da paso ahora a una iniciativa de agitación política, que tiene un alcance o proyección más amplio que en la etapa precedente.

La actividad en el Congreso y en las legislaturas debe estar al servicio de la denuncia del gobierno y de sus aliados permanentes y ocasionales (“coalición a la carta”), incluido en especial el kirchnerismo. Esa actividad debe destacar que la acción directa, y no las combinaciones parlamentarias, es la vía para la victoria de las reivindicaciones del pueblo. La agitación política debe ser un plan de conjunto del Partido Obrero, a partir de la cual se estructuran las actividades parlamentarias, sindicales, culturales, estudiantiles, juveniles y de la mujer trabajadora.

8. Es con la proyección definida en este texto que llamamos a los partidos del FIT, en primer lugar, a los agrupamientos que lo apoyaron en las elecciones, a la izquierda y sectores combativos a movilizarnos por las reivindicaciones contra el ajuste y la denuncia al gobierno macrista, mediante un acto público frente al Congreso, el 1º de marzo y el boicot parlamentario del FIT a la sesión inaugural.

24 de febrero de 2016



# Crisis y refugiados: el momento de la verdad para Europa

Savas Michael-Matsas

Es un eufemismo hablar de “crisis” para referirse a una tragedia histórica. Esto se aplica tanto a lo que sucede ahora, como a lo que en general se llama “crisis migratoria”, en relación con la gigantesca migración en masa cuyo pico fue en 2015 y continúa, o quizás incluso está aumentando, en 2016. Nos referimos al éxodo de un millón de personas: mujeres, niños, ancianos y hombres más jóvenes, principalmente de Siria, de Afganistán y de otros países del Medio Oriente y de Africa del Norte que están en guerra y que sufren una gran descomposición social. En un intento desesperado por sobrevivir, estas personas se dirigen a la Unión Europea (UE) -o, más bien, a la “fortaleza” que es Europa. La gran mayoría lo hace a través de Grecia y cientos de personas mueren en el intento, en el mar Egeo, en el Mediterráneo o en la ruta de los Balcanes.

La dimensión de esta tragedia se puede ver en las frívolas cifras que da el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (Acnur) o, incluso, la Oficina Europea de Policía (Europol).

---

Savas Michael-Matsas es dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (EEK) de Grecia. Ponencia presentada en “Crises and Victims”, Taller sobre refugiados, migrantes y discursos anti-refugiados, Universidad Corvinus de Budapest, febrero de 2016, organizado por la revista de crítica social Esmélet, Karl Polányi Center y Rosa Luxemburg Foundation.

En 2015 hubo 856.000 casos de migración por mar. En enero de 2016 hubo 60.000 casos en solo un mes, que entraron a Grecia, a pesar del mal clima y las tormentas. En dos días, el 17 y 18 de febrero, entraron entre 4.600 y 4.800 personas. En la semana del 12 al 18 de febrero, fueron 11.790. En el primer mes de 2016 se reportaron 403 muertes en el mar Egeo, la mayoría, niños.

El destino de los niños es el aspecto más brutal de esta tragedia. Según la Europol, de más o menos 270.000 menores que entraron en Europa en 2015, más de 10.000 desaparecieron y cayeron en manos de bandas de traficantes y redes de prostitución infantil. Sin embargo, no apareció ningún niño ni se dismanteló ninguna red de trata, lo cual demuestra la indiferencia criminal o, dicho más sutilmente, la “negligencia benigna” e incluso la falta de protección por parte de las autoridades estatales correspondientes. Mientras tanto, el tráfico de personas, especialmente de niños y chicas muy jóvenes, se ha convertido en un negocio muy lucrativo: en la segunda mitad de 2015, los traficantes lograron ganancias de aproximadamente 3.000 millones de euros, según la Europol.

Una manifestación típica de la actitud del Estado europeo hacia los refugiados en general, y hacia los niños en particular, es la siguiente: según un informe de la Acnur: “el 15 de febrero de 2016, las autoridades austríacas le informaron a la policía de Eslovenia que a los niños que no estén acompañados o que estén separados de sus padres y que no pidan asilo en Austria ni expresen su interés en pedir asilo en Alemania, se los llevará a Eslovenia, independientemente de si los acogen familias o no”.

De las miles de personas que todos los días intentan entrar a Europa a través de Grecia, aquellos “suertudos” que logran eludir la muerte en el mar y las operaciones para repeler la entrada -llevadas a cabo por las fuerzas policiales, por la agencia Frontex de la Unión Europea y, muy pronto, por las patrullas de la Otan-, continúan su odisea como reclusos en los nuevos campos de concentración militarizados, mal llamados “puestos de control fronterizos” y “campos de traslado”. Cuando llegue el momento, aquéllos que estén autorizados a continuar su travesía en los Balcanes, en dirección al norte y al oeste de Europa, deberán atravesar una jungla llena de obstáculos y riesgos. Deben moverse en condiciones sumamente inhumanas, sin comida ni refugio, bajo la lluvia y con climas fríos, teniendo que parar en todas las fronteras, desde Eidomeni, en la frontera entre Grecia y Macedonia, hasta Alemania, donde los Estados locales, con el respaldo de la

Unión Europea, levantaron vallas electrificadas con alambres de púas. Además, sufren una represión brutal por parte de la policía antidisturbios, explotación por parte de las mafias y ataques terroristas que ejecutan bandas locales y tropas de asalto fascistas.

Los refugiados ya no se enfrentan solamente a la “fortaleza” europea como en años o décadas anteriores de migraciones en masa, sino a una Unión Europea que se desintegra rápidamente por divisiones nacionalistas antagónicas.

Los “planes” que fomentaban la Unión Europea y Alemania a mediados de 2015 para el “manejo de las oleadas migratorias”, el “reparto proporcional de refugiados”, etcétera, fallaron rotundamente. Todos los países de la UE comenzaron a tomar medidas unilaterales, restablecieron los controles fronterizos y desmantelaron, poco a poco, el espacio de Schengen, que era un área libre de controles para los ciudadanos de la UE. Después de la adopción del euro, la moneda corriente de Europa, Schengen fue el segundo pilar y gran “logro” de la integración capitalista europea, y ahora se desmorona.

La autoridad de Alemania, como la fuerza motriz de la economía europea, y de Angela Merkel, como la personificación de la supremacía política en Europa, se convirtieron en cosa del pasado después del verano (del hemisferio norte) de 2015. Incluso fracasó el pacto Merkel-Erdogan, que establecía la entrega de 3.000 millones de euros a Turquía y la promesa de renegociar su entrada a la UE, con el fin de amortiguar las oleadas de refugiados de Siria y del Medio Oriente. Una muestra reciente y muy significativa de que Berlín y Bruselas perdieron el control fue una reunión en Viena, realizada inmediatamente después de la cumbre de la Unión Europea del 18 y 19 de febrero de 2016. Austria convocó a nueve países balcánicos (Albania, Kosovo, Montenegro, Bosnia, Macedonia, Croacia, Serbia y Eslovenia), ignorando completamente las deliberaciones de la cumbre de la UE del día anterior. Lo que pomposamente llamaron “conferencia para manejar en conjunto la migración” fue, en realidad, un acuerdo para promover el cierre de facto de la ruta de los Balcanes y una exclusión de facto de Grecia del espacio de Schengen, por medio del cierre de sus fronteras con los países vecinos que no pertenecen al Schengen, en principio, con Macedonia. Una autoridad de la UE hizo un comentario de mal gusto sobre que fue “un intento improvisado de reconstruir un nuevo imperio austrohúngaro”. El Acnur advierte sobre un “posible caos”. El ministro de Relaciones Exteriores de Grecia, Nikos Kotzias, se quedó claramente corto cuando habló de un “acto unilateral y poco amigable”.

La “crisis migratoria” interactúa con todas las contradicciones inconclusas de una Unión Europea que quedó vulnerable y frágil después de la crisis capitalista mundial de 2008, con una economía estancada, con una deuda soberana sin resolver, con una crisis bancaria, con la zona euro en grandes problemas, con los trabajadores y las clases populares que ya sufrieron por años el desempleo crónico en masa y brutales ajustes.

Las fuerzas centrífugas se reforzaron en toda la UE. Después del peligro que supone una salida de Grecia de la zona euro, que siempre es posible, la perspectiva de una salida de Gran Bretaña cristaliza la crisis de la Unión Europea en su conjunto.

Todas las heridas históricas del continente, posteriores a la caída del muro de Berlín y al colapso de la Unión Soviética, se abrieron nuevamente, como lo demuestra de forma dramática la situación en Ucrania.

Al principio, el impacto de la crisis capitalista mundial reveló una enorme grieta y desequilibrios en la UE y en la zona euro entre el norte y el sur; ahora, la “crisis migratoria” muestra la grieta entre Europa occidental y Europa del este, con el grupo Visegrád ( Hungría, Polonia, la República Checa y Eslovaquia) desafiando a Alemania en su propia zona de influencia en “Mitteleuropa” (Europa central).

Las oleadas de refugiados se encuentran en Europa con un panorama social totalmente cambiado por la crisis sistémica-estructural del capitalismo, lo cual trae nuevos cambios dramáticos en el panorama político de todo Europa, y esto no excluye a su núcleo duro, la mismísima Alemania.

Grecia es un microcosmos de la gran crisis de la UE. Al ser el eslabón débil y el chivo expiatorio de la zona euro, y por ser la puerta de entrada de la oleada de migrantes desde el Medio Oriente, Grecia se convierte en el punto de partida de la desintegración de espacio de Schengen (y se la culpa por eso!). La valla de la Unión Europea en la frontera de Macedonia fue, incluso antes del “acto unilateral” de Austria, una medida para atrapar a los refugiados en Grecia, que, además de ser un país empobrecido y en quiebra, también se transformaría en una “caja negra” para las víctimas “indeseables” de las guerras y de la destrucción que orquestó el “civilizado” occidente, no sólo Estados Unidos sino también la misma Unión Europea, como en Siria y en Libia.

Las presiones de la Unión Europea sobre Grecia para que cree “puestos de control fronterizos” y “campos de traslado para inmigrantes” tienen un solo propósito: posibilitarle a los otros países europeos

que manden a los refugiados de vuelta a Grecia, considerado el primer país de entrada, conforme a lo dispuesto por la Convención de Dublín, de la cual se excluyó a Grecia de facto en 2011 por las condiciones inhumanas en los lugares de detención para los inmigrantes, como es el caso del centro de reclusión de Amygdaleza.

Hasta ahora, en Grecia hay 10.000 lugares para refugiados cerca de Atenas y otros 2.000 en Tesalónica. Según el gobierno de Grecia, incluso si unos pocos miles se asientan en este país quebrado económicamente, no habría esperanzas para ellos, y mucho menos para los cientos de miles o más que los países de la UE pretenden atrapar o expulsar a la “caja negra” griega.

Si se implementan estos planes inhumanos, Grecia, obviamente, se convertirá en un “cementerio de almas”, como dijo Yannis Mouzalas, el ministro de Migraciones de Grecia, a esta altura, acertadamente.

Es probable que esta barbarie europea, “blanca” y “cristiana” no signifique nada en un continente donde hay campos de concentración, como Buchenwald, que se abrieron nuevamente para los refugiados estos últimos años; en un continente donde el Estado danés aprueba una ley nazi para confiscar el dinero y las joyas de aquéllos que buscan asilo político; donde las autoridades noruegas deportan inmigrantes a la frontera del Artico; donde los justicieros suecos persiguen a los inmigrantes, y donde mafias atacan a caravanas de refugiados en la República Checa, Alemania, Grecia, Hungría y Gran Bretaña. Estos ataques no son hechos aislados, no son acciones “espontáneas” de individuos o grupos “políticamente confundidos”, “desorientados” o ultraconservadores. Son el producto tóxico de la xenofobia y el racismo fomentado por el Estado, especialmente por políticos burgueses que le dan prioridad a su reelección por sobre la vida humana. Ellos y sus políticas son responsables, en primer lugar, por el ascenso de la extrema derecha en Europa, del Frente Nacional de Marine Le Pen, de Alternativa para Alemania, del movimiento islamófobo Pegida o de los pro-nazi Amanecer Dorado.

En el caso de Grecia, es notable cómo, a pesar de las condiciones sociales desastrosas, se ha desarrollado un movimiento popular de solidaridad hacia los refugiados, un movimiento muy poderoso que se formó desde abajo, sumado a movilizaciones constantes contra la xenofobia, contra la represión del Estado hacia los inmigrantes y contra las mafias fascistas de Amanecer Dorado.

No es un accidente que las autoridades estatales, al igual que la Unión Europea y la Otan, rechacen e intenten evitar y/o prohibir cualquier

contacto o fraternización entre redes de solidaridad del pueblo y organizaciones de trabajadores con los refugiados. Esto lo hacen militarizando los “puestos de control” y los campos de refugiados, y autorizando el contacto solamente con ONG oficiales y financiadas por los medios “convencionales”.

Junto con la militarización del “manejo de la crisis migratoria”, llega ahora un acontecimiento incluso más siniestro: el despliegue de fuerzas de la Otan en el Egeo y en las fronteras de Turquía y Grecia, con el consentimiento de la UE, y de los gobiernos de Tsipras y de Erdogan. El fin es, aparentemente, controlar los flujos migratorios, bajo la excusa de combatir el “contrabando” y “superar las debilidades de los controles locales de ambos Estados”.

Esta militarización/otanización del Egeo y de las fronteras de Turquía y Grecia abre una nueva etapa, y más peligrosa. El objetivo real no se limita a frenar las imparable oleadas migratorias. Se está erigiendo un frente amplio y represivo de las fuerzas de la Otan desde el mar Báltico hasta el Mar Negro y el Mediterráneo. Europa y el mundo han entrado en una fase post Guerra Fría. De hecho, con el despliegue de las fuerzas de la Otan en esta zona neurálgica, se fusiona el frente de confrontación en Europa del este (Ucrania) con las guerras del Medio Oriente, donde están involucrados tanto Rusia como la Otan.

La crisis de desintegración en la UE se suma al caos del Medio Oriente con las consecuencias más impredecibles, explosivas y peligrosas.

Europa se enfrenta no solo a una profunda crisis social, económica y política: el impase de la UE, sumado a una “crisis migratoria” sin precedentes, la deja en una encrucijada, en un momento decisivo.

Bajo las condiciones actuales de una insoluble crisis capitalista mundial, que se agravará muchísimo en el próximo período, ni la Unión Europea ni las oleadas de refugiados pudieron encontrar una solución. Ambas crisis se interrelacionan y encuentran su origen en la globalización capitalista y su implosión de 2007-2008.

La presente Gran Migración es completamente diferente a otras oleadas migratorias del pasado, que surgieron a raíz de la escasez de medios de vida y las oportunidades en los centros de expansión económica, y particularmente en los centros de expansión industrial en los siglos XIX y XX, que fueron un factor de atracción para los inmigrantes. Ahora, la Gran Migración se ubica en un contexto de sobrecumulación de capital, de desindustrialización en los países capitalistas más avanzados y una depresión creciente.



El “desplazamiento de gente y el problema de refugiados más grande desde el fin de la segunda guerra mundial”, como se lo describe oficialmente, surge cuando las condiciones de vida de los refugiados fueron destruidas a causa de una globalización capitalista muy desarrollada y de guerras brutales; y después por la implosión de aquella globalización, con todas sus implicancias sociales, políticas y geopolíticas. “La peor crisis desde el crack de 1929 y la Gran Depresión de los años 30”, según las mismas fuentes oficiales.

Esta implosión que produjo “la peor crisis desde el crack de 1929 y la Gran Depresión de los años 30” y “el desplazamiento de gente y el problema de refugiados más grande” que hay ahora, es el fundamento histórico-material que tienen en común. Una solución real debe enfrentar esta base en todas sus expresiones para arrancar de raíz las causas de esta catástrofe, las causas sociales sistémicas de las guerras, de los desplazamientos, del desempleo masivo, de la pobreza, del racismo y de la xenofobia.

Con esta orientación estratégica, las fuerzas de emancipación deben unirse y luchar:

- Por tirar abajo las vallas, los campos de concentración de refugiados y todas las leyes antiinmigrantes.
- Por la construcción de redes de solidaridad por toda Europa con los refugiados, para que se vinculen con las organizaciones populares y con los trabajadores de Europa; resistir ante la criminalización de la militancia o del trabajo solidario del pueblo.
- Contra la xenofobia, el racismo, la extrema derecha y las mafias fascistas.
- Para terminar con las guerras imperialistas, las guerras ‘proxy’ (subsidiarias, por procuración) y las divisiones reaccionarias en fracciones étnicas y religiosas en Siria y en el Medio Oriente.
- Por la disolución de la Otan, de sus bases militares y de su maquinaria de guerra.
- Por tirar abajo la “fortaleza” europea del gran capital.

Europa está en una encrucijada: o termina enterrada bajo las ruinas del fracaso de la Unión Europea, que se desintegra por divisiones nacionalistas al servicio de los intereses de la clase dominante o se unifica en base a nuevas relaciones sociales, con un carácter socialista e internacionalista, que incluirían la incorporación de los refugiados y de las víctimas de la misma bancarrota mundial de un capitalismo en decadencia.

Ahora más que nunca, la advertencia de Rosa Luxemburgo es urgente y vital:

¡Socialismo mundial o barbarie!

# La izquierda brasileña y el Partido de los Trabajadores

Ricardo Guerra Vidal y Mario dos Santos (Pablo Rieznik)  
(del comité central de la Organización Cuarta Internacional  
de Brasil)

*Este artículo fue publicado en la revista Internacionalismo N° 4, de enero-abril de 1982, la revista de la Tendencia Cuartainternacionalista, de la que formaba parte Política Obrera. En él se discute las perspectiva del, en ese entonces, recientemente fundado Partido de los Trabajadores de Brasil. Uno de los autores de este artículo es Pablo Rieznik, nuestro compañero recientemente fallecido, quien en ese entonces se encontraba militando contra la dictadura militar que gobernaba Brasil, luego de haber sido arrancado de las catatumbas de la dictadura de Videla en nuestro país.*

*Pero la pertinencia de la inclusión de este artículo no termina ahí: hoy Brasil se encuentra en medio de una gigantesca crisis del régimen político, crisis que incluye especialmente al PT. Llega así a un final lamentable lo que representó una de las mayores tentativas de desarrollar un partido obrero independiente en América Latina, incluso con la fuerte traba potencial de una dirección constituida por una burocracia sindical en formación -aliada a una pequeña burguesía que se estaba reconviertiendo del stalinismo y del castrismo. Todas estas cuestiones son analizadas y anticipadas en este trabajo, cuyas conclusiones para la lucha por un partido obrero siguen vigentes.*

El régimen militar brasileño es el más antiguo del continente. En su momento, el golpe militar que se produjo en 1964 constituyó no sólo una respuesta a la conformación de una situación prerrevolucionaria en el país; significó, también, un triunfo de la contrarrevolución y el imperialismo a nivel latinoamericano contra el ascenso de masas que acompañó la victoria de la revolución cubana a fines de la década del '50 y comienzos de la siguiente. Este mismo régimen se encuentra ahora en una situación de agotamiento, y en Brasil se reúnen los elementos que conforman el desarrollo hacia una situación revolucionaria. El desenlace de la misma tendrá también, como 17 años atrás, una repercusión que trasciende las fronteras de esta nación.

El proceso de agotamiento del régimen brasileño viene desarrollándose, lenta pero sistemáticamente, desde algunos años atrás. La recuperación del movimiento obrero -iniciada con las huelgas de la periferia industrial paulista (el llamado ABC) en mayo de 1978- cerró un período de amplio retroceso, y es la característica básica que marca, en última instancia, la etapa política actual. La apertura de esta nueva fase de la lucha de clases en el país fue preparada, por un lado, por la acumulación de fuerzas de todo un período de resistencia de las masas (movilización estudiantil contra la represión, movimientos moleculares y trabajo a reglamento en las fábricas) y, por otro lado, por la disgregación del frente burgués, que se desarrolló a partir del agotamiento del período del llamado "milagro económico" (1968-1973).

La curva del desarrollo capitalista se ha ido ahora a pique y el régimen del "milagro" se encuentra hoy frente a la más grave crisis económica de los últimos cincuenta años. El crecimiento del producto bruto interno el año pasado fue negativo, la producción industrial retrocedió prácticamente un 10 por ciento con relación al '80 y la caída fue todavía mayor en las ramas tradicionalmente más dinámicas -la producción automovilística sufrió un retroceso superior al 30 por ciento. La crisis económica se encuentra en la base del impase político del gobierno militar, que no consigue conciliar a los diversos sectores del capital, agudizando el abismo frente a las masas, sobre las cuales se descargan los efectos de la crisis. Los mismos órganos de información del gobierno reconocen que en las elecciones estatales y parlamentarias, previstas para noviembre, el partido oficialista perderá la mayoría de los gobiernos estatales y la mayoría parlamentaria. Esta última fue mantenida, hasta ahora, con una serie de medidas arbitrarias y proscriptivas que se han agotado, y con esto el Alto Comando militar

perdería la posibilidad de digitar al presidente, que debe ser refrendado por el Congreso en 1984.

La impase política del régimen involucra al conjunto de las clases sociales de la nación oprimida. Uno de sus aspectos más agudos es la crisis agraria actual: los choques armados entre los ocupantes precarios de las tierras y los grandes propietarios se suceden cada vez con mayor frecuencia y en los más diversos puntos del país se vive un clima de guerra civil en el campo. Este es el resultado de un vastísimo proceso de concentración de tierras -el 1,8 por ciento de los establecimientos rurales controlaban el 57 por ciento de las tierras ocupadas en 1978- y de expropiación de las masas pobres del campo. La dimensión de este proceso puede verificarse en el hecho de que, en el lapso de apenas una década (1970-1980), el 5 por ciento de los más ricos aumentaron su participación en la renta rural del 27,7 al 44,2 por ciento, un reflejo de la enorme concentración provocada por el avance del latifundio y del gran capital. La contrapartida de este proceso ha sido también un crecimiento enorme de la proletarización en el campo, la organización de una gran cantidad de sindicatos rurales y el surgimiento de huelgas entre la enorme masa de trabajadores agrarios que forman parte del ascenso del movimiento obrero brasileño.

Una manifestación decisiva del avance del imperialismo en Brasil, en los años del régimen militar, es la total dependencia de la gran banca internacional. Brasil es el más grande deudor del mundo, el monto del endeudamiento supera los 70.000 millones de dólares, una hipoteca equivalente al 30 por ciento de todo lo que se produce en el país en un año, un volumen poco inferior al conjunto de la producción industrial anual. El pago del servicio de la deuda está llevando a la quiebra a sectores enteros de la burguesía nacional, los cuales comienzan a reclamar la renegociación de la deuda y una política de disciplinamiento del capital extranjero.

El cuadro político y social del país se encuentra marcado, así, por una serie de factores potencialmente explosivos, cuya combinación plantea la estructuración de una situación revolucionaria. En este contexto, y como uno de sus componentes fundamentales, se ha materializado una propuesta planteada en 1979 por Lula da Silva, el líder de las huelgas del centro industrial del país: construir un Partido de los Trabajadores, al margen del Estado y de los partidos burgueses tradicionales. Hoy, este partido ha conseguido quebrar la draconiana legislación vigente y obtuvo su registro legal, luego de formar directorios regionales en, por lo menos, un quinto de los municipios de

nueve estados brasileños. La caracterización del PT y, por lo tanto, la finalidad política de su participación en él, se convirtió en una piedra de toque para el conjunto de los grupos de izquierda que lo integran (todos, con excepción del stalinismo: PCB moscovita, los ex foquistas castristas del MR-8, PC do B albaneses).

La Organización Cuarta Internacional -sección brasileña de la Tendencia Cuartainternacionalista- señaló desde un inicio que la propuesta de construir el PT, una organización política de masas separada de la burguesía, planteaba el problema de definir la estrategia de clase para la revolución brasileña. El carácter del partido, sus objetivos y métodos de construcción están, en definitiva, determinados por esta cuestión: cuál es la clase capaz de tomar en sus manos la dirección de ese vasto movimiento social que tiene por punto de partida reivindicaciones cuyo contenido inmediato es democrático, antiimperialista y de transición (contra un régimen dictatorial, contra la opresión imperialista, por reivindicaciones democráticas en el medio agrario, por la expropiación de los grandes trusts y el control obrero).

En relación con esto, la historia brasileña ha probado la total impotencia del nacionalismo burgués para arrancar al país del atraso y la miseria en la que vive; su incapacidad para realizar la revolución agraria y para promover la unidad e independencia nacionales contra la opresión imperialista. La burguesía nacional es una clase históricamente caduca, incapaz de llevar a cabo las tareas democráticas de la nación oprimida; éste es el balance de la Revolución del '30 y del varguismo.

Pero resulta que el PT rechaza este punto de vista y su dirección considera que, dado el carácter minoritario de la clase obrera, el partido debe definirse en función de una representación formal de todas las clases y capas explotadas en torno del objetivo común de la lucha por la democracia formal:

“Democratizar realmente la sociedad y el Estado significa crear formas de organización y mecanismos de representación para que las grandes mayorías del país puedan mandar de hecho en el país (*Punto para la elaboración del Programa*; Comisión Nacional Provisoria del Movimiento Pro-PT, febrero de 1980).

“El PT nace en una coyuntura en que la democracia aparece como una de las grandes cuestiones de la sociedad brasileña. Para el PT, la lucha democrática concreta de hoy es la de garantizar el derecho a la libre organización de los trabajadores en todos los niveles. Por lo tanto, la democracia que los trabajadores proponen tiene un valor permanente,

es aquélla que no admite la explotación económica y la marginalización política de los muchos millones de brasileños que construyen la riqueza del país con su trabajo” (*Programa del PT*).

Para la dirección del PT, el carácter del partido se desprende de lo que entiende son las características de la transformación social necesaria en el país, la democratización formal del Estado y la sociedad impuesta por el frente común de las diversas capas explotadas:

“El PT pretende ser una real expresión política de todos los explotados por el sistema capitalista” (Manifiesto del PT).

En este punto, el PT es una reedición del viejo nacionalismo que se presenta como representación del conjunto de los explotados y postula la inviabilidad de una revolución proletaria socialista en un país atrasado (conceptos que ni siquiera figuran en los documentos programáticos del PT). La experiencia histórica ha demostrado, sin embargo, no la inviabilidad de la revolución obrera, sino la de la democracia, como un período de florecimiento histórico necesario en el desarrollo de los países atrasados. Los regímenes políticos en estos países pueden llegar a adoptar una fachada parlamentaria, pero nunca llegaron ni llegarán a instituir un régimen de democracia burguesa. La base de la revolución es el pleno cumplimiento de las tareas nacionales que la débil burguesía nacional es incapaz de ejecutar y que, resueltas por el proletariado -como vanguardia de la nación oprimida- conducen no a la democracia burguesa, sino al gobierno obrero y campesino y al Estado obrero. Ya en su propuesta de programa para el Partido de los Trabajadores, la Organización Cuarta Internacional señalaba, casi dos años atrás, que el PT debía definirse como partido obrero, inscribiendo en su programa que la satisfacción de las aspiraciones más elementales del conjunto de la población trabajadora es imposible en los marcos de la sociedad capitalista y del Estado burgués:

“Omitir -en nombre de la necesidad de defender los intereses comunes de las diversas clases explotadas- que la plena satisfacción de esos intereses sólo es posible con la expropiación del capital, significa colocar al PT a remolque de la burguesía, de una propuesta que no supera los límites del Estado capitalista y que siembra la ilusión de que es posible satisfacer las aspiraciones de la mayoría oprimida con un cambio en la forma del Estado” (ver revista *Internacionalismo* N° 1, junio de 1980).

El porvenir del PT depende enteramente de su capacidad para diri-

gir la movilización de la mayoría nacional en dirección a la revolución porque éste será el desafío que le plantea el propio desarrollo de los acontecimientos. Procurando sobrevivir en una tercera vía, será irremediablemente aplastado bajo la presión del choque entre la revolución y la contrarrevolución. Por esto, la tarea de los marxistas en el PT es la de luchar por un programa transicional que, partiendo de las reivindicaciones mínimas de las masas, establezca un puente hacia la única salida capaz de reconstruir la nación sobre un nuevo eje: la revolución acaudillada por el proletariado, el gobierno obrero y campesino.

Renunciando a esta perspectiva, el PT ha renunciado inclusive al democratismo consecuente, como lo revela el hecho de que ha renunciado a plantear de una manera acabada las reivindicaciones de la democracia: acabar con el Estado dictatorial, fin de la camarilla militar, derecho a la sindicalización de la tropa, elegibilidad y revocabilidad de los puestos de comando, el armamento de la población trabajadora, etc. Este es un primer punto de un programa en defensa de la soberanía popular contra la dictadura, por una Constituyente Democrática y Soberana: una reivindicación democrática cuya función es la de organizar el movimiento de las masas independiente de la burguesía, la cual procura por infinitas vías la conciliación y el compromiso con el gobierno militar.

El PT ha castrado a las consignas democráticas de su contenido revolucionario, y a eso se debe la vaguedad con que las formula. Pregonan la reforma agraria amplia, pero no la nacionalización de la tierra, no la confiscación del gran capital agrario, ni tampoco la formación de comités de trabajadores rurales y campesinos pobres, los únicos capaces de asegurar el impulso a la insurrección en el campo, así como el cumplimiento cabal de la reforma agraria. Se pronuncia contra la dominación imperialista, pero no plantea el desconocimiento de la deuda externa que expropia a la nación oprimida, ni la confiscación de todos los grandes monopolios y la gestión obrera colectiva. No parte de que, allí donde el capital ya ha dado todo lo que tenía que dar conformando trusts gigantescos, el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas es inconcebible fuera de la gestión obrera de los medios de producción y del plan económico estatal único. En las ramas en las que el capital ha abolido ya todas las condiciones de desarrollo correspondiente al régimen burgués democrático -libre competencia, funcionamiento del mercado-, la única tarea progresiva es la expropiación de los expropiadores, de los capitalistas -lo que no es más que trascender la revolución democrática a partir de la solución de los problemas efectivos de las masas del país.



El problema esencial en relación con el programa es el siguiente: si la peculiaridad de los países atrasados consiste en su desarrollo desigual y combinado, en el cual se mezclan los resabios del atraso y de las relaciones de producción precapitalistas con los adelantos de la técnica y de la última palabra del capitalismo, el programa de su transformación revolucionaria debe integrar las reivindicaciones democráticas y nacionales no resueltas con las exigencias de la gestión estatal de la economía por la clase obrera, planteadas por el avance del gran capital que ya ha agotado totalmente su progresividad histórica.

El PT, su programa y su perspectiva, plantea un desafío formidable para la izquierda, pero frente al cual ha naufragado ya el conjunto de los grupos que optaron por una acomodación acrítica en su seno, desarrollando todos los argumentos posibles para justificar el abandono de la lucha por la política y el programa revolucionario. Como si un PT pequeño burgués democratizante pudiera ser un instrumento para organizar al proletariado como clase para sí y para conducir el movimiento de los explotados a su emancipación nacional y social. Esta es, sin embargo, la esencia de los planteos de los principales grupos de izquierda, cuyo análisis se desarrolla, a continuación, en el presente trabajo.

## **Organización Socialista Internacionalista**

La Organización Socialista Internacionalista de Brasil (OSI)<sup>1</sup> caracteriza al Partido de los Trabajadores (PT) como “partido obrero independiente”. Originalmente, sin embargo, sus planteamientos fueron radicalmente diferentes. La propuesta de construir un partido de los trabajadores fue lanzada por Lula, entonces presidente del Sindicato Metalúrgico de San Bernardo do Campo (periferia industrial de San Pablo), en 1979. En ese momento la OSI lo condenó sin términos medios:

“surgido en el interior del sindicato corporativo, aglutinando viejos y nuevos pelegos<sup>2</sup>, el PT viene mostrando en cada huelga su verdadero papel: mantener la estructura sindical corporativa, quebrar el movimiento huelguístico (...), es una articulación burguesa que juega, al lado del PCB, un papel de apoyo a la dictadura” (*Luta de Classe*, N° 2, setiembre 1979, pág. 27).

1. La Organização Socialista Internacionalista (OSI) fue una organización trotskista brasileira, precursora de la Corriente O Trabalho del PT de Brasil, sección brasileña de la organización internacional liderada por Pierre Lambert, dirigente de la Organisation communiste internationaliste (OCI) (nota del editor).

2. *Pelego*: sindicalista que sostiene los intereses del gobierno o de los patrones (n. d. e.).

¿Tenía algo que ver con la realidad este planteo de la OSI? Absolutamente nada. La OSI había quedado atrapada fatalmente en un callejón sin salida, debido a un doctrinarismo esquemático, importado de París, que reducía a los sindicatos brasileños a una de sus características, su reglamentación y control por el Estado, lo cual no es, por otra parte, lo mismo que corporativismo, ya que ni los sindicatos eran formalmente parte del Estado ni sus dirigentes formalmente funcionarios de éste. Los sindicatos brasileños eran, además, la única organización obrera de masas del país, eran un resultado histórico de fantásticas victorias y derrotas de la clase obrera (es decir, que no eran un simple engendro administrativo) y fueron, aún en los peores momentos de sometimiento y represión, el único canal para el planteamiento de las reivindicaciones de los asalariados contra el capital. Hay que llamar la atención sobre el hecho de que la dictadura iniciada en 1964 debió dictar leyes de excepción de congelamiento salarial (*arrocho*), lo que prueba que no había una integración corporativa, sino una legislación antisindical contra esos concretos sindicatos, reglamentados y controlados por el Ministerio de Trabajo. Cuando se consideran a estos sindicatos en todos sus aspectos, y no en uno arbitrariamente distorsionado, se puede comprender y -ya antes de esoprever que, con la reversión del período de derrotas iniciado en 1964 y el comienzo del ascenso obrero, aquellos sindicatos sometidos a una presión obrera mayor, se irían a convertir en un canal de lucha y a alterar la política o la composición de sus direcciones. Esto ocurrió no sólo en San Bernardo y no sólo en la industria; en un congreso sindical realizado a principios de 1981 (Conclat), el ala izquierda liderada por Lula, tenía mayoría contra el ala derecha liderada por el PC<sup>3</sup>.

3. Como las aberraciones de los pseudotrotskistas deforman considerablemente el desarrollo de la nueva generación, que no conoce la tradición histórica del marxismo, nos parece muy útil citar *in extenso* la posición de Lenin y la socialdemocracia rusa frente a la política del zar y de la policía rusa de crear sindicatos legales, que permitiesen sustraer a los obreros rasos de la influencia socialdemócrata:

“La legalización de los sindicatos obreros no socialistas y no políticos ha comenzado ya en Rusia, y no cabe la menor duda que cada paso de nuestro movimiento obrero socialdemócrata, que crece en progresión rápida, alentará y multiplicará las tentativas de legalización realizadas, sobre todo por los partidarios del régimen vigente, pero también, en parte, por los mismos obreros y los intelectuales liberales. Los Vasiliev y los Zubatov han izado ya la bandera de la legalización, los señores Ozerov y Worms ya les han prometido y facilitado su concurso, y la nueva corriente ha encontrado ya adeptos entre los obreros. Y nosotros no podemos dejar de tener en cuenta esta corriente, Sobre la forma en que hay que tenerla en cuenta, difícilmente puede existir entre los socialdemócratas más de una opinión. Nuestro deber consiste en desenmascarar de continuo toda participación de los Zubatov y los Vasiliev, de los gendarmes y los popes (sacerdotes) en esta

La propuesta de construir un partido de trabajadores no partió del “interior” de ningún sindicato, sea “corporativo” o no. Esta es otra unilateralidad. Partió de todo un proceso de recomposición política, no sólo en el seno de la clase obrera, sino también del ala izquierda de la pequeña burguesía (esto se puede ver en los virajes fantásticos en las posiciones de todos los sectores de “izquierda” entre 1977 y 1981, como, en parte, se comprobará en este artículo). Un único intento de hacer votar la formación de un partido de trabajadores, en el congreso de los metalúrgicos del Estado de San Pablo, en 1979, fue rechazado, en particular por la acción tenaz del PC. Política Obrera, en Argentina (y luego Causa Operaria de Brasil, que se fundó a mediados de 1979), fue la única organización que pronosticó con detalle toda esta evolución política desde su periódico (1978-1979) y en la polémica contra la OCI francesa y la OSI brasileña, desde fines de 1977. Fue

corriente, y revelar a los obreros las verdaderas intenciones de estos elementos. Nuestro deber consiste en desenmascarar asimismo toda nota conciliadora, de ‘armonía’, que se deslice en los discursos de los liberales en las reuniones obreras públicas, ya se deban estas notas a que dichas gentes abriguen el convencimiento sincero de que es deseable una colaboración pacífica de las clases, ya a que deseen congraciarse con las autoridades, o simplemente a inhabilidad. Tenemos, en fin, el deber de poner en guardia a los obreros contra la policía, que en estas reuniones públicas y en las sociedades autorizadas observa a los ‘más despiertos’ y trata de aprovecharse de las organizaciones legales para introducir provocadores también en las ilegales.

”Pero, hacer todo esto no significa en absoluto olvidar que la legalización del movimiento obrero nos beneficiará, en fin de cuentas, a nosotros, y no, en modo alguno, a los Zubatov. Al contrario, precisamente con nuestra campaña de denuncias separamos la cizaña del buen grano. Ya hemos indicado cuál es la cizaña. El buen grano está en interesar en las cuestiones sociales y políticas a sectores obreros aún más amplios, a los sectores más atrasados; en liberarnos, nosotros, los revolucionarios, de las funciones que son, en el fondo, legales (difusión de obras legales, socorros mutuos, etc.) y cuyo desarrollo nos dará infaliblemente cada vez más y más materiales para la agitación. En este sentido, ‘podemos y debemos decir a los Zubatov y a los Ozerov: ¡Trabajen ustedes, señores, trabajen! En cuanto ustedes tienden una celada a los obreros (mediante la provocación directa o la corrupción ‘honrada’ de los obreros con ayuda del ‘struivismo’), nosotros ya nos en cargaremos de desenmascararles; en tanto ustedes dan un paso efectivo hacia adelante (aunque sea en forma del más “tímido zigzag”, pero un paso hacia adelante), les diremos: ‘¡Sigán, sigán!’ Un paso efectivo hacia adelante no puede ser sino una ampliación efectiva, aunque minúscula, del campo de acción de los obreros. Y toda ampliación semejante ha de beneficiarnos y precipitará la aparición de asociaciones legales en las que no sean los provocadores quienes pesquen a los socialistas, sino los socialistas quienes pesquen adeptos. En una palabra, ahora nuestra tarea consiste en combatir la cizaña. Nuestra tarea no consiste en cultivar el grano en pequeños tiestos. Al arrancar la cizaña, desbrozamos el terreno para que pueda crecer el trigo” (Lenin, Vladimir (1974); *Qué hacer*, Editorial Akal; págs. 113-115).

Fueron precisamente los sindicatos legales zaristas del policía Zubatov los que, con el cura Gapón a la cabeza, declararon la huelga general y la confrontación que produjo el estallido de la revolución de 1905 (nota de los autores).

sobre esta base que nuestras organizaciones pudieron trazar desde el inicio una línea de intervención revolucionaria frente al PT y batallar sistemáticamente en torno de la misma, a diferencia del conjunto de la izquierda brasileña. Cuando los movimientos huelguísticos recién despuntaban, toda la izquierda se encontraba en el PMDB<sup>4</sup> -y la OSI en el limbo sectario-; Política Obrera, en setiembre de 1978, señalaba:

“El proletariado, para participar como clase en el actual proceso político, necesita de su propia organización, un partido obrero independiente, planteo que debe ser desarrollado bajo la forma de un programa, y que debe ser levantado como exigencia a la burocracia sindical que rompe con la dictadura” (*Política Obrera* N° 288, 22/9/78).

Cuando grupos de izquierda como el MEP (ver análisis en este mismo artículo), intelectuales y diputados que hoy ocupan posiciones en el PT defendían construir un “Partido Popular”, que integrara a direcciones sindicales y la izquierda burguesa del MDB, Causa Operaria, que recién aparecía, planteaba: “si queremos un auténtico partido de trabajadores, el camino es claro: partir de las masas obreras organizadas para proyectar su movilización en el plano político (...) Si ya llegó el momento de construir un partido obrero, esto quiere decir que ninguna de las clases dominantes ni sus partidos, es capaz de reagrupar a la sociedad detrás de objetivos históricamente progresistas. Si un llamado partido obrero se limita a repetir, en una versión un poco mejorada, los planteos de los partidos burgueses, seguramente fracasará en crear un polo de militancia política independiente para la vanguardia obrera. Será incapaz también de forjar, bajo su dirección, la alianza obrero campesina. Para ser un real partido proletario debe definir en su programa la estrategia de transformar el país bajo el gobierno obrero y campesino, esto es, un gobierno de los explotados, independiente de la burguesía” (*Causa Operaria*, N° 2, octubre 1979).

Desde el inicio, por lo tanto, una estrategia y una práctica clara, apoyada en una caracterización precisa del movimiento obrero y sindical.

Mientras tanto, ¿cuál era el eje de los planteos de la OSI?: la “destrucción” de los sindicatos, posición doblemente aberrante, porque no pasaba de ser un grupo minúsculo y pequeño burgués. Ni en Ru-

4. Partido del Movimiento Democrático Brasileño: uno de los mayores partidos brasileños, surgió en la dictadura como MDB, el partido de oposición “tolerada” por los militares; con la vuelta de la institucionalidad, se transformó en uno de los partidos clave del régimen político, ocupando un papel destacado en todos los gobiernos (n. d. e.)

sia, donde habría de eclosionar un movimiento de masas contra los sindicatos “oficiales”, la oposición antiburocrática dejó de plantear la utilización de todos los resquicios que podían aprovecharse de esos sindicatos, para hacer avanzar el trabajo preparatorio de organización para imponer los sindicatos independientes (ver *La renaissance du mouvement ouvrier polonais*, editado por el Comité Internacional contra la Represión, París).

La OSI se lanzó a la aventura de los sindicatos paralelos que en París eran anunciados como “syndicats libres partout” (sindicatos libres en todas partes)... mientras en Brasil no los conocía nadie.

Es así que la OSI llegó tarde al PT y buscó luego quemar etapas acelerando una aproximación sin principios, pero su organización quedó marcada por una ausencia brutal de penetración obrera y, por lo tanto, por una composición aplastantemente estudiantil.

¿En qué consiste la progresividad del PT? El viraje de la OSI se produjo cuatro meses después de la radical condena primitiva. Así, en enero de 1980 se afirmaba que:

“el PT es una respuesta al movimiento del proletariado en el sentido de su organización independiente (...) el PT nace como una articulación de agentes de la burguesía en el movimiento obrero, pero no evolucionó como un pilar de la dictadura. La fuerza motriz de su articulación es la lucha de los trabajadores y no los partidos burgueses ni la dictadura militar” (Revista *Luta de Classe* N° 3).

¿Qué es esto? Que una criatura de la dictadura pueda ser aprovechada para organizar a las masas, a condición de luchar contra los agentes de la dictadura dentro de la organización así creada, puede ser; pero que esta criatura “evolucione” como una fuerza política consciente, no ya contra la dictadura, sino contra el capital, esto sí que es puro charlatanismo.

¿Cuándo y qué produjo tal “salto cualitativo”?

Si la respuesta es el ascenso obrero, diremos, antes que nada, que las grandes huelgas de San Bernardo son anteriores a la propuesta del PT y, en los cuatro meses que van de la posición inicial a esta nueva formulación, no hubo ningún acontecimiento significativo para el movimiento obrero. Por lo tanto, no se trata de un juicio sobre una nueva situación, por parte de la OSI, sino de una revisión de sus posiciones pasadas. Así, invirtiendo totalmente su razonamiento pasan a considerar que el PT es una expresión del movimiento huelguístico de

1978-1979 y, por esto, afirman que su “fuerza motriz es la lucha de los trabajadores”. Sin embargo, esto es también una verdad a medias, una unilateralidad en la cual prevalece el elemento oportunista.

¿Qué significa que la “fuerza motriz del PT es la lucha de los trabajadores”? ¿Que el PT es un canal para la movilización de los trabajadores en su lucha cotidiana? Esto, hasta el momento, el PT no lo ha probado. El PT no dispone de fracciones organizadas en los centros obreros del país, no interviene orgánica y centralizadamente como partido en las luchas obreras y ha formulado una política explícitamente abstencionista en relación con el movimiento sindical, en nombre de la “autonomía” de los movimientos populares. En la misma revista de la OSI que citamos, se afirma que “si ese movimiento (obrero) utilizará al PT como instrumento transitorio o si pasará por encima de sus ruinas, es una cuestión que no nos cabe resolver de antemano” (*Luta de Classe* N° 3, pág. 11).

Entonces, ¿cómo puede afirmarse que la fuerza motriz del PT es la lucha de los trabajadores, si todavía es una incógnita su relación con el movimiento obrero real?

Si por “lucha de los trabajadores como fuerza motriz del PT”, se quiere decir que surgió de las huelgas y del ascenso obrero, esto también es unilateral. De una huelga o de una lucha surge una victoria o una derrota, un sindicato o una nueva tendencia sindical, un soviet o un comité de huelga, pero no un partido. Un partido es un programa y un programa, a su vez, una determinada elaboración de las experiencias históricas de la lucha obrera. El PT no surgió de las huelgas en el sentido de que las huelgas y el ascenso obrero no pueden parir por sí mismas un programa y un partido.

La forma correcta de plantear el problema con cierto rigor es diferente. Las huelgas que se iniciaron en 1978 marcaron el despertar de la clase obrera brasileña frente a la dictadura y proyectaron la figura de sus dirigentes a nivel nacional, fundamentalmente a Lula. El llamado de esta dirección a construir un partido de los trabajadores le da una importancia nacional a la propuesta y plantea, coloca en pie, la cuestión de construir un partido independiente -sus métodos y estrategia. Esto reviste un carácter enteramente progresivo, en un país que carece de una organización política de masas de la clase obrera y en el cual no existe un partido revolucionario desarrollado. Pero plantear la cuestión no significa resolverla ni tampoco la construcción de un partido de los trabajadores -es decir, que agrupa asalariados y pequeño burgueses-, se identifica

automáticamente con un partido obrero realmente independiente. Se puede tratar de un primer paso en este sentido, pero solamente esto, un primer paso: eso sería construir una organización separada de los partidos burgueses actuantes y del Estado. Pero existen todavía una serie de pasos a dar: actuar en forma independiente en el plano electoral y parlamentario y -fundamentalmente- en el de la agitación y la propaganda, en el conjunto de la situación política, a partir de una estrategia y una táctica realmente obrera, independiente. Para caracterizar al PT es necesario tomar todos estos elementos como un todo orgánico, no negar la progresividad de un paso hacia un partido obrero independiente ni dar por completa la tarea con el mismo. Desde otro ángulo, entonces...

### **¿Es el PT un partido obrero independiente?**

Para la OSI la respuesta es afirmativa. De la caracterización inicial de Lula como “agente de la burguesía” ya no quedan rastros. En junio pasado se afirmaba que: “Lula y los que lo cercan están hoy marcados por las relaciones con el movimiento obrero independiente (...) Lula cumple un papel enorme, progresivo (...) después de más de un año de construcción de ese partido obrero independiente que está siendo el PT” (*Luta de Classe*, N° 6, junio 1981, pág. 36).

Si se buscan las razones por las cuales la OSI fundamenta esta caracterización se verá que se resumen en lo siguiente: basta que el PT sea organizativamente independiente de la burguesía para que deba ser considerado como partido obrero independiente. Esto sólo puede ser el partido revolucionario, porque puede ser independiente desde el punto de vista político. Así, en un reciente documento preparatorio del V Congreso de la OSI, se lee:

“Preguntamos: ¿existe algún tipo de partido obrero independiente organizativamente y políticamente? La posición de la OSI es de que ese partido sólo puede ser aquel cuya dirección no defienda la colaboración de clases sino los intereses históricos del proletariado, esto es, sólo puede ser el partido revolucionario y ningún otro” (*Boletín* N° 2, 30/10/81, pág. 16).

De aquí se deduce que la dirección del PT defiende la colaboración de clases y, sin embargo, la OSI no ve ningún inconveniente en definir al PT como partido obrero independiente. En realidad, el criterio en el cual la OSI basa su caracterización de partido obrero (independencia “organizativa”) es absolutamente inconsistente.

En 1920, en un debate similar, Lenin intervino en el Congreso de la III Internacional para criticar la posición de algunos comunistas ingleses que calificaban al Partido Laborista británico como la “expresión del movimiento sindical”, caracterización con la cual -afirmaba- “es imposible concordar”. Y agregaba: “Por supuesto, la mayoría del Partido Laborista está compuesta de trabajadores, pero este hecho no cabe deducir lógicamente que todo partido de trabajadores, que agrupa trabajadores, es al mismo tiempo, un partido político de los trabajadores; esto depende de quién lo dirige, del contenido de sus actividades y de su táctica política. Sólo esto determina si es un partido realmente proletario. Desde este punto de vista, que es el único punto de vista correcto, el Partido Laborista no es un partido de los trabajadores sino un partido político burgués” (“El partido comunista y el partido laborista”; discurso en el Segundo Congreso de la III Internacional, 6/8/1920).

La pregunta pertinente para el caso brasileño es: ¿por su programa, por su dirección, por su táctica política, el PT es un real partido obrero independiente, o es un partido no proletario, que agrupa a trabajadores (y no, como el Laborista, al proletariado organizado en los sindicatos)? La OSI no se formula la pregunta porque se plantea el problema de tal manera que el interrogante ni siquiera surge. Para calificar a una organización como obrera independiente, la OSI juzga que basta examinarla “organizativamente”. Por esto, la OSI nunca, en sus textos, se plantea un análisis sobre el programa y las ideas dominantes en el PT.

Desde el punto de vista del conjunto de su actividad y de su concepción política integral, el PT, que carece tanto de una agitación y propaganda propia como de una estrategia política de clase, no puede ser calificado como un partido realmente obrero independiente.

En sus documentos programáticos, el PT plantea la lucha por la democracia y en ningún momento se levantan los objetivos históricos del proletariado -dictadura de la clase trabajadora y destrucción del Estado burgués. El sociólogo Francisco Weffort, ideólogo del PT y autor de sus principales documentos programáticos, declaró recientemente que la “destrucción del aparato del Estado no corresponde a la realidad del mundo moderno”, que lo que está planteado es “someterlo al control de las organizaciones sociales y del pueblo” (*Em Tempo*, diciembre de 1981). Esta declaración ya nos está diciendo que el PT no es siquiera un partido consecuentemente democrático, ya que no se plantearía la destrucción del “aparato del Estado” brasileño -es decir



de la dictadura militar y el conjunto del régimen político presente. No se coloca, siquiera, a favor de una revolución contra el despotismo.

Es cierto que la dirección del PT se ha pronunciado recientemente por el “socialismo que será definido por la lucha diaria del pueblo brasileño”; pero esto es demagógico, porque se rechaza explícitamente una definición del socialismo como régimen político de clase -basado en la expropiación del capital, la liquidación de su Estado y el gobierno obrero y campesino- y se lo diluye en consideraciones subjetivas sobre la “participación de las masas”, “formas de control social”, etc., etc. Por otra parte, a pesar de gozar de una simpatía generalizada entre los trabajadores, la base militante del PT está integrada en su mayoría por la juventud pequeño burguesa de los grupos de izquierda que lo apoyan, amparados en el prestigio de la figura de Lula.

Por su programa y su estructura militante, el PT es un partido democratizante de las organizaciones pequeño burguesas de izquierda, de una parte de la intelectualidad burguesa y de una fracción de dirigentes sindicales “independientes”, que se han agrupado sobre la base, no de una delimitación de posiciones, sino de la confusión más completa, que hacen el panegírico de esta confusión, que combaten todo intento de demarcación política como “sectario”, y que esperan prosperar y llegar a las masas por medio del “atajo” de la popularidad de Lula. La clase obrera no está presente en el PT como clase políticamente conciente, ni tampoco físicamente, sino que es indirectamente representada por su caudillo sindical. El PT es, a lo sumo, un primer paso en la ruptura con la burguesía y los viejos mecanismos de regimentación de los explotados -esto es indiscutible-, pero es una ruptura embrionaria, completamente inacabada y, lo que es más importante, conscientemente bloqueada por el conjunto de sus tendencias. Como sólo es organizativamente independiente, el contenido de su política es extraño al punto de vista del proletariado y la lucha de clases, y esto debe ser combatido. Esta es la esencia de la cuestión, y es aquí donde la OSI ha tirado la esponja.

### **Función oportunista de una caracterización**

La función que cumple la caracterización del PT como partido obrero independiente, por parte de la OSI, es la de justificar el abandono de la lucha por el programa, por la política revolucionaria. Esto resulta de sus propios planteamientos: dicen luchar para que el PT se desarrolle como partido obrero independiente, pero entienden esto

apenas como una lucha por su delimitación organizativa. A partir de este razonamiento, se postula que si se lucha por un programa proletario en el PT, en realidad, se estarían confundiendo las cosas, ya que esto sería combatir por un partido revolucionario y no por un partido obrero independiente. La OSI presenta la cuestión como si el PT fuera apenas un campo de reclutamiento para la organización revolucionaria que ellos representarían y no como una realidad con vida propia, como una objetivación en donde predominan tendencias extrañas al proletariado. Por esto, definen su táctica en el PT como “entrista” y, en el documento preparatorio del Congreso antes citado, afirman:

“nuestro objetivo con el entrismo es construir el partido revolucionario; el entrismo es una táctica aplicada por tiempo limitado, siendo que el momento preciso de su término será decidido en función de la construcción del partido revolucionario; la construcción del PT, partido obrero independiente, no es contradictoria con la construcción del partido revolucionario” (pág. 30).

En principio, es evidente que la lucha por el partido obrero independiente no es contradictoria con la lucha por la construcción del partido revolucionario. Pero, es justamente la OSI la que hace entrar en contradicción una cosa con la otra, cuando define al partido obrero independiente desde el punto de vista organizativo: si éste no es políticamente independiente, es políticamente burgués o pequeño burgués y, por lo tanto, contradictorio con el partido revolucionario. En la realidad, la cuestión se presenta así: la fracción marxista no puede luchar por el partido revolucionario si no combate por la transformación del PT en un real partido obrero independiente -es decir, que asuma el punto de vista de la revolución social dirigida por la clase obrera. En este sentido, y sólo en este sentido, la lucha por la construcción del PT “no es contradictoria” con el partido revolucionario. Pero, la construcción del PT, tal como se desarrolla en la actualidad, sí presenta un elemento contradictorio, un obstáculo a la construcción del partido revolucionario. Con esta política de “aprovechar al PT como es”, se benefician las tendencias enemigas de la revolución social e incluso de la democracia. La OSI establece compartimentos estancos, por un lado, lucha por el PT sólo organizativamente independiente; por el otro, lucha por el partido revolucionario, por lo tanto fuera del PT. Es decir, es un centrismo sin finalidad política, como trabajar en un club

de ping-pong (¡y aún aquí hay que combatir a los que quieren hacer de las asociaciones deportivas un factor de corrupción estatal!).

La intervención en el PT no es “entrismo” tal cual lo define la OSI en el párrafo citado.

La comparación con la táctica entrista en el PS francés, en 1934-36, recomendada por Trotsky, es muy instructiva. Este “entrismo” tenía una finalidad política cristalina: permitió a los trotskistas “estar adentro” del frente único PC-PS, para influir en su desarrollo, para combatir contra su transformación en frente popular con la burguesía y para que asuma una orientación revolucionaria. Sólo en la medida en que se impulsase esta “finalidad política” los trotskistas podían crecer a expensas de los reformistas.

Pero el PT brasileño es, precisamente, esa especie de frente único: la fracción revolucionaria sólo puede crecer a expensas de los reformistas si lucha para que el PT intervenga revolucionariamente (programa de transición) y para ayudar a delimitar al proletariado conciente de la pequeña burguesía. Es notable que, unas páginas antes en el mismo documento, se plantea la cuestión desde otro ángulo (el cual, bien entendido, no tiene nada que ver con la propia política de la OSI):

“por el hecho de ser una organización oportunista no centralizada, que tiene un curso centrista, puede evolucionar positivamente en el sentido de una transición para el partido revolucionario (lo que sólo puede suceder si los marxistas se tornasen su dirección) y, en este caso, la organización marxista ‘se disolverá en ese partido obrero’, Trotsky nunca diría esto refiriéndose a la socialdemocracia” (pág. 28).

Si admitimos como correcta la posibilidad teórica -poco probable- aquí anunciada, es evidente que la “táctica del entrismo por tiempo limitado” no corresponde al PT, en el cual “puede ser” que nos disolvamos. De todos modos, esto es accesorio, lo fundamental es lo siguiente: cómo el PT puede teóricamente evolucionar hacia el partido revolucionario, cómo su dirección puede tornarse una tendencia revolucionaria, si no se declara conscientemente que ésta es la transformación que se quiere operar, que no hay partido realmente independiente sólo en el “plano organizativo”, que el programa y la política actual del PT es pequeñoburguesa democratizante; o sea, todo lo que la OSI no hace desde que se puso a embellecer al PT como el partido obrero independiente en el Brasil, se trabaja para la disipación del proletariado y no por su transformación en caudillo nacional.

## Una concepción bernsteiniana

No sólo la OSI, sino también los morenistas y los seguidores brasileños de Mandel han hecho uso y abuso de dos cartas de Engels, dirigidas a militantes marxistas norteamericanos en la década de 1860. Engels, entonces, los estimulaba a participar de los movimientos que se orientaban a la organización política propia de los trabajadores -los Knights of Labour (Caballeros del Trabajo)-, de los cuales se encontraban apartados por consideraciones sectarias. En una de esas cartas -a Friedrich Sorge- afirma que “el primer gran paso a ser dado en todos los países que hayan recientemente entrado en movimiento es la constitución de los obreros en partido político independiente, no importando como (...), que el primer programa de este partido sea confuso y de los más incompletos, es un inconveniente inevitable pero, mientras tanto, pasajero”. Son estas líneas fuera de contexto las que han justificado “teóricamente” un planteamiento revisionista sobre el movimiento obrero:

“Se trataba -afirma la OSI, luego de citar a Engels- que los militantes aceptasen el movimiento tal cual existía, sin colocar ninguna restricción de orden programática (...) no existe ninguna contradicción entre las reivindicaciones elementales y el objetivo final que es la transformación del proletariado en clase dominante; todo forma parte de un único movimiento, que procede del lugar ocupado por el proletariado en la producción” (*Luta de Classe* N° 5, pág. 45).

La conclusión de la OSI es totalmente arbitraria y no se desprende para nada de lo que Engels afirmaba. Desde el punto de vista histórico, la OSI retrocede a la posición de los revisionistas alemanes y de los economicistas rusos criticados por Kautsky y Lenin a principios de siglo. La esencia del planteo revisionista consistía, justamente, en plantear que no existían “contradicciones” entre el movimiento reivindicativo y revolucionario de la clase. En contrapartida, la mitad del *¿Qué hacer?* de Lenin está dedicado a demostrar que la lucha por “las reivindicaciones elementales” conduce “sin contradicciones” al sindicalismo y no a la política revolucionaria, a la constitución del proletariado en clase dominante:

“la conciencia política de clase no se le puede aportar al obrero más que desde el exterior, esto es, desde fuera de la lucha económica, desde fuera de la esfera de las relaciones entre obreros y patrones. La única esfera en que se pueden encontrar estos conocimientos es la esfera de

las relaciones de todas las clases y capas con el Estado y el gobierno, las esferas de las relaciones de todas las clases entre sí”.

El movimiento de la clase en la órbita de la lucha “por las reivindicaciones elementales” conduce, en sí misma, a la perpetuación de la relación obrero-patrón. No hay tal movimiento “único”, como afirma la OSI.

En lo que se refiere a los consejos de Engels a los marxistas americanos debe decirse, además, que el compañero de Marx señalaba que no se plantearan “restricciones programáticas” para integrarse al movimiento real de la clase, pero no para adaptarse a toda su ambigüedad y amorfismo programático (que es lo que la OSI hace). Mientras la OSI señala que el programa y la política revolucionaria no forman parte de la construcción del partido obrero independiente, porque la esencia de su construcción es delimitarse sólo en el plano organizativo, Engels indicó con toda claridad, en el caso de los Estados Unidos, que:

“Los Knights of Labour [son] un factor muy importante para el movimiento, que no debería ser vilipendiado desde afuera, sino revolucionado por dentro (...) [se trata] de caminar junto a todo movimiento real del conjunto de la clase, aceptar el punto de partida como un hecho concreto y conducirlo gradualmente al nivel teórico, *resaltando que cada falta cometida, cada derrota sufrida, consiste en una consecuencia necesaria de los errores teóricos del programa original*” (carta a F. Kelly, 28/12/1866, subrayado nuestro).

La OSI, en cambio, reveló un desprecio olímpico por la lucha programática y jamás declaró su propósito de revolucionar al PT por dentro, lo que sí plantea Engels.

### **¿Son las elecciones el momento “por excelencia” para construir el PT?**

El último número de la revista de la OSI (*Luta de Classe*, N° 7), de noviembre pasado, incluye un artículo sobre las elecciones de 1982 y la participación del PT en las mismas. Se desarrollan aquí una larga serie de consideraciones sobre la importancia de saber utilizar las elecciones y en torno del significado del sufragio universal, que realmente no vienen al caso, y se falla en lo fundamental: en la caracterización concreta de las elecciones brasileñas previstas para noviembre próximo. De acuerdo con la OSI,

“podemos prever que la profundización de la crisis política de la dictadura militar, las fuerzas del movimiento de los trabajadores, después de más de un año de recomposición (...) apuntan hacia enfrentamientos de peso con la dictadura militar, enfrentamientos que tendrán en las elecciones uno de sus grandes momentos” (pág. 42).

Esta es la lógica que preside el análisis: las elecciones como el “gran momento” del enfrentamiento de los explotados con la dictadura. De esta manera, se dirige toda la atención hacia el estrecho campo electoral y se restringe la actividad revolucionaria, estimulada por la crisis política hacia unas elecciones que no son la materia combustible de la crisis, sino una de sus expresiones.

El punto de vista del “gran momento” es el punto de vista de la oposición burguesa, que busca paralizar todo movimiento real contra la dictadura para presentar a las elecciones como el “gran momento” para proceder a una modificación del régimen actual. Las elecciones se encuentran sobredeterminadas por la marcha de la crisis política y omitir esto es desbarrancarse hacia el electoralismo -es decir, hacia el terreno más viable para el entendimiento entre la burguesía dictatorial y la burguesía democratizante.

El análisis debe ser concreto. Estas elecciones forman parte del contexto más amplio de crisis del régimen militar. Para este régimen en crisis, las elecciones constituyen una pieza de la maniobra política para su sobrevivencia, y es por esto que resolvió que los gobiernos estatales sean elegidos directamente -por primera vez en los últimos 16 años. El objetivo es incorporar al poder a sectores burgueses marginalizados y negociar, a partir de aquí, la elección de un nuevo presidente para 1984, que es elegido por el Congreso. Pero el desarrollo de la más grande crisis económica de los últimos cincuenta años mina las posibilidades de compromiso entre las diversas fracciones burguesas y el imperialismo y -también- estrecha el margen de maniobra de la burguesía en su conjunto en relación con las masas.

En este sentido, el planteo de la OSI de que, “para el régimen militar fundado en la sofocación de las libertades, las elecciones sólo pueden ser un estorbo” (pág. 63), es una fantástica falsedad, porque, evidentemente, no son “sólo” un estorbo, son, también, una vía de salida. La teoría de que son “sólo” un estorbo es la del PMDB, porque para éste son su “único” método de lucha. Tampoco es correcto afirmar que, “la necesidad del régimen es la de fraudar las elecciones, pero el problema es encontrar una forma de fraude aceptable para la oposición burguesa” (pág. 64).

En primer lugar, porque las elecciones, bajo el control de todos los recursos del poder militar, encuadradas en una legislación represiva monstruosa, ya son en sí mismas un fraude. En segundo lugar, porque el “problema” no es la oposición burguesa, con la que existen enormes posibilidades de un acuerdo o, en su defecto, grandes posibilidades de que acepte el milésimo paquetazo. El problema es que la crisis supera la dimensión puramente electoral y la dictadura se encuentra tremendamente bloqueada para encontrar una solución que, además de satisfacer a las diversas fracciones burguesas, sirva, principalmente, como recurso político para frenar el desarrollo de las luchas obreras y campesinas. Todo el análisis de la OSI se realiza desde una óptica formal, electoral, como si estas elecciones fueran algo opuesto, externo e irreconciliable con el régimen.

Si tomamos las cosas como son, concretamente, el problema no consiste en señalar que el régimen quiere “fraudar” las elecciones -¿cómo si una dictadura pudiera hacer otra cosa!- sino destacar que no puede haber elecciones realmente libres con el régimen militar en pie.

Las elecciones no son “sólo” un estorbo al régimen. Todo el fraude ya establecido por la legislación y la intimidación responde al carácter dictatorial del régimen que busca perpetuarse. Se habla de la eliminación de las elecciones parlamentarias y la prorrogación de mandatos de diputados y senadores, la posibilidad de disolución de los partidos y la realización de los comicios con candidatos sueltos, sin filiación partidaria, la proscripción de Lula, etc. Pero, entonces, en estas condiciones, ¿qué sentido tiene repetir una y mil veces la importancia de participar en las elecciones y considerarlas como el “gran momento” de enfrentamiento con la dictadura? Esto es -parafraseando un viejo refrán- como ver pasar un entierro y saludar a los pasantes diciéndoles “menos mal que tienen algo para llevar”. Es apuntar fuera del blanco y asociarse a toda la estrechez de la dirección petista, que ha hecho del terreno electoral el centro exclusivo de su actividad. En lugar de abrir los ojos de los trabajadores para toda la dimensión de la crisis actual, se busca conducir sus expectativas al mezquino embudo de una vía electoral.

La presencia del PT en las elecciones constituiría un segundo paso en su delimitación de los partidos burgueses y esto, en sí, es enteramente progresivo. Pero, los problemas planteados por la situación actual van más allá de la cuestión de participar en las eventuales elecciones. ¿Qué hacer frente a nuevas medidas arbitrarias del gobierno? ¿Cómo aprovechar la agudización de la crisis actual y los cambios bruscos en la situa-

ción política? ¿Cómo organizar el combate contra el descargue de la crisis económica sobre los trabajadores, contra la carestía y el desempleo? El problema central que se plantea es cómo acabar con la dictadura y dar a la crisis actual una salida desde el punto de vista de la clase obrera, que es lo que corresponde a un partido obrero. En este sentido, la utilidad de la campaña electoral consistiría no en prepararse para el “gran momento” del comicio y la mera recolección de votos, sino, esencialmente, en la posibilidad de armar tribunas a lo largo y ancho del país, agitando en torno de un programa de movilización y propagandeando los objetivos históricos de la lucha de los trabajadores contra el imperialismo y el capital:

-Campaña nacional del PT por una Constituyente Soberana y Democrática en total oposición al arbitrio dictatorial; definir un programa de reivindicaciones democráticas, superando las mezquinas limitaciones de la oposición burguesa; fin de la camarilla militar, derecho a la sindicalización de la tropa y carácter electivo de los puestos de comando de las fuerzas armadas, formación de milicias populares, etc.

-Poner en pie a los sindicatos en el combate contra la carestía y el desempleo; apoyo a todos los movimientos huelguísticos e impulso a la formación de comités de fábrica, por una central sindical independiente de la burguesía y del Estado.

-Impulsar la formación de comités de trabajadores agrícolas y campesinos para garantizar la ocupación de la tierra, por la confiscación del latifundio y el gran capital agrario.

-Expropiación del imperialismo y de todo el capital monopolista que expolia a la mayoría nacional; desconocimiento de la deuda externa; ruptura de todos los pactos militares y diplomáticos; confiscación de los grandes monopolios; control obrero de la producción; nacionalización del comercio exterior y del mayorista interior.

En este terreno, organizando el movimiento real de los explotados es que el PT debe construirse. En cambio, toda la caracterización unilateral de la OSI sobre las elecciones, embelleciéndolas, concluye con un planteo acabadamente oportunista:

“las elecciones de 1982 polarizarán las atenciones de las masas y pueden constituirse en un momento por excelencia en que un partido obrero como el PT atraiga millones y millones de votos, construyéndose como un partido de masas” (pág. 66).



Se identifica la construcción de un real partido obrero con el número de sus votos. El PT puede llegar a juntar muchos votos, puede ser, pero que juntando votos se construya como un real partido obrero esto es una mistificación total. La construcción de un partido obrero reposa en su capacidad por organizar realmente a la vanguardia del movimiento obrero, elevar su conciencia y orientarla hacia el cumplimiento de sus objetivos históricos, transformarla en efectivamente dirigente en todos los terrenos de la lucha.

El voto es un instrumento pasivo, activado de años en años, por el cual la burguesía ha creado la ficción de que la sociedad dirige sus propios destinos. No sirve para modificar la sociedad y mucho menos es el método propio para construir el instrumento de su radical transformación: el partido de la clase obrera. La participación electoral puede ser una poderosa línea auxiliar, pues puede ayudar a ampliar la agitación política y la organización, pero nunca es el método privilegiado -“por excelencia”- de la construcción del partido. No existe momento “por excelencia” para la construcción de un partido obrero, pues esto es consecuencia del aprendizaje en el dominio de todas las formas de lucha y de la capacidad de relacionarlas al objetivo final. La OSI borra toda frontera con las ideas burguesas predominantes en el PT, que también consideran a las elecciones como el momento “por excelencia” para la construcción del partido, en la medida en que reniegan de la revolución y de la intervención del partido en la lucha reivindicativa de las masas.

## **Conclusión**

La lucha por convertir al PT en un real partido obrero independiente debe desarrollarse en todos los planos. Apoyándole en cada paso de delimitación real, no para considerar la tarea acabada, sino para esclarecer el camino que aún falta recorrer. En este sentido, la lucha por el programa revolucionario debe ser considerada en su conjunto, como una actividad integral, práctica, ideológica y política. Especialmente, en la lucha por la intervención del PT en todos los movimientos que se desarrollan a partir de reivindicaciones mínimas, que conservan vigencia y vitalidad, organizando las fábricas y lugares de trabajo hasta el combate ideológico por la teoría revolucionaria.

El PT puede transformarse en un partido de masas si se convierte en un canal de las luchas obreras y democráticas; y, en este caso, el

trabajo marxista por revolucionarlo por dentro encontraría un terreno fecundo. Esta es una de las posibilidades de desarrollo del PT; la otra es que concluya como frustración total. En cualquier caso, lo que está planteado es un combate por una política revolucionaria, de clase, sea para transformar al PT, sea para ayudar a la vanguardia a superar esta experiencia si concluye como frustración. Este es el camino que la OSI no ha sabido encontrar; su trayectoria puede resumirse así: del sectarismo al oportunismo, una ausencia completa de principios revolucionarios, una incompreensión mayúscula de la teoría y la política marxista.

### **Los orígenes de Convergencia Socialista**

La introducción del morenismo en Brasil se dio por contrabando, bajo el disfraz del socialismo reformista y no bajo la bandera de la IV Internacional y del trotskismo. Un pequeño grupo morenista comenzó a organizarse en el país al final de la década del '70 y pasaron a conformar el llamado "Movimiento de Convergencia Socialista", que se proponía construir en el país un Partido Socialista "amplio y democrático", que reuniese todas las figuras que se reclamasen del socialismo y se propusiesen luchar por un "socialismo con libertad". La propuesta de construir un PS en Brasil fue concebida como una propuesta de "concretar la síntesis de las varias corrientes que aspiran al socialismo", lo que apuntaba a juntar varias figuras burguesas remanentes del viejo nacionalismo burgués del PTB varguista (que, por supuesto, "aspiran" al socialismo), como Almino Affonso, ex ministro de João Goulart o del antiguo PSB, como Edmundo Moniz y otros "socialistas", para crear un amplio y democrático Partido Socialista en Brasil, usando para eso inclusive las leyes vigentes en el país (*Versus* N° 22).

A la política de buscar substitutos del partido revolucionario, se junta otra igualmente negativa que es su frentepopulismo. Así es que, al final de la década del '70, la tentativa de los morenistas de crear un partido "socialista" fue paralela a su participación en el MDB, partido burgués de oposición permitido por la dictadura militar. La participación de los "socialistas" en el MDB, pensando en un "frente electoral o frente de oposiciones democráticas", que tenía como objetivo la "unidad de todas las fuerzas democráticas" para luchar por el "fin del régimen dictatorial (...) a partir de un programa mínimo y democrático hace tanto tiempo asumido y defendido por el MDB". Es decir, por

“el programa mínimo del MDB”, lo que equivale al compromiso con la dictadura para la “apertura”. Se planteaba que “el régimen militar debe ser substituido por un gobierno provisorio, elegido por el frente democrático, y éste tiene que tener un plazo, que debe ser el más corto posible, suficiente para la convocatoria de una Constituyente libre y democrática” (*Versus* N° 22, pág. 19, “Documento presentado por la Coordinadora Nacional del movimiento de Convergencia Socialista a la Convención Nacional de MDB”). Se omitía el pequeño detalle de cómo iría a ser sustituida la dictadura “a partir del programa mínimo del MDB”, el cual, ni qué decir, no contemplaba esta “sustitución”; de otro modo, cómo sería derrocado el régimen militar sin la organización de la insurrección; Convergencia Socialista ni lo planteaba.

En las elecciones de 1978, Convergencia Socialista lanzó la consigna de votar por los “candidatos obreros y socialistas del MDB” y, al mismo tiempo, coquetea con la candidatura “alternativa” del general Euler Bentes Monteiro, que articulaba un “Frente Nacional de Redemocratización” en el seno de la oposición burguesa, para “disputar” con el general Figueiredo la presidencia de la república en el Colegio Electoral. Convergencia Socialista mantuvo conversaciones y envió una carta al general donde expresaba su esperanza de que “sobre los puntos de acuerdo podamos unir fuerzas y luchar juntos para que las libertades democráticas sean una realidad para nuestro pueblo” (*Versus* N° 22, ídem).

A esa política burguesa y oportunista del morenismo se une un planteo que oculta el carácter burgués democrático de la Asamblea Constituyente burguesa, convocada a partir del programa mínimo del MDB y lo presenta como alternativa socialista.

Esta estrategia está ejemplificada en las resoluciones aprobadas en el II Congreso de Convergencia Socialista. “Nosotros, militantes de Convergencia, somos socialistas, por eso en la Asamblea Constituyente lucharemos para que los trabajadores consigan votar una Constitución que organice el país en un nuevo cuadro, bajo una planificación socialista. O sea, lucharemos para que en la Constituyente se vote un Gobierno de los Trabajadores y una Constitución Socialista, que cree las bases para la construcción de un Brasil Socialista” (*Convergencia Socialista* N° 5, noviembre de 1978, pág. 4).

Aquí se combinan el oportunismo y la demagogia. Los “trotskistas” de Convergencia Socialista se proponen luchar en la Constituyente burguesa por una constitución socialista y un gobierno de los

trabajadores. Así, la reivindicación de la Asamblea Constituyente, que debe ser instrumento de movilización del proletariado y los campesinos pobres en una etapa de lucha democrática, es distorsionada, y se la formula como la forma política de realización del socialismo. La más mínima lógica debería concluir, por lo tanto, que la agitación por la Constituyente debe hacerse en nombre del socialismo. Pero en este caso: ¿dónde está el carácter democrático de las consignas dirigidas contra la dictadura y el imperialismo? Las consignas deben servir: a) para ayudar a las masas a golpear unificadamente a la dictadura; b) denunciar a la burguesía por darle la espalda a la democracia (¡no se la denunciará por darle la espalda a la dictadura del proletariado!); c) delimitar el programa socialista del proletariado, del democrático de las clases intermedias, de manera de desarrollar la fisonomía propia y la independencia política de aquél, es decir, evitar que en la lucha por la democracia el proletariado se disuelva en el frente burgués e identifique la realización del programa democrático como igual a su propia emancipación social. Otra cosa más es que la demagogia “socialista” (demagogia porque no dice cuáles son las condiciones que debe imponer el proletariado para luchar por su realización, es decir: ponerse a la cabeza de la lucha por la libertad política y separarse políticamente de la burguesía, con una organización y programas propios) oculta el contenido social burgués-democrático de la lucha contra la dictadura, que está representado por las reivindicaciones contra el imperialismo y por la revolución agraria.

La agitación por la Constituyente debe hacerse alrededor de estas banderas: derrocamiento de la dictadura, expulsión del imperialismo y liquidación de la gran propiedad agraria. Es sobre la base de la diferenciación política entre la burguesía y el proletariado, que se establecerá en el desarrollo de esta lucha, que emergerán las condiciones subjetivas para poner a la orden del día práctico la dictadura del proletariado.

Estas características de frentepopulismo -reformismo y búsqueda de un sustituto del partido revolucionario- son las que orientarán la actuación del morenismo en relación con el PT. Esta política de Convergencia Socialista no dejó de tener sus efectos en el seno del partido, ocasionando un gran número de divisiones y crisis. Cuando la construcción del PS se malogra, los articuladores de Convergencia Socialista van a encontrar en el PT “el embrión del Partido Socialista que está naciendo” y se propondrán luchar “con todas las fuerzas para que

ese embrión crezca rápidamente y se transforme en la verdadera opción de la democracia” (*Versus* N° 26, noviembre de 1978) y buscarán influenciar la construcción del partido en los moldes de la tentativa fracasada del PS.

### **La “propuesta original” del Partido de los Trabajadores**

El primer documento programático del Partido de los Trabajadores -una síntesis de concepciones liberales que propone la “participación política de los trabajadores” y la “democratización de la sociedad”, y que en ningún momento plantea las concepciones fundamentales de la independencia de clase del proletariado y sus objetivos históricos-fue, en parte, inspirado por los morenistas de Convergencia que, hasta hoy, reivindicán las “propuestas originales” del PT.

Dada la realidad del PT, surgido de las grandes movilizaciones obreras de los últimos años, pero dentro de las restricciones impuestas por la reformulación partidaria de la dictadura militar y con un programa y una política pequeño burguesa, el deber elemental de los revolucionarios es luchar para que prevalezca el programa revolucionario y para impedir que el PT se cristalice como un partido pequeño burgués. La adaptación pasiva a las tendencias oportunistas existentes dentro del PT sólo puede contribuir a consolidar un aparato burgués y una traba para la revolución proletaria. Debe emprenderse un duro combate para que las masas realicen una profunda experiencia con el PT: esto significa, no sólo la lucha en el interior del partido sino también junto a las masas, ayudándolas a avanzar en el sentido de cumplir con sus objetivos históricos. La adaptación y la pasividad frente al actual curso del PT sólo puede contribuir a la construcción de un aparato burgués que, con la agudización de la movilización de las masas, se constituirá inevitablemente en un bloqueo a su desenvolvimiento revolucionario.

La intervención de Convergencia Socialista dentro del PT se guió, siempre, por la adaptación a las tendencias oportunistas existentes en el partido, pues lo consideraban el “embrión” del Partido Socialista “amplio” y “democrático” -es decir, de adaptación al régimen burgués. Convergencia Socialista no se planteaba una adaptación transitoria a las características del PT como una forma de luchar por la construcción de un partido de clase realmente independiente, pues compartía la finalidad del PT de ser un partido de la democracia. De ese modo, consecuente con su posición de defender la “propuesta original” del PT, intervinieron

con la propuesta de defender el partido como había surgido, abdicando de dar la lucha programática y adoptando la posición vigente:

“Para Convergencia Socialista sólo hay un PT -el que lanzó Lula frente a 80.000 metalúrgicos en abril de 1979. Defendemos y vamos a defender siempre este PT. Que sepamos no existe otro. Defendemos este PT y sus banderas de lucha. *Y vamos a combatir a los que quieren modificar los objetivos trazados desde el inicio por los compañeros Lula, Bitar, Cicote, Ibrahim, Skromov y otros dirigentes sindicales.* No queremos que el PT tenga todo nuestro programa” (*Convergencia Socialista* N° 9, marzo 1980, subrayado nuestro).

O sea, dice Convergencia Socialista, no luchamos por nuestro programa dentro del PT (y tampoco fuera, ya que ¿cómo entenderían los obreros una lucha por el programa que se consume en sí mismo, en el proselitismo individual y no tiene trascendencia en la lucha pública por influenciar a los trabajadores?), sino por otro programa que no es el nuestro, no queremos modificar las características oportunistas y combatir la confusión política existente en el PT, sino defenderla y, más todavía, vamos a combatir a quien quiera modificarlo. Estas son concepciones que conforman un evangelio de oposición a la construcción de un partido obrero y profesan la intención clara de estructurar un partido oportunista. Los que elaboraron tal estrategia parecen creer que los rumbos que va a tomar la construcción del PT no tienen ninguna relación con la organización de la clase obrera como clase para sí -o sea con la construcción del partido obrero.

### **Gobierno de los trabajadores y partido sin patrones**

Una de las características del morenismo es su intento constante de ocultar su política oportunista, presentando consignas ambiguas, como el modelo del clasismo y de la independencia de clase, cuando es esa ambigüedad la prueba misma de su política oportunista. Así es que la política de los morenistas en el PT estuvo delineada por la defensa de dos reivindicaciones consideradas como la síntesis del partido: “por un partido sin patrones” y “por un gobierno de los trabajadores”. La defensa de estas consignas fue considerada como una “defensa intransigente del carácter de clase del PT” (*Convergencia Socialista* N° 14, junio de 1980, “¿A dónde queremos llegar?”).

Lo que distingue estas dos consignas no es, al revés de lo que quiere

crear Convergencia Socialista, la “defensa intransigente del carácter de clase” del PT, sino su ambigüedad. ¿“Partido sin patronos” define acaso el carácter de clase del partido obrero? La ausencia de patronos implicaría que es suficiente que la burguesía no esté presente físicamente en el partido para que éste no sea burgués, olvidando que la política de la burguesía puede estar presente a través de sus agentes pequeñoburgueses o del propio movimiento obrero.

En segundo lugar, si la definición es puramente negativa (“sin patronos”), no llega a definir cuál de las clases sociales, no patronales, sería la dirección del partido -campesinado, pequeña burguesía, proletariado, todos son “trabajadores”-, sería como decir: un partido del pueblo. Si ésta es una defensa del “carácter clasista” del PT, no estaría de más decir a qué clase el “clasista” está refiriéndose. Este tipo de “defensa intransigente” es perfectamente aceptable para muchos de los que defienden un partido policlasista -“frente de los explotados”- y son enemigos de la construcción de un partido obrero (MEP, AP).

La propuesta de que el PT se definiese por un gobierno de trabajadores causó en el PT un gran barullo. Pero, a pesar del odio que muchos sectores en el seno del PT le dedican a esta consigna, ella no deja de ser ambigua y es opuesta a la de gobierno obrero y campesino, entendido como un gobierno revolucionario que arma a los trabajadores y no se detiene en los límites de la propiedad privada. Gobierno de los trabajadores, y así con varias consignas levantadas por la izquierda en el PT, son una tentativa de escaparle a una definición clara del carácter de clase del partido y su programa. ¿Cuál es el carácter de clase de “un gobierno de los trabajadores”?, ¿en qué se diferencia de la reivindicación de “gobierno popular”?, ¿cuáles son las clases que van a gobernar?

La tendencia a oscurecer el contenido de clase de los objetivos y del carácter del partido que está presente en la política de Convergencia Socialista tiene una sola función: obstruye la construcción de un partido real de la clase obrera y lo substituye por otra cosa, una unidad oportunista que abriga indiferenciadamente a griegos y troyanos, y permite a cada uno desarrollar sus propios objetivos que nada tienen que ver con el desarrollo político de la clase obrera.

### **Un giro izquierdista y sectario**

A mediados de 1981, las concepciones de Convergencia Socialista con respecto al Partido de los Trabajadores van efectuar una curva de 180

grados en relación con sus posiciones anteriores. Esta vez, el cambio será para el polo sectario y ultraizquierdista, asumiendo posiciones muy semejantes a las defendidas originalmente por la OSI. Las nuevas posiciones de Convergencia Socialista surgen en su debate con la OSI, buscando la unificación de las dos organizaciones. En el proceso de unificación, las posiciones en relación al PT no podrían dejar de desempeñar un papel fundamental y las concepciones sectarias van, irónicamente, a chocarse con las posiciones oportunistas de los lambertistas brasileños (a las que llegaron también mediante un viraje de 180 grados), obstaculizando la unificación.

El núcleo de las nuevas posiciones morenistas es la caracterización de los sindicalistas que lanzaron la propuesta del PT, la corriente lulista, como “una ‘burocracia de izquierda’ y como tal históricamente contrarrevolucionaria”. Aclarando que

“cuando hablamos de burocracia lulista estamos refiriéndonos exactamente a esto. A la concepción marxista de esta categoría. Nosotros nos estamos refiriendo a una casta privilegiada que tiene su origen en la clase obrera, que surgió de ella, [pero que] *sin embargo no pertenece más a ella*. Que tiene intereses diferentes y contrapuestos a ella; a un sector que está unido con la burguesía nacional e imperialista, para frenar un proceso de movilización permanente de las masas; a un sector que considera el trotskismo como su enemigo fundamental y que los trotskistas consideran como su principal enemigo dentro de la clase obrera. Porque definir una corriente como burocrática significa decir que ella constituye un aparato burgués en el seno de las instituciones obreras y significa decir, que por más que pueda, en determinados momentos, jugar un papel progresivo y que los trotskistas deben saber utilizar, ella es históricamente contrarrevolucionaria” (*Documento de polémica con la OSI*, septiembre de 1981, pág. 3).

¿Y el “partido de Lula, Bittar, Cicote, etc.?”

¿Pueden los camaleones del morenismo construir un partido revolucionario?

¿Qué significa decir que la burocracia lulista es “históricamente contrarrevolucionaria”? Si entendiésemos por el término los aparatos contrarrevolucionarios consolidados históricamente, que tienen una historia de traiciones a la clase obrera y cuyo pasaje al campo de la contrarrevolución es un hecho definido históricamente, como los partidos comunistas y los partidos socialistas -y es la única manera como lo podemos entender- de ninguna manera puede ser aplicado al



lulismo. La burocracia lulista no sólo no tiene una historia de traición al movimiento obrero y al servicio de la contrarrevolución, sino que no tiene ninguna historia. Esta es una camada de activistas jóvenes del movimiento obrero que surgieron en la década del '70 y se proyectaron a través del movimiento huelguístico de los tres últimos años.

El problema reside aquí en que “históricamente” es una abstracción. ¿A qué historia se están refiriendo?

Por ejemplo, en el curso de una guerra nacional contra el imperialismo, las masas campesinas pueden jugar un papel altamente progresivo, lo que no ocurre, por su apego a la propiedad privada, cuando se trata de desarrollar la socialización en el campo. La propia burguesía nacional juega un papel progresivo en la medida que choque con el imperialismo y sus agentes, y facilite ampliar la agitación democrática y nacional, y sólo en esa medida, aunque al mismo tiempo siga su papel contrarrevolucionario de someter al movimiento obrero y pactar con sus adversarios. El proletariado, en este caso, debe procurar aprovechar las contradicciones del régimen burgués.

¿Cuál es la “historia” concreta por la que pasa Brasil? Las masas pasan por un período de lucha democrática y antiimperialista, y por poner en pie un partido obrero independiente. En relación con su actitud ante el régimen burgués en general, a su actitud ante la dictadura del proletariado, entre Lula y un político burgués o un burócrata metido a político burgués, sólo hay una diferencia de grado, y por eso no son *realmente* independientes del Estado burgués. Pero, en relación con la lucha por poner en pie un partido obrero independiente de los partidos burgueses actuales y a la lucha por conquistar condiciones democráticas apropiadas al desarrollo de tal partido, la diferencia es cualitativa. En este aspecto, y sólo en este aspecto, Lula no es contrarrevolucionario sino progresivo. Es en la medida en que Lula se opone, conscientemente o por confusión, a la construcción de un real partido de clase (y en esto no es él -sino el ala filo-stalinista de los MER, AP, “intelectuales”, etc.- el agente fundamental) que *tiende* a jugar un papel de freno, potencialmente reaccionario, etc. Se trata, para los revolucionarios, de reflejar en su política ambos aspectos, luchando por el desarrollo del PT como un partido ligado a las masas y, al mismo tiempo, por un programa revolucionario. El destino final de todo un sector de la burocracia obrera del PT estará determinado por las condiciones y el desarrollo que tenga esta propia lucha, principalmente por el nivel de intervención de las masas y por la calidad de la política de los cuartinternacionalistas.

Pero, para Convergencia Socialista, la burocracia “históricamente contrarrevolucionaria” puede “jugar un papel progresivo”, lo que implica sacarle todo el sentido a las palabras. ¿Cómo pueden los “agentes de la contrarrevolución” -como se dice en otra parte del texto- realizar cualquier cosa progresiva? Este tipo de planteo no es un error casual, sino una demostración, por la prestidigitación que hacen con los conceptos, de que el debate con la OSI tiene un carácter profundamente oportunista pues, al mismo tiempo que utilizan una verborragia ultraradical contra la burocracia, los “trotskistas” van a tratar de aprovechar los “aspectos progresivos” de la contrarrevolución. Esta incoherencia con las caracterizaciones tiene la función de dejar a los morenistas con las manos libres para maniobrar en el seno del PT y para adaptarse a los planteos oportunistas de la burocracia y de la dirección del PT, como lo hicieron hasta ahora.

Estos planteos sectarios conducen al oportunismo también por otro camino, cuando dicen que “Lula es un burócrata (...) igual a Joaquim (burócrata sindical *pelego*, ex interventor de la dictadura militar en el sindicato de los metalúrgicos de San Pablo, durante varios años, quien se mantuvo en el período de ascenso a través del fraude sistemático en las elecciones sindicales). ¿Qué es esto sino una apología del *peleguismo*? No se trata de calificar ambos como burócratas y profetizar que finalmente ambos acabarán traicionando igualmente a la revolución o cosa parecida, sino evaluar el papel que cada cual desempeña concretamente hoy en el desarrollo de la lucha de clases.

¿Cómo explica Convergencia Socialista que las direcciones de las huelgas del '78/'79/'80 sean equiparadas, en relación con estas huelgas y a sus consecuencias políticas, a las direcciones que en este mismo período hicieron lo imposible por contener el ascenso de las masas y se colocaron abiertamente contra él? Es simple, se trataría de una “división de tareas” (“Documento...”, pág. 15): la dirección lulista se coloca a la cabeza de las mayores movilizaciones obreras en las dos últimas décadas y crea el Partido de los Trabajadores, mientras la burocracia *pelega* quiebra huelgas y busca hacer que los obreros entren en los partidos de la burguesía, pero ambos “con una política diferente” están actuando al servicio de la burguesía y del imperialismo contra el movimiento obrero. Todo es postulado dogmáticamente por medio de una caracterización sociológica general (es decir, que se convierte en una muletilla): la dirección lulista es una burocracia y, como burocracia, “no pertenece a la clase obrera” y, por lo tanto, no puede defender los intereses de la clase obrera.

Las características de la burocracia lulista, que la distingue del *peleguismo*, es justamente que no se colocó contra el ascenso del movimiento de la clase obrera iniciado en 1978, sino que buscó acompañarlo, dividiendo así a la burocracia sindical en dos alas. En la resolución política de nuestro primer Congreso señalábamos:

“La diferencia entre la llamada burocracia ‘auténtica’ y la ‘pelega’ es sólo una cuestión de grado, porque no son direcciones realmente independientes del Estado (...) Con todo, por pequeña que sea esta diferencia de grado entre pelegos y auténticos, ella tiene una importancia fundamental: los últimos reflejan la inversión de la tendencia en la situación de la clase obrera (del reflujo al ascenso) y expresan la tendencia a la independencia de clase del movimiento de masas (...) Dejada a su voluntad -esto es, de acuerdo con su propia orientación política-, la burocracia auténtica acabará como agente directo del Estado burgués dentro de las relaciones políticas previstas en la apertura, y así lo mostraron efectivamente en la huelga del ’78 y en toda su conducta posterior (...) Sin embargo, esta dirección no actúa a su libre voluntad, sino que está sujeta a una fuerte presión de las masas (...) El balance histórico de esta nueva tendencia no está agotado y sus posiciones son un eje de referencia obligatorio para todas las otras tendencias sindicales minoritaria. La llamada tendencia auténtica, además de todo, está lejos de ser homogénea y es una obligación seguir atentamente todas sus diferenciaciones y orientar a los trabajadores acerca de todos los problemas de principios en cuestión” (págs. 16 y 17).

Para Convergencia Socialista, sin embargo, no es correcto decir que la burocracia lulista sufre presión del movimiento de masas o que tiene una actuación empírica en función de esa presión, pero considera que ella tiene un proyecto propio: “Lula y la corriente sindical que dirige, en el cuadro de crisis de la dictadura, con un movimiento de masas que tiende a cuestionar el orden burgués, quiere construir un partido y un aparato sindical para controlar a las masas y salvar a la burguesía” (“Documento...”, pág. 15).

El proyecto de Lula es, por lo tanto, construir un partido, el PT, para salvar a la burguesía del movimiento de masas. Lo más curioso aquí no es la afirmación de que la construcción del PT tiene como objetivo salvar a la burguesía, sino el hecho de que los “trotskistas” de Convergencia Socialista se hayan metido con todo a construir el PT. ¿Cuál es el sentido de colaborar en la construcción de un aparato contrarrevolucionario? Naturalmente, Convergencia Socialista hace

la salvedad de que se trata de una táctica de “entrismo”, pero la función del entrismo en un aparato burgués sería la de, simplemente, ganar un sector de las masas que esté preso en él y trabajar para destruirlo. Si lo que Convergencia Socialista hace en el PT, llamando a las masas a apoyarlo, no haciendo ningún tipo de oposición a la dirección del partido y trabajando para construirlo sin cuestionar los rumbos que está tomando, es entrismo; entonces, se trata de un entrismo muy original, que aparenta ser lo contrario de lo que es. Este tipo de entrismo ya lo hacían los morenistas argentinos en el peronismo, cuando se colocaron “bajo la dirección del general Perón” (sus propias palabras) y se adaptaban total y completamente al nacionalismo burgués.

Es preciso señalar que las posiciones actuales de Convergencia Socialista -sectarias y ultraizquierdistas, al punto de la provocación- son estrictamente para uso interno, afuera, para las masas y la base del partido, no existe esa cháchara de Lula como “contrarrevolucionario” y “agente de la burguesía nacional y del imperialismo” y otras maravillas morenistas, y sí una adaptación a la dirección del PT que se trata de esconder con críticas superficiales. Ni antes ni ahora, Convergencia Socialista cuestionó el programa del PT. Hasta llegó, después de la última vuelta carnero, a saludar la declaración de Lula como que el PT sería socialista, o inclusive su política. En la última convención del PT, Convergencia Socialista no se colocó claramente contra las coaliciones y llegó a saludar una convención que sacó una serie de deliberaciones negativas como “un paso al frente”, criticando única y exclusivamente la elección de la dirección -de la cual fueron excluidos.

Más que analizar las actuales estupideces de Convergencia Socialista, sobre que Lula paraliza el movimiento de masas “en función de sus acuerdos con la dictadura” (“Documento”, pág. 8), que es un agente del capital extranjero e igual a los peores *pelegos* y el enemigo fundamental de los trotskistas en el movimiento obrero, es preciso mostrar el abismo que va de las concepciones teóricas a las prácticas. Si el PT es una maniobra para contener el movimiento de masas, lanzada por agentes de la dictadura, enemigo jurado del movimiento obrero, ¿qué sentido tiene la participación de los “trotskistas” en el PT, en el ala del movimiento sindical encabezada por Lula? Más todavía, ¿qué relación existe entre las actuales posiciones sectarias de los morenistas y su práctica oportunista anterior y actual en el interior del PT?

El actual giro político de Convergencia Socialista -que, como se

puede ver, es una reedición empeorada de las viejas posiciones sectarias de la OSI- cumple objetivos precisos, no desde el punto de vista de los principios políticos, sino desde el de las ganancias de aparato. En el seno del PT, el sectarismo será utilizado para establecer una diferenciación superficial con la dirección, mientras que su oportunismo implícito dejará las manos libres para todo tipo de maniobras, en la lucha para conquistar posiciones en el seno del aparato del partido; en segundo lugar, es utilizado como un arma en su lucha faccional contra la OSI, por los despojos del ya muerto Comité Internacional<sup>5</sup>, oponiendo a las características marcadamente oportunistas de la OSI, su política “principista”. Pero, con la misma seguridad de que dos y dos son cuatro, el morenismo, cuando sus objetivos se agoten, cambiará su actual piel sectaria por una nueva versión del viejo oportunismo.

### **MEP: del foquismo al partido de los trabajadores**

El Movimiento por la emancipación del proletariado (MEP) surgió en la década del '70. Su origen está en las diversas “divisiones” del PCB que se metieron en una experiencia foquista en el inicio de los años '70. Aunque nunca haya participado directamente del guerrillerismo de este período, y su aparición sea posterior a él, el MEP nunca renegó su filiación al foquismo castrista. Su planteamiento característico está en negar toda lucha por las reivindicaciones democráticas -como las “libertades democráticas” o una “Asamblea Nacional Constituyente, soberana y democrática”- las cuales creía incompatibles con la lucha por el socialismo.

A pesar del revolucionarismo aparente de estos planteos, el abandono de las reivindicaciones democráticas lo llevó al abandono de toda lucha política contra el Estado burgués, pues al concluir que “no hay condiciones para la implantación del socialismo en este momento”, pasaron a apearse exclusivamente a las reivindicaciones económicas e inmediatas de los trabajadores. Por otro lado, este purismo

5. El Comité Internacional de la Cuarta Internacional (1979-1980) fue un acuerdo entre la corriente acaudillada por Pierre Lambert y la fracción del argentino Nahuel Moreno (recién salida del Secretariado Unificado), que postuló nada menos que la “reproclamación de la IV Internacional”. Como se trataba de un acuerdo sin principios, donde cada uno borraba con el codo lo que había escrito hasta el día anterior, el Comité Internacional se rompió en menos de un año, tan estrepitosamente como se había formado. Puede leerse nuestra crítica a las “Tesis del CI” en *Internacionalismo* N° 3, de agosto de 1981 (republicada en No fue un “martes negro” más, de Jorge Altamira), y un balance de su disolución en *Internacionalismo* N°4, de enero-abril de 1982 (n. d. e.)

socialista se reveló como un mero ejercicio teórico pues, en la práctica, apoyaron en las elecciones del '78 a los candidatos del partido burgués de oposición, el MDB, mero apéndice del régimen durante el período más duro de represión y que, luego del inicio de la llamada “apertura democrática”, trabajó siempre en el sentido de tapan la brecha abierta entre el régimen militar y las masas. Por esto es que entendemos que se trata de una tendencia filostalinista y filomenchevique (revolución por etapas, apoyo a la burguesía progresista).

La lucha por la construcción de un partido obrero independiente nunca fue parte del programa del MEP. La construcción de un partido que separase el proletariado de la burguesía, la construcción de un partido revolucionario no era uno de sus objetivos. El partido revolucionario en Brasil sería, para el MEP, el producto de la aglutinación de las diversas organizaciones de la izquierda pequeñoburguesa en una organización cuyas fronteras podrían extenderse hasta abarcar al PCB que, a pesar de ser criticado por el MEP, aparece como un “desvío” y no como un aparato contrarrevolucionario. Este no es un proyecto de construcción de un partido revolucionario de la clase obrera, sino de un partido de revolucionarios pequeñoburgueses, un partido pequeñoburgués radical.

El lanzamiento de la propuesta del PT fue recibido, por esto mismo, con desconfianza por el MEP. Los dos primeros números de su periódico legal no hacen ninguna referencia al PT, aunque su articulación ya existiese desde hace algún tiempo. En su tercer número se publica un artículo titulado “¿La Clase Obrera encontró su Partido?”, donde contraponen a la construcción del PT un partido obrero socialista -o sea, de acuerdo con las concepciones del propio MEP, un partido radical. En esa época, la articulación del PT es encarada apenas como “un lugar más para discutir y debatir la necesidad y los caminos para la construcción de un partido obrero y socialista” (*Compañero* N° 3, mayo de 1979).

Esta contraposición entre el PT y un partido obrero y socialista se muestra puramente formal, ya que irán a adherir al PT y abdicar completamente de la lucha en su seno por la construcción de un partido obrero.

Esta postura reticente en relación con el PT es abandonada rápidamente, sin mayores explicaciones, en favor de la concepción de que el PT sería una “composición partidaria más amplia”, donde se reunirían diversas fuerzas de la izquierda clandestina con la Iglesia y parlamentarios pequeñoburgueses para formar un “frente de masas explotadas y oprimidas” (*Compañero* N° 11, agosto de 1979).

## ¿Sólo “una composición partidaria más amplia”?

Para el MEP, así como para la mayoría de las organizaciones de izquierda que actúan en el interior del PT, el PT sería “una composición partidaria más amplia (que) puede desempeñar un papel importante en las actuales luchas y en el enfrentamiento de la reforma en el cuadro partidario oficial” y “tiene necesariamente un carácter frentista” (MEP, “Cuestión partidaria”, octubre de 1980).

El significado de la idea de que el PT es una “composición partidaria amplia”, “legal”, es el de que no tiene realidad propia, que es apenas un espacio neutro donde las organizaciones de izquierda actúan, pero que no tiene dinámica propia, de manera que su evolución no tiene importancia, sólo importan los logros que los grupos que actúan en su seno puedan conseguir. El PT, sin embargo, no es de ninguna forma neutro; al contrario, en la medida que busca estructurarse como alternativa de dirección para las masas, se torna una realidad que, si se cristaliza como partido pequeñoburgués, se constituirá en un poderoso obstáculo al desarrollo del movimiento de masas y a la construcción del partido revolucionario.

Por otro lado, definir un partido por su carácter amplio, por su legalidad, tiene la función de evitar cualquier caracterización real del mismo, su contenido de clase y su programa. ¿Se trata de un partido burgués, obrero o qué? ¿Cuál es el contenido de clase expresado en su programa? Sobre estas cuestiones fundamentales, ninguna definición. Un partido puede ser amplio o no, legal o clandestino, y con eso no definimos ninguna de sus características esenciales. En una sociedad dividida en clases no hay lugar para un partido neutro, siempre alguna clase acabará por prevalecer.

Esta “definición” busca preservar la falta total de límites, la ambigüedad reinante en el PT en relación con las cuestiones esenciales, su carácter de clase, el contenido de su programa, etc.

Las corrientes que actúan en el interior del PT y lo consideran como un espacio neutro donde desplegar su actividad hacen apología e incentivan la ambigüedad y la indefinición del PT, ya que le permite agrupar a cualquiera indiscriminadamente y, por ese motivo, abdican de la lucha por una estrategia obrera en el seno del partido. Sin embargo, esa ambigüedad, que hoy aparece como la fuerza del partido, mañana se mostrará como su principal debilidad. El PT se construye como alternativa de dirección para el movimiento de masas en contraposición con

los demás partidos y, en los momentos cruciales de la lucha de clases, cuando el movimiento de masas en su desarrollo revolucionario exija una dirección firme; o sea, con ideas claras y una estrategia definida, el PT, lo desamparará o, peor, lo traicionará abiertamente.

La cuestión reside, por lo tanto, en saber si la ambigüedad y la indefinición política pueden ser un arma de lucha para la clase obrera y las masas explotadas o si, al contrario, el arma que puede llevar al proletariado a la victoria, como dirección de la mayoría nacional explotada, serán las claras ideas programáticas de las cuales el partido sacará la orientación para toda su actividad.

### **La estrechez del programa revolucionario**

Para el MEP, la construcción del PT y la construcción del partido revolucionario son cosas distintas, “que no deben ser confundidas” y, por eso, consideran “un grave error” la lucha por dotar al PT de un programa revolucionario: “querer imponer a toda costa un programa revolucionario en el PT o solamente aceptar ese partido como algo que interesa a la lucha del pueblo cuando él adopte ese programa, representa una ceguera política que sólo interesa a aquéllos que están contaminados de una postura pequeño burguesa sectaria” y es “una concepción que contribuye a estrecharlo” (MEP, *Cuestión Partidaria*, octubre de 1980, pág. 32 y 35).

Antes que nada, no se trata aquí del falso problema de “imponer a cualquier precio” el programa revolucionario en el PT. En primer lugar, porque la cuestión no fue introducida artificialmente por los revolucionarios en el partido, sino que fue planteado por su propio desarrollo, el programa fue debatido y aprobado por una conferencia partidaria. El resultado de este debate, en segundo lugar, no fue un programa neutro sino pequeño burgués, una reedición del viejo nacionalismo burgués con ropa nueva, que propone como objetivo de la lucha de la clase obrera la democracia burguesa, y no el fin del capitalismo.

La intervención de los revolucionarios en el interior del PT, luchando por una estrategia obrera, no tiene como objetivo imponer nada, y sí busca estructurar una alternativa de independencia de clase que pueda convertirse en la dirección revolucionaria de las masas y, en los momentos críticos, mantener el ascenso e impedir que la dirección pequeño burguesa expropie el ascenso obrero y la revolución.



Para grupos como el MEP, el programa revolucionario, en vez de contribuir a desarrollar la conciencia de las masas y agruparlas bajo la dirección de la clase obrera, armándolas para la conquista del poder político, tiene la facultad de estrechar el partido. ¿El programa revolucionario limita al PT? Si tomamos como “amplitud” lo que ocurre hoy en el Partido de los Trabajadores, su ambigüedad, la confusión política imperante, la aglutinación indiferenciada de elementos ajenos a la perspectiva de la clase obrera, entonces sólo podremos considerar la actual “amplitud” como una ficción sin ningún valor positivo.

El programa revolucionario, en esta situación, sería un factor fundamental de homogenización política, de clarificación, de mayor centralización del partido sobre una sólida base política que aumentaría la eficiencia de la acción partidaria entre las masas. Si eso se entiende por “limitación”, entonces el programa revolucionario tomará con certeza el PT más “limitado”, en oposición al tipo de “amplitud” que existe hoy. Ahora, si grupos como el MEP consideran que el programa revolucionario tiene sólo la virtud de “estrechar”; entonces, para ellos, el programa de la revolución proletaria no tiene ninguna utilidad, pues no es capaz de ganar la conciencia de las amplias masas y ser un factor dinámico en la revolución o, dicho de otra manera, las masas no tienen la capacidad de entender el programa revolucionario y de apropiarse de él; por lo tanto, la conquista del poder por la clase obrera es una utopía.

Por otro lado, es evidente que la actual indefinición del PT no ha ampliado su base. El PT se apoya actualmente en una base militante que proviene casi exclusivamente de la pequeña burguesía y de una pequeña camada de activistas ligados a ella. Su implantación en el movimiento obrero se reduce prácticamente a la representación de líderes sindicales en su dirección. Es, por lo tanto, absolutamente necesario no confundir las simpatías que el PT consiguió despertar entre la pequeña burguesía y los trabajadores, con una real inserción en la clase obrera y en las masas; lo primero es accesorio y superficial, solamente lo segundo representará un verdadero y sólido crecimiento -y es fundamental. El PT sólo echará raíces fuertes, y duraderas, en las masas en la medida en que se ponga a la cabeza de sus movilizaciones y levante las reivindicaciones fundamentales de los explotados, bajo la base de una estrategia obrera definida y despojada de sus actuales ambigüedades.

La defensa del programa revolucionario en el PT no es entendida por los revolucionarios como la repetición académica de la doctrina,

sino como la utilización de las ideas como base para la movilización de las masas. Todas las reivindicaciones a levantar en el movimiento de masas y las consignas de la lucha cotidiana sólo tendrán un sentido revolucionario, y sólo harán a la clase obrera acercarse a su objetivo histórico, si son formuladas a partir de una estrategia revolucionaria obrera clara y forman un todo orgánico con ella.

Cuando un partido renuncia a la lucha por su programa y sus ideas, lo que en realidad está haciendo es concederle a otro partido el derecho y la posibilidad de imponer sin lucha su programa y sus ideas. Si la izquierda se niega a luchar por su programa, alguien tendrá que llenar ese vacío, y es eso lo que pasa inevitablemente.

Para los que defienden esta posición, la construcción de un partido obrero sólo puede significar la construcción de un partido que exprese los intereses económicos inmediatos de la clase obrera, sólo podría ser un partido obrerista y, consecuentemente, “limitado”. La idea de que el PT no debe ser un partido obrero, sino “un frente de las masas explotadas” supone que los intereses de las diferentes clases explotadas sólo pueden ser expresados a través de una amalgama o fusión de los intereses de esas clases.

Sin embargo, la realidad es exactamente la opuesta, solamente la clase obrera puede expresar los intereses del conjunto de los explotados, pues solamente ella lidera la mayoría nacional explotada en la lucha contra el imperialismo y el capital nacional, que condenan al país al atraso y mantienen la explotación de la gran mayoría de la nación.

Sólo bajo la dirección del proletariado -o sea, bajo una estrategia de liquidación del capitalismo y del imperialismo-, las diferentes clases explotadas pueden ver atendidas sus reivindicaciones fundamentales.

Los que se colocan contra la lucha por una estrategia obrera en el PT, lo hacen porque consideran que el programa revolucionario es muy “radical” y no tiene en cuenta las necesidades políticas de las masas en ese momento. Sin embargo, el MEP, que se coloca contra ese “radicalismo”, se opone a la lucha por las reivindicaciones democráticas como, por ejemplo, la lucha por una Asamblea Constituyente Democrática y Soberana, mientras que los defensores del programa revolucionario colocan la lucha por las reivindicaciones democráticas como una cuestión fundamental del programa. ¿Qué podría ser más limitado y lejano a las necesidades de las masas?

## El Secretariado Unificado

La sección oficial del Secretariado Unificado se expresa a través del periódico quincenal *Em Tempo*. Hace cuatro meses publicaron un folleto en el cual desarrollan el conjunto de sus posiciones en relación con el Partido de los Trabajadores (“El PT y el partido revolucionario en Brasil”, *Cuadernos de Em Tempo* N° 1, setiembre de 1981). Consideran al PT como un “partido obrero independiente, clasista”, pero en ningún momento se da una explicación del por qué de esta definición, que constituye una especie de axioma, a partir del cual se tejen una serie de consideraciones. Ahora bien, desde el momento en que se dice también que “no es un partido revolucionario”, que “no ha asimilado la lucha de clases” y que “no ha hecho casi nada en el sentido de centralizar y dirigir las luchas obreras” (pág. 25 y 30) está implícito que la definición -partido obrero independiente- corresponde a una apreciación puramente formal. Es decir, como el PT se organizó separadamente de los partidos burgueses y del Estado, esto lo tipificaría ya como partido obrero independiente. Se trata de un punto de vista formalista que oculta, precisamente, la hegemonía política, programática y también organizativa de la pequeño burguesía (incluyendo a los dirigentes sindicales).

Lo correcto y revolucionario es apoyar el paso al frente que significa el planteo de poner en pie una organización independiente de la burguesía, como un primer paso hacia el objetivo último -esto es, un partido proletario. Pero es incorrecto y antirrevolucionario meter en la misma bolsa todos los pasos hacia atrás que bloquean y traban la obtención de ese objetivo, y que se han dado concretamente bajo la forma de un programa democrático burgués inconsecuente. Esto que nosotros calificamos como un “primer paso” del PT en la ruptura con la burguesía, *Em Tempo* lo toma como indicador de su carácter “obrero clasista”, a pesar de que, según *Em Tempo* mismo, no sea revolucionario, no centralice al movimiento real de la lucha obrera ni asuma el punto de vista de la lucha de clases.

Nuestra caracterización del PT como “un primer paso” de ruptura con la burguesía subraya esencialmente lo que falta para la construcción de un partido realmente independiente, la necesidad de combatir en sus filas la confusión política existente y de luchar por una política y un programa revolucionario. El planteo de reconocer el PT como un “partido obrero independiente clasista” subraya lo contrario,

la necesidad de evitar este combate en las filas del mismo por la clarificación política y programática desde el punto de vista marxista. *Em Tempo* lo dice textualmente cuando, luego de afirmar en general que “es necesario luchar por un partido marxista revolucionario de masas”, plantea a renglón seguido:

“no podemos defender esto para el PT desde ya, esto sería estrecharlo. Por lo tanto, los marxistas defienden sus posiciones, organizan una corriente, y procuran construir una organización. Con un avance cualitativo del grado de conciencia y de movilización de las masas, en una situación revolucionaria o prerrevolucionaria, ahí sí será posible luchar para que el PT adopte el programa del marxismo revolucionario” (pág. 31).

Aquí se ve que la incorrecta caracterización del PT como “partido obrero independiente” cumple invariablemente una función de adaptación oportunista, cuya única lógica es la de acomodarse a la opinión pública reinante en el PT para conquistar algunos puestos en el mismo. Porque, en cualquier otro plano, la posición carece de la más mínima lógica: ¿cómo “los marxistas van a defender sus posiciones y construir una organización” si en este momento -“desde ya”- no corresponde luchar por el programa marxista revolucionario? Si en el PT “no podemos defender la necesidad de luchar por un partido revolucionario”, ¿dónde vamos a luchar por el mismo, en la redacción, entre los que escriben el periódico? ¿De dónde han sacado los simpatizantes del Secretariado Unificado que la lucha por el programa revolucionario sólo debe darse en “situaciones revolucionarias”? Entonces: ¿cómo se prepara a la vanguardia obrera y a la clase toda para esas situaciones revolucionarias? Por otro lado, si en la actualidad no se debe luchar por un programa revolucionario para el PT, ¿debe lucharse por qué cosa? ¿por un programa no revolucionario o no luchar por nada?

En realidad, sólo la lucha permanente y sistemática por el programa marxista revolucionario en cualquier época puede preparar y templar una organización para los cambios bruscos y las nuevas situaciones que se presentan en una coyuntura revolucionaria. Si recién se empieza sobre el final, no sólo puede ser demasiado tarde, sino ¿cómo se explicaría que durante todo el período anterior preparatorio se luchó por un programa no revolucionario o no se hizo nada?, ¿qué forma es ésta de construir una dirección y educar a la vanguardia obrera? El peligro actual -“desde ya”- para el PT no es la supuesta “estrechez”

del programa revolucionario sino su ambigüedad, que da cabida no sólo a planteos incompatibles con un papel de dirección en la lucha directa del proletariado y los campesinos, sino apolíticos enemigos del democratismo consecuente y del socialismo. Para qué sirve esta amplitud si, como reconoce *Em Tempo*, ni siquiera es útil para que centralice y dirija las luchas reivindicativas de los trabajadores. En este sentido, ¿en qué consistiría la “estrechez” de un programa definido y de una estrategia realmente clasista, que le daría la fuerza y la cohesión que el PT “amplio” carece totalmente?

Los “trotskistas” del Secretariado Unificado “olvidan”, cuando así les conviene, la experiencia histórica. La Asociación Internacional de Trabajadores, la I Internacional, también surgió de un movimiento práctico de los obreros de diversos países, y también había un enorme peso de tendencias pequeño burguesas anarquistas y de otro tipo. Marx no sacó de esto la conclusión de que había que someterse al mediocre y antiobrero común denominador de las tendencias en pugna, sino que combatió -y triunfó- por un programa proletario, que se concretó en el Manifiesto de la Internacional. ¿Y en qué estrechó esto a la Internacional, como le imputaban los bakuninistas? Al contrario, amplió su base de clase y evitó los intentos de disolverla en una Internacional liberal.

La lucha por el programa proletario es un proceso permanente, una actividad cotidiana que debe ser capaz de traducirse en una intervención práctica bajo la forma de reivindicaciones democráticas, antiimperialistas y transicionales al socialismo, tomando también en cuenta las consignas que corresponden a la situación política, la experiencia de la clase, etc. Pero el principio mismo de no luchar por el programa proletario es, como concepción del trabajo, un principio oportunista destinado a la pura acomodación en el PT “amplio”; es decir, no revolucionario, no realmente clasista, encubierto con el mote de “partido obrero independiente” y que, librado a esta tendencia, deberá volver al redil de la gran burguesía.

### **¿Es el PT un partido revolucionario?**

Según *Em Tempo*:

“Por el propio hecho de representar una expresión política del movimiento sindical clasista, el PT contribuye para su avance, para que pase a niveles superiores de lucha. Ofrece una posibilidad de organización para

millones de trabajadores. Hoy, no es un partido revolucionario. Aunque cumpla un papel revolucionario” (pág. 18).

Lo que aquí se afirma, sin embargo, no corresponde a la realidad. Es cierto que el PT agrupa a una serie de sindicalistas que, bajo la presión del ascenso obrero, se enfrentaron con la dictadura y con la burocracia *pelega* -esto es, agente directa de la dictadura. No obstante, estos sindicalistas, que se denominan genéricamente como “auténticos” no conformaron un movimiento sindical propio, no constituyen una tendencia, no se organizan en torno de una plataforma ni tienen un programa definido en el plano de los sindicatos (esto se ve cada vez que hay alguna conferencia sindical). Su movimiento es, en este sentido, absolutamente empírico, carece de todo tipo de unidad y centralización, y de fronteras nítidas en relación con el stalinismo y a una serie de burócratas aliados al mismo, enemigos del PT. Una de las limitaciones básicas de los “auténticos” consiste justamente en su incapacidad para crear un auténtico “movimiento clasista”; es decir, una tendencia sindical basada en la lucha conciente contra el colaboracionismo clasista, en la organización del proletariado a nivel fabril -inexistente en Brasil-, en la acción directa por la completa independencia de los sindicatos de la burguesía y el Estado. Los “auténticos” guardan, en relación con el movimiento sindical clasista, la misma relación que el PT en relación con el partido obrero independiente; constituyen un primer paso -todavía extremadamente diluido, sin estructuración ni objetivos claros- hacia la conformación de una tendencia clasista en los sindicatos. En este caso, el PT es la “expresión” de los “auténticos”, en la medida en que expresa toda su confusión, la incapacidad de romper con el empirismo y estructurarse como tendencia sindical en torno de ideas propias, a una estrategia de clase.

Por otra parte, no se puede afirmar que el PT haya contribuido a que el movimiento sindical pase a niveles superiores de lucha (¿no era que, en relación con “la capacidad de centralización y de dirección de las luchas, el PT no ha hecho casi nada?”). Es que uno de los aspectos más negativos del PT es que se niega a intervenir como tal en el movimiento sindical, orientando el combate de los trabajadores y combatiendo por la dirección de sus organizaciones de masas, contra stalinistas y *pelegos*. Existe una tremenda confusión en este plano, y la dirección del PT entiende que no corresponde hacer política en los sindicatos, que ella está reservada sólo a los dirigentes sindicales en tanto que tales, sin injerencia del partido (lo que, de paso, es una

prueba de la desconfianza de estos dirigentes en todo el peso pequeño-burgués, estudiantil y “politiquero” que predomina en el PT).

Pero un auténtico partido obrero tiene la obligación de pugnar por la dirección de las organizaciones obreras de masas e integrar a los sindicatos al movimiento revolucionario de las masas (¿si no en qué consiste su carácter de partido obrero!). Esto es imposible sin tener una línea de intervención en las organizaciones sindicales, organizando una agitación y propaganda propia, estructurando a los militantes de forma centralizada, etc. Este es justamente uno de los pasos que el PT no ha dado, que lo limita a un parlamentarismo sin diputados y que mantiene la completa vigencia de la lucha, en su seno, por la formación de fracciones sindicales de masas del PT, por una organización juvenil de combate del partido, etc.

La afirmación de que el PT no es todavía un partido revolucionario, aunque cumpla un papel objetivamente revolucionario, es un puro juego verbal con apariencia dialéctica, pero completamente sin sentido. Si un partido cumple un papel revolucionario, entonces es revolucionario en la medida de ese papel (ese papel se limita a una organización separada de los partidos burgueses existentes). Si además es obrero, se trataría de un partido obrero revolucionario. Y si todavía no es obrero revolucionario marxista, entonces hay que hacer lo que el *Manifiesto Comunista* decía en 1848:

“Los comunistas luchan por la conquista de los objetivos inmediatos, por la realización de los intereses del momento de la clase obrera: pero, al mismo tiempo, defienden y representan, en el movimiento presente, el futuro de este movimiento (...) Los comunistas no dejan por un solo instante de insuflar en la clase obrera el reconocimiento más claro posible del antagonismo hostil entre la burguesía y el proletariado (...) En síntesis, los comunistas apoyan en todos lados todo movimiento revolucionario contra el orden social y político existente. En todos estos movimientos ellos destacan, como la cuestión principal en cada uno de ellos, la cuestión de la propiedad, con independencia de su grado de desarrollo en ese momento (...) Los comunistas desprecian ocultar sus puntos de vista y objetivos. Declaran abiertamente que sus fines sólo pueden ser alcanzados por el derrocamiento por la fuerza de todas las condiciones sociales existentes” (Karl Marx, *Manifiesto Comunista*, Ed. Ched, SP, 1980, págs. 53/55).

Pero el Secretariado Unificado no quiere saber nada de “estrecheces” del futuro de este movimiento, “del antagonismo hostil entre la burguesía y el proletariado”, “de la cuestión de la propiedad”, “del

derrocamiento por la fuerza de todas las condiciones sociales existentes, etc.”, y esto cuando estamos en presencia de un partido pequeño burgués democratizante liderado por dirigentes sindicales.

*Em Tempo* prosigue: “(el PT) tiene un significado esencial desde el punto de vista de la construcción de un partido revolucionario, representa una alternativa política visible, viable, confiable, para millones de trabajadores, para toda la vanguardia social emergente” (pág. 18).

Esta afirmación está sacada en línea recta del arsenal “teórico” del Secretariado Unificado, quien plantea “alternativas creíbles” para todos los países del planeta (el ERP, por ejemplo, reunía esa característica de “visible”). Esto prueba que la línea de *Em Tempo* no tiene nada que ver con las particularidades del PT, y que su interés no es hacer visible y convincente una línea revolucionaria, sino declarar como tal a una línea que parezca, momentáneamente, popular. En el caso del PT, se puede ver lo nocivo de esta tesis, porque la realidad es que los “millones de trabajadores” no están en el PT y sus militantes obreros son, hasta el momento, una abrumadora minoría. En todo caso, esto revelaría que existe una desconfianza por parte de numerosos sectores obreros en relación con el PT y su viabilidad. Por otra parte, la viabilidad del PT depende de su posibilidad de desarrollarse en un sentido revolucionario y ganar realmente la confianza de millones de trabajadores, caso contrario corre el riesgo de un rápido aborto. En el propio folleto de *Em Tempo* se dirá, páginas más adelante, que “el PT no está acabado ni podemos garantizar que llegue a un buen resultado” (pág. 27). Pero, entonces, a qué viene lo de alternativa política “visible, confiable”, subrayado como “esencial (...) desde el punto de vista de la construcción del partido revolucionario”. Lo que se quiere decir aquí es que el PT es grande, amplio, tiene una audiencia a diestra y siniestra, y esto permitiría a los revolucionarios “romper el círculo vicioso de la pequeñez”, como se afirma algunas líneas arriba en la misma página. Este es el argumento de mayor “peso” que se le ha ocurrido a *Em Tempo* para justificar una conducta contemplativa y acomodaticia en el PT: permite participar de algo grande, visible para millones de trabajadores y hacerse la ilusión de que la falta de principios y la confusión, la amplitud oportunista de una organización puede facilitar el avance del marxismo, negándose a defenderlo “desde ya”. Se engañan a sí mismos. Pero examinemos brevemente, para concluir, esta particular teoría sobre el “círculo vicioso de la pequeñez”.



## ¿El círculo vicioso de la pequeñez o la pequeñez del círculo vicioso?

En el capítulo introductorio del folleto del Secretariado Unificado se busca una explicación para justificar la crisis del movimiento revolucionario y la inexistencia, desde la degeneración de la III Internacional, de organizaciones revolucionarias de masas. Precisamente, la explicación se encontraría en el “círculo vicioso de la pequeñez”. Siendo extremadamente reducidas, estas organizaciones no atraerían a los obreros de vanguardia porque su “eficacia en la lucha de clases no es clara”. Así,

“es el ‘círculo vicioso de la pequeñez’ que explica la paradoja de que las organizaciones que aseguran la continuidad de la experiencia histórica proletaria y de su programa no sean en su mayoría organizaciones de composición predominantemente obrera: es claro que los militantes obreros dan una importancia muchas veces mayor al problema de la eficacia de los partidos obreros en la conducción de sus luchas” (pag. 14).

Tenemos así un expediente simple -numérico- para justificar la bancarrota de las organizaciones del Secretariado Unificado y de sus amigos de la nueva vanguardia. Ella sería el resultado ineluctable del reducido número de militantes -y no de sus errores políticos propios, de su debilidad teórica y de su incapacidad para penetrar en el movimiento obrero. La degeneración teórica y programática del Secretariado Unificado estuvo frecuentemente dictada por la búsqueda de vías ficticias para salir del “círculo vicioso de la pequeñez”. Para esto fue que el Secretariado Unificado se acomodó al foquismo castrista en la década del '60 y ahora al sandinismo; Moreno al peronismo y a todas las variantes frentistas populistas en la Argentina desde hace una década; la Organización Comunista Internacionalista (OCI) a una política de adaptación al gobierno Mitterrand; y el propio *Em Tempo*, que se lanza ahora a la apología sin principios del PT. ¿Y salieron de la pequeñez? No, añadieron al número insignificante una completa falta de autoridad política.

La “eficacia” de una organización revolucionaria no puede analizarse en general. Puesto que una organización revolucionaria se prepara para ser “eficaz” en la revolución, es absolutamente natural que en diversas circunstancias aparezca como “ineficaz” frente a la masa de los trabajadores: tiene que navegar contra la corriente, cuestionar las ilusiones dominantes en el movimiento obrero, etc. Además, lo que

para los trabajadores puede ser eficaz en un momento determinado, no puede ser elevado a principio estratégico y, a la larga, se torna ineficaz en relación con el desarrollo de la situación política, de su propia experiencia, de los cambios en el ánimo de las masas, etc. Por lo tanto, la búsqueda abstracta de la eficacia no es un parámetro que sirva para guiar la construcción de una organización revolucionaria y puede ser la fuente del más craso oportunismo. Si la “pequeñez” fuese un “círculo vicioso”, las organizaciones revolucionarias estarían condenadas a vegetar como sectas toda su vida. Ahora, si el temor a la pequeñez es substituido por la aceptación oportunista de lo grande, de lo amplio, de las organizaciones que tienen una mayor audiencia indiscriminada, pero carecen de una perspectiva revolucionaria, lo que está cuestionado es la eficacia de estas organizaciones para dirigir la revolución. La eficacia del PT actual para agrupar en la confusión a dirigentes sindicales, intelectuales pequeño burgueses y sectas de izquierda es “desde ya” totalmente ineficaz para preparar al partido frente a cambios bruscos en la situación, frente a la necesidad de orientar a la clase ante la agudización de la lucha de clases en Brasil y trazar un rumbo revolucionario para el desarrollo de las luchas obreras. Para esto, el PT no se encuentra preparado en absoluto.

Flaco favor le hacen a la revolución posiciones como las de *Em Tempo*, que plantean que la lucha por el programa marxista debe ser guardada en un cajón para un futuro impredecible. Se puede salir así del “círculo vicioso de la pequeñez”, pero sólo para integrarse al gran círculo del oportunismo.

# De Lenin a Stalin, la sección femenina de la Internacional Comunista

Jean Jacques Marie

Constituida en marzo de 1919 en Moscú, la Internacional Comunista (Komintern) desarrolló, a partir de 1921, una “política femenina concebida como elemento de una estrategia general para la toma de poder y la revolución”.

La evolución de esta política está, por lo tanto, estrechamente subordinada a las transformaciones internas de la Unión Soviética y a sus modificaciones sociales -que Igor Gaïdar, ex primer ministro de Yeltsin, resume calificando el año 1937 como el año del “triunfo de la nomenclatura” (*Literatúrnyaya Gazeta*, 30 de noviembre de 1994)- y a sus consecuencias en la Internacional Comunista, disuelta por Stalin el 15 de mayo de 1943.

La Revolución Rusa comenzó en febrero de 1917 con una manifestación y una huelga de obreras, completamente espontáneas, ajenas a cualquier consigna y a toda suerte de control por parte de ningún partido. El bolchevique Kaiourov lo seguía recordando seis años más tarde, preso todavía de un cierto asombro no exento de dolor:

---

Jean Jacques Marie, historiador francés y militante del Parti des travailleurs, entre sus libros se encuentran las biografías de Lenin, Trotsky y Stalin, y estudios como *Cronstadt*, *La Guerre civile russe* y *Beria: Le bourreau politique de Staline*.

“La víspera del ‘día de las mujeres’ me habían enviado a una reunión de obreras en Lesnaia, donde definí el sentido del ‘día de las mujeres’ y del movimiento femenino en general; al llegar al momento actual, insistí, sobre todo, en invitar a las obreras a evitar toda manifestación parcial y a actuar exclusivamente bajo las instrucciones del Comité del partido (...).

Entonces, cuáles no serían mi sorpresa e indignación cuando, al día siguiente, el 23 de febrero, en un pasillo de la fábrica Erikson, el camarada Ikifor Ilitch vino a informarme del estallido de una huelga en varias fábricas textiles y de la llegada de una delegación de obreras que traían una resolución donde pedían el apoyo para los metalúrgicos.

Estaba indignado con la conducta de las huelguistas: en primer lugar, porque manifiestamente éstas habían hecho caso omiso de las decisiones del Comité Regional del Partido, pero, además, porque había llamado personalmente a las obreras a la contención y a la disciplina la noche anterior y, de repente, una huelga.

Una huelga que, al parecer, no tenía más objetivo ni razón de ser que las colas, esencialmente compuestas de mujeres y niños, que se formaban delante de las panaderías para conseguir el pan” (*Proletarskaia Revoliutsia*, 1923, N° 1, 13).

Un texto sorprendente: seis años después de los acontecimientos y pudiendo haberse atribuido el papel, más glorioso, de organizador de la primera jornada revolucionaria, Kaiourov no puede contener su indignación, expresada dos veces en diez líneas: ¡ellas desobedecieron las consignas! No podemos dejar de pensar que, si se hubiera tratado de obreros del metal en vez de obreras, la indignación de Kaiourov ante este acto de desobediencia no habría sido tan vívida o que, en todo caso, la habría expresado de una forma más discreta.

En octubre, la toma del poder coloca a los bolcheviques ante un gigantesco nudo de problemas: el hundimiento de la producción industrial, el sabotaje de decenas de miles de empleados públicos, la creciente dislocación del ejército, las negociaciones de paz con Alemania y Austria, difíciles y polémicas en su propio partido, los levantamientos organizados por sus adversarios en todas partes, la insurrección de los antiguos prisioneros de guerra checoslovacos y la guerra civil. Pese al dramatismo de la situación, los bolcheviques adoptan una serie de medidas emancipadoras (derecho al divorcio, derecho al aborto, Código Matrimonial igualitario, mismo derecho al sufragio para hombres y mujeres sometido a limitaciones sociales y no sexuales...) que benefician mucho más a las intelectuales y las obreras que a las campesinas.

## La posición de principio de la Internacional Comunista

Los bolcheviques, considerando desde el principio su intervención como parte constitutiva de una lucha internacional, se preocupan por fundar la Internacional Comunista lo más deprisa posible. Esta se proclama en Moscú durante un congreso constitutivo celebrado en mayo de 1919 por una quincena de partidos, entre los cuales el Partido Bolchevique es, en ese momento, el único partido de masas.

El año 1919 es el del apogeo del “comunismo de guerra”; es decir, de un sistema de estricta supervivencia, rigurosamente centralizado y asentado en la requisita de la producción agrícola, en el que la economía está íntegramente subordinada a las necesidades de la guerra civil.

Este primer congreso adopta un Manifiesto, redactado por León Trotsky, que apunta a establecer la necesidad objetiva de la revolución proletaria: la incapacidad del capitalismo para continuar desarrollando las fuerzas productivas ha llevado a los Estados a levantarse los unos contra los otros por el nuevo reparto de un mercado mundial que se ha vuelto demasiado estrecho. Así, se ha engendrado la guerra que ha arrastrado a la revolución al más débil de los Estados beligerantes. La conquista del poder es, por ende, inminente en los demás países. Este objetivo pone en el centro la emancipación de los pueblos colonizados, a los que el Manifiesto asigna un lugar importante y cuyos amos han sido sacudidos por la guerra: la lucha de estos pueblos aparece, efectivamente, como el medio de la revolución, mientras que la emancipación de las mujeres se concibe más bien como su resultado. Desde esta perspectiva de la revolución inminente, la cuestión de las mujeres prácticamente ni se roza. Se suscita como posición de principio en un texto breve sometido al congreso por Alexandra Kollontai<sup>1</sup>:

El Congreso de la Internacional Comunista constata que sólo la lucha común de obreros y obreras puede garantizar el éxito de todas las tareas propuestas, así como la victoria definitiva del proletariado mundial y la abolición definitiva del régimen capitalista. El aumento colosal de la mano de obra femenina en todas las ramas de la economía, el hecho de que al menos la mitad de todas las riquezas producidas a escala mundial

1. Alexandra Kollontai: revolucionaria rusa, menchevique de 1908 a 1915. De acuerdo con su propia autobiografía planteó, en 1905, los fundamentos de una organización de mujeres obreras. Kollontai fue la primera mujer elegida en el Comité Ejecutivo del Soviet de Petrogrado, miembro del Comité Ejecutivo Panruso, primera mujer comisaria del pueblo en el primer gobierno soviético y, por último, miembro del Comité Central del Partido Bolchevique desde agosto de 1917 a marzo de 1918.

procedan del trabajo femenino, además del importante papel, por todos reconocido, que las obreras desempeñan en la edificación de la nueva sociedad comunista, en la reforma de la vida familiar, en la realización de la educación socialista, comunitaria, de los niños, cuyo objetivo consiste en preparar a ciudadanos trabajadores e impregnados de espíritu solidario para la república de los consejos, son todos ellos factores que imponen a todos los partidos que se adhieran a la Internacional Comunista el deber imperativo de emplear todas sus fuerzas y energía para atraer a las obreras al Partido y de utilizar todos los medios para educarlas en el sentido de la nueva sociedad y de la ética comunista desde el punto de vista social y familiar. La dictadura del proletariado sólo se puede realizar y mantener con la participación enérgica y activa de las obreras (Primer Congreso de la Internacional Comunista, quinto día).

Un texto curioso: centrado en el papel de la mujer, en tanto educadora destinada a la formación de las nuevas generaciones para la “nueva sociedad”, no contiene ninguna reivindicación, ninguna plataforma, ninguna consigna, ningún elemento programático y ninguna alusión a las medidas adoptadas en la Rusia soviética en pos de la igualdad entre mujeres y hombres, susceptibles de alimentar la propaganda en los demás países. Los dirigentes de los jóvenes partidos comunistas extranjeros no podían encontrar ninguna indicación al respecto y la mayoría de ellos no hizo casi nada en este sentido.

### **La carta de Inessa Armand**

Unos meses más tarde, Lenin confía a Inessa Armand, colaboradora de origen francés de la sección de mujeres trabajadoras del Comité Central del Partido Bolchevique, la tarea de impulsar esta actividad balbuciente. El 2 de enero de 1920, Inessa Armand envía una carta escrita en francés a todos los partidos de la Internacional. Esta carta comienza describiendo la situación jurídica de la mujer en Rusia y pasa a afirmar después, con osado optimismo, la posibilidad real de cambiar las condiciones de existencia de las mujeres a corto plazo:

En la Rusia soviética, la obrera y la campesina disfrutan absolutamente de los mismos derechos que el obrero y el campesino. Son electoras y elegibles en todos los soviets y para todos los puestos, incluido el de comisarios del pueblo. También poseen derechos igualitarios con respecto a su estado civil y en el seno del matrimonio. La Constitución soviética y los decretos sobre el matrimonio han aniquilado cualquier forma de poder marital. Y lo mismo ha sucedido con el poder paterno y materno (...).

Por otra parte, la dictadura proletaria nos coloca ante la posibilidad de instaurar, desde este mismo momento, unas nuevas formas de vida social y privada encaminadas a la liberación social de la mujer en el sentido de liberación de la familia y de las preocupaciones relativas a la educación de los niños; nos encontramos, por consiguiente, ante la posibilidad de romper las últimas cadenas que todavía atan a la mujer.

Dicho esto, Inessa Armand subraya que esta actividad específica debe conducir a las mujeres a la lucha general contra el capital: “Desde hace un año estamos realizando un trabajo propagandístico bastante importante entre las mujeres [palabra tachada por Inessa Armand] obreras. Naturalmente, la finalidad de esta propaganda no es *de ninguna manera feminista* [subrayado por Inessa Armand]. Nuestro único objetivo es atraer a la masa de las obreras a la lucha del proletariado contra el imperialismo”.

Su posterior y extensa descripción del trabajo de agitación y organización del Partido Bolchevique entre las obreras y las campesinas tiene el objetivo manifiesto de impulsar, gracias a la fuerza comunicativa del ejemplo, a los partidos comunistas que aún no realizan ninguna actividad en este sentido a ponerse a ello:

Cada comité del Partido Comunista tiene una sección de propaganda entre las mujeres (obreras y campesinas principalmente), que organiza conferencias trimestrales de delegadas de fábricas y factorías. Además, cada semana se celebran asambleas de delegadas de obreras que reúnen a las representantes de todas las fábricas y factorías del lugar.

Estas medidas enumeradas por Inessa Armand constituyen un conjunto legislativo impresionante, pero se enfrentan con un doble obstáculo: por un lado, con el pasado de la Rusia zarista donde la mujer se consideraba un ser inferior (un proverbio ruso dice: “Una gallina no es un pájaro, la mujer no es una persona”) y con el conjunto de prejuicios heredados de ese pasado; por otro, con la espantosa destrucción de las fuerzas productivas generada por las guerras mundial y civil, que siembra ruina, frío, hambre, tifus y cólera, todas ellas condiciones materiales poco propicias para una emancipación real de las obreras y las campesinas. Esto es lo que subrayan Bujarin y Preobrajensky en su *ABC del comunismo*, publicado en 1920, donde, al mismo tiempo que enumeran las medidas adoptadas por el poder soviético para instaurar la igualdad entre hombres y mujeres en el seno del matrimonio, las

relaciones familiares y los derechos políticos, también insisten en el carácter en parte formal de esta igualdad:

La tarea de nuestro partido consiste ahora en llevar esta igualdad a la práctica. Se trata, sobre todo, de hacer comprender a la amplia masa de trabajadores que la esclavitud de la mujer también les perjudica a ellos. En la actualidad, los obreros siguen considerando a las mujeres como seres inferiores y, en los pueblos, la gente continúa riéndose de las mujeres que quieren participar en los asuntos públicos [...]. En este país, las mujeres obreras están mucho más atrasadas que los hombres. De hecho, se las mira desde muy por encima del hombro. Se impone, por lo tanto, un trabajo enérgico destinado, en primer lugar, a que los hombres aprendan a considerar a las mujeres obreras como iguales a los trabajadores hombres y, después, a iluminar a las mujeres e incitarlas a usar los derechos que se les otorgan sin vergüenza ni temor [...]. Lo principal no es otorgar derechos sobre papel sino dar la posibilidad de ejercerlos. ¿Cuál es la posibilidad real de que la obrera ejerza sus derechos si tiene que ocuparse del trabajo doméstico? Es preciso que la república de los soviets alivie el destino de la mujer trabajadora y la libere de obligaciones domésticas que se remontan a los tiempos de Matusalén (Bujarin y Preobrajensky, 1963).

Los autores enumeran las instituciones que sería preciso crear para pasar de la igualdad formal a la igualdad real: “Casas comunitarias (...) con lavanderías colectivas, restaurantes populares, guarderías, jardines de infancia, colonias infantiles de verano, cantinas escolares, etc. Todo ello con el objetivo de descargar a la mujer y de darle la oportunidad de ocuparse de todas las cosas que interesan a los hombres. Pero es difícil crear estas instituciones en este período de miseria y hambre”.

Difícil es un eufemismo. Aunque se crearan, estas instituciones sólo podrían socializar el hambre y la miseria. Al igual que para los demás dirigentes del Partido Bolchevique, para Bujarin y Preobrajensky la solución está en la próxima revolución mundial que aportará a la arruinada Rusia la ayuda de los países ricos y permitirá, de esta forma, dar un contenido real a los derechos formales.

Toda Europa pasará, inevitablemente, al régimen de la dictadura del proletariado y después al comunismo. Por consiguiente, Rusia no podrá permanecer en el capitalismo cuando Alemania, Francia e Inglaterra hayan pasado a la dictadura del proletariado. Es evidente que Rusia será fatalmente arrastrada al socialismo. Su falta de cultura, la insuficiencia de su desarrollo industrial, etc., todo esto carecerá de importancia cuando



Rusia se asocie a los países más cultivados en una república mundial o, al menos, europea, de los soviets.

Este fragmento, extraído de una suerte de manual popular que sentaba cátedra, ilumina el pensamiento y los objetivos de los dirigentes del Partido Bolchevique en 1920: Rusia es un país capitalista arruinado, dirigido por el partido de la clase obrera (lo que Lenin expresará mediante la fórmula de “un Estado burgués sin burguesía”) y que, de hecho, sólo podrá encaminarse al socialismo en el marco de una revolución europea victoriosa. De ahí la importancia atribuida a la Internacional Comunista y a su actividad en aquel momento. A la espera de la revolución victoriosa, es necesario resistir. Existe, al mismo tiempo, una gran distancia entre las necesidades y los hechos. Así, pues, la carta de Inessa Armand termina con una simple demanda y una sugerencia. “Sería fundamental poder llegar a un acuerdo internacional sobre la acción que se debería llevar a cabo. Una conferencia internacional de mujeres comunistas nos parece, por lo tanto, de capital importancia”.

A fin de prepararla, una comisión dirigida por la comunista alemana Clara Zetkin propone la creación de una Secretaría Internacional Femenina con un estatus de sección particular subordinada al Comité Ejecutivo de la Internacional. Este último autoriza su creación. La Secretaría ha de estar compuesta por un número de tres a seis militantes elegidas durante las conferencias de mujeres comunistas y confirmadas por un congreso o por el Comité Ejecutivo de la Internacional. Este último también tiene que ratificar las decisiones de la Secretaría Femenina.

Durante los primeros años de su existencia, la Secretaría Femenina dispone en la Internacional de mucha mayor autonomía que las demás secciones, probablemente por el carácter electivo de sus miembros, así como por el prestigio de sus dirigentes, Alexandra Kollontai y Clara Zetkin, esta última muy ligada a Lenin.

### **Las reticencias de los partidos comunistas**

Los partidos comunistas extranjeros no manifiestan ningún entusiasmo y, dadas las respuestas recibidas, Inessa Armand y sus colaboradoras se tienen que limitar a la organización, el 16 de julio de 1920, en Leningrado, de una primera “reunión privada de delegados y delegadas” de nueve países (Francia, Inglaterra, Italia, Rusia, Sue-

cia, Georgia, India, México y Bulgaria) en vísperas de la apertura del Segundo Congreso de la Internacional Comunista. Esta pequeña reunión insiste en la necesidad de “convocar la Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas, aunque el número de delegadas no sea tan considerable como se hubiera deseado antes de finalizar el congreso”. La conferencia, que reúne a delegadas de 19 países, se celebra en Moscú, donde se ha desplazado el Congreso de la Internacional, del 30 de julio al 6 de agosto. Este congreso adopta los estatutos de los que la Internacional carecía hasta ese momento. El artículo 16 de estos estatutos (que incluyen 17 artículos) proclama: “El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sanciona el nombramiento de un secretario del movimiento femenino internacional y organiza una sección de Mujeres Comunistas de la Internacional”. Pero este congreso no entra en absoluto en pormenores y, si bien es cierto que adopta resoluciones sobre el movimiento sindical y los comités de fábrica, sobre la cuestión nacional y la colonial, la cuestión agraria y el parlamentarismo, también lo es que no aprueba ningún texto acerca de las mujeres. ¿Por qué? La respuesta se encuentra en las primeras líneas de la “Resolución sobre el papel del Partido Comunista en la revolución proletaria”, que afirman: “El proletariado mundial se halla en vísperas de una lucha decisiva, esto es, de la conquista del poder”. Por lo tanto, el congreso sólo examina aquellos problemas que, a su juicio, están directamente ligados a esta lucha decisiva. Y ésta es la razón por la que adoptan las famosas 21 condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista, que apuntan, sobre todo en palabras del propio texto, a evitar “la invasión [de la Internacional] por parte de grupos indecisos y titubeantes”, incapaces de preparar la toma del poder en razón de su estrecha vinculación con la democracia burguesa y sus instituciones parlamentarias. Desde el punto de vista de la Internacional, la cuestión femenina no participa de esta perspectiva inmediata. La Secretaría Femenina del Comité Ejecutivo de la Internacional (JSK), que el Congreso decidió crear, tarda varios meses en salir del limbo. El Comité Central de cada Partido Comunista tiene que crear una sección de mujeres [Jenotdel], como la del Comité Central del Partido Bolchevique, apoyada, en su caso, en toda una red de comisiones de mujeres repartidas por los diversos escalones del partido: la Secretaría Femenina ha de coordinar la red internacional proclamada pero aún embrionaria.

Organizadora de la primera Conferencia de Mujeres comunistas, Inessa Armand, tan agotada por ese trabajo como por las privaciones y

la tensión del momento, parte a descansar al Cáucaso donde enferma, contagiada por la epidemia de cólera que asola la región, y muere el 24 de septiembre de 1920. Su muerte coincide con la recuperación de Alexandra Kollontai, quien había estado inmovilizada durante largos meses a causa del tifus. Es inmediatamente destinada a la dirección de la sección femenina del Comité Central del Partido Bolchevique, “sucede”, por consiguiente, a Inessa Armand. Sus diferentes escritos acerca de los problemas de la mujer y la familia habían causado un gran revuelo debido a sus argumentos en defensa del “amor libre” conjugados con su apología de la maternidad como deber social. En ese momento, Alexandra Kollontai se halla inmersa en la lucha de la Oposición Obrera que afirma que “la cúpula de la Administración soviética y del Partido Comunista se han convertido en una capa social con unos rasgos muy característicos”. De acuerdo con Alexandra Kollontai, “la Oposición Obrera reclama que la gestión de las diferentes ramas de la industria se ponga en manos de los productores organizados en sus sindicatos”. Pese a todo, Alexandra Kollontai se incorpora inmediatamente al trabajo.

### **La Secretaría Internacional Femenina**

En un principio se piensa que la Secretaría Internacional Femenina esté constituida de tres a seis miembros, pero finalmente ésta se compone de ocho mujeres, de las cuales seis son rusas: Nadejda Krupskaja, Alexandra Kollontai, Lilina Zlata, Konkordia Samoiloiva, Liudmila Stal, Similova, la holandesa Henriette Roland Holst y la suiza Rosa Bloch, a las que se suma la secretaria general, Clara Zetkin. Esta vieja militante socialdemócrata alemana, que se hace comunista en 1918, se había ocupado durante mucho tiempo de los problemas de la opresión específica de las mujeres en la socialdemocracia alemana, donde sólo se le había prestado una atención cortés. A comienzos de 1920, Zetkin aconsejó a Lenin -y éste aceptó la idea- sobre la convocatoria de un congreso femenino internacional donde, a su juicio, Lenin habría querido reunir a las “pacifistas inglesas con sus aires de *ladies*, a las fogosas feministas francesas y a las piadosas cristianas, a las bendecidas por el Papa o a las que sólo juraban en nombre de Lutero” (Kollontai, 1973). Seguramente, Lenin sólo veía en esta suerte de “congreso” -que nunca tuvo lugar- una simple reunión de simpatizantes o “amigas” de la República Soviética y no el congreso de un movimiento político femenino. Poco antes, el 10 de enero de 1920, éste había dirigido un mensaje

a la Secretaría Femenina del Congreso del Gobierno de Petrogrado. En este mensaje, Lenin describe de forma estrictamente delimitada las tareas del movimiento de mujeres en la Rusia Soviética de 1920 y, al no poder prever el inminente ataque de la Polonia de Pilsudski, afirma: “la guerra civil ha terminado; a partir de ahora, todos los trabajadores tienen que concentrar sus energías en una guerra no sangrienta contra el hambre, el frío y la destrucción. En esta guerra no sangrienta, las obreras y las campesinas están llamadas a desempeñar un papel particularmente importante” (Lenin, t. 52, 1977-1978); en definitiva, a emprender un combate social y político por la misma supervivencia del Estado soviético, sin ningún aspecto femenino particular.

En un marco similar, el movimiento internacional comunista femenino tiene asignadas tareas mucho más amplias. La Secretaría Femenina Internacional se reúne por primera vez el 20 de noviembre de 1920, bajo la responsabilidad de Kollontai, quien además presenta el informe introductorio en la Segunda Conferencia Internacional de Mujeres Comunistas que se reúne del 9 al 15 de junio de 1921 bajo la presidencia de Clara Zetkin, en vísperas del Tercer Congreso de la Internacional, donde el “trabajo femenino” tendrá un gran protagonismo. Dos meses antes había salido, en Stuttgart, el primer número de la revista *La Internacional Comunista de las mujeres* [*Die Kommunistische Fraueninternationale*], dirigida por Clara Zetkin. Kollontai comienza señalando los objetivos generales de la Secretaría Femenina Internacional: “Desarrollar la influencia de la Internacional en las más amplias masas de las trabajadoras proletarias o semiproletarias, y contribuir al fortalecimiento de los lazos entre las secciones femeninas [Jenotdel] de los partidos comunistas de los países occidentales y orientales”.

Tras seis meses de existencia, el balance del trabajo es desalentador: no hay -y esta realidad queda aún muy lejos- secciones femeninas en todos los partidos comunistas y, sobre todo, “no hemos recibido informes políticos de ninguna organización”, precisa Alexandra Kollontai, y “sólo siete organizaciones se han tomado la molestia de aportar documentos a la conferencia: Suecia, Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Suiza, Bulgaria y Alemania -el único país con el que la Secretaría mantiene alguna relación regular” (Kollontai, 1967).

Kollontai propone tres líneas de intervención: el día internacional de la mujer del 8 de marzo, la lucha contra la prostitución y la batalla por la despenalización del aborto, legalizado en la Rusia Soviética desde 1918. En un gran discurso programático, Clara Zetkin afirma

que el peso de todas las medidas adoptadas por el régimen capitalista para asegurar su supervivencia recae con una fuerza particular sobre las mujeres y que, por ende,

“(…) a las mujeres les afectan de una forma más intensa las necesidades vitales derivadas del régimen capitalista y agudizadas en este período de declive. Esta es la razón por la que la mujer debe intervenir como pionera de la revolución, pero no sola, por supuesto, ni aislada de las amplias masas del proletariado, sino como destacamento de vanguardia de la revolución”.

El largo debate de esta conferencia está atravesado por un análisis subyacente, implícito o no, de las perspectivas de la revolución. ¿Inminente o más lejana? Desde el punto de vista de Kollontai y de muchas otras delegadas, la revolución es inminente. Así, pues, Kollontai deja de lado el combate por las reivindicaciones sociales reduciéndolo a elementos de propaganda para la revolución y afirma que “no hay que dirigirse a las criadas y a las empleadas domésticas pidiendo para ellas la jornada de ocho horas y el derecho a una habitación propia, sino que es preciso decirles: sin la revolución, sin la dictadura del proletariado, sin el poder soviético, no lograréis estas dos reivindicaciones”.

Como no se trata de organizar a estas mujeres para ayudarlas a arrancar dichas reivindicaciones, sino de intentar convencerlas de que la revolución es la condición previa, necesaria, para obtener su satisfacción, el “trabajo femenino” debe consistir, esencialmente, en una actividad de propaganda. Y Kollontai concluye los trabajos expresando su esperanza de que la reunión prevista para el año siguiente sea una conferencia de las mujeres de los países soviéticos.

¿Qué hacer para lograrlo? La autora del informe no responde de ninguna manera a esta pregunta.

No obstante, en su intervención en nombre del Partido Bolchevique, Trotsky había intentado moderar los entusiasmos diciendo: desde el Primer Congreso “hemos perdido algunas ilusiones (...), que hemos sustituido por una comprensión más nítida (...): la lucha será terriblemente dura, los acontecimientos se desarrollan más lentamente de lo que esperábamos”. Pero su intento es inútil..., al menos, en el caso de Alexandra Kollontai.

En el debate, esta última se somete a dos series de críticas que, sin duda, coinciden con el análisis de Trotsky. Mientras Clara Zetkin le reprocha su desinterés por trabajar con las mujeres de la *intelligentsia*, otras dos delegadas, una coreana y una armenia, la acusan

de ignorar totalmente la situación de las mujeres orientales -a quienes la guerra acababa de sacar de sus harenes-, que no cabe abordar como si se tratara de mujeres europeas. La conferencia marca, no obstante, un giro: en primer lugar, la Secretaría queda reestructurada como una auténtica Secretaría Internacional compuesta por seis mujeres: Clara Zetkin, Hertha Sturm, Lucie Colliard, Alexandra Kollontai, Lilina Zlata y Varvara Kasparova. Esta última, de origen tártaro, codirige, junto a Alexandra Kollontai, la sección de mujeres del Comité Central del Partido Bolchevique, encabeza la sección de Oriente de la Secretaría y es la responsable de la oficina de organización establecida. La conferencia desemboca en unas decisiones que serán confirmadas algunas semanas después en el Tercer Congreso de la Internacional, donde Clara Zetkin presenta un informe de sus trabajos recién terminados.

### **El Tercer Congreso de la Internacional Comunista**

Este congreso, celebrado desde el 22 de junio al 12 de julio de 1921, adopta al menos tres resoluciones sobre las mujeres (entre un total de 16 textos aprobados en el Congreso): unas “Tesis para la propaganda entre las mujeres”, una “Resolución sobre las relaciones internacionales de las mujeres comunistas con la Secretaría Femenina de la Internacional Comunista” y una “Resolución sobre las formas y métodos del trabajo comunista entre las mujeres”. Esta vez la cuestión femenina figura, por lo tanto, entre las grandes cuestiones del congreso, que afirma: “Es absolutamente irrefutable que la lucha revolucionaria del proletariado por el poder manifiesta en la actualidad un cierto debilitamiento, una cierta ralentización a escala mundial”. De ahí la necesidad conjunta de luchar por el Frente Unico (de comunistas y socialdemócratas) y de extender el trabajo de agitación, propaganda y organización en torno de las reivindicaciones de las masas más amplias.

Las tesis definen, al mismo tiempo, los principios generales que deben guiar una actividad comunista con las mujeres y las modalidades detalladas de esa actividad. La parte fundamental de las tesis es, sin duda, su sexto punto. “La lucha de la mujer contra su doble opresión, el capitalismo y la dependencia familiar y doméstica, debe adoptar en la próxima fase de su desarrollo un carácter internacional, transformándose en lucha del proletariado de ambos sexos por la dictadura y el régimen soviético.

Partiendo de la consideración de que “las mujeres nunca deben olvidar que todas las raíces de su esclavitud arraigan en el régimen burgués”, las tesis precisan que no hay cuestiones específicamente femeninas “y que el comunismo sólo se alcanzará gracias a la unión en la lucha de todos los explotados y no mediante la unión de las fuerzas femeninas de dos clases antagónicas”. El texto insiste, asimismo, en la necesidad de “combatir los prejuicios relativos a las mujeres en las masas del proletariado masculino, de luchar de forma sistemática contra la influencia de la tradición, las costumbres burguesas y la religión”. El congreso se declara enérgicamente contrario a cualquier suerte de organización separada de mujeres en el seno del partido, los sindicatos u otras asociaciones obreras, pero “reconoce la necesidad del Partido Comunista de emplear unos métodos de trabajo particulares entre las mujeres y estima útil la formación, en todos los partidos comunistas, de órganos especiales encargados de ese trabajo”, de secciones y diferentes comisiones femeninas.

En lo que atañe a las mujeres, el congreso distingue el trabajo que se debe realizar en tres sectores diferentes: en los países de régimen soviético, en los países capitalistas y en los países de economías económicamente atrasadas (Oriente). En relación con esta última región, se insiste en “la necesidad de luchar contra la influencia del nacionalismo y la religión en las mentalidades, y de trabajar, sobre todo, con la masa de obreras que trabajan a domicilio (pequeña industria) y con las trabajadoras de las plantaciones de arroz, algodón y otras, y se prevé una instrucción especial en los métodos de trabajo con las mujeres de Oriente”.

El texto termina con unas disposiciones de organización muy pormenorizadas, destinadas a ordenar este trabajo durante los años siguientes, pero la estalinización de la Unión Soviética y de los partidos comunistas las reducirá muy pronto a un mero envoltorio externo, liquidado, a su vez, entre 1935 y 1936.

A fin de organizar este trabajo, la Secretaría Femenina intenta constituir una red de “corresponsales” internacionales, que se reúnen por primera vez en Berlín los días 25 y 26 de enero de 1922. La segunda conferencia de las corresponsales internacionales, que vuelve a reunirse en Berlín durante los días 24 y 25 de octubre de 1922, precisa la orientación de esta actividad. Uno de los diez puntos de la orden del día aborda las “Principales cuestiones de la agitación y de la acción entre las mujeres proletarias”. Este punto hace hincapié en los

problemas sociales, cuyo peso recae especialmente en las mujeres -“la carestía de la vida, el paro y el empobrecimiento creciente están en el centro de cualquier agitación femenina”- y añade la reivindicación de un “seguro para las futuras madres”, pero sin ninguna precisión más.

El Cuarto Congreso, que se reúne del 3 de noviembre al 5 de diciembre de 1922, anuncia un cambio de período aún invisible para los delegados: es el último congreso en el que Lenin tomará la palabra. Al mismo tiempo, Stalin, el nuevo secretario general del Comité Central y futuro “Padre de los Pueblos”, no llega a poner los pies en él, pese a ser el delegado oficial de su propio partido. Este congreso sólo dedica una breve resolución a “la acción femenina”, que subraya tanto el acierto de la orientación decidida en el congreso precedente como las extremas reticencias de los dirigentes de muchos de los partidos comunistas -que no se especifican- a ponerla en práctica:

Algunas secciones no han cumplido, o sólo lo han hecho de forma superficial, con su deber de sostener de forma sistemática el trabajo comunista entre las mujeres. A día de hoy, aún no han aplicado las reglas de organización de las mujeres comunistas en el Partido, ni creado los órganos del Partido indispensables de cara al trabajo entre mujeres y al establecimiento de lazos con estas últimas. El Cuarto Congreso exige a estas secciones que emprendan lo más rápidamente posible el trabajo descuidado (...). El frente único proletario sólo puede llevarse a cabo si las mujeres forman parte de él (...). Una sólida vinculación entre los partidos comunistas y las mujeres permitirá a estas últimas, en determinadas circunstancias, abrir el camino al frente único proletario en los movimientos de masas revolucionarios.

### **Una aplicación de geometría variable**

Esta formulación bastante general no se precisa de ninguna otra manera. Pero uno de los partidos a los que apunta es al Partido Comunista francés, que se había mantenido prácticamente impermeable a las conminaciones del Tercer Congreso de la Internacional en éste y otros aspectos. Esta realidad se pone de manifiesto un mes antes, durante los debates de la Segunda Conferencia de las corresponsales internacionales, donde Marthe Bigot, responsable del “trabajo femenino” del Partido Comunista francés en esta conferencia, informa sobre el retraso del Partido. El Comité Directivo del PCF está flanqueado por una comisión central de mujeres, compuesta por ocho mujeres y dos hombres, y por una quincena de comisiones locales de todo el país.



El PCF publica un periódico para mujeres, *L'Ouvrière* [La obrera], con una modesta tirada de 2.000 ejemplares. Sólo algo más del 2 por ciento de los afiliados al Partido son mujeres (1.800, esto es, ¡exactamente el 1/45 del total!). En definitiva, la típica actitud paternalista de la socialdemocracia europea se perpetúa en el Partido Comunista.

El panorama del trabajo femenino del Partido Comunista belga es similar al de su gran hermano francés. En la federación bruselense, el PCB no cuenta en ese momento más que con una sola y única sección femenina, dirigida por Berthe Kestemot, miembro del Comité Ejecutivo del Partido. Una vez al mes, la sección suele reunir una media de siete u ocho mujeres, por lo demás poco convencidas. Berthe Kestemot se lamenta con estas palabras: “El Partido en su conjunto no comprende ni el papel ni la utilidad de una sección femenina y no nos ofrece, en consecuencia, ninguna ayuda”.

La imagen del Partido Comunista alemán es igualmente caricaturesca. Su dirección, que, fascinada por la acción directa extraparlamentaria, lo conduce, en marzo de 1921, a una tentativa de huelga insurreccional minoritaria finalmente reprimida en un baño de sangre, es más que reservada con respecto al “trabajo femenino”, como, por otra parte, con respecto a cualquier otra actividad “de masas”. Además, esta dirección es hostil a Clara Zetkin, a quien se considera una “derechista”. A finales de 1920, Clara Zetkin crea un órgano de propaganda dirigido a las mujeres: *Die Kommunistin*. A este propósito, Gilbert Badia escribe: “Clara Zetkin está desde hace mucho tiempo convencida de que, dado el retraso político de las mujeres, es preciso dirigirse a ellas desde organizaciones específicas, con unos métodos y una propaganda diferentes de los utilizados con los trabajadores”. Desde su punto de vista, el peso de la ideología burguesa y patriarcal es mucho más importante en un país como Alemania que en Rusia. Además, también le gustaría desarrollar una actividad de propaganda específicamente dirigida a las intelectuales. En diciembre de 1920, la dirección del PCA la retira de la dirección del *Die Kommunistin*, al mismo tiempo que limita al máximo las actividades de la sección femenina del Comité Central.

Este panorama penoso contrasta con el de los partidos escandinavos, no obstante más débiles, o el del Partido Comunista checoslovaco.

El Comité Directivo el Partido Socialista Obrero Revolucionario finlandés (cobertura legal del prohibido PC finlandés) está flanqueado por una sección femenina de cinco miembros, presidida por Helena

Fagerholm, quien tiene voz deliberativa en el Comité Directivo acerca de cualquier cuestión relativa al trabajo entre mujeres. La sección organiza un congreso femenino en diciembre de 1921. El Partido cuenta con 4.000 mujeres -es decir, el 22,5 por 100 del total de afiliados, y 38 secciones femeninas. También publica un periódico, *La mujer trabajadora*, cuya tirada oscila entre 2.000 y 2.500 ejemplares. En Finlandia, las mujeres tienen derecho de voto y hay seis mujeres diputadas en el Partido.

En lo que respecta al PC sueco, su Comité Central tiene una subsección femenina compuesta por cinco miembros mujeres y presidida por Gerda Linderot, miembro, asimismo, del Comité Central: esta subsección se reúne dos veces al mes. En caso de que su presidenta no sea una miembro electa del Comité Central, de acuerdo con los estatutos, este último está obligado a invitarla a las discusiones acerca de cualquier cuestión relativa a las mujeres. En contra de las instrucciones explícitas de la Internacional, el Partido comprende diferentes secciones femeninas de base que engloban a un poco más de la mitad de las 2.111 mujeres afiliadas al mismo en 1921. Las mujeres pagan unas cuotas inferiores a las de los hombres.

Pero donde el trabajo está organizado aún más minuciosamente es, sin duda, en el Partido Comunista checoslovaco. Junto al Comité Central del Partido existe un Comité Femenino Central compuesto por mujeres alemanas, checas y eslovacas, que se encarga de la propaganda entre las mujeres en todo el país y publica tres periódicos para mujeres: *Kommunistka*, en checo (tirada de 9.000 ejemplares), *Kommunistin* (en alemán para los Sudetes, tirada de 1.200 ejemplares); *Zena* (para las mujeres de la región de Brün, tirada de 7.000 ejemplares) y prevé la publicación de un cuarto periódico en eslovaco, *Proletarka*, pero no dispone de un presupuesto autónomo. La Secretaría del Comité Femenino es miembro con voz consultiva del Comité Central del Partido, pero tiene voz deliberativa en lo que atañe a las cuestiones femeninas. Existen secciones femeninas y comités femeninos de distrito. Al igual que en Suecia, las cuotas femeninas son inferiores a las masculinas.

Otros partidos, enredados durante mucho tiempo en los problemas de su propia fundación y los conflictos internos relativos a la orientación y constitución de una dirección más o menos homogénea, se implican tarde en esta actividad. Este es el caso, en especial, del Partido Comunista italiano. El primer número del periódico bi-

mensual *Compagna* no aparece hasta enero de 1922, diez meses antes de la marcha sobre Roma de Mussolini, cuyo acceso al poder reduce rápidamente al movimiento obrero a la clandestinidad. Durante el Segundo Congreso Nacional del PCI, en marzo de 1922, tiene lugar una primera conferencia femenina en la que Antonio Gramsci pronuncia un discurso -hoy perdido- sobre la importancia de la lucha por la emancipación femenina. *Compagna*, cuya tirada es de 7.200 ejemplares, consigue más de 1.000 abonadas en tres meses, pero los complejos debates de orientación general en el seno de la dirección del PCI marginan esta actividad. En este sentido, resulta significativo el silencio tanto en torno del trabajo femenino como en lo que atañe a la actividad de los sindicatos y la juventud (pese a la existencia de una organización juvenil) del extenso informe de ocho páginas de interlineado simple, escritas por el representante de la Internacional, Jules Humbert Droz, en abril de 1924, tras la derrota del PCI, que sólo obtiene 266.145 votos frente a los 4.690.000 del Partido Fascista en unas elecciones legislativas amañadas (Humbert-Droz, 1971).

La marginalidad y el ingreso del PCI en la más absoluta ilegalidad en 1926 le permiten, al igual que al PC francés, la aplicación indolora del cambio de orientación que acompaña la bolchevización de la Internacional; esto es, su caporalización emprendida en 1924 y 1925 por Zinoviev -tras la muerte de Lenin- y rematada por Stalin.

### **La nueva línea de la Internacional**

A partir del 15 de mayo de 1925, el Comité Ejecutivo de la Internacional decide rebautizar la Secretaría Internacional Femenina como Sección femenina del Comité Ejecutivo, reduciendo, en definitiva, su estatus y autonomía: una decisión a cuyo propósito se precisa, no sin cierto cinismo, que, “durante cualquier intervención ante un público amplio, conviene conservar, por razones tácticas, la denominación de Secretaría Internacional Femenina”.

Esta decisión podría explicarse -al menos en parte- por las reservas de Clara Zetkin con respecto al triunvirato que dirige en ese momento la URSS (Stalin, Zinoviev y Kamenev) y por la pertenencia de Kasparova a la Oposición de Izquierda. Pero esta primera normalización encierra unas razones más profundas. Unos meses después del XIV Congreso en el que rompe con Zinoviev y Kamenev, dirigentes de una Nueva Oposición derrotada, Stalin proclama: “No se debe jugar con la

igualdad porque es jugar con fuego” (Stalin, 1984). Stalin apunta aquí a la igualdad social y política, esto es, a la igualdad entre el hombre y la mujer. La burocracia parasitaria que va elevándose por encima de la sociedad se alimenta de privilegios disimulados en medio de un contexto de penuria. Christian Racovski estigmatiza las costumbres de esta carta proliferante con las siguientes palabras, escritas en agosto de 1928: “Robos, prevaricaciones, violencias, sobornos, abusos de poder inauditos, despotismo sin límites, embriaguez, corrupción”. En una formulación más concisa, Vladimir Sosnovski habla del factor “harén-automóvil”, donde ambos elementos son indisociables el uno del otro: la amante secretaria y el coche son, ambos, privilegios y signos de poder. La profundización de la diferencia social acompaña la constricción, por partida doble, de la mujer al papel de secretaria (complaciente, conforme a la tradición del vodevil burgués) y de la obrera al rango decorativo de productora de choque, muy pronto celebrada como madre de familia -y de una familia lo más numerosa posible.

Este cambio de orientación aparece de forma caricaturesca en el Partido Comunista alemán, que crea, en ese mismo año de 1925, una *Frauen und Mädchen Bund* [Unión de Mujeres y jóvenes], sección femenina de la organización de combate del Partido, Unión de Combate Frente Rojo [Roter Front Kämpferbund], gran organizadora de viriles desfiles paramilitares. No se puede indicar de una forma más clara que el “trabajo femenino” se centra en unas formas militantes que no pueden más que alejar, por decir lo menos, a la masa de las trabajadoras, poco dispuestas a transformarse en miembros del servicio de seguridad o de unidades de combate del partido. Pese a sus reticencias, Clara Zetkin termina por aceptar la presidencia de esta sección femenina del Frente Rojo. Al mismo tiempo, la Secretaría de la Internacional suspende definitivamente su publicación teórica en lengua alemana: *Die Kommunistische Fraueninternationale* [La Internacional Comunista de las mujeres].

Es el comienzo de un abandono acelerado del “trabajo femenino” de la Internacional. En 1920 se celebra una conferencia de mujeres comunistas en Moscú. En 1921 tiene lugar otra y en 1924, tras un intervalo de tres años, una más. En 1926 se organiza una nueva conferencia, la última. En noviembre de 1927, la Secretaría Femenina organiza en Moscú una conferencia con las mujeres que asisten a la celebración del Décimo Aniversario de la Revolución: el turismo es la consigna de esta conferencia puramente decorativa.

El camuflaje se conjuga con el abandono que debe enmascarar. En 1928, la Academia Comunista de Moscú abre una sección de investigación sobre los problemas del trabajo femenino y confía a Clara Zetkin la tarea de elaborar sus documentos rectores. De acuerdo con Gilbert Badia (1993), quien cita una tesis inédita de Gudrun Partisch sobre la actividad política femenina de Clara Zetkin de 1923 a 1933: “Clara Zetkin elabora entonces tres cuestionarios: uno versa sobre los conflictos en el seno de las parejas (divorcios, pensiones alimentarias, custodia de los hijos), otro sobre la aplicación de las leyes (verificar el cese efectivo de la discriminación padecida por las mujeres) y el tercero se destina a aclarar las condiciones de despido de las trabajadoras y la forma en que los tribunales competentes reciben y tratan sus eventuales denuncias”.

Badia añade: “Por desgracia, ningún documento accesible da prueba de que estos cuestionarios se repartieran ni, *a fortiori*, de que se usaran”.

Cuatro meses después, la novena reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional sólo evoca el “trabajo femenino” en una resolución relativa a la cuestión sindical que afirma la necesidad de “reclutar a mujeres y jóvenes en el sindicato, [de] hacerles participar activamente en el trabajo sindical” (Noveno Plenario del CEIC). En agosto de 1930, la Secretaría Femenina organiza en Moscú una conferencia de responsables de las secciones femeninas de los comités centrales de los partidos europeos y estadounidenses. Sepulturera, dicha conferencia será la última reunión organizada por la Secretaría.

La Conferencia de Moscú aclara parcialmente las razones de esta muerte programada. Esta se celebra en plena proclamación de lo que Moscú y la Internacional denominan el “Tercer Período”: después del período revolucionario, el primero; del período de estabilización del capitalismo, el segundo, y viene el tercer período, que es el del asalto final contra el orden burgués y sus lacayos, siendo los más peligrosos los socialdemócratas -calificados de “socialfascistas” y tanto más peligrosos, se piensa, cuanto más de izquierda. La Conferencia de 1930 define el “trabajo femenino” en el marco de esa rigidez sectaria. La tónica la marca la delegación alemana, la más firmemente comprometida -bajo las órdenes de Moscú- en la denuncia de los “socialfascistas”, en el flirteo suicida con los nazis impuesto por Stalin y, a partir de ese momento, en la liquidación de toda suerte de “trabajo femenino” específico.

Ruth Overlakh, quien dirige la sección femenina del Comité Central del PC alemán, preside la conferencia. Overlakh comienza denunciando la atracción, a su juicio excesiva, por las “cuestiones femeninas”:

“A menudo, nuestras secciones femeninas y nuestras militantes mujeres se ocupan principalmente, y a veces en exclusiva, de las supuestas ‘cuestiones femeninas’. Esta dedicación exclusiva a las supuestas cuestiones femeninas las retrasa, inevitablemente, con respecto al ritmo de trabajo de masa del Partido y las lleva al aislamiento del trabajo entre mujeres. Y este aislamiento las conduce, a su vez, a deslizarse por la pendiente del oportunismo (...). Todo esto desemboca en el hecho de que los órganos de este trabajo femenino han sido, hasta estos últimos años, esencialmente conciliadores y derechistas”.

Sin embargo, Overlakh denuncia el rechazo tenaz de los diferentes partidos comunistas del mundo a la organización de reuniones específicamente femeninas y define seis tareas concretas para proponer a las mujeres. La más nítidamente “femenina” es... ¡la acción contra los esquirols y los rompedores de huelgas! “Presencia masiva en los piquetes de huelga formando un muro compacto; las mujeres controlan a cualquier trabajador que se acerque: ¿se trata de un esquirol o no?”. Ruth Overlakh exalta la acción de las mujeres en un piquete de huelga que han medio desnudado y expulsado a un nazi cerca de su fábrica o se han lanzado en masa sobre unos vehículos llenos de esquirols para impedir su entrada. Así, pues, las obreras son tratadas como un simple comando de choque huelguista. La rusa Serafina Gopner, jefa del sector de agitación y propaganda del Comité Ejecutivo, llega aún más lejos:

“Es preciso hacer comprender a las mujeres de los obreros que no hay revolución sin sacrificio, para que, de esta forma, puedan aceptar que no haya pan en casa y sus hijos pasen hambre cuando su marido esté participando en una huelga”.

Junto a ese heroísmo por delegación, los informes de las delegadas nacionales expresan algunas veces una preocupación real.

Allard, del Partido Comunista francés, se lamenta: “De Francia cabe decir que el trabajo con las mujeres está mucho más retrasado que en muchos otros países”. Su compatriota Jeanne Bulland, quien dirige la sección femenina del Comité Central del PCF, concreta: “Es preciso decir abiertamente que en nuestro país el Partido Comunista apenas se ha ocupado todavía de organizar el trabajo entre mujeres”.

Por lo tanto, ¿no se ha producido ningún cambio desde hace diez años! El PCF augura así el próximo abandono de este “trabajo” por parte de Moscú y, por ende, por parte de la Internacional.

Esta conferencia está efectivamente marcada por un varapalo que anuncia el estrangulamiento definitivo. El Comité Ejecutivo de la Internacional envía a dos inspectores: el finlandés Otto Kuusinen, quien limita el “trabajo femenino” a la “participación en las luchas económicas en general, en las luchas de masa en general”, a quien la delegada rusa Moïrova agradece su forma de “bolchevizar” el trabajo femenino. El otro, Vassiliev, es aún más brutal:

“La sección femenina que sea incapaz de encontrar obreras capacitadas para participar en la organización de las huelgas, en la organización de la resistencia física a la policía o en la organización de toda forma de autodefensa durante las huelgas ha de ser inmediatamente disuelta sin la menor discusión”.

Un “trabajo femenino” asentado en la “resistencia” física a la policía y en la “autodefensa” -en definitiva, en la confrontación física- termina obligatoriamente reducido a su expresión más simple. Y Vassiliev lo reduce todavía más, apartando de un manotazo despectivo a “las amas de casa, las enfermeras y las mujeres juristas”, que sólo sirven para ser utilizadas. Esta orientación deliberadamente suicida elimina todo “trabajo femenino”. En 1932, la diputada comunista alemana Maria Reese escribe a Clara Zetkin: “Nuestra sección femenina es una catástrofe”, justo en el momento en que el paro de masas conduce a la desesperación a cientos de miles de mujeres.

Esto no es óbice para que, en septiembre de 1932, la duodécima reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional repita la invocación ritual de

“(…) poner resueltamente fin a la subestimación del trabajo en el seno de las masas femeninas proletarias, que es una tarea especialmente importante en este momento; es importante desarrollar la movilización de las obreras sobre la base de las asambleas de delegadas, que es una tarea particularmente importante en este momento”.

El estilo descuidado de la redacción subraya la ligereza con la que esta actividad será considerada a partir de ese momento en Moscú.

El caos de la industrialización estalinista, así como la brutalidad expeditiva y el ritmo de las colectivizaciones de tierras, deteriora la

situación jurídica y material de la mujer trabajadora en la URSS (salvo la de las mujeres de los *apparatchiks*, las cuales, por su parte, serán muy pronto obligadas a enfrentarse a la angustia del terror estalinista que se abate sobre muchos de sus maridos, arrastrando a toda la familia a una caída bañada en sangre). Este deterioro, que exige la asfixia del “trabajo femenino” en los partidos comunistas, se pone de manifiesto de tres formas distintas.

Uno. El empeoramiento de las condiciones de vida y de vivienda que acompaña la colectivización forzosa o la industrialización caótica: la transferencia de millones de campesinos y campesinas a las fábricas y a la “ciudad” no va acompañada de ningún esfuerzo serio de construcción de viviendas. En estas condiciones, el mismo departamento comunitario se convierte en un lujo: miles de obreros y obreras se hacinan con sus hijos en hogares colectivos miserables e incluso en vagones abandonados. En sus *Memorias de una abogada*, Dina Kaminskaia (1978) recuerda las “horribles cabañas de madera, semejantes a cuchitriles, sin agua corriente ni desagüe y divididas en cubículos diminutos”, a las que acudía a defender a “mujeres que habían tratado de llevarse a casa algún trozo de azúcar o algunas cucharadas de mermelada de la fábrica bolchevique de confituras donde trabajaban, para alimentar a sus críos muertos de hambre”, un delito que, desde un decreto, del 7 de agosto de 1932, redactado personalmente por Stalin, podía acarrear la pena de muerte o, como poco, en caso de circunstancias atenuantes, una condena de diez años en un campo de concentración. De acuerdo con Trotsky, “la verdadera emancipación de la mujer es imposible en el terreno de la miseria socializada”. La estrechez de los salarios y la proliferación de una capa privilegiada favorecen el desarrollo de la prostitución, tan oficialmente inexistente como el gulag, donde se organiza el trabajo forzoso gratuito de mujeres y hombres. La red social de guarderías y jardines de infancia está mucho menos desarrollada que la de los campos de concentración. Mientras la obrera y la empleada están sometidas a una opresión social y a una esclavitud familiar que se presentan como la misma realización del socialismo; la esposa del alto burócrata, liberada de las preocupaciones de lo cotidiano gracias a una red de tiendas especializadas y a una oferta barata de mano de obra femenina para el servicio doméstico, puede dedicarse al ocio, siempre y cuando la represión policial no venga a enturbiar su bienestar provisional.

Dos. La obrera se transforma en una simple productora: el lanzamiento del estajanovismo en 1935 va acompañado de una promoción



similar de mujeres tractoristas, obreras textiles y ordeñadoras de vacas de caderas anchas y buena musculatura, cuya vida “familiar” se oculta cuidadosamente, habida cuenta de que su papel consiste en producir cada vez más y en encarnar la devoción absoluta al plan constantemente manipulado y al trabajo deificado.

Tres. El Kremlin desea una estabilización social de la familia, pero promueve, al mismo tiempo, prácticas policiales -como la denuncia de los padres por parte de sus hijos- destinadas a tratar de impedir que aquella se convierta en el último refugio del pensamiento libre y no controlado. En 1934, Stalin promulga un nuevo código de familia que penaliza severamente el divorcio: el primer divorcio cuesta 50 rublos, el segundo 150 y el tercero 300, cuando el salario medio mensual de un obrero cualificado gira alrededor de los 200 rublos.

La nueva política del Kremlin podría encarnarse fácilmente en el lema “Trabajo, familia y patria”, con un solo matiz: si, durante la “Revolución nacional” de Pétain, la mujer tiene que quedarse en casa para parir y criar a sus hijos, la mujer estalinista ha de tener niños en casa pero también producir en la fábrica o el campo, y confiar a sus hijos a las instituciones colectivas, por otra parte escasas. El nuevo culto a la familia y a la fecundidad rescita al personaje arcaico de la “abuela” cuidadora de los niños. La “alta” sociedad rescata las costumbres de la corte zarista: la afición del Buró Político -y, sobre todo, de Kalinin, el presidente de la república-, a las bailarinas, es notoria.

Debido a la dificultad de encarrilar el “trabajo femenino” de los países capitalistas en esa misma dirección, la estalinización de los partidos comunistas genera la decadencia de ese “trabajo” concebido como actividad de clase o comunista, aunque sea de manera formal o decorativa. La correspondencia entre la Secretaría Internacional Femenina de la Internacional Comunista y las secciones femeninas de los comités centrales de los partidos comunistas es muy instructiva a este respecto: el último intercambio con China se produce en diciembre de 1930, con España y Polonia en diciembre de 1934, con Inglaterra y, más sorprendentemente, con Francia... en marzo de 1935. El cese de esta actividad coincide, asimismo, con el giro patriótico del PCF (Stalin expresa a Pierre Laval -en ese momento ministro de Asuntos Exteriores galo- su comprensión por el esfuerzo de guerra francés), con la preparación del Séptimo y último Congreso de la Internacional Comunista -centrado en la alianza con los partidos “radicales” y similares por todo el mundo- y con la denuncia y condena del aborto en la URSS en 1936.

Pese a todo, el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista vota, el 1º de agosto, una resolución que vuelve a estigmatizar “la subestimación del trabajo entre las mujeres trabajadoras”. Se trata de una fórmula ritual inserta en una letanía sobre la “subestimación del trabajo en los sindicatos reformistas y fascistas, y en las organizaciones de masa de los trabajadores creadas por los partidos burgueses [...] de la importancia del trabajo entre los campesinos y las masas de la pequeña burguesía urbana” (el Séptimo Congreso de la Internacional Comunista). La prueba del carácter puramente ritual es que el congreso no adopta ninguna decisión relacionada con el “trabajo femenino”.

### **La disolución de la Secretaría Internacional Femenina**

Por si fuera poco, tres meses después, en noviembre de 1935, el Comité Ejecutivo de la Internacional disuelve la Secretaría Internacional Femenina (que, recordemos, había sido rebautizada como Sección Femenina del Comité Ejecutivo). Las secciones femeninas de los comités centrales de los partidos comunistas, aún formalmente activas, desaparecen.

Se abre la veda para el lanzamiento de una campaña antiabortista en la URSS. *Troud*, el periódico de los sindicatos, publica el 17 de abril de 1936 un artículo de Stalin, cuya formulación anticipa, palabra por palabra, el discurso de las organizaciones que pretenden prohibir el aborto en nombre del “derecho a la vida”:

Hacen falta hombres. El aborto, que destruye la vida, es inadmisible en nuestro país. La mujer soviética tiene los mismos derechos que el hombre, pero esto no la exime del deber grande y noble otorgado por la naturaleza: la mujer es madre, dadora de vida, lo cual no es, ciertamente, un asunto privado, sino un asunto de gran importancia social.

Soltz, miembro de la Corte Suprema y antiguo presidente de la Comisión de Control del Partido, declara: “Dado que la sociedad socialista no conoce el paro, la mujer no puede disfrutar del derecho a rechazar las ‘alegrías de la maternidad’, por consiguiente, es preciso prohibir el aborto”.

El 27 de junio de 1936 se promulga una ley que prohíbe el aborto durante el primer embarazo. Dos meses más tarde, en agosto de 1936, el primer juicio de Moscú, que termina con la condena a muerte de 16 antiguos dirigentes del Partido Bolchevique y de la revolución -entre

los que figuran Zinoviev y Kamenev- desata el terror contra los trotskistas y contra cientos de miles de hombres y mujeres así etiquetados.

En ese mismo mes, agosto de 1936, *Stato Operario*, la revista mensual del Partido Comunista de Italia, publica un llamamiento largo y apremiante su Comité Central: “¡A los antiguos combatientes y a los voluntarios de la guerra de Abisinia [...], a los intelectuales, a los jóvenes, a las mujeres, a todo el pueblo italiano!”. Su objetivo: “La salvación de Italia, la reconciliación del pueblo italiano”. El llamamiento proclama con fuerza que “el programa fascista de 1919 no ha sido llevado a cabo. ¡Pueblo italiano! ¡Fascistas de la vieja guardia! ¡Jóvenes fascistas! Nosotros, los comunistas, hacemos nuestro el programa fascista de 1919, que es un programa de paz, de libertad y de defensa de los intereses de los trabajadores y os decimos: unámonos en la lucha por la realización de ese programa”.

Esta postura exigía la eliminación de los opositores, etiquetados -lo fueran o no- de trotskistas y denunciados como agentes fascistas: en la Italia de Mussolini y del concordato de Letrán firmado con el Vaticano, esta postura suponía el abandono de cualquier política, aunque fuera únicamente teórica, de defensa de los derechos elementales de las mujeres y de los de las obreras y campesinas, en particular.

A partir de ese momento, las mujeres son reducidas a una imaginería de Epinal y la Moukhina<sup>2</sup>, que coronaba el pabellón soviético en la Feria Internacional de París de 1937, infinitamente reproducida, ofrece una visión paradigmática: las mujeres sólo sirven ya como motivos para exaltar la felicidad y el entusiasmo de la mujer soviética, para entonar los varoniles acentos de las victorias ineluctables -aunque regularmente desmentidas por los hechos-, para denunciar al enemigo de turno y para estigmatizar la infamia de los trotskistas. Así, pues, el número de marzo de 1938 de la revista *La Internacional Comunista* publica un artículo de Nadejda Krupskaja, la viuda de Lenin, titulado “Las mujeres de la URSS, felices e iguales en derechos a los hombres” y dos de Dolores Ibarruri, dirigente del Partido Comunista español, conocida como “La Pasionaria”: el “Llamamiento a las mujeres alemanas para que impidan el envío de sus hijos a España” y una pomposa oda en prosa dedicada al día internacional de la Mujer del 8 de marzo,

2. “Imaginería de Epinal”: serie de estampas de temática popular y vivos colores que se produjeron en Francia durante el siglo XIX; hoy, en un sentido figurado se refiere a una visión tradicionalista y naif de las cosas. “Moukhina”: gigantesca escultura en acero inoxidable representando a un obrero y una koljosiana (campesina de granja colectiva) empuñando su hoz (nota del editor).

calificado como “Día de la esperanza”. Krupskaja rinde homenaje a la mujer soviética denunciando a los condenados en el tercer proceso de Moscú: “El proceso de los traidores a la causa de la clase obrera, a la causa del socialismo, el juicio al “bloque derechista y trotskista” (...). La historia no fue nunca testigo de una traición de tal magnitud, de una traición tan abominable”. Dolores Ibarruri profetiza: “En nuestra España radiante de Sol y de flores, de paisajes espléndidos, de montañas maravillosas, llanuras ardientes y valles umbrosos, etc., el fascismo se romperá los dientes”. Sigue en la misma línea durante párrafos y párrafos, pero como, al fin y al cabo, no se puede dejar de hablar de las mujeres en el día que se les dedica, termina clamando: “Con sus manos trabajadoras, valientes frente al enemigo, las mujeres construyen la España del mañana”. ¿Cómo? Puro misterio. De hecho, la España republicana caerá algunos pocos meses después de la impresión de esas palabras enfáticas: “la Pasionaria” continuará su carrera burocrática, símbolo satisfecho del estalinismo y la liquidación del “trabajo femenino” de la Internacional Comunista, cuya disolución, decidida por Stalin, se firmará cinco años después en Moscú.

En efecto, el 15 de mayo de 1943 se disuelve la Internacional Comunista, que Stalin calificaba despectivamente de “boutique”. Bajo la dirección de los partidos comunistas no tardan en surgir organizaciones nacionales sin riberas ni fronteras, al estilo de la “Unión de Mujeres Francesas” que, junto a la Iglesia, emprenden vigorosas campañas antiabortistas. Se acabaron los tiempos en los que Clara Zetkin y las mujeres comunistas hacían campaña contra el artículo 218 del Código Penal alemán, el cual amenazaba con penas de prisión a las mujeres convencidas de abortar, o contra la encíclica papal *Casti connubii*. El arte estalinista rinde homenaje a las mujeres cabo con pañoleta, mientras el Gulag crea campos de concentración o zonas femeninas, último refugio de los derechos de la mujer.

Tras la disolución de la Internacional Comunista, la anunciada vuelta a los valores del pasado se ultima en la semántica: el Consejo de los Comisarios del Pueblo se rebautiza, en marzo de 1946, con el nombre de Consejo de Ministros y, más tarde, el ejército rojo obrero y campesino pierde sus tres adjetivos. Una auténtica histeria nacionalista redobla la campaña antisemita que culmina con la eliminación del comité antifascista judío (1948-1952) y, más adelante, con el supuesto complot de los médicos, denunciado públicamente el 13 de enero de 1953 -el círculo de la reacción política se cierra. Una imagen sim-

boliza ese cierre: la pequeña Kazakh, fotografiada en 1937 en brazos de Stalin, con un ramo de flores en la mano, símbolo de la felicidad de la vida bajo la constitución estalinista -la más democrática del mundo. Dicha fotografía ilustra la portada del semanario *La vida obrera* de la CGT del 11-17 de marzo de 1953, que llora la muerte de Stalin, estaba entonces en el gulag tras la ejecución de su padre y la muerte de su madre en el campo de concentración.

## Bibliografía

### *Fuentes*

Centro ruso de conservación e Historia contemporánea (Bolchaïa Dimitrovka 15): documentos de la Secretaría Internacional Femenina del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, fondos 507, dossiers 1, 2 y 3.

Internationale Communiste (1934): *Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale communiste, 1919-1923*, Bibliothèque communiste, París, Librairie du travail.

*La Correspondance internationale* (Inprekorr), edición en francés de la revista bisemanal publicada desde 1921 en Berlín por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 1921, N° 10; 1922, números 5, 11, 12, 19, 20, 32, 38 y 51.

Kollontai, Alexandra (1921): *Bulletin communiste* 23 (2 de junio).

— (1921b): *Rabochaia Oppozitsiia*, Moscú, 8-ia Gos. Tip.

— (1974): *L'Opposition ouvrière*. París, Seuil. Incluye los textos de J. M. Gélinet; “L'Opposition ouvrière ou le Guetteur mélancolique” y de A. Valh; “Biographie de A. Kollontai” (ed. cast.: La oposición obrera, J. Jordà (trad.), Barcelona, Anagrama, 1975).

— (1931): *La mujer nueva y la moral sexual*; M. T. Andrade (trad.), Madrid, C. General de Artes Gráficas.

— (1967): *L'Internationale communiste* 19, décembre 1921, le travail du Secrétariat international des femmes, Feltrinelli.

— (1971): *The Autography of a Sexually Emancipated Communist Woman*, Salvator Attanassio, Nueva York, Herder & Heder [ed. cast.: *Autobiografía de una mujer sexualmente emancipada*, H. González Trejo (trad.), Barcelona, Anagrama, 1980].

— (1973a): *Women Worker Struggle for Their Rights*, C. Britton (trad.), Bristol, Falling Wall Press.

— (1973b): *Women Worker Struggle for Their Rights*, C. Britton (trad.),

- Bristol, Falling Wall Press.
- (1973c): *Anthologie Alexandra Kollontai: marxisme et révolution sexuelle*, J. Stora-Sandor (ed.), París, Maspero, [ed. cast.: *Marxismo y revolución sexual*, Madrid, Miguel Castellote, 1976].
- (1974): *Iz moei zhizni i raboty [De mi vida y mi trabajo]*, Moscú, Rossilia.
- (1978): *Polozhenie zhenschiny u evoliutsii khoziaistva, Conférences sur la libération des femmes*, J. Heinen (ed.), París, La Brèche, 1978 [ed. cast.: *Sobre la liberación de la mujer: seminario de Leningrado de 1923*, J. Heinen (ed.) y M. Lenard (trad.), Barcelona, Fontanova, 1979].
- Lenin, Vladimir Illich (1977-1978): *Obras completas*, Madrid, Akal.
- Stalin, Iosiv Vissarionovich Dzhugashvili (1984): *Obras de J. Stalin*, Madrid, Ediciones Vosa.
- Trotsky, L. (1973-1974): *The First Five Years of The Communist International*, J. G. Wright (ed.), Nueva York, Pioneers Publishers, 1945-1953 / London, New Park.
- (1977): *Escritos sobre la cuestión femenina; seguido de la revolución socialista y la lucha por la liberación de la mujer*, M. A. Waters y C. Lund (ed.), y M. Ruiz (trad.), Barcelona, Anagrama.
- (2001): *La revolución traicionada: ¿qué es y adónde va la URSS?*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- (2004): *Problemas de la vida cotidiana*, Madrid, Fundación Federico Engels.
- Zetkin, C. (1923): *La délégation du Parti communiste de la France à Moscou*. Secretariat féminin de l'Internationale communiste (13 de noviembre de 1923).
- (1957): *Ausgewählte Reden und Schriften*, Bd. I, Berlin, S.3-11., Berlin, RDA, Dietz Verlag Berlin.
- (1958): *Zur Geschichte der proletarischen Frauenbewegung Deutschlands [Historia del movimiento feminista proletario]*. Berlin, Dietz Verlag.
- (1977): *Recuerdos de Lenin*, Madrid, Fundamentos.
- (1984): *Selected Writings*, Phillip S. Foner, Nueva York, International Publishers.

### *Obras*

- Badía, G., et al. (1980): *Batailles pour les femmes, textes choisis de Clara Zetkin*, París, Editions sociales.

- (1993): *Clara Zetkin, féministe sans frontières*, París, Editions de l'Atelier.
- Balabanoff, Angélica (1931): *Días de lucha: recuerdos de mi vida*, Madrid, Zeus.
- (1973): *My Life as a Rebel*; Nueva York/Londres, Harpers and Brothers, Bloomington, Indiana University Press [ed. cast.: *Mi vida de rebelde*. T. Pàmies (trad.), Barcelona, Martínez Roca, 1974].
- Boukharine, N. y Preobrajensky, E. (1963): *The ABC of Communism*, P. Lavin, Glasgow, Socialist Labour Press.
- Broué, P., ed (1974): *Le 1° Congrès de l'Internationale Communiste*, París, EDI.
- Gamparini, A. (1978): *Questione Femminile e Terza Internazionale, Movimento Operaio*, Bari, De Donato.
- Daniels, R. V. (1984-1993): *A documentary History of Communism*, University Press of New England, 2 vols.
- Degras, J., ed. (1956-1971): *The Communist International, 1919-1913*, London, The Royal Institute of International Affairs, 2 vols.
- Edmonson, J., ed. (1992): *Women and Society in Russia and the Soviet Union*, Cambridge University Press.
- Fauré, C. (1986): "The Utopia of the New Woman in the Work of Alexandra Kollontai and its Impact on the French Feminist and Communist Press", en J. Friedlander (ed.), *Women in Culture and Politics: A Century of Change*, Bloomington, Indiana University Press.
- Fréville, J., ed. (1950): *La femme et le communisme*, Paris, Editions sociales.
- Gotovitch, J.; Narinsk, M.; Dreyfus, M.; Pennetier, C.; Studer, B., Wehenkel, H. y Woukow, S., eds. (2001): *Komintern: l'histoire et les hommes, Dictionnaire biographique de l'Internationale communiste: en France, en Belgique, au Luxembourg, en Suisse et a Moscou: 1919-1943*, Editions de l'Atelier.
- Hennen, J. (1978): *Kollontai Alexandra, Conférences sur la liberation des femmes*, París, La Breche.
- Humbert-Droz, J. (1971): *De Lenine a Staline (Dix ans au service de l'Internationale communiste, 1921-1931)*, Neufchâtel, La Baconniere.
- Kaminskaya, D. (1982): *Dinal Judgment: My Life as a Soviet Defense Attorney*, M. Glenny (trad.), Nueva York, Simon and Schuster.
- Laneres, C. (1994): *Les Femmes travailleuses dans le mouvement ouvrier*, París, La Vérité.

Marie, J.-J (2001): *Staline*, París, Fayard.

Stites, R. (1978): *The Women's Liberation Movement in Russia, Feminism, Nihilism and Bolchevism, 1860-1930*, Princeton University Press.

Waters, E. (1989): "In the shadow of the Comintern: the Communist Women's Movement, 1920-43", en S. Kruks, R. Rapp y M. B. Young (ed.), *Promissory notes women in the transition to socialism*, Nueva York, Monthly Review Press.



# El marxismo y la burocracia sindical. La experiencia alemana (1898-1920)

Constanza Bosch Alessio y Daniel Gaido

## Los marxistas “ortodoxos” y los sindicatos

Ya desde la controversia revisionista de 1898-1903, Rosa Luxemburg llevó adelante una polémica constante con los funcionarios de los sindicatos alemanes “libres” (es decir, socialdemócratas). En su folleto de 1899 contra Eduard Bernstein, *¿Reforma social o revolución?*, Luxemburg escribió un pasaje ya célebre, señalando que “las condiciones objetivas de la sociedad capitalista transforman las dos funciones económicas de los sindicatos [la defensa de la fuerza de trabajo (como mercancía) contra el sistema social basado en la ganancia y la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores] en un trabajo de Sísifo” (Luxemburg, 1970). Kautsky apoyó este punto de vista, por ejemplo en su artículo de 1906, “El Partido y los sindicatos”, donde escribió

---

Constanza Bosch Alessio es historiadora y docente en la Universidad Nacional de Córdoba. Se especializa en historia de la izquierda y prepara actualmente su tesis de doctorado sobre la obra de Liborio Justo.

Daniel Gaido, historiador e investigador adjunto del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet). Es autor de *The Formative Period of American Capitalism* (London: Routledge, 2006) y co-editor, junto con Richard B. Day, de *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record* (Brill, 2009, Haymarket, 2011). [danielgaid@gmail.com](mailto:danielgaid@gmail.com)

que, a diferencia del objetivo final del Partido Socialdemócrata, “el trabajo sindical, indispensable y beneficioso como es, puede equipararse al trabajo de Sísifo, no en el sentido de un trabajo inútil, sino en el sentido de un trabajo que jamás concluye, y que debe ser reiniciado desde cero cada vez”, a fin de preservar las conquistas obtenidas por la lucha de los sindicatos (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906). Esta metáfora tuvo tal impacto que, en fecha tan tardía como la de 1910, la Comisión General de Sindicatos Libres de Alemania la utilizó para realizar su crítica del libro de Kautsky *El camino al poder* (Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands, 1910).

La Generalkommission der Freien Gewerkschaften Deutschlands, la federación de sindicatos socialdemócratas, fue fundada entre el 16 y el 17 de noviembre de 1890 por una conferencia de dirigentes sindicales que tuvo lugar en Berlín. El presidente de la comisión fue, durante treinta años, desde su fundación en 1890 hasta su desaparición en 1920, Carl Legien, un miembro del ala derecha del Partido Socialdemócrata alemán. Legien tuvo una influencia capital en la política de la Comisión General en tanto editor de su periódico oficial, el *Correspondenzblatt*, cuyo primer número apareció en 1891. Ya en 1893, en el Congreso de Colonia del SPD (el Partido Socialdemócrata alemán: Sozialdemokratische Partei Deutschlands), Legien sostuvo que, en su opinión, el partido y los sindicatos eran “igualmente importantes”. El vocero del Ejecutivo del Partido, Ignaz Auer, lo acusó de intentar separar a los sindicatos del partido y de convertirlos en un poder rival a éste. Utilizando una metáfora un tanto curiosa, Auer advirtió a Legien contra su adhesión al ejemplo del líder de la federación sindical norteamericana, Samuel Gompers: “El movimiento obrero alemán -dijo- no es la clase de terreno donde el maíz de Gompers y sus socios puede crecer” (Varain, 1956: 16). Treinta años después, en 1906, Werner Sombart establecía la misma analogía: “...el presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo, cuyo equivalente en Alemania sería Carl Legien” (Sombart, 1976: 86).

Además de su puesto en la Comisión General, Legien ocupó una serie de importantes cargos políticos: diputado del Reichstag (1893-1898 y 1903-1920), secretario de la Oficina Internacional de Sindicatos Socialistas (1902) y presidente de la Federación Internacional de Sindicatos (1913) (Schneider, 1991: 86).

Ya en 1900, Kautsky había hecho sonar la voz de alarma al señalar que los líderes sindicales peleaban por su independencia del partido bajo la consigna de “neutralidad” (*Die Neue Zeit*, 18, 2, 1900: 388-394, 429-433, 457-466, 492-497). El *Correspondenzblatt* respondió

que “aún contra Kautsky, debemos aferrarnos a la visión de que la táctica de los sindicatos estará determinada únicamente por las resoluciones de los congresos sindicales, antes que por aquéllas formuladas en los congresos partidarios” (citado por Varain, 1956: 30).

### **La Revolución Rusa de 1905 y el “revisionismo sindical”**

Luego del debate revisionista, formalmente ganado por la mayoría marxista “ortodoxa” del SPD, los líderes de esta corriente sintieron que sus pronósticos revolucionarios se veían confirmados por los vivificantes acontecimientos de la primera Revolución Rusa, que comenzó en el “Domingo Sangriento” (9 de enero de 1905). Todos los aspectos del pensamiento de Kautsky experimentaron una considerable radicalización bajo la influencia de Rosa Luxemburg, quien, dada la ignorancia de Kautsky del ruso, sirvió como su principal intérprete de los acontecimientos revolucionarios.

En mayo de 1905, los sindicatos congregados en la Comisión General de Sindicatos Libres de Alemania sostuvieron su quinto congreso en Colonia, donde rechazaron categóricamente la utilización de la huelga -una demanda inspirada fundamentalmente por los eventos revolucionarios de Rusia. El vocero de la Comisión General sobre esta cuestión, Theodor Bömelburg, presidente del Sindicato de los Trabajadores de la Construcción, atacó no sólo al ala izquierda del SPD sino también a Eduard Bernstein (quien veía en la huelga general no un medio revolucionario para superar el reformismo parlamentarista, sino un medio de defensa del parlamento y de los derechos democráticos frente a los ataques de la reacción), argumentando que “a fin de expandir nuestra organización, necesitamos paz y tranquilidad (*Ruhe*) en el movimiento obrero” (citado por Grunenberg, 1970: 346-354).

La resolución adoptada por el Congreso Sindical de Colonia rechazó la huelga de masas como táctica política y prohibió siquiera la “propagación” (v.gr., la propaganda o discusión) de este medio de lucha. Argumentaba, además, que la huelga de masas era defendida por “anarquistas y personas sin ninguna experiencia en las luchas económicas”, y advertía a los trabajadores organizados “que eviten ser distraídos de su trabajo cotidiano de fortalecimiento de las organizaciones obreras por la adopción y promoción de tales ideas” (Luxemburg, 1972a).

Cuando Kautsky criticó esta resolución en la revista teórica del partido (*Die Neue Zeit*, 23, 2 1905: 309-316), el órgano central del

SPD, el *Vorwärts*, bajo dirección de Kurt Eisner, lo acusó de ser un ideólogo doctrinario, predicador de la utopía neoanarquista de conquista del poder político a través de la huelga general. En octubre de 1905, Eisner y otros cuatro editores fueron cesanteados y un nuevo comité editorial proveniente del ala izquierda tomó el control del *Vorwärts* (Salvadori, 1979: 96-97).

En noviembre de 1905, Kautsky sostuvo que, justo cuando se había hecho evidente la bancarrota del revisionismo teórico y político (el ministerialismo),

“(…) ha surgido un nuevo *revisionismo*, el revisionismo sindical, apoyado en una parte de la burocracia sindical. Este revisionismo ha predicado, bajo la bandera de la neutralidad, un rechazo de la Socialdemocracia. No le importa la Socialdemocracia en tanto partido de la clase obrera, la concibe como un partido cualquiera. No como el partido que *unifica* al proletariado, sino como uno de los partidos en los que el proletariado se encuentra *dividido*. La Socialdemocracia ha sido vista como un factor que perturba la unidad organizacional del proletariado. Si se pretende unificar a los trabajadores católicos, conservadores y liberales con los socialdemócratas en un mismo sindicato, entonces esta unión ha de llevarse a cabo, no a través de la demostración de la utilidad y la necesidad de la Socialdemocracia, sino a través del renunciamiento por parte del sindicato al espíritu socialdemócrata con el que había nacido” (*Die Neue Zeit*, 23, 2, 1905: 309-316, subrayado en el original).

En el Congreso de Jena del SPD, llevado a cabo en septiembre de 1905, August Bebel, el dirigente histórico del SPD, criticó la hostilidad de los líderes sindicales hacia la huelga política de masas, calificándola de “sindicalismo puro y simple” (citado por Grunenberg, 1970: 356-378). Frente a la resolución del Congreso Sindical de Colonia, el Congreso de Jena adoptó una resolución apoyando la utilización de la huelga política de masas en la lucha por los derechos democráticos y electorales; sin embargo, esta medida fue descrita, ante la insistencia de Bebel, como una táctica defensiva ante el esperado asalto de la burguesía sobre las conquistas progresivas del movimiento socialista (*Die Neue Zeit*, 24, 1, 1905; Luxemburg, 1972b). El *Correspondenzblatt* rechazó aún esta versión diluida de la huelga general. Informó que “Legien llamó a la propaganda por la huelga política una inoportuna concesión a los anarquistas” agregando que, aunque “la moción de Legien y sus camaradas fue rechazada y la resolución de Bebel adoptada por 288 votos contra 14”, era “imposible para el partido imponer

forzosamente sus resoluciones sobre los sindicatos. La única solución factible, por lo tanto, es alcanzar un acuerdo sobre esta cuestión” (citado por Stern, 1961: 715).

Y esto es lo que finalmente sucedió: en una conferencia secreta del ejecutivo del SPD y la Comisión General, realizada el 16 de febrero de 1906, el ejecutivo del partido abogó por “intentar evitar, en la medida de lo posible, una huelga de masas”. Si ésta, sin embargo, se desencadenaba, el partido asumiría por sí mismo la responsabilidad de su conducción: los sindicatos no participarían oficialmente en ella, acordando únicamente “no apuñalarla por la espalda”.

### **La polémica de Kautsky con la dirección sindical**

En abril de 1906, Kautsky fue forzado a salir en defensa de Rosa Luxemburg, atacada por un órgano de prensa sindical. El *Zeitschrift für Graveure und Ziseleure* escribió que tenía “testigos de carne y hueso que sostenían que la camarada Luxemburg había ‘parlotado’ en una asamblea en Berlín acerca de los sindicatos, considerándolos como ‘un mal’”. Kautsky respondió que “no había sido la camarada Luxemburg quien socavaba las relaciones entre el partido y los sindicatos, sino aquellos funcionarios sindicales y editores que habían tomado a Rexhäuser como modelo”. Ludwig Rexhäuser era el líder del sindicato de impresores y editor de su periódico: *Correspondent für Deutschlands Buchdrucker und Schriftgießer* (citado por Stern, 1961: 1555-1559). Kautsky rechazó las acusaciones de los sindicatos como falsas, y agregó:

“Aún nuestros adversarios burgueses, al menos los más decentes -que ciertamente no son muchos- han evitado atacar a la camarada Luxemburg. Los órganos de la prensa sindical van de la mano en este asunto con los más infames y vergonzosos lacayos del capitalismo y con la aristocracia (Junkertum) en la prensa” (citado por Stern, 1961: 1548-1549).

El órgano de la Comisión General, el *Correspondenzblatt*, consideró “chocante” la adopción de este tono por el “proclamado primer teórico del Partido” y preguntó de manera retórica si la desfachatez era el producto necesario de una educación académica (citado por Friedemann, 1978: 1550). Kautsky contestó preguntando por qué los sindicatos no fueron capaces de identificar a aquellos presuntos “testigos de carne y hueso” opositores a Rosa Luxemburg (citado por Stern, 1961: 1555-1559).

Entre los congresos del SPD de Jena y Mannheim, en agosto de 1906, Kautsky escribió su trabajo fundamental sobre las relaciones entre el partido político y los sindicatos, donde argumentó contra la neutralidad política de los sindicatos y demandó su subordinación al liderazgo revolucionario del partido. El artículo señalaba que, dependiendo de las circunstancias políticas, los sindicatos podrían convertirse en la élite de la clase trabajadora o en una aristocracia estrecha de miras de trabajadores especializados organizados; es decir, en un medio para la lucha de clases o en un impedimento a esta lucha. Los sindicatos representaban los intereses económicos momentáneos de sus miembros, mientras que el partido revolucionario representaba los intereses del proletariado en su conjunto, así como la meta final de su lucha: la conquista del poder político por parte de la clase trabajadora. Atacaba a los “sindicalistas puros” tanto como los funcionarios sindicales rechazaban a los “políticos puros”. Para muchos líderes sindicales, el partido aparecía como una amenaza a su paz y tranquilidad, y como el heraldo de catástrofes políticas que podrían arruinar a los sindicatos. El artículo de Kautsky denunciaba la “búsqueda de una nueva teoría sindical” entre los funcionarios de los sindicatos que se sentían constreñidos por la “teoría del partido” de la lucha de clases (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906: 718). Con la ventaja que da una mirada retrospectiva, está claro que la cálida recepción acordada cuatro años antes al evangelio del sindicalismo “puro y simple” de Samuel Gompers por parte de la Comisión General de Sindicatos Libres en general, y por parte de Carl Legien en particular, no fue tanto una cuestión de un “sindicalismo de negocios” norteamericano corrompiendo a los funcionarios sindicales marxistas alemanes; se trató más bien de un funcionariado sindical alemán en abierta rebelión contra el programa del partido, buscando apoyo en los líderes sindicales de pensamiento similar al otro lado del océano.

Kautsky recordó cómo los funcionarios sindicales ingleses en la Primera Internacional “sintieron el liderazgo de Marx como un ‘autoritarismo’ crecientemente insoportable y no dudaron en unirse ellos mismos a los ‘románticos revolucionarios’ de la fracción Bakunin, tan pronto como la tendencia de Marx al establecimiento en Inglaterra de un partido político independiente de los trabajadores se volvió clara”. Y lo hicieron debido a que “sintieron instintivamente que esto hubiese sido crear un poder que habría puesto fin a su dominio autocrático. De la misma manera, no existen en Estados Unidos enemigos más venenosos del Partido Socialdemócrata que la masa de funcionarios sindicales, con Gompers a la cabeza” (*Die Neue Zeit*, 24, 2, 1906: 750).

De manera interesante, en su respuesta al artículo de Kautsky, el *Correspondenzblatt* señaló correctamente que “la lucha de Kautsky no está dirigida contra las organizaciones sindicales, sino contra los *líderes y editores* sindicales... *a fin de socavar la confianza de los miembros de los sindicatos en los líderes de sus organizaciones*” (citado por Friedemann, 1978: 527, subrayado en el original).

### **El Congreso de Mannheim del SPD (1906)**

La polémica continuó en el congreso del SPD realizado en septiembre de 1906 en Mannheim. En su discurso al congreso, Kautsky planteó abiertamente la cuestión de la burocratización creciente del propio partido y llamó la atención sobre el peligro de la formación de un bloque conservador entre el aparato del partido y los aparatos sindicales:

“Si ahora los sindicatos quieren paz y tranquilidad, qué perspectivas se abren para nosotros si éstos se unen al ya voluminoso aparato del Partido, incrementando así su inercia” (citado por Stern, 1961).

Kautsky comparó la falta de disciplina partidaria de los funcionarios sindicales con la de los miembros parlamentarios socialistas franceses. Legien, a su vez, señaló que los anarquistas habían considerado la resolución de Jena como una adopción culposa de sus propias ideas sobre la huelga general y que, aún dentro de las filas de la socialdemocracia, mucha gente había entendido a partir de ella que el Partido estaba listo para utilizar la huelga política de masas en el futuro cercano, en especial para obtener el sufragio general en Prusia. Frente a esta actitud, Legien recordó que “por más de dos décadas, en Alemania fuimos educados en la concepción de Auer de que la ‘huelga general es un sinsentido general’”. Legien enfatizó las tácticas reformistas del SPD: “En el partido se enseñó por diez años que las revoluciones en el viejo sentido no son ya posibles. Siempre hemos dicho que prosperamos mejor en el marco de la legalidad. Hemos dicho una y otra vez que podemos organizar una resistencia no violenta”. Concluyó: “Considero peligrosa la discusión sobre la huelga política de masas” (citado por Grunenber, 1970: 402).

### **El panfleto de Rosa Luxemburg sobre la huelga de masas**

Fue en reacción a esta actitud en los círculos principales de los sindicatos socialdemócratas alemanes que Rosa Luxemburg publicó, en el

mismo mes en que tuvo lugar el congreso de Mannheim (septiembre de 1906), su famoso folleto *La huelga de masas, el partido político y los sindicatos*, en el que defendía la idea de la huelga política de masas como lección fundamental de la primera Revolución Rusa para la clase obrera alemana, sopesando la iniciativa revolucionaria espontánea de las masas trabajadoras frente a las políticas conservadoras de los líderes obreros (acerca del congreso de Mannheim, ver Luxemburg, 1972b).

La resolución del Congreso de Mannheim, cuyo borrador fue nuevamente redactado por Bebel, representó una victoria histórica de la burocracia sindical ante los revolucionarios en el SPD. Aunque no rechazaba la huelga general en principio, la resolución de Mannheim establecía que el ejecutivo del Partido no podría llevar a cabo acciones sin la aprobación de los sindicatos, dándoles así a éstos efectivamente un poder de veto sobre las decisiones del partido. El periódico radical *Leipziger Volkszeitung* sacó de la resolución del congreso de Mannheim la amarga conclusión de que diez años de lucha contra el revisionismo habían sido en vano, “ya que el revisionismo que hemos aniquilado en el partido se eleva de nuevo con gran fuerza en los sindicatos” (Schorske, 1970: 52).

Kautsky se engañó a sí mismo al pensar que, en lo relativo a “la cuestión central de la conferencia, la relación entre el Partido y los sindicatos”, los resultados de la Conferencia de Mannheim habían sido satisfactorios, ya que “los líderes sindicales aceptaron los puntos de vista del Partido sobre las cuestiones del Primero de Mayo y de la huelga de masas” -soslayando, de hecho, la contradicción entre las resoluciones de Jena y Colonia. Pero Kautsky reconoció que “el discurso de Bebel en Mannheim dio la impresión de representar un paso atrás en comparación con el Congreso de Jena, como si considerara hoy que la posibilidad de aplicación de la huelga general en Alemania es mucho más remota que un año atrás”. Kautsky concluyó que “el congreso del Partido en Dresden significó el fin del revisionismo teórico, aunque nuestros adversarios ponen grandes expectativas en el ‘revisionismo práctico’ de los sindicalistas” (*Die Neue Zeit*, 25, 2, 3, 1906: 4-10).

La capacidad de los líderes sindicales para imponer su línea al SPD derivó de dos fuentes principales: la gran cantidad de miembros de los sindicatos y sus aún mayores recursos financieros en comparación con los del Partido. De 215.000 miembros en 1892, la afiliación de los Sindicatos Libres Socialdemócratas creció a más de 1.100.000 en 1904, y a 2.500.000 el año anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial, dejando atrás a los sindicatos liberales de Hirsch-Duncker



y a los sindicatos cristianos con, respectivamente, 106.000 y 218.000 miembros en 1913 (Schneider, 1991: 70,75). En 1906, cuando el SPD realizó su primer censo, resultó que su afiliación era de 348.327 personas, contra 1.689.709 de los Sindicatos Libres. En 1913, la relación era aún de dos y medio a uno a favor de los sindicatos. Además, el ingreso del Partido durante el año fiscal 1906-1907 fue de 1.191.819 marcos; el de los sindicatos, de 51.396.784 marcos -es decir, cerca de cincuenta veces más (Schorske, 1970: 13, 93). De manera nada sorprendente, la proporción de funcionarios sindicales en la bancada del SPD en el Reichstag creció del 11,6% en 1893, al 32,7% en 1912 (Schneider, 1991: 92).

### **La polémica de Kautsky con la dirección sindical norteamericana**

En mayo de 1909, Kautsky publicó su libro *El camino al poder*, que fue considerado por Lenin como “el último y mejor de los trabajos de Kautsky contra los oportunistas”<sup>1</sup> (Kipnis, 1952: 342). Utilizando estadísticas de la Oficina del Trabajo de los Estados Unidos, Kautsky argumentaba que, a pesar de todas las luchas industriales de los trabajadores norteamericanos, el poder adquisitivo de los salarios en los Estados Unidos se encontraba estancado desde hacía más de una década, debido especialmente al crecimiento de los trusts y asociaciones patronales. Los sindicatos se verían, de este modo, obligados a ingresar a la arena política y a entrar en estrecha colaboración con el Partido Socialista, si es que deseaban estar en condiciones de soportar la presión de la patronal y de defender los niveles de vida de sus afiliados (Kautsky, 1909). Este análisis condujo a un violento intercambio con los órganos de prensa de la derecha sindicalista del SPD, en especial con el *Grundstein* y el *Correspondenzblatt*, que acusó a Kautsky de ser “un oponente de la organización sindicalista” que “menospreciaba e infravaloraba” el trabajo de los sindicatos. Robert Schmidt escribió una serie de artículos en el *Correspondenzblatt*, bajo el título de “El camino a las ilusiones: ¿trabajo de Sísifo o logros positivos?”, que acusaba a Kautsky de querer transformar “las conquistas previas de los sindicatos en fracasos futuros” y de estar “muy poco calificado para

1. “Lenin consideraba a Kautsky como su maestro, cuestión que remarcaba cada vez que podía. Hablando sobre el menchevismo como ala oportunista de la socialdemocracia, Lenin comparó a los mencheviques no con el kautskismo, sino con el revisionismo. Más aún, consideraba al bolchevismo como la apariencia rusa del kautskismo que, desde su mirada en aquel período, era idéntico al marxismo” (Trotsky, 1973:132).

mostrarnos el camino al poder” (citado por Varain, 1956: 63). El *Correspondenzblatt* alabó el éxito de los sindicatos norteamericanos en el acortamiento de la jornada laboral en casi un 5 por ciento desde 1898 hasta 1907 y acusó a Kautsky de anarcosindicalismo: “A Kautsky no le importa la evolución de los sindicatos como organizaciones económicas poderosas... No tiene en mente otra cosa que el [anarco] sindicalismo francés” (*Correspondenzblatt*, 1909: 626).

Kautsky respondió a las acusaciones del *Correspondenzblatt* sosteniendo que las luchas industriales podían elevar los salarios en un momento dado, pero que no determinan su evolución en el largo plazo, la cual depende de procesos económicos más profundos. Dada una tendencia alcista, los sindicatos podrían acelerar la suba de los salarios; dada una tendencia a la baja, podían desacelerar su disminución. Pero los sindicatos no podían controlar estas tendencias a voluntad, como sostenían los reformistas. Los sindicatos eran capaces “de mantener los salarios en un nivel relativamente más alto del que éstos habrían de otro modo de alcanzar, pero no pueden garantizar una suba ininterrumpida de los salarios en términos absolutos” (*Die Neue Zeit*, 27, 2, 1909: 523). Si deseaban estar capacitados para hacer frente al poder concentrado de los capitalistas y de su Estado, estaban obligados a politizarse cada vez más y a estar preparados para utilizar su arma más poderosa, la huelga política de masas. Kautsky confiaba en que, al igual que en los casos de Gran Bretaña y Austria, también en Alemania “las grandes luchas hacia las que marchamos unificarán estrechamente al partido y los sindicatos convirtiéndolos en una poderosa falange, cuyas partes no se entorpecerán mutuamente; por el contrario, se alentarán y fortalecerán la una a la otra para la pelea”. Su objetivo al redactar *El camino al poder* había sido el de “alentar este proceso, destacando esos grandes logros que sólo pueden ser conseguidos a través de una lucha en común por parte del partido y los sindicatos, y acentuando la creciente impotencia a la cual el aislamiento condenará a ambos”, pero sus argumentos habían desatado una tormenta de controversias por parte de sus críticos del *Correspondenzblatt*. Kautsky los acusó de “haberse alineado junto a REXHÄUSER y GOMPERS” (*Die Neue Zeit*, 27, 2, 1909: 832).

La polémica de Kautsky con la dirección sindical alemana en torno de las estadísticas norteamericanas se agudizó en ocasión de la visita de Samuel Gompers, el líder de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL) a mediados de 1909. Para ese entonces, la AFL tenía más de un millón y medio de afiliados en Europa y Alemania.

## **Samuel Gompers y la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL)**

Samuel Gompers fue presidente de la Federación Norteamericana del Trabajo (AFL)<sup>2</sup> desde su fundación, en 1886, hasta su muerte, en 1924, con la excepción de un único año, 1894, cuando fue temporalmente derrotado por el candidato populista John McBride. Inicialmente discípulo de los marxistas germano-estadounidenses, Gompers se volvió cada vez más conservador hacia finales del siglo XIX. Gradualmente, Gompers comenzó a oponerse también al sindicalismo industrial y a la formación de un partido de los trabajadores, para terminar aceptando políticas racistas y apoyando a la nueva política exterior imperialista, inaugurada por la guerra hispano-norteamericana de 1898. Gompers se declaró públicamente contra el socialismo en la convención de 1903 de la AFL.

El pánico de 1893, una de las peores crisis económicas en la historia de Estados Unidos y la ola de militancia obrera resultante, dieron origen a la creación, en el año 1900, de la Federación Cívica Nacional (NCF), una institución que promovía la colaboración de clases. Gompers se unió a la nueva organización en calidad de vicepresidente y, como tal, apoyó la posición de los empleadores contra los sindicatos en dos huelgas, en las cuales el empleador era, a la vez, presidente del Departamento Industrial de la NCF. La NCF se opuso no sólo al socialismo sino al sufragio femenino. Luego de la Primera Guerra Mundial, militó en contra del reconocimiento diplomático de la Unión Soviética y luchó contra las jubilaciones estatales, considerándolas “socialistas”. Después de la represión desatada por la histeria anticomunista que siguió a la Revolución bolchevique, la NCF entró en decadencia.

El 31 de julio de 1909 se celebró en Berlín una reunión en honor de Gompers. Fue en este marco en el cual Kautsky publicó, el 13 de agosto de 1909, el artículo contra Gompers. La crítica a Gompers escrita por Kautsky era una proyección de la lucha contra la burocracia sindical alemana llevada a cabo por el ala revolucionaria de la socialdemocracia. Posteriormente, las críticas de Lenin al liderazgo sindical alemán habrían de retomar las de Kautsky (ver, por ejemplo, su artículo sobre Legien: Lenin, 1970).

En su artículo contra Gompers, Kautsky argumentaba que el entonces presidente de la AFL representaba no sólo un opositor al

2. La AFL fue instituida como una asociación de sindicatos estadounidenses en 1886.

socialismo en Estados Unidos, sino también un enemigo de la clase proletaria en general. A fines de refutar el concepto de armonía de intereses entre capital y trabajo que Gompers defendía, Kautsky demostró que la calidad de vida de la clase obrera estadounidense había declinado, mientras que la de los trabajadores alemanes había mejorado: “Precisamente durante la década en la cual el movimiento obrero norteamericano estuvo dominado por el señor Gompers, la mejora en la situación de la clase trabajadora norteamericana se ha estancado” (citado por Gaido, 2007: 46). Kautsky sostenía que Gompers necesitaba engañar a los trabajadores europeos para continuar engañando a los estadounidenses, ya que especulaba con aprovechar el apoyo que obtendría del proletariado europeo -fruto de su internacionalismo-, para transformarlo, tras su regreso a Estados Unidos, en defensa de la armonía entre el capital y el trabajo, y en descrédito hacia los socialdemócratas norteamericanos. Kautsky concluía alertando a los trabajadores que sólo dispondrían de poder político en su propio partido y que cada aplauso hacia Gompers constituía una verdadera “bofetada en la cara de nuestro partido hermano estadounidense, el cual no tiene enemigo más peligroso y venenoso que Samuel Gompers”.

Dos meses y medio después de la publicación de su artículo sobre Gompers, Kautsky redactó una secuela al mismo titulada “La Federación Cívica”, donde defendía al órgano principal de la sección alemana del Partido Socialista de Norteamérica. El *New Yorker Volkszeitung* había sido acusado por el *Correspondenzblatt* de abogar por una división en las filas de la AFL. Kautsky respondió citando un artículo del *New Yorker Volkszeitung* donde los editores negaban que la publicación apoyase “cualquier movimiento en particular contra la Federación, dado que para nosotros la unidad de la organización sindical de nuestro país está por sobre cualquier otra cosa”. Los editores del *New Yorker Volkszeitung* admitían que combatían “contra el espíritu gompersiano de la Federación, pero la AFL en tanto unidad del movimiento sindical norteamericano no cuenta con partidario más firme que nuestro periódico” (*Die Neue Zeit*, 28, 1, 1910: 132-137). Kautsky concluía calificando a la Federación Cívica como “una banda de nuestros más sucios y encarnizados enemigos” y se preguntaba cómo Legien puede considerarse a sí mismo un amigo de Gompers (*Vorwärts*, 256, 2, 1909: 137). Por más de tres meses, la controversia sobre Gompers y la Federación Cívica Nacional continuó llenando las páginas de la prensa socialdemócrata alemana (*Die Neue Zeit*, 28, 1, 1910: 253-254; *Correspondenzblatt*, 1909).

El viaje europeo de Gompers fue retribuido tres años más tarde, cuando Carl Legien hizo un viaje de tres meses a Estados Unidos. Legien escribió un libro sobre sus experiencias en América, en el cual argumentó que “no debe hablarse de un funcionariado corrupto en los sindicatos americanos, como se hace a menudo” (Legien, 1914: 151-153).

### **Los sindicatos y la escisión entre el ala izquierda y el centro del SPD (1910)**

El artículo de Kautsky contra Gompers fue el canto de sirena de su carrera revolucionaria. Como hemos podido ver, el temor tradicional de los líderes del SPD había sido que Legien y sus compañeros funcionarios sindicales se separaran del Partido y que, bajo la bandera de la neutralidad política, transformaran a la Comisión General en un poder independiente y opuesto a él. El desarrollo histórico concreto resultó en proceso exactamente opuesto. Luego de emprender una guerra de desgaste contra el ala revolucionaria del Partido y contra la idea de la huelga general política por más de una década, la burocratización creciente del propio Partido creó una comunidad de intereses entre el liderazgo sindical y la mayor parte de los 4.000 funcionarios rentados partidarios, de manera que las posiciones reformistas de los sindicatos llegaron a controlar el ejecutivo del Partido, convirtiendo así a los funcionarios sindicales en promotores de la disciplina y la unidad partidarias, y al ala izquierda del SPD en defensora eventual de una escisión en el Partido Socialdemócrata. Si este proceso no fue advertido por muchos observadores cercanos del SPD, como Lenin y Trotsky, eso se debió en gran medida al papel jugado por Kautsky desde 1910, cuando éste rompió con Rosa Luxemburg para convertirse en el ideólogo principal de la fracción de “centro” dominante en el SPD.

En una fecha tan tardía como la del 26 de septiembre de 1909, Kautsky se quejaba, en una carta dirigida a Víctor Adler, del “crecimiento excesivo del burocratismo, el cual corta de raíz cualquier iniciativa y acto de audacia”. Kautsky creía que “sólo cuando la acción venga de las masas, será posible contar con el ímpetu y entusiasmo necesario”, pero “en Alemania, las masas han sido instruidas para esperar órdenes de arriba” y la dirigencia había sido “tan absorbida por las necesidades administrativas del enorme aparato, que ha perdido toda perspectiva general, todo interés por cualquier asunto que esté fuera de los asuntos del propio funcionariado. Nosotros lo hemos visto

primero en los sindicatos, ahora lo vemos también en la organización política” (Adler, 1954: 501).

Pero, cinco meses más tarde, bajo presión del aparato partidario cuyo creciente conservadurismo él había señalado, Kautsky rechazó publicar un artículo de Rosa Luxemburg, en el cual la revolucionaria polaca llamaba a la huelga general con el fin de alcanzar el sufragio universal en Prusia y planteaba el slogan de la república como demanda de transición, con el objeto de convertir el problema de la reforma electoral en un canal para la acción revolucionaria. Esto resultó en un furioso round de polémicas, en el curso de las cuales Kautsky se convirtió en el teórico principal de los centristas del SPD, desarrollando la así llamada “estrategia del desgaste”, en oposición a la “estrategia de derrota” del enemigo sostenida por Rosa Luxemburg (*Die Neue Zeit*, 28, 2, 1910: 332-341, 364-374, 412-421; Luxemburg 1973c; *Die Neue Zeit*, 28, 2, 1910: 652-667; Luxemburg, 1973d).

De acuerdo con su mejor biógrafo, Marek Waldenberg, Kautsky consideró que el aspecto positivo de su polémica con Rosa Luxemburg era la posibilidad de tomar cierta distancia de su imagen extremadamente impopular en el entorno de la burocracia sindical (Waldenberg, 1980: 673-674). En una carta dirigida a Riazanov, fechada el 16 de junio de 1910, Kautsky escribió que las posiciones de Rosa Luxemburg sobre la huelga general suscitaron un gran antagonismo entre los líderes sindicales:

“Me irritó que mi influencia entre los sindicalistas esté paralizada por el hecho de que he sido confundido con Rosa. Me parece que, a fin de entablar buenas relaciones entre los marxistas y los sindicalistas, es importante mostrar que sobre este punto existe una gran distancia entre Rosa y yo. Esta es para mí la cuestión más importante” (citado por Laschitz, 1969: 264 y Waldenberg, 1980: 673)

Sin embargo, las esperanzas de Kautsky de congraciarse con la derecha sindicalista para ganar su apoyo, de manera que el liderazgo del SPD permaneciera en manos de la fracción de centro, terminaron en el fracaso. Al interior del propio partido, el poder estaba cambiando rápidamente de mano, desde el “centro” kautskista a la derecha chauvinista y abiertamente reformista. En palabras de Zinoviev, al momento del Congreso de la Internacional Socialista de Copenhague (del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910):

“(…) los oportunistas (es decir, los futuros social-patriotas) tenían la mayoría en la Socialdemocracia Alemana [...] los verdaderos amos eran ya no [el centrista] Ledebour o aún Bebel, sino Legien, Sudekum y David” (Zinoviev, 1970: 232)

El giro a la derecha en el ejecutivo del Partido fue tan marcado que “Legien podría declarar en el congreso sindical de 1911 que no había diferencias con el Partido, sino con algunos escritores individuales del partido” (Varain, 1956: 62). Esta amalgama del partido y las burocracias sindicales allanó el camino para la debacle del 4 de agosto de 1914 -momento en que la fracción del SPD en el Reichstag votó a favor de los créditos de guerra- y para el colapso de la Segunda Internacional como una organización revolucionaria de la clase trabajadora.

### **La traición (1914-1920)**

El 2 de agosto de 1914, ante el estallido de la Primera Guerra Mundial, los sindicatos suscribieron con la patronal un acuerdo, prescribiendo huelgas y *lock-outs* y prolongando todos los convenios colectivos mientras durasen las hostilidades (Broué, 2005: 46). Resulta significativo el hecho de que los sindicatos actuaran incluso con anticipación al Partido a la hora de neutralizar la oposición al Estado y a la patronal. Luego de haber aprobado los créditos de guerra, el SPD abandonó el eslogan que lo caracterizaba -“a este sistema, ni un hombre ni un centavo”- por el de “a la hora del peligro, no traicionaremos a la patria” (Schorske, 1970: 285).

La Primera Guerra Mundial generó una ola de patriotismo que fue aprovechada por el régimen para proclamar la suspensión voluntaria de todos los enfrentamientos políticos entre los partidos o contra el gobierno, conocida como la “Paz cívica” (*Burgfrieden*). Los líderes del movimiento obrero asumieron la tarea de disciplinar al proletariado, a los fines de someterlo a los intereses del Estado. De acuerdo con Carl Schorske, suscribir a la *Burgfrieden* tuvo tres efectos principales sobre el movimiento obrero alemán: en primer lugar, acortó la brecha psicológica entre los líderes sindicales y los grupos dominantes; en segundo lugar, acrecentó la importancia de los dirigentes del movimiento, al confinar la acción política y económica exclusivamente a la esfera de la negociación; y, por último, obligó al SPD a tomar definitivamente un curso reformista (Schorske, 1970: 293-294).

En este contexto, el ala izquierda del SPD, aislada, mantenía las esperanzas de devolverle al Partido su rol opositor al gobierno. El 2 de



diciembre de 1914, sólo Karl Liebknecht votó en contra de la aprobación de nuevos créditos de guerra, quebrando la disciplina partidaria. Fue ampliamente atacado en el seno del Partido, puesto que, frente a las circunstancias que imponía la *Burgfrieden*, mantener la unidad del SPD requería un fuerte disciplinamiento de sus miembros. El 21 de diciembre de 1915, 33 miembros del SPD del Reichstag votaron en contra de nuevos créditos de guerra. La división en el interior del partido devino inevitable en enero de 1916. Luego de la expulsión de Karl Liebknecht y del resto de los diputados de la delegación socialdemócrata que habían votado en contra de los créditos, el ala izquierda agrupada alrededor del grupo Die Internationale (así llamado por el título de su órgano teórico) adopta, en una conferencia nacional, el 7 de enero de 1916, las tesis propuestas por Rosa Luxemburg desde la cárcel. Surge así, en el seno de la oposición a la política oficial del SPD, una división entre el ala centrista y el ala izquierda, constituyendo éstos últimos el grupo que sería conocido como Espartaco por las *Spartakusbriefe* o “Cartas de Espartaco”, que publicó ilegalmente durante la guerra. Nucleado alrededor de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, la Liga Espartaquista lanzó un llamado a la lucha de clases en plena Guerra Mundial.

A comienzos de 1917, el Partido pone en práctica una verdadera purga de las minorías. Como consecuencia de ella, aún sin una resolución unánime al respecto, la oposición se escinde del SPD, conformando en Gotha en abril de 1917, el Partido Socialdemócrata Independiente (USPD: Unabhängige Sozialdemokratische Partei Deutschlands), bajo consignas antiburocráticas y anticentralistas. El nuevo partido constituía una amalgama de elementos revolucionarios -nucleados alrededor de la Liga Espartaquista- y de líderes centristas e incluso revisionistas prominentes como Kautsky y Bernstein, quienes adhirieron al USPD con la intención de ejercer un contrapeso al grupo Espartaco y limitar su influencia. Las escisiones que surcaban a la oposición del SPD se reprodujeron en el nuevo partido: mientras que la derecha reformista del USPD se nucleó en torno de Karl Kautsky, la mayor parte de los dirigentes, como Ledebour y Haase, oscilaron entre el espartaquismo y el reformismo.

## **El fracaso de la revolución alemana**

Tras el estallido de la Revolución Rusa de febrero de 1917, las autoridades imperiales temen que la ola revolucionaria repercuta en Alemania. Con el apoyo de los líderes sindicales, pretenden desarmar a



la clase obrera y contener la agitación de la Liga Espartaco a favor de la huelga de masas. En abril de 1917, con motivo de la reducción de la ración semanal de pan, 300.000 obreros se declaran en paro. Las autoridades militares calificaron a los huelguistas como “los peores enemigos entre nosotros” (Broué, 2005: 96).

En consonancia con esta declaración, los sindicatos adoptaron un posicionamiento similar: “Las huelgas deben ser evitadas... sólo un aumento de la capacidad de resistencia de Alemania puede conducirnos a una paz rápida” (Broué, 2005: 96). El peso de la dirigencia sindical en la escena política alemana se tornó particularmente evidente a partir del ascenso de la combatividad obrera, como resultado de la Revolución Rusa de octubre de 1917. Aunque en el USPD no hubo unanimidad sobre la postura a adoptar frente a la Revolución de Octubre, en enero de 1918, Espartaco convoca a la huelga general. En las asambleas generales previstas en todas las fábricas, los delegados revolucionarios obtienen aplastantes mayorías.

Durante el motín de los marineros de Kiel, en octubre de 1918, los revolucionarios pertenecientes al ala izquierda del USPD organizan huelgas en apoyo a los marinos, presidiendo Consejos (Räte) en ciudades alemanas. El SPD, por su parte, se declara en contra de la utilización de métodos bolcheviques en Alemania y a favor de la democracia. Los dirigentes del viejo Partido intentan asegurar que los sindicatos “empleen toda su autoridad para apaciguar a los obreros” (Broué, 2005: 131).

Luego de un interregno caracterizado por el poder dual, el Secretario General del SPD y presidente del Consejo Revolucionario de Delegados del Pueblo, Friedrich Ebert -“el Stalin de la socialdemocracia”, según el historiador Karl Schorske- acepta el cargo de canciller del Reich. El 7 de noviembre de 1918, Ebert había advertido que, si el emperador no abdicaba, la revolución social sería inevitable. Finalmente, el SPD consiguió desarticular el movimiento revolucionario gracias a la disolución de las reformas obtenidas luego de la Revolución de Noviembre y a la concentración del poder en la figura de Ebert. De este modo, las clases dominantes y el SPD -junto a sus sindicatos- llevaron a cabo una contrarrevolución democrática que conservó tanto al aparato del Estado como al sistema capitalista.

Precisamente en el marco de su preocupación por desarticular la revolución social, el líder de la burocracia sindical, Carl Legien, junto a Hugo Stinnes, representante de las grandes industrias, firmaron, el

15 de noviembre de 1918, un acuerdo que les otorgaba a los obreros la jornada de ocho horas, convenios colectivos de trabajo, el reconocimiento de los representantes de los sindicatos en cada lugar de trabajo y la elección de comités en todas las empresas industriales para supervisar, junto a la patronal, los convenios colectivos. Como contrapartida, los trabajadores debían entregar las armas, desarticular el movimiento de Consejos y renunciar a proclamarse como una alternativa al poder del aparato del Estado. El acuerdo Stinnes-Legien demostró que la burocracia sindical se posicionaba, a todas luces, en contra de la profundización y expansión de la revolución.

La inexistencia de un verdadero partido revolucionario también clausuró la posibilidad de fortalecer a los Consejos de obreros y soldados. Los líderes de la derecha del USPD, Haase y Robert Dittmann, adoptaron posiciones semejantes a las del SPD, contribuyendo a desarticular el movimiento consejista en Alemania. La Liga Espartaco, por el contrario, consideraba necesario permanecer en el interior del Partido con el objetivo no aislarse del movimiento de masas.

El 15 de diciembre de 1918, en la Conferencia de Berlín del USPD, Rosa Luxemburg acusó a Haase de haber empujado a las masas a apoyar al gobierno de Ebert, debido a su propia participación en el mismo. Luxemburg apeló a la “fe democrática” que parecía profesar el Partido, para que se convocase a un congreso extraordinario en el que los militantes decidirían si deseaban seguir formando parte de la coalición gobernante. La propuesta de la Liga Espartaquista fue rechazada, sellándose así la escisión del USPD. El 29 de diciembre de 1918, un Congreso de la Liga Espartaco resolvió formar una nueva organización: el Partido Comunista Alemán (Espartaco) [Kommunistische Partei Deutschlands (Spartakus): KPD(S)]. El hecho de que el número de militantes del USPD que se unió a ellos haya sido una minoría pequeña y de que hayan prevalecido en su seno tendencias de extrema izquierda hace cavilar a Luxemburg acerca de si la escisión podría haberse producido de manera prematura.

En enero de 1919 estalló la revuelta espartaquista en Berlín. Al cabo de una semana, el levantamiento fue finalmente derrotado y Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht, sumidos en la clandestinidad, son ejecutados el 15 de enero de 1919 por los Cuerpos Libres (*Freikorps*)-grupos armados paramilitares de extrema derecha-, en complicidad con el ala derecha del SPD, dirigida por Gustav Noske. A un mes de

su creación, el KPD(S) pierde a sus líderes principales. La sangría continuó con la represión de la república de los consejos de Bavaria, en la que es asesinado Eugen Leviné.

Ante la amenaza revolucionaria, la derecha, agrupada alrededor de los Cuerpos Libres, decide avanzar para contener un nuevo brote revolucionario. Entre el 13 y el 17 de marzo de 1920, Wolfgang Kapp y Walther von Lüttwitz dirigen un golpe de Estado contra el gobierno de Ebert. Cuando el *putsch* parecía un hecho consumado, Carl Legien, como presidente de la Federación Sindical socialdemócrata, convoca a una huelga general por tiempo indeterminado. Con el país paralizado, los golpistas debieron desistir. La medida adoptada por la dirigencia sindical permitió la supervivencia de la República de Weimar, lo que implicaba preservar su propio aparato burocrático. No obstante ello, luego de la derrota del golpe de Estado, cientos de miles de obreros militantes concretan su afiliación al KPD(S).

### **Las 21 condiciones de la Comintern y el Congreso de Halle del USPD**

Del 19 de julio al 7 de agosto de 1920 se reúne el II Congreso de la Internacional Comunista (Comintern), a los fines de precisar las condiciones de admisión de los partidos que desearan afiliarse a ella. Algunos de los 21 puntos que se fijan reflejan la necesidad de la Internacional Comunista de protegerse frente a la amenaza que representan los elementos reformistas y social-pacifistas que aún sobrevivía en el seno de los partidos simpatizantes (Aricó, 1973: 109-110):

La Internacional comunista no puede admitir que reformistas reconocidos como Turati, Kautsky, Hilferding, Longuet, MacDonald, Modigliani y otros tengan el derecho de ser considerados miembros de la III Internacional y estén representados en ella (ídem: 112).

Las condiciones de admisión a la Comintern reflejaban también una tenaz preocupación por resquebrajar los cimientos de la Internacional de Amsterdam:

Todo partido perteneciente a la Internacional Comunista debe combatir con energía y tenacidad a la 'Internacional' de los sindicatos amarillos fundada en Amsterdam. Debe difundir constantemente en los sindicatos obreros la idea de la necesidad de la ruptura con la Internacional amarilla de Amsterdam (ídem: 112).

Esta inquietud por el rol de los sindicatos se vio replicada durante el Congreso del USPD en la ciudad de Halle, durante el cual fueron discutidas las “21 condiciones” de admisión a la Comintern. Entre el 12 y el 17 de octubre de 1920, unos 392 delegados debatieron intensamente acerca del futuro del movimiento obrero alemán. Dos “partidos” estuvieron presentes en Halle, cada uno de ellos liderados por un “secretario general”: Otto Brass (izquierda) y Wilhelm Dittmann (derecha). Fueron dos las controversias fundamentales las que surcaron el congreso. En primer lugar, la polémica sobre la conveniencia de formar parte de la Internacional Comunista. En segundo lugar, se discutiría una posible fusión con el KPD(S), teniendo en cuenta que implicaría la pérdida de autonomía del Partido (Lewis y Lars, 2011: 8). A la postre, ambas mociones resultarían aprobadas.

Las facciones en pugna contaban con la presencia de líderes internacionales que habían llegado para afianzarlas, dos de ellos provenientes de Rusia: por un lado, Julius Martov, líder de los Mencheviques Internacionalistas, cercano a las posiciones del ala derecha del USPD, y por el otro, Grigory Zinoviev, presidente del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, quien, a pesar de sus debilidades como teórico y líder político, se distinguía por su habilidad como orador (Lewis y Lars, 2011: 29). En su discurso de cuatro horas, puso su conocimiento del alemán al servicio del ala izquierda del USPD. En un artículo suyo reseñando el congreso, Zinoviev daba cuenta de las divisiones del Partido y de los vínculos contrarrevolucionarios del ala derecha con la burocracia sindical:

“Aunque Hilferding es el líder espiritual de la derecha del USPD, su líder práctico es el Sr. Dissmann. Este Dissmann es el actual Presidente del Sindicato Alemán de Trabajadores Metalúrgicos (...). Como Legien, es el santo patrón de la burocracia sindical contrarrevolucionaria de Alemania. De hecho, Dissmann ya es la mano derecha de Legien (...). Dissmann nos recuerda a Noske, dicen varios de nuestros camaradas de izquierda” (Lewis y Lars, 2011: 70-73).

Aludiendo a la defensa de la Internacional de Amsterdam adoptada por la oposición durante el congreso, Zinoviev advertía que “los líderes de derecha no tienen ni pueden tener otra base de masas que no sea la que le proporciona el grupo sindical” (Lewis y Lars, 2011: 72).

El juicio de Zinoviev sobre esta fracción fue apodíctico: “Los líderes de derecha de los sindicatos alemanes constituyen el soporte principal de la contrarrevolución burguesa” (Lewis y Lars, 2011: 72).

## Conclusión

En este trabajo hemos documentado el surgimiento y consolidación en Alemania de un estrato social -la burocracia sindical- que, aunque tuvo su origen en el seno del partido revolucionario de la clase obrera, con el tiempo adquirió privilegios e intereses que la llevaron a defender posiciones diametralmente opuestas a las tradiciones revolucionarias de esta clase. Dicho estrato social identifica, ya durante la controversia revisionista, a Rosa Luxemburg como su principal enemigo dentro del partido, y articula sus posiciones durante el debate sobre la huelga de masas, que tuvo lugar en la socialdemocracia alemana, como consecuencia del movimiento de masas ocasionado por la Revolución Rusa de 1905. Luego de la amalgama entre dicha casta y el funcionariado del partido -un proceso que no fue lineal ni exento de contradicciones, simbolizado por el acceso a la dirección del Partido de Friedrich Ebert, el “Stalin de la socialdemocracia”-, la burocracia consigue marginar a los revolucionarios en el seno del movimiento obrero alemán e imponer dos políticas fundamentales:

1) Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, el partido socialdemócrata alemán vota a favor de los créditos de guerra; es decir, abandona el internacionalismo proletario y lo reemplaza de hecho por el nacionalismo como su ideología oficial, argumentando que “a la hora del peligro, no se puede traicionar a la patria”. Esta adaptación al imperialismo lleva a la crisis de la Segunda Internacional y a la eventual conformación de la Internacional Comunista en 1919.

2) Durante la crisis revolucionaria que se abre en Alemania, luego de la derrota de sus ejércitos a fines de la guerra, y que se prolonga desde noviembre de 1918 hasta octubre de 1923, la burocracia sindical y partidaria consigue desarticular al movimiento consejista (*Rätebewegung*), que surge espontáneamente luego de la revuelta de los marineros de Kiel, e impedir la consolidación de un sistema soviético alemán, imponiendo, en cambio, una salida parlamentaria centrada en la asamblea constituyente reunida en Weimar -es decir, un modelo de contrarrevolución democrática. Ya Engels había predicho, en su carta a Bebel del 11 de diciembre de 1884, que, cuando llegase el momento de la revolución, “la democracia pura” se convertiría en “la última tabla de salvación de todo régimen burgués e incluso feudal. En momentos revolucionarios como éstos, toda la masa reaccionaria se

aferra a ella y la refuerza; todo lo que solía ser reaccionario pasa por democrático”.

La obra histórica de la burocracia en Alemania, iniciada y dirigida por la dirección sindical, quedó reflejada con claridad meridiana en la evolución del término “socialdemocracia”, el cual, de denotar a un partido obrero revolucionario basado en un programa marxista -un partido que fue además la columna vertebral en torno de la cual se articuló la Segunda Internacional- pasó a designar, según el *Diccionario de la Real Academia Española*, una “disidencia del marxismo, consistente sobre todo en rechazar la orientación revolucionaria de la lucha de clases, y en propugnar una vía democrática hacia el socialismo”.

## Referencias

- Adler, Friedrich (ed.) (1954): *Briefwechsel mit August Bebel und Karl Kautsky: Sowie Briefe von und An Ignaz Auer [et al.]*, Parteivorstand der Sozialistischen Partei Osterreichs, Wien: Verlag der Wiener Volksbuchhandlung.
- Aricó, José (dir.) (1973): “Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista”, *Cuadernos de Pasado y Presente*, N° 43, Siglo XXI: Buenos Aires.
- Broué, Pierre (2005): *The German Revolution 1917-1923* (1971), Leiden-Boston: Brill.
- Correspondenzblatt* (1909): “Immer noch Civic Federation”, Vorwärts, 23 de noviembre.
- Cyphers, Christopher J. (2002): *The National Civic Federation and the Making of a New Liberalism, 1900-1915*, Westport, Conn.: Praeger.
- Day, Richard B. y Gaido, Daniel (2007): *Witnesses to Permanent Revolution: The Documentary Record*, Leiden: Brill Academic Publishers.
- Debs, Eugene (1905): *Industrial Unionism: Speech delivered at Grand Central Palace*, New York, Sunday, December 10, 1905, Chicago: Charles H. Kerr & Company.
- Die Neue Zeit* (1900-1910), órgano del Partido Socialdemócrata Alemán, disponible en <http://library.fes.de/nzl/>.
- Evans, Richard (2005): *La llegada del Tercer Reich*, Barcelona: Península.

- Fricke, Dieter (1959): "Der Reichsverband gegen die Sozialdemokratie von seiner Gründung bis zu den Reichstagswahlen von 1907", en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, 7: 237-280.
- Friedemann, Peter (ed.) (1978): *Materialien zum politischen Richtungsstreit in der deutschen Sozialdemokratie, 1890-1917*, Frankfurt: Ullstein, 2 vols.
- Gaido, Daniel (2006): "El obrero norteamericano y la teoría de la revolución permanente", *En defensa del marxismo*, 34, noviembre.
- (2007): "El marxismo y la burocracia sindical. Karl Kautsky, Samuel Gompers y los Sindicatos Alemanes Libres", *La Bastilla*, vol. 1, N° 0, Córdoba: Ferreyra Editor, pp. 15-53.
- Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands (1910): *Sisyphusarbeit oder positive Erfolge? Beiträge zur Wertschätzung der Tätigkeit der deutschen Gewerkschaften*, Berlín: Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands.
- Gompers, Samuel (1910): *Labor in Europe and America: Personal Observations from an American Viewpoint of Life and Conditions of Working Men in Great Britain, France, Holland, Germany, Italy, etc.*, Nueva York: Harper & Brothers.
- Grunenberg, Antonia (ed.) (1970): *Die Massenstreikdebatte: Beiträge von Parvus, Rosa Luxemburg, Karl Kautsky und Anton Pannekoek*, Frankfurt: Europäische Verlagsanstalt.
- Hillquit, Morris (1971): *History of Socialism in the United States (1910)*, Nueva York: Dover Publications.
- Kaufman, Stuart B., Peter J. Albert y Grace Palladino (eds.) (1999): *The American Federation of Labor under Siege, 1906-1909: The Samuel Gompers Papers, vol. 7: The American Federation of Labor under Siege, 1906-1909*, Urbana: University of Illinois Press.
- Kautsky, Karl (1909): *The Road to Power: Political Reflections on Growing into the Revolution*, Chicago: Bloch, en <http://www.marx.org/archive/kautsky/1909/power/index.htm>
- Kipnis, Ira (1952): *The American Socialist Movement, 1897-1912*, Nueva York: Columbia University Press.
- Laschitzka, Annelies (1969): *Deutsche Linke im Kampf für eine demokratische Republik: der Kampf der deutschen Linken für eine demokratische Republik und die Anwendung des politischen Massenstreiks in Deutschland; zur Entwicklung der deutschen*



- Linken als politisch-ideologische Strömung in der deutschen Sozialdemokratie (1909-1910)*, Berlín: Dietz.
- Legien, Carl (1914): *Aus Amerikas Arbeiterbewegung*, Berlín: Verlag der Generalkommission der Gewerkschaften Deutschlands.
- Lenin, Vladimir I. (1970): "What Should Not Be Copied from the German Labor Movement" (1914), en *Collected Works*, Volumen 20, pp. 254-258, Moscú: Foreign Languages Publishing House, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1914/apr/00.htm>
- (1972): *The State and Revolution* (1917), en *Collected Works*, Volumen 25, Moscú: Foreign Languages Publishing House, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1917/staterev/index.htm>
- (1974): "In America" (1912), en *Collected Works*, Volumen 36, Moscú: Foreign Languages Publishing House. Reimpreso en *Lenin on the United States: Selected Writings*, Nueva York: International Publishers, 1970, pp. 56-57, en <http://www.marx.org/archive/lenin/works/1912/dec/07.htm>
- Lewis, Ben y Lars, T. Lih (2011): *Martov and Zinoviev: Head to head in Halle*, Londres: November Publications.
- Luxemburg, Rosa (1970): "Reform or Revolution (1910)", en Mary-Alice Waters (ed.), *Rosa Luxemburg Speaks*, Nueva York: Pathfinder, en <http://www.marx.org/archive/luxemburg/1900/reform-revolution/index.htm>
- (1972a): "Die Debatten in Köln" (1905), *Sächsische Arbeiter-Zeitung*, N° 140 (21 de junio de 1905), reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 1, parte 2: 580-586.
- (1972b): "Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 17. bis 23. September 1905 in Jena" (1905), *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 1, parte 2: 595-604.
- (1972c): "Was Weiter?" (1910), en *Dortmunder Arbeiterzeitung*, 14-15 de marzo de 1910, reimpreso en Rosa Luxemburg, *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 289-299.
- (1973a): "Parteitag der Sozialdemokratischen Partei Deutschlands vom 23. bis 29. September 1906 in Mannheim" (1906), *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 171-176.
- (1973b): "Die zwei Methoden der Gewerkschaftspolitik" (1907), *Die Neue Zeit*, 25, 1: 134-137, reimpreso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 182-187.



- .– (1973c): “Die Theorie und die Praxis” (1910), *Die Neue Zeit*, 28, 2: 564-578, 626-642; reimpresso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 378-420.
- .– (1973d): “Das Offiziösentum der Theorie” (1913), *Die Neue Zeit*, 31, 2, septiembre de 1913: 828-843; reimpresso en *Gesammelte Werke*, Berlín: Dietz Verlag, volumen 2: 300-321.
- .– (2006): *La crisis de la Socialdemocracia* (1916), Madrid: Fundación Federico Engels.
- Mandel, Bernard (1963): *Samuel Gompers: A Biography*, Yellow Springs, Ohio: Antioch Press.
- Salvadori, Massimo (1979): *Karl Kautsky and the Socialist Revolution, 1880-1938*, Londres: NLB
- Schneider, Michael (1991): *A Brief History of the German Trade Unions*, Bonn: J. H. W. Dietz.
- Schorske, Carl E. (1970): *German Social Democracy, 1905-1917: The Development of the Great Schism*, Nueva York: Russell & Russell.
- Sombart, Werner (1976): *Why Is There No Socialism in the United States?* (1906), Londres: Macmillan.
- Stern, Leo (ed.) (1961): *Die russische Revolution von 1905-1907 im Spiegel der deutschen Presse*, Berlín: Rütten & Loening, 5 vols.
- Trautmann, William E. (ed.) (1905): *Proceedings of the Founding Convention of the Industrial Workers of the World: Founded at Chicago, June 27-July 8, 1905*, Nueva York, N.Y.: New York Labor News Company, en <http://www.marxists.org/history/usa/unions/iww/1905/convention/index.htm>
- Trotsky, León (1973): “Hands off Rosa Luxemburg”, en *Writings 1932*, Nueva York: Pathfinder Press.
- Varain, Heinz Josef (1956): *Freie Gewerkschaften, Sozialdemokratie und Staat: Die Politik der Generalkommission unter der Führung Carl Legiens (1890-1920)*, Düsseldorf: Droste.
- Waldenberg, Marek (1980): *Il papa rosso: Karl Kautsky*, trad. de Maria di Salvo, Roma: Editori Riuniti, 2 vols.
- Zerzan, John (1974): “Understanding the Anti-Radicalism of the National Civic Federation”, *International Review of Social History*, 19: 194-210.
- Zinoviev, Grigory (1970): “La II Internationale et le problème de la guerre. Renonçons-nous a notre héritage (octobre 1916)” (1916), en Lenine, N. y Zinoviev, G., *Contre le courant*, París: F. Maspero, 2 volúmenes.



# Rusia obrera y campesina

Luis Emilio Recabarren

Existen ya muchas publicaciones sobre la Rusia de los Trabajadores, ya sean escritas con pesimismo o con optimismo, a favor y en contra, según el modo de pensar y el estado de ánimo de cada escritor. Algunos han escrito después de haber visitado aquel país. Por cierto, algunos escritores fueron a Rusia a ver el comunismo establecido por los comunistas y, como no lo encontraron en la forma y manera que su imaginación caprichosa se trazara, declararon después que los comunistas habían fracasado.

Yo fui a Rusia, enviado como delegado al IV Congreso de la Internacional Comunista y al II Congreso de la Internacional de los Sindicatos Rojos. Y fui a Rusia llevando en mi convicción que los comunistas no habían podido construir todavía la sociedad comunista en Rusia, por las razones que se leerán en el transcurso de estas páginas, y que, con el poder político y económico en sus manos desde

---

Luis Emilio Recabarren (Valparaíso, 6 de julio de 1876 - Santiago, 19 de diciembre de 1924). Obrero tipógrafo, líder sindical y militante del movimiento obrero chileno. Fue electo diputado en dos periodos, entre 1906 y 1924. Fundador del Partido Obrero Socialista de Chile (POS) en 1912, posteriormente Partido Comunista de Chile (PCCh) a partir de 1922. Fundador y director de diversos periódicos, como *El Despertar de los Trabajadores*, *El Socialista* y *El Justicialista*. En 1923, al regresar de un viaje a Rusia, escribió una serie de artículos, reunidos luego en un folleto. Publicamos acá su introducción y el capítulo VII.

el 7 de noviembre de 1917, se ocupaban en acumular los elementos para la construcción de la sociedad comunista que tenemos trazada en nuestros programas y aspiraciones. Este modo de apreciar la situación de Rusia durante los cinco años transcurridos, y predicados durante el mismo tiempo en Chile, es lo que ha formado en la masa trabajadora organizada de este país una idea clara y sin equívocos de la verdadera condición en que se desenvuelve la creación de la sociedad comunista en Rusia.

Con este criterio, con la constante información que nos proporcionábamos sobre la marcha de los acontecimientos de Rusia, fui a aquel país a ver el trabajo realizado hasta la fecha, que habrá de conducir al proletariado a la edificación del comunismo; no iba, pues, a ver funcionando el comunismo como muchos, ingenuamente o malévolamente se lo quieren imaginar. Repito, yo iba anheloso a ver cuánto trabajo se había avanzado ya en la preparación de la sociedad comunista.

Sobre lo que vi y constaté durante los cuarenta y tres días que estuve en Moscú, he escrito algunos artículos, cinco de los cuales se publicaron en *La Nación* de Santiago. Esos artículos y las conferencias que he dado, después de mi llegada, de regreso de Rusia, coleccionados y con agregados que completan las informaciones, son el material que hoy ofrezco en este modesto folletito, con la intención de llevar a los lectores una información real de lo que hasta la fecha lleva construido el proletariado que, en Rusia, tiene hoy en su poder la suma del poder político y económico, después de haber destruido despiadadamente todo el mecanismo de la sociedad capitalista explotadora.

Se me podrá observar que cuarenta y tres días no son suficientes para reconocer e informarse de todo lo que es necesario en un país que ha cambiado tan fundamentalmente su régimen social, político y económico. Responderé a eso que yo no fui a Rusia a buscar detalles, que para este objetivo no los necesito, fui solamente a constatar lo más fundamental, con lo cual se construirá el porvenir.

Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos efectivamente el poder político, con el cual garantice la conservación en sus manos el poder económico. Fui a ver si la clase trabajadora tenía en sus manos la dirección del poder económico, con el cual irá construyendo su bienestar. Fui a ver si la clase trabajadora había abolido ya definitivamente todo el estado de explotación capitalista y de tiranía. Fui a ver si la expropiación de los explotadores estaba ya completamente consumada en Rusia. Fui a ver si habría posibilidad de restauración del sistema capitalista. No fui en busca de menudencias y detalles. Para

recoger lo fundamental me alcanzó el tiempo. Y pude ver con alegría, que los trabajadores de Rusia tenían efectivamente en sus manos toda la fuerza del poder político y económico, y que parece imposible que haya en el mundo una fuerza capaz de despojar al proletariado de Rusia de aquel poder ya conquistado.

Pude constatar además que la expropiación de los explotadores es completa, de tal manera que jamás volverá a Rusia un régimen de explotación y tiranía, como el que todavía soportamos en Chile. Pude convencerme que no me había engañado anteriormente, cuando he predicado en este país que el proletariado de Rusia tiene en sus manos todo el poder para realizar su felicidad futura y va reuniendo los elementos para construir la sociedad comunista, como verdadero reinado de justicia social. También pude saber cómo la clase trabajadora tomó en sus manos todo el poder y las responsabilidades del caso, y cómo, por medio de la dictadura proletaria, lo conservará impidiendo que la burguesía derrumbada pretenda reconquistarlo. Y el detalle de eso, que es lo fundamentalmente interesante, es lo que relato en este folleto.

El proletariado de Chile recogerá de la lectura de este folleto muchas enseñanzas para sus actividades futuras, que le permitan avanzar con éxito hacia el derrumbe del Estado capitalista, el cual es la causa del estado de tiranía y de explotación que nos vemos obligados a soportar.

No creo haber mirado la nueva organización de Rusia con ojos optimistas y benévolos, lo cual no lo consideraba de utilidad para mis propias convicciones. He examinado si los fundamentos establecidos ya en Rusia son los fundamentos que se necesitan para la construcción de la sociedad comunista. Y es ese examen el que me ha convencido de que el pueblo de Rusia tiene en sus manos los elementos que se necesitan para la construcción de la sociedad comunista.

También quise convencerme de si las condiciones del pueblo ruso eran más propicias para la revolución y para el comunismo que las condiciones en que se encuentra el proletariado de Chile para acometer la misma empresa. Creo no engañarme si aseguro que al proletariado de Chile sólo le falta disciplinar un poco más su organización política y económica, para encontrarse en capacidad de realizar la Revolución Social que expropiará todo el sistema de explotación capitalista y que termine definitivamente con el caos capitalista, incapaz de producir el bienestar social que reclama la población de Chile.

Es de esperar que después de la lectura reposada de este corto folleto, cada proletario sepa tomar el sitio que le corresponde para encaminar sus actividades hacia la realización del programa de combate del

comunismo, que destruya este sistema capitalista, que ya ha probado de sobra su total incapacidad para dar al país ningún bienestar.

Continuar en la inactividad o a la espera de ilusorias promesas que se renuevan sin cesar, para mantener la esperanza de los crédulos, que desgraciadamente son siempre los incapaces; continuar en esa condición es mantener el malestar permanente para todos, malestar que desde hace treinta años se hace sufrir al pueblo de Chile, engañándolo con promesas que no han tenido otro objeto que prolongar el estado de explotación capitalista, que permite a unos pocos hacerse millonarios en poco tiempo, mientras la mayoría de la población permanece en la más vil miseria.

Dar al pueblo los medios para terminar con su malestar es, entre otros, el objetivo de este folleto.

**Luis E. Recabarren S.**

Marzo de 1923

---

## Conferencia sobre la actual situación de Rusia

*El compañero Recabarren ha concretado sus impresiones sobre el estado actual de población de Rusia en diversas conferencias; publicamos acá una de ellas.*

### **Nuevas funciones en la organización obrera**

Ayer, en el pasado reciente, en Rusia, el Partido Comunista tenía un programa que proclamaba la abolición del régimen capitalista y la expropiación de los explotadores (como se mantiene en el resto del mundo por los demás partidos comunistas). Pero hoy, cuando el Partido Comunista tiene el gobierno, tiene todo el poder político en sus manos, después de haber expropiado y abolido todo el sistema de explotación capitalista y de haber puesto en manos de los sindicatos la mayor parte del poder económico, no puede ya mantener su programa de ayer, programa de aspiraciones. Ahora su programa es aplicar y realizar lo que hasta ayer sostuvo en su programa. Han cambiado, pues, las condiciones de su acción,

El Partido Comunista es hoy en Rusia el único partido de gobierno, pues no hay otros partidos en aquel país. Los grupos demócratas, llamados mencheviques, son tan insignificantes que no pueden ser

tomados en cuenta para las labores del gobierno. No hay partidos burgueses. Sería un absurdo incomprendible tolerar la existencia de partidos burgueses que reclamarán el retorno de la explotación y de la tiranía capitalista. Un pueblo que ha abolido la esclavitud económica y política, y que está construyendo una nueva organización social basada en la libertad y en la justicia, no revelaría inteligencia si tolerara la organización de una acción encaminada a restaurar esa esclavitud y esa tiranía que acababa de abolir por medio de la revolución.

Siendo el Partido Comunista el único partido de gobierno en Rusia, asume solo ante la historia las responsabilidades de su acción. En los cinco años transcurridos ha dedicado su acción a establecer los fundamentos que garanticen el desarrollo progresivo de la economía nacional, bajo el poder absoluto de la clase trabajadora organizada. Ha entregado a los sindicatos el poder de legislar sobre todo lo que se relaciona con la organización del trabajo y para controlar la producción. Con el poder político en sus manos, el Partido Comunista ha abolido el sistema de explotación capitalista y ha dado a la clase trabajadora todos los derechos para intervenir en la construcción de los poderes político y económico, con lo cual el proletariado de Rusia construirá la sociedad comunista trazada en nuestros programas.

Organizar el poder de la clase trabajadora, el poder político y el poder económico, capacitar a la clase trabajadora para el ejercicio de esos poderes, porque no tenía esa capacidad, ésta ha sido la tarea de mayor importancia del Partido Comunista que ha realizado hasta el presente y que continúa realizando. Si el Partido Comunista ha podido realizar esta tarea, ha sido en razón de que se trata de un partido fuertemente disciplinado y capaz de realizar esa acción que nadie ha podido disputarle.

Por eso es que la Internacional Comunista, ante el resultado de esta experiencia, recomienda la formación de partidos comunistas, reducidos si se quiere en número, pero fuertemente disciplinados, cuya disciplina los capacite tanto para arrancar el poder a la burguesía como para organizar el Estado proletario después.

La experiencia, también, ha dejado establecido que no es posible confiar esta labor a los sindicatos que, en razón de la composición de sus elementos, es difícil que puedan construir la disciplina que se requiere para asegurar el triunfo de la revolución proletaria, que coloque a la clase trabajadora en posesión de todos los poderes para abolir la explotación capitalista y establecer el comunismo.

El Partido Comunista, consciente de estas realidades, ha asumido sin vacilación en Rusia, la responsabilidad de ejercer el poder. Como

he dejado establecido, las funciones del Partido Comunista cambian de método, pues una vez en posesión del poder encaminan su acción a la implantación de su programa, que antes era una aspiración. De partido revolucionario pasa a ser partido de gobierno.

A los **sindicatos obreros** les pasa lo mismo, de organismos revolucionarios, cuya existencia tiene por objeto arrancar a la clase capitalista algunas mejoras económicas para la clase trabajadora, mientras llega el momento de abolir el sistema de explotación capitalista, se transforman, una vez conquistado el poder político, en organismos constructores de la nueva estructura económica que hasta antes de la revolución sólo ha sido un programa de aspiraciones.

Este camino ya lo han recorrido los sindicatos rusos. Hasta 1917 eran sindicatos revolucionarios que reunían a la clase trabajadora para disputar a los capitalistas algunas mejoras y hoy organismos del Estado obrero, constructores de la sociedad comunista.

La vida de los sindicatos rusos está llena de acciones interesantes, dignas de ser conocidas aunque sea en pequeña proporción por nuestros compañeros. Veamos algunas de sus páginas.

En el informe del camarada Andreef, de la CGT de Rusia, en el II Congreso de la Internacional Sindical Roja, encontramos las siguientes declaraciones:

“Ante todo, es necesario que los camaradas extranjeros sepan que los sindicatos rusos no fueron jamás reformistas.

Los sindicatos de la Europa occidental y de América tienen que pasar del reformismo a los métodos revolucionarios de lucha, pero los sindicatos rusos no han sido jamás afectados por la plaga de la clase obrera que se llama reformismo. Desde la época en que el capitalismo no hacía más que comenzar entre nosotros, hasta el momento en que nacían los primeros gérmenes de la lucha y organización obreras, nuestros sindicatos fueron organismos revolucionarios. Aún antes de la revolución de octubre, nuestros sindicatos han llenado siempre no solamente su rol económico, sino también su rol de combate, caminando de la mano con el partido político del proletariado, el Partido Comunista: al principio en la lucha contra el zarismo y, más tarde, en la lucha contra el capital. Por ello nuestros sindicatos no han debido pasar por la etapa dolorosa del reformismo que deben pasar los sindicatos de los otros países.

Es útil que el proletariado sepa apreciar el valor de esta experiencia. Si los sindicatos rusos, debido al uso de los métodos revolucionarios y al desprecio de los métodos reformistas o democráticos, si debido al uso de esa táctica es que han podido abolir el sistema de explotación capitalista, razonable debe ser para todos los trabajadores tomar debidamente en cuenta



que han sido los métodos revolucionarios los que han dado a la clase obrera de Rusia la victoria definitiva contra la explotación capitalista”.

Los sindicatos rusos ni creyeron ni se confiaron jamás de las falsas promesas y de los engaños con que siempre se hace víctima a la clase obrera de los demás países. Los sindicatos rusos confiaron solamente en sus fuerzas y en su acción revolucionaria. Es cierto que tuvieron que sufrir una tras otra persecuciones, pero es más cierto que al fin triunfaron.

Doy en seguida una noticia ligera de los accidentes sufridos por los sindicatos de Rusia. Dice Losovsky: grandes huelgas y conflictos sociales aparecieron después de 1880; en 1890 asistimos a una huelga general en Petrogrado y en la región de Moscú y, desde el siglo XX, apareció un desarrollo impetuoso del movimiento obrero con huelgas de masas y demostraciones que terminaban en colisiones sangrientas. Este movimiento huelguista espontáneo hizo nacer entre los trabajadores una necesidad de organización. Pero las organizaciones obreras no pudieron existir legalmente, fueron implacablemente destruidas por el zarismo. Asistimos a este estado de cosas durante muchos años; ante el estallido de las grandes huelgas aparece la necesidad de los comités clandestinos, de la circulación clandestina de volantes y los mejores militantes a la cabeza de los movimientos son encarcelados, deportados a la Siberia o asesinados.

Desde 1905 apareció, de nuevo, una rápida organización de los sindicatos. En 1907 había cerca de 200.000 obreros organizados, pero ese mismo año la represión los destruyó de nuevo hasta 1917.

Las organizaciones obreras de masas no surgen hasta febrero de 1917, cuando la muchedumbre obrera se abalanza como un incontenible torrente al seno de los sindicatos.

La revolución del 25 de octubre es una revolución de la clase obrera y, al mismo tiempo, es la obra de un partido, de soviets y de sindicatos. Esta revolución ha puesto al frente de los sindicatos nuevas tareas, puesto que una nueva situación fue creada, en la cual las formas sociales sufrieron un desplazamiento radical.

La transformación de los sindicatos en Rusia se opera como sigue: hasta febrero de 1917, son organismos contra la explotación patronal y contra la tiranía gubernamental zarista; en febrero de 1917 se constituyen en órganos de revolución; después de la revolución de octubre de 1917, son los órganos de la edificación económica de Rusia que deben afrontar tanto la organización del trabajo como la organización de

la producción. En 1921, la introducción de la nueva política económica (NEP) obliga a los sindicatos a revisar sus métodos y su táctica.

Dice Losovsky, en uno de sus folletos y sobre la formación actual de los sindicatos:

“Es evidente que, antes de hacer una huelga, los sindicatos hacen uso de otros métodos para liquidar el conflicto. Con este objeto, se constituyen órganos de conciliación. Jurados de arbitraje, jurados de entente amigable, etc. Pero, si todos estos medios pacíficos fracasan, la suspensión del trabajo se hace inevitable. Se comprenderá que una huelga en Rusia se desarrollará en condiciones muy distintas que en Europa Occidental. Este no es un país donde la legislación proclama la ‘libertad de trabajo’, es decir, la libertad para los rompe-huelgas. Este no es un país, tampoco, donde todo el aparato del Estado: policías, gendarmería sea puesto al servicio de la clase patronal, para protegerlos contra las huelgas, y donde los rompe-huelgas trabajan bajo la protección de las bayonetas policiales. El proletariado ruso está garantido contra esa clase política del Estado, y sabe que el poder de los Soviets no asegurará jamás una tal ‘libertad de trabajo’, que no ayudará jamás a los rompe-huelgas a sabotear las huelgas dirigidas contra los empresarios privados o colectivos. Por consecuencia, las circunstancias en las cuales estallan los conflictos en Rusia son muy distintas que en los otros países. El proletariado ruso posee un arsenal más abundante para la acción contra la clase patronal.

Es así que en el curso del último año, en varias villas, han estallado algunos conflictos entre obreros y patronos. Es en Vitebsk donde los patronos panaderos quisieron declarar un lock-out y se encontraron frente a la resistencia no solamente de los sindicatos, sino también con la del Soviet local de los diputados obreros, y el lock-out tuvo que fracasar. Cuando las empresarios ávidos de ganancias comenzaron una explotación cínica de mujeres y de niños, cincuenta empresarios fueron juzgados en Moscú por el tribunal revolucionario, por el tribunal de la clase obrera. En presencia de miles de obreros, los negocios más o menos propios de estos empresarios fueron examinados y el tribunal condenó a una fuerte multa a todos los inculcados por infracción a las leyes sobre protección al trabajo. Estas circunstancias, en medio de las cuales se desarrolla la lucha de los sindicatos rusos, difieren radicalmente de las condiciones de la lucha de los obreros de la Europa Occidental donde funcionan tribunales de clase de la burguesía”.

En las pocas expresiones transcritas de Losovsky podemos ver los dos períodos de acción de los sindicatos rusos de los que he hablado antes.

El primer período, durante el régimen capitalista, en su lucha terrible contra la explotación y la tiranía, afrontando todos los sufrimien-

tos que todavía tenemos que afrontar los trabajadores que no tenemos la suerte de vivir en Rusia.

El segundo período, el actual, en su labor de reconstrucción económica y de construcción comunista del nuevo Estado en poder de los trabajadores.

Voy a enumerar en seguida todo lo más fundamental, que en el transcurso de los cinco años pasados ha ido estableciendo la clase trabajadora de Rusia.

Tiene todo el poder político y económico en sus manos. Los órganos del poder político son los Soviets elegidos solamente por la clase trabajadora, pues las leyes electorales de Rusia sólo dan derecho a voto y a ser elegidos solamente a los que trabajan, negando esos derechos a los que no trabajan y a los comerciantes y patrones, cuyo número es ya muy insignificante en Rusia.

Los órganos del poder económico son los sindicatos, que hoy tienen en su poder la tarea de la construcción económica de la sociedad comunista, y mientras dure el período de transición, en su camino hacia el establecimiento del comunismo, tiene también a su cargo la tarea de la defensa de los intereses de la clase obrera.

Con el poder en sus manos, la clase obrera de Rusia, por el órgano de sus sindicatos, tiene ya establecido, en condiciones inamovibles, el derecho a legislar sobre la organización del trabajo.

- Comités de fábrica. Son comisiones de obreros elegidas por el mismo personal de cada establecimiento para fiscalizar la administración; además, el personal elige, de acuerdo con el Consejo de Economía Nacional, el director del establecimiento y demás jefes que sean necesarios en un establecimiento. Con estos derechos, los obreros se evitan y se libran de todos los abusos de que actualmente son víctimas en los países donde se trabaja todavía bajo el sistema de explotación capitalista.

- Salarios y horas de trabajo. Los salarios y horas de trabajo no son señalados por el personal de cada establecimiento, sino que es derecho del sindicato de la respectiva industria. Cada sindicato, de acuerdo con el Consejo de Economía Nacional, que es también un organismo obrero de funciones técnicas, determina y legisla, o mejor dicho, fija las categorías de salarios, que actualmente están divididas en 17, siendo la categoría uno la del salario de los aprendices y la categoría 17 la del salario de los técnicos y directores. El salario está fijado en rublos oro, lo cual coloca al obrero o empleado a salvo del encarecimiento de

la vida que se produce en razón de la baja del precio del rublo papel. (Es decir, más claro, el proletariado ruso está hoy en la misma situación en que estuvieron los obreros ferroviarios de Chile, cuando se les pagaba sus sueldos a razón de 16 peniques por peso.)

El hecho de que el proletariado tenga garantizado su salario en oro es una conquista de bienestar que no tienen los obreros del resto del mundo. Es por esto que pude constatar que, en una de las grandes fábricas metalúrgicas de Moscú, se había pagado, durante tres meses, sumas diferentes a un mismo personal, sin alterar sus salarios, en la forma que sigue: en septiembre, 295.105.270.000 de rublos papel. En octubre, 484.532.900.000 de rublos papel. En noviembre, 871.960.220.000 de rublos papel. Como se ve, esa enorme diferencia en rublos papel no es sino una misma cantidad en rublos oro. Esta ventaja que tiene la clase trabajadora de Rusia no la tiene la clase trabajadora de ningún otro país, salvo la de aquellos países donde el cambio se mantiene casi inalterable, que no produce oscilaciones importantes en el mercado -como, por ejemplo, en nuestros vecinos de Uruguay, Argentina, Perú y Bolivia, que tienen mucho menos especuladores del salario que en Chile, donde tan mansamente se soporta toda la miseria.

Los sindicatos también fijan las horas de trabajo y la jornada máxima establecida es de ocho horas, siendo de seis horas las jornadas de los mineros y trabajos insalubres, y está casi abolida la mala costumbre de trabajar horas extraordinarias. Los obreros que trabajan seis horas en trabajos insalubres tienen además un salario mejorado y ración preferida de leche.

Hombres y mujeres trabajan en igualdad de condiciones.

Es un hecho bien establecido que los sindicatos son la autoridad encargada de establecer los salarios y los honorarios, y que las fuerzas del Estado Obrero cumplen y hacen cumplir.

La clase obrera en el seno de los sindicatos dicta sus condiciones de trabajo. La clase obrera en el seno de los soviets, con la fuerza de los soviets en su poder, cumple sus resoluciones. En ningún otro país la clase obrera dispone de la facultad de organizar y mejorar sus condiciones de trabajo.

Es el Partido Comunista quien, tomando el poder en sus manos, con el apoyo de los sindicatos y por medio de los soviets elegidos por el mismo pueblo, garantiza a la clase trabajadora el ejercicio del poder para mejorarse ella misma.

Los partidos demócratas y socialistas, llamados mencheviques, fueron y son contrarios a que la clase trabajadora disfrutara de ese justo bienestar, pues fueron contrarios a la expropiación de la clase explotadora y gobernante.

El Partido Comunista tomó el poder por medio de la violencia. No esperó conquistar el poder por medio del voto electoral, por medio de la legalidad como nos aconsejan siempre los partidos demócratas, llamados partidos de orden, porque el Partido Comunista está convencido, por los hechos ya vividos, que por medio del ejercicio legal del voto, de la elección de parlamentarios, *jamás* conseguirá la clase trabajadora tener el poder para abolir el sistema de explotación y opresión capitalista, que le permita vivir en un estado de justicia y libertad. El Partido Comunista, convencido de esta verdad histórica recurrió a la violencia para tomar el poder en sus manos, después de haber organizado y disciplinado bien sus filas, escogió el momento de mayor desorden por el que atravesara la clase capitalista.

Así es como hoy día, la clase obrera tiene en sus manos los elementos para ir construyendo la sociedad comunista del porvenir.

Todavía, después de las ventajas ya enumeradas anteriormente, que se proporcionan con su poder, los trabajadores tienen otras ventajas:

- *La habitación.* En Rusia se proclamó el siguiente principio: “Nadie debe tener dos habitaciones mientras haya alguien que no tenga una”. Pero una gran parte de los trabajadores viven vecinos a los establecimientos donde trabajan, sin pagar arriendos por las viviendas, y los que pagan, en su mayor parte tal vez no deben disponer de más de un día de salario al mes para el arriendo de su habitación. Hay quien solamente emplea un medio día y quienes dispondrán de más según sean sus condiciones de salario. El que está cesante por falta de trabajo no paga arriendo y tiene además alimentación gratuita en los hoteles de la Comuna.

- *La educación.* Está en gran parte bajo la vigilancia de la clase obrera, pues cada fábrica tiene sus escuelas, donde los hijos de los obreros reciben la educación y donde los obreros pueden vigilar y administrar esa educación. Casi en todas las grandes fábricas hay una escuela para los hijos de los obreros y empleados, y una escuela técnica para el perfeccionamiento de la capacidad profesional de los obreros. La educación se hace en conjunto para niños y niñas. El programa de enseñanza, naturalmente, se hace por los métodos comunistas elaborados por el Comisariado de Instrucción. La can-

ción nacional que se canta en todas las escuelas y universidades de Rusia es “La Internacional”, canción que llama a todos los hombres de la tierra a vivir como hermanos.

- *La salud.* En cada establecimiento existe un servicio médico, bajo la vigilancia de los obreros, para el cuidado de la salud de todo el personal y sus familias. La excelente organización de estos servicios médicos no existe en otros países. Los obreros, ellos mismos, con el poder absoluto de sus manos, cuidan su salud y se dan todo el bienestar que pueden ir estableciendo con los recursos que van disponiendo a medida que van progresando. La previsión social no está, pues, abandonada. Algunos chalets que fueron de los burgueses se han convertido en casas de salud y convalecencia de obreros enfermos en donde pueden ir a pasar alguna temporada con sus familias. Los vicios, que tanto esclavizaban antes a los obreros, van desapareciendo en la misma rápida proporción con que progresa la cultura. La represión a los vicios cuenta con las fuerzas del Estado y de toda la organización obrera interesada en su extinción. Es al revés de nuestros gobernantes y capitalistas, que se enriquecen a costa del vicio de la clase trabajadora.

La **dictadura proletaria** en pleno vigor todavía existe y se mantiene por la voluntad de toda la organización de la clase proletaria. Es la fuerza que garantiza la estabilidad del poder obrero contra la intención de restaurar el sistema de explotación capitalista, con todo su conocido cortejo de esclavitud y opresión que es la condición de la clase burguesa.

¿Quiénes son los que protestan de la dictadura proletaria? Todos los enemigos de la abolición de la explotación capitalista, llamados demócratas, socialistas revolucionarios y algunos anarquistas o supuestos anarquistas.

Ningún obrero consciente concibe que, después de derrocado el sistema de explotación capitalista y después de destrozado su sistema de tiranía, se pudiera permitir, a pretexto del derecho y la libertad, que esa clase capitalista volviera a organizarse en partidos que pretendieran reconquistar el poder para restablecer el imperio de su sistema de explotación y de tiranía. Una vez destrozada la organización burguesa, patronal o capitalista, como quiera que se llame, no puede permitirse que vuelva a organizarse, porque su organización significaría la amenaza de volver a tomar el poder, para volver a establecer la explotación despiadada de los trabajadores.

La organización patronal, capitalista o burguesa, consiste en la posesión del poder político, con todos los órganos de gobierno, policías, ejércitos, jueces, cámaras, etc., con lo cual se asegura el derecho de explotar el trabajo de la clase proletaria.

Cuando la clase trabajadora, con el sacrificio de sus héroes, ha logrado destrozarse esa terrible organización patronal o capitalista, cuya crueldad está sufriendo en el resto del mundo la clase obrera, *no es posible, bajo el pretexto de ninguna libertad, permitir que la fiera capitalista vuelva a organizarse.*

*No hay derecho a explotar el trabajo de los obreros* y, por lo tanto, no puede reconocerse derecho a las clases capitalistas vencidas para volver a su sistema de explotación.

¿Qué libertad y qué derecho reclaman las clases burguesas vencidas por la revolución en Rusia? ¿Puede concebirse que se les vaya a reconocer derecho a publicar diarios o revistas? ¿Qué objeto tendría esto?

Los reformistas, los demócratas, los socialistas revolucionarios, que antes opinaban que no era tiempo todavía para hacer la revolución y que, una vez producida, siguen empeñados en sostener que aún no es tiempo para realizar la expropiación capitalista, etc., ¿qué derecho reclaman? ¿El derecho de defender los intereses de la clase capitalista vencida por la revolución? ¿El derecho de restablecer las instituciones burguesas? No es posible otorgar derechos para la reconstrucción del régimen capitalista destrozado por la revolución. Y tampoco puede ser juicioso otorgar derechos para defender ese régimen bajo ningún pretexto.

*La dictadura proletaria* es la fuerza inteligente que garantiza a los trabajadores la muerte definitiva del sistema de tiranía y de explotación capitalista. La dictadura proletaria desaparecerá por sí sola cuando las raíces del sistema capitalista hayan desaparecido completamente.

Los que hoy gritan en contra de la dictadura proletaria, ¿defienden los intereses del proletariado o de la burguesía?

La dictadura del proletariado no va dirigida contra el proletariado. Es creación del proletariado, es fuerza del proletariado, ideada y construida exclusivamente para cimentar el Estado proletario contra las pretensiones de restablecimiento de los sistemas de esclavitud de la clase capitalista. No puede, pues, el proletariado protestar contra la fuerza que le asegura perpetuamente su bienestar.

Después de haber explicado las condiciones en que desenvuelve actualmente sus actividades la clase obrera, dueña del poder en Rusia, creo conveniente tratar algo de lo que la prensa burguesa ha llamado

el fracaso del comunismo en Rusia y la vuelta al capitalismo, hechos que son de gran importancia y que, en realidad, lejos de significar una vuelta al capitalismo, significan una mayor seguridad para el establecimiento del comunismo.

Bajo la denominación de Nueva Política Económica se restablecieron en Rusia algunos métodos capitalistas, como ser:

- Arrendamiento de algunas fábricas a capitalistas.
- Comercio libre.
- Restablecimiento de los salarios en moneda, como consecuencia de las dos circunstancias anteriores.

Pero también es cierto que, si por una parte se volvió al uso de estos métodos, bajo ningún concepto puede hablarse de fracaso del comunismo. *También es mucho más verdadero y real que, junto con el restablecimiento de esas medidas, se verificó la expropiación más completa y definitiva de toda la burguesía*, cosa que hasta ese momento no se había completado. Es decir, la adopción de la NEP, que significa el restablecimiento de algunos métodos capitalistas, impuso como una medida indispensable *la abolición completa y definitiva de la propiedad privada*, que hasta ese momento no se había completado.

Hasta el establecimiento de la NEP, el comercio se hacía solamente por los órganos del Soviet. Una vez aplicada, se restableció la libertad de comercio, hecho que trajo la circulación de capitales y, por lo tanto, produjo mucho más desarrollo a todas las industrias. Es decir, con capital burgués se fortifica la potencia industrial soviética de hoy, base del industrialismo comunista de mañana.

La Rusia acosada por las contrarrevoluciones, que pagaban el oro de los aliados, bloqueada por los aliados, con el desastre del Volga que produjo el hambre en esa región, y soportando todavía las consecuencias de la guerra europea que había destrozado toda su economía, tuvo que recurrir a la adopción de la Nueva Política Económica, con mayor razón cuando no se veía la posibilidad de que la revolución se desarrollase en otros países que hubieran podido servir de apoyo a la Revolución Rusa.



# Problemas de la economía en transición

El debate sobre la industrialización en la Unión Soviética (1923-1928)

Nicolás Marrero

**D**urante los años '20, en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se desarrolló un debate fundamental en el ámbito de la economía y la política que enfrentó a dos bloques políticos al interior del Partido Bolchevique, la “Oposición de izquierda” y el “Bloque oficial”. El rescate del debate central sobre la industrialización o desarrollo económico, en el primer país donde los trabajadores tomaron el poder y se dieron la tarea de reorganizar el conjunto de la vida social y económica, constituye un valioso aporte para los problemas políticos y económicos actuales, en plena crisis capitalista internacional. El debate tiene una importancia complementaria en relación con los países dependientes en América Latina, cuyo atraso relativo se ha agravado en las últimas décadas y que han entrado, definitivamente, en el circuito de la crisis mundial. En este escenario, el debate sobre las alternativas para enfrentar esta crisis se reactualiza, no sólo en el terreno académico, sino como en un acuciante problema de reorganización práctica de las relaciones sociales, económicas y políticas.

---

Nicolás Marrero es economista y militante del grupo La Clase de Uruguay.

## Del “Comunismo de guerra” a la NEP

La primera revolución obrera triunfante no ocurrió en un país avanzado, sino en uno atrasado. Rusia había vivido un “desarrollo desigual y combinado”: un país en donde coexistían sectores atrasados y sectores de alta productividad, formas modernas de producción -establecidas en las ciudades- y relaciones de producción precapitalistas en el campo (Trotsky, 2007). Rusia tenía un proletariado numeroso y concentrado, aunque era una ínfima minoría en la población total y convivía con el predominio de la pequeña producción campesina. La Primera Guerra Mundial había provocado una enorme destrucción de fuerzas productivas, la producción de la industria y el campo habían retrocedido dramáticamente. En este marco, la revolución obrera de 1917 constituía -según sus protagonistas principales- el primer paso de un proceso revolucionario que debía extenderse por Europa, principalmente hacia Alemania, el país más industrializado. El Partido Bolchevique planteaba la extensión de la revolución, partiendo de la premisa que señalaba que la construcción del socialismo no podría completarse en un país atrasado, abstrayéndose de la economía mundial capitalista. La construcción del socialismo en los marcos nacionales no formaba parte de la orientación política de los bolcheviques ni de la tradición del marxismo.

En 1918, Lenin caracterizaba que en Rusia existía un ‘mosaico’ de formaciones sociales: patriarcal, en granjas campesinas; pequeña producción de mercancías; capitalismo privado; capitalismo de Estado y socialismo. Para desenvolver las formas socialistas, se debía alcanzar el nivel de los países capitalistas avanzados; es decir, decía Lenin, había que desarrollar las formas de la industrialización del capitalismo de Estado, pero con un Estado dirigido por los trabajadores. Eso implicaba el acuerdo con capitalistas para desarrollar grandes inversiones y explotaciones. Sin embargo, la apuesta de los capitalistas y el imperialismo fue la caída del Estado obrero. La emergencia de la guerra civil y la intervención de catorce fuerzas armadas extranjeras, apoyadas en las clases dominantes para quebrar la revolución, condujeron al denominado “Comunismo de guerra”, período en que se expropiaron los principales medios de producción, se eliminó el mercado y la circulación monetaria, se requirieron los excedentes agrícolas y se pagó en especies a los obreros. La economía colapsó: cayó la producción industrial y de alimentos, avanzó la hiperinflación y, como consecuencia de la guerra civil, los

obreros industriales pasaron de tres millones a un millón y medio entre 1919 y 1921.<sup>1</sup>

La victoria del Ejército Rojo, en 1921, coincidió con una etapa en donde, como diría Trotsky, “la energía revolucionaria de la clase trabajadora (europea) se replegó sobre sí misma”, como resultado de la derrota de los levantamientos populares en los principales países europeos (especialmente Alemania). Una crisis económica y social se extendía por todo Rusia, provocando rebeliones campesinas y huelgas obreras. Como respuesta a esta crisis, el Partido Bolchevique aprueba la denominada Nueva Política Económica (NEP) con el fin aumentar la producción en el agro e industria. Se trataba de una vuelta al mercado, a través de la eliminación de las requisas a los campesinos y su reemplazo por impuestos en especie (en productos). Así, se esperaba que los campesinos tuviesen incentivos para aumentar su producción y generasen un mayor excedente para vender, facilitando el comercio entre campo y ciudad, de forma de aglutinar a las masas campesinas y desarrollar, junto con la industria, las bases económicas y sociales del nuevo régimen (Broué, 1973). De este modo, el impuesto en especie fue concebido como un elemento esencial para desarrollar las fuerzas productivas de la economía campesina:

“Una acertada política del proletariado, que realiza su dictadura en un país de pequeños campesinos, es el intercambio de trigo por los productos industriales necesarios al campesino. Únicamente tal política de aprovisionamiento responde a las tareas del proletariado; sólo esta política es capaz de consolidar las bases del socialismo. El impuesto en especie representa una transición hacia ello” (Lenin, 1970:613).

No exenta de profundos debates y cuestionamientos, la NEP dio sus primeros resultados, impulsando la producción agrícola y la industria (ligera). Sin embargo, el desarrollo de las relaciones sociales capitalistas potenció sus contradicciones inherentes: al amparo de la NEP se procesó una diferenciación social entre campesinos pobres y acomodados (kulaks). Al mismo tiempo, el desarrollo mercantil -sin planificación y estímulo específico por parte del Estado- generó una desproporción entre la producción agrícola e industrial, de manera que el desarrollo industrial se encontraba retrasado con respecto a la

1. Para un panorama de las primeras etapas de la construcción económica en la Unión Soviética, ver Rabey (2009).

gran recuperación de la agricultura. En 1923, en el XII Congreso el Partido Comunista ruso, Trotsky, en su informe *Sobre la Industria*, planteó que la evolución de los precios relativos entre industria y agricultura se caracterizaban por un alza ininterrumpida de los precios industriales respecto de los precios agrarios, anunciando una crisis inminente, que se conocería como “la crisis de las tijeras”. En torno de la caracterización de esta crisis y las salidas que de ella se derivan se abrió un debate en el terreno de la política económica entre dos bloques políticos bien diferenciados.

### **La “Oposición de izquierda” y el “Bloque oficial”**

En este contexto, durante 1923 se conforma la Oposición de Izquierda en torno de la “Plataforma de los 46” (entre cuyos miembros más destacados se encontraban Trotsky y Preobrazhensky), que plantea una serie de propuestas políticas y económicas. Para la Oposición, los problemas económicos están imbricados a los políticos. En el terreno económico, los principales nudos problemáticos eran: la desigual distribución de la renta; el vínculo entre la ciudad y el campo (equilibrio entre la industria y agricultura); la relación entre acumulación y consumo; entre el capital destinado a la producción de bienes de capital y el destinado a salarios; la regulación de salarios y, finalmente, la distribución de la renta entre los distintos sectores del campesinado. La resolución de estas cuestiones no admitían salidas *a priori* o puramente económicas, debían realizarse mediante la intervención de millones de obreros y campesinos, lo que exigía la más plena democracia soviética. Para ese entonces se había comenzado a cristalizar una capa burocrática que había tomado el control del Estado y el Partido Bolchevique. “Asistimos a una progresiva división, prácticamente pública en la actualidad, del Partido, sometido a un régimen dictatorial, entre la jerarquía del secretariado y el ‘pueblo apacible’, entre los funcionarios y profesionales del Partido nombrados y seleccionados desde arriba, y la masa del Partido que no participa en su vida de grupo” señalaba la Oposición (Broué, 1973). Como la política no es más que economía concentrada, la salida a la crisis exigía la democratización de los soviets, los sindicatos, las cooperativas y el Partido.

La Oposición caracterizaba que el origen de la crisis se encontraba en la incapacidad de la industria para producir valores de uso que satisficieran las necesidades campesinas. Se trataba, por lo tanto, de una crisis de desproporción entre sectores de la economía. Por este motivo,

“(…) eran partidarios de concentrar el esfuerzo en canalizar recursos hacia la industria estatal, organizando su desarrollo mediante las técnicas de la planificación, lo que habría de repercutir en una racionalización de la producción, mejoras de productividad y abaratamiento de costos. Para tal objetivo proponían la canalización de recursos agrarios a la industria mediante un sistema de imposición progresiva; también, que se dedicara la mayor parte de los ingresos de exportación, una vez que las necesidades básicas de subsistencia estuvieran cubiertas, a la adquisición de maquinaria y tecnología occidental. Era, por tanto, un planteamiento que ponía el acento en el cambio estructural y el desarrollo a medio y largo plazo” (Blas, 1994).

El bloque oficialista -entre quienes se encontraban Bujarin, Stalin, Kámenev y Zinóviev- caracterizaba el origen de la “crisis de las tijeras” en una crisis de sobreproducción: el campesinado no era capaz de adquirir los productos industriales por sus altos precios y escasa renta para consumir. En función de esta caracterización, eran contrarios a transferir recursos hacia la industria, lo que implicaría un recorte en la renta agraria, pues si se les quitaba aún más la posibilidad de consumir, esto no haría más que profundizar la crisis.

“[Los representantes del bloque oficialista] ponían énfasis en la mejora de la renta agraria y en el abaratamiento de los precios industriales, considerados por ellos ‘auténticos precios de monopolio impuestos por los trusts’. Eran también partidarios de restringir los créditos bancarios para presionar a las empresas a bajar los precios, obligándolas a dar salida a los productos para poder obtener liquidez. Por su parte, la ‘oposición’ señalaba que la disminución de los precios al por mayor de la industria, en una situación en la que la economía privada controlaba la mayor parte del volumen de negocios al por menor, no iba a significar, dada la escasez crónica de productos industriales, más que un aumento de los márgenes de ganancia privada sin que repercutiera en un abaratamiento para los consumidores finales” (Blas, 1994).

Según la Oposición, estas propuestas tendían a mejorar la posición de la clase campesina acomodada, los *kulaks*, por lo que se oponían a mejorar y reforzar las condiciones de la clase obrera (principalmente industrial). La tesis del bloque oficial fue finalmente la que se impuso entre 1923-24. Durante 1925-26, la crisis económica no se apaciguaba y debió reconocerse que el problema no radicaba en una sobreproducción industrial, sino en que la industria tenía una bajísima productividad y se encontraba tremendamente atrasada, quedaba de manifiesto una crisis de desproporción entre sectores cuya solución era estructural: la industrialización del país.

El problema central, sin embargo, consistía en la cuestión de dónde sacar los recursos para llevarla adelante. El bloque oficial no pretendía tocar la renta agraria de los kulaks y rechazaba las propuestas de industrialización de la Oposición. Por tanto, se decantaba por una emisión monetaria y crediticia -la cual vio pronto sus críticos límites inflacionarios- para financiar una industrialización “a paso de tortuga”.

En 1927, la Oposición (que en ese entonces había sumado a Zinóviev y Kámenev, conformando la Oposición Unificada) planteó en su plataforma un plan de conjunto que señalaba cuáles eran los medios para la industrialización, entre cuyos elementos centrales se destacaba la redistribución de la renta nacional, usando apropiadamente el presupuesto estatal para gravar más al kulak (y asignar recursos para la industria); la disminución de los precios de consumo obreros y campesinos, ampliando la producción de artículos de bienes de consumo, rebajando los costos y disminuyendo el aparato burocrático; el manejo del crédito, con el fin de redireccionar los ahorros del país y garantizar el monopolio del comercio exterior. Además, señalaba un curso de acción para la transformación socialista de la propiedad de la tierra y sus formas de producción:

Debemos poner en práctica efectivamente una redistribución de la carga tributaria entre las clases, cargando más al kulak y al nepman, y descargando a los obreros y los pobres. Debemos aminorar la importancia relativa de los impuestos indirectos (...) Debemos oponer una resistencia decisiva a todo intento de entrometerse en el monopolio del comercio exterior. Debemos adoptar una firme actitud hacia la industrialización, la electrificación y la racionalización basada en el aumento de la capacidad técnica y en la mejora de las condiciones materiales de las masas (...) A la importancia creciente de las granjas individuales en el campo se opondrá el crecimiento más rápido de las explotaciones colectivas. Se pueden asignar sistemáticamente, cada año, sumas importantes destinadas al sostenimiento de los campesinos pobres organizados en explotaciones colectivas (...). Toda la acción de las cooperativas debe estar penetrada de la necesidad de transformar la pequeña producción en gran producción colectiva (Oposición Unificada, 1926).

Uno de los economistas de la Oposición, Yevgueni Preobrazhensky, señaló que la construcción socialista comienza con la nacionalización de las principales empresas e industrias, el comercio exterior y los bancos, y que sólo a partir de allí se puede desarrollar un proceso de acumulación socialista. Además, esta acumulación socialista debe

absorber recursos de las formas de producción precapitalistas y capitalistas. El socialismo necesitará su propia “acumulación socialista originaria”, que se diferencia de la “acumulación socialista” -una acumulación sobre la base productiva de la economía estatal.

Oponiéndose a una “redistribución de la carga tributaria entre las clases”, Nicolái Bujarin, el exponente más brillante del sector oficial, sostenía su “tesis agrarista” de apoyo al kulak:

“Las capas acomodadas de campesinos, e incluso aquéllos grupos que tienden a hacerse acomodados, tienen miedo de acumular. Existe una situación en la que el campesino teme construirse un techo de chapa porque tiene miedo de ser calificado de kulak; si compra una máquina trata de hacerlo de forma que los comunistas no se den cuenta. La técnica avanzada se ha hecho clandestina. De esto se desprende que el campesino rico está descontento porque le impedimos acumular, reclutar fuerza de trabajo (...) A todos los campesinos globalmente, a todas las capas de campesinos debemos decirles: enriqueceos, acumulad, desarrollad vuestras haciendas (...) ¿Qué es lo que tenemos como consecuencia de la acumulación en la economía campesina? Acumulación en la agricultura significa demanda creciente de productos de nuestra industria. Lo que, a su vez, estimula un fuerte desarrollo de nuestra industria, lo cual produce un efecto positivo sobre la agricultura” (Bujarin, 1971:221, citado por Blas, 1994).

En síntesis, mientras que para la Oposición era necesario que la industrialización se llevara a cabo de una forma planificada, obteniendo recursos de diversas vías, pero especialmente cargando más impuestos al kulak -y, de paso, debilitando su creciente poder económico y político-, para el Bloque oficial el mantenimiento de la renta del kulak y de las relaciones mercantiles en el campo eran el elemento fundamental junto con una política monetaria expansiva. La industrialización se convertía en un aspecto secundario para superar la crisis.

Esta polémica se trasladará al diseño del primer plan quinquenal de 1927, donde los coeficientes de inversiones para la industrialización del sector oficial (Gosplan) eran marcadamente más moderados que en el plan de la oposición (Vensenja).

### **La industrialización y colectivización forzosa**

En 1927 una nueva crisis se hizo presente y las hojas de la “tijera” de los precios industriales y agrícolas comenzaron a abrirse. El crecimen-

to a “paso de tortuga” de la industria no lograba satisfacer la demanda de los campesinos acomodados. En estas circunstancias, los kulaks realizaron una enorme huelga de entregas de alimentos. La dirección del Partido Comunista Ruso (ya monopolizada por Stalin) entró en pánico y viró su política de forma radical. Se abandonó bruscamente el incentivo a la acumulación del campesinado y la lenta industrialización. Las propuestas de la Oposición de Izquierda de industrialización eran ahora aplicadas, y en este viraje se desplazó al sector “pro kulak” de la dirección (Bujarin, Rykov, Tomsky).

Se adoptó, entonces, una política de industrialización acelerada con tasas de crecimiento del 20 al 30 por ciento (la propuesta de la Oposición, rechazada por alocada, implicaba un incremento de entre el 15 y 18 por ciento); junto con ella, se decidió acabar con el kulak como clase, colectivizando en forma forzosa la propiedad agraria -se pasó de un 3,9 por ciento de granjas colectivas, en 1929, a un 93 por ciento, en 1937 (Mandel, 1969:21).

En 1929, se estableció la dirección unipersonal de las empresas y se comenzó a estructurar una legislación laboral represiva y opresiva, que incluyó el desarrollo de un trabajo forzado a gran escala -once millones de trabajadores esclavos se movilizarían hasta principios del 50 (Rieznik, 1996). En el marco de la colectivización, los campesinos sacrificaron ganado masivamente, siendo reprimidos por el gobierno, con deportaciones en masa, con un saldo de centenares de miles de muertos. En este contexto, se refuerza la concepción estalinista del “socialismo en un solo país” bajo la orientación de autarquía y autosuficiencia, que prescinde del mercado mundial (y su influencia mediante la ley del valor).

La industrialización, realizada de este modo, se oponía a las propuestas de la Oposición: El sector ‘estalinista’, erigido finalmente en controlador único del aparato del partido y el Estado, acaba adoptado una premisa de la oposición, la industrialización, pero de una manera deformada y en las peores condiciones imaginables: la masiva destrucción de fuerzas productivas que se produjo en la agricultura y la agudización del aislamiento económico internacional (De Blas, 1994:219).

## **La naturaleza de la economía soviética**

El debate sobre la política económica tuvo de fondo una contraposición teórica, cuyos máximos exponentes fueron Bujarin y Preobrazhensky. Bujarin, con su obra *“La teoría económica del periodo*



*de transición*” y Preobrazhensky en “*La Nueva Economía*” fueron los primeros en abordar las cuestiones teóricas y metodológicas que se le presentaron a la economía soviética, luego de la revolución de octubre de 1917.

El escrito de Bujarin fue publicado en 1920, en pleno comunismo de guerra, bajo la pretensión de otorgar una elaboración teórica de los principios fundamentales de la transición de la sociedad capitalista a la socialista. Este libro fue el centro de debate teórico y político acerca de los caminos y problemas del gobierno obrero en la etapa inicial de la revolución.

En un pasaje central sobre esta transición Bujarin señala:

“La nueva sociedad no puede surgir como un *deus ex machina*. Sus elementos nacen de la vieja sociedad. Y puesto que aquí se trata de fenómenos de naturaleza económica, es decir que se tocan cuestiones de la estructura económica, de las relaciones de producción, hay que buscar los elementos de la nueva sociedad en las relaciones de producción de la vieja. En otras palabras, hay que plantear el problema así: ¿Qué forma de relación de producción de la sociedad capitalista puede, en general, colocarse en la base de la nueva estructura productiva?” (Bujarin, 1920)

Para abordar este problema, Bujarin parte del hecho de que el desarrollo de la acumulación capitalista provoca dos elementos fundamentales para la edificación socialista: la centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo. Los monopolios llevan adelante esta tarea, concentrando y centralizando enormes masas de medios de producción, ampliando a escala histórica la división social y la productividad del trabajo, que culmina en la conformación un obrero colectivo con millones de brazos, esto es: un sistema de cooperación mundial que se corporiza en las relaciones de producción entre los obreros. Esta ‘misión histórica’ del capital se desarrolla en una época de descomposición del capitalismo: anarquía de la producción y crisis económicas profundas, como producto de la apropiación privada de la socialización de la producción. Frente a este derrumbe del capitalismo, la revolución bolchevique opuso la transición a una forma superior de organización social que requirió la reorganización de la sociedad sobre nuevas bases: la planificación centralizada de la producción de una economía socializada. De este modo, para Bujarin, la edificación del comunismo es un proceso consciente en alto grado, es decir un proceso donde el trabajo es planificado y organizado al servicio de la satisfacción de las necesidades sociales y no del lucro ca-

pitalista. Este período de transición de socialización del trabajo, con la clase obrera constituida como poder de Estado, tiene como elemento central la estatización o nacionalización de la producción. Sin embargo, Bujarin realiza una distinción de clase de esta cuestión:

“Es notorio que la estatización (nacionalización) tiene un contenido material de clase enteramente distinto ‘particularmente’, según la caracterización de clase del propio Estado. Si no se considera -como lo hacen los representantes de la ciencia burguesa- el aparato del Estado como una organización de naturaleza neutralmente mística, tiene que comprenderse igualmente que, también, todas las funciones del Estado revisten carácter de clase. Por ende, hay que distinguir rigurosamente entre la *nacionalización burguesa* y la *nacionalización proletaria*. La nacionalización burguesa lleva a un sistema de capitalismo de Estado. La nacionalización proletaria lleva a una conformación estatal del socialismo (...), la nacionalización proletaria es la negación, enteramente lo contrario de la nacionalización burguesa” (Bujarin, 1920:128).

Ahora bien, una vez conquistado el poder estatal por la clase obrera y desarrollada la nacionalización proletaria de las principales ramas de producción, ¿cómo proceder a determinar la naturaleza económica de las nuevas relaciones sociales establecidas? Esta pregunta, que planteó Bujarin -y que luego fue retomada por Preobrazhensky- se refería a si el método de estudio de las relaciones sociales capitalistas desarrollado por Marx -en *El capital*- continuaba siendo pertinente en el caso concreto de la economía soviética en transición, la cual presentaba un principio de planificación centralizada junto a relaciones mercantiles. El problema resultaba de extrema relevancia, pues el método de la economía política y las categorías de *El capital* eran útiles para comprender el capitalismo, pero ¿lo seguían siendo para una economía cuyos rasgos no eran definidamente capitalistas?

### **Mercado, plan y democracia soviética**

Como apuntamos más arriba, en el período 1923-28 se desarrolló el debate en el terreno económico-político, cuyos exponentes más sobresalientes fueron Bujarin y Preobrazhensky. Detrás de esta polémica existían distintas concepciones teóricas sobre las leyes que dominaban la economía soviética, las cuales tenían diversas consecuencias prácticas.

El libro *La nueva economía* de Preobrazhensky (1926) se inscribe en el debate planteado por la Oposición de cómo ir de la NEP al

socialismo. Su núcleo trata sobre los caminos de la industrialización. Cómo se mencionó, la NEP había reinstalado la economía mercantil y posibilitado un crecimiento, pero también había mostrado rápidamente sus límites: polarización social y crisis de las ‘tijeras’. La Oposición de Izquierda sostenía la necesidad de forzar la marcha hacia la industrialización como única salida, y los recursos para este proceso debían salir del sector agrario.

Para explicar la realidad que era necesario transformar, Preobrazhensky vuelve sobre la cuestión del método de estudio de la economía soviética, caracterizada como un sistema de economía socialista-mercantil dominado sucesivamente por la ley del valor y la “ley de acumulación socialista primitiva”. Según Preobrazhensky, las categorías teóricas corresponden a abstracciones del desenvolvimiento histórico concreto. Es decir, no son eternas. Por ello plantea que, ante la transformación de una economía basada en la anarquía de la producción en otra que sienta sus bases en el principio de planificación democrática de los productores, deben existir otras categorías que expresen teóricamente la nueva realidad histórica. El valor, como ley o regulador del movimiento del sistema capitalista, es crecientemente remplazado por una regulación conciente. Las viejas categorías: mercancía, salario, precio y ganancia dejarían de ser categorías útiles en una sociedad de “productores libremente asociados” bajo un desarrollo de las fuerzas productivas sin precedentes en la historia; es decir, en el comunismo. Sin embargo, no era ésta la situación de la realidad soviética en los primeros años ’20, marcada por la guerra civil, el hambre y la escasez general. Si bajo la economía mercantil, los capitalistas se subordinan ciegamente a la ley del valor; en la economía socialista planificada, las leyes se ‘abren camino’ de un modo diferente. En el sistema de economía socialista-mercantil soviético de los años ’20

“(...) actúa un principio de planificación, en los límites que resultan del grado de organización alcanzado por la economía y en el cual existe al mismo tiempo la ley del valor con su fuerza de acción exteriormente coercitiva. El estudio de una economía de este tipo es, sobre todo, difícil porque ni una ni otra forma de producción se presentan en su aspecto puro (...) el gobierno proletario dirige simultáneamente la economía estatal y la política interior y exterior, esforzándose en conservar un sistema dado, reforzarlo y asegurar en su seno la victoria de los principios socialistas. Al hacerlo, encuentra en el exterior la oposición del capitalismo mundial y en el interior la de la economía privada” (Preobrazhensky, 1926:71).

El método de Preobrazhensky parte de la abstracción de una economía socialista de base industrial -que era aún lejana en el tiempo- para proponer el reemplazo de las categorías valor, plusvalor, dinero, mercancía, por nuevas categorías más ajustadas a una ciencia de la ‘producción socialmente organizada’. Este cambio, lo hace teniendo en cuenta que la economía política de Marx no estudia las relaciones de producción en general, sino específicamente las de la sociedad mercantil capitalista. Es decir, las categorías de la economía política marxista no podían operar de igual manera en la economía soviética. De manera que el problema estaba centrado en cómo abordar la naturaleza de la economía soviética mediante categorías teóricas que den cuenta de una realidad en donde se presentan de forma ‘dual’ dos reguladores: la ley del valor y la planificación económica socialista. Es en estas circunstancias en que operaba la ley de la acumulación socialista -sobre la base productiva estatal- y la acumulación socialista primitiva -sobre la base de extraer recursos de las formas precapitalistas y capitalistas de la economía. El centro de su análisis estaba en el planteamiento de desarrollar las fuerzas productivas y la industrialización, impulsando la planificación socialista como el regulador económico de la transición, avanzando sobre las relaciones sociales capitalistas -es decir, sobre la ley del valor.

En tanto, las posiciones políticas de Bujarin viraron de la extrema izquierda -durante el comunismo de guerra- a la derecha -en su defensa al campesinado acomodado a partir de 1923. Mientras en el primer período defendía la planificación económica, se convirtió luego en un teórico férreo de la NEP y de lo que se puede denominar “socialismo de mercado”. Bajo esta noción, el giro del comunismo de guerra a la NEP no fue una “retirada táctica”, producto de las circunstancias de la guerra civil y el fracaso de la revolución socialista en Europa, sino la vía de transición hacia el socialismo.

En términos generales, podemos señalar que, para Bujarin, la ley del valor era el centro en torno al cual giraban las relaciones sociales en la Unión Soviética y, por tanto, consideraba al mercado como el regulador e impulsor de las fuerzas productivas, tanto en el campo como en la industria estatal. Su llamado a que el kulak se enriquezca tenía su base en esta visión. Como contrapartida, la planificación resultaba un obstáculo del cual debería liberarse para permitir la ampliación del mercado. Para Bujarin, se trataba de ampliar y desarrollar la NEP mediante concesiones al campesinado. Este paso era central para soldar la alianza entre el campo y la ciudad, entre obreros y campesinos. En su propuesta, señalaba que

“(...) nuestra producción debe tomar la dirección siguiente: aceleración de los cambios, ampliación del mercado, consiguiente expansión de la producción y, por lo tanto, posibilidad de bajar los precios, de ampliar los mercados, etc. Esta política es indispensable, pues nos es preciso realizar a toda costa la alianza con los campesinos. Es realizable, porque tiene la ventaja de poder liberarse de la relativa planificación de nuestra economía estatal” (Bujarin, 1974: 323).

La ampliación del mercado y la acumulación de la economía campesina, significaba -para Bujarin- una demanda creciente de productos de la industria, que terminaba beneficiando el desarrollo industrial y a la agricultura. El objetivo era que, a través de la cooperación y el control estatal del sistema bancario y financiero, el campesinado (incluso el kulak) sea integrado “gradualmente” al socialismo. Preobrazhensky (y la Oposición) criticó que, al no diferenciar las capas sociales en el campo, el apoyo al campesinado -tratándolo como bloque social homogéneo- terminaba beneficiando a sus capas superiores que subordinaban al campesinado medio y pobre.

De fondo, la crítica de Bujarin a Preobrazhensky se centraba en el “regulador” de la economía soviética. Para Bujarin, la ley del valor en el socialismo se manifiesta como una ley conciente y planificada de política económica, como la “ley de la distribución racional de las fuerzas productivas”, pues el cambio de las condiciones históricas no puede abolir las leyes de la naturaleza, aunque sí puede cambiar la forma en que se manifiestan. La ley de acumulación socialista primitiva de Preobrazhensky se oponía a la ley del valor como distribución racional de las fuerzas productivas -es decir, a la planificación conciente de la proporcionalidad del gasto de trabajo social. Para Preobrazhensky, la ley de distribución racional (planificada) de las fuerzas productivas era aplicable a una sociedad perfectamente organizada (comunista), pero no a la sociedad soviética de esa etapa. La existencia de dos reguladores -ley de acumulación socialista primitiva y la ley del valor- partían del análisis concreto de la realidad de la economía de la Unión Soviética, y no de una sociedad futura.

De esta discusión teórica se derivaban propuestas divergentes de política económica. Para la Oposición, se trataba de impulsar la industrialización estatal -a partir de los recursos del agro- mediante el desarrollo de empresas que, de otra manera, libradas al imperio de la ley del valor, estarían obligadas a cerrar. En este sentido, se trataba de formar una estructura de distribución social del trabajo distinta a

lo que se formaría como consecuencia de una acción no limitada del mercado. En cambio, la política defendida por Bujarin y el Bloque oficial tendía a reproducir una distribución favorable a la agricultura, retardándose el desarrollo industrial. Es decir, fomentando la economía privada en detrimento del sector estatal.

Uno de los dirigentes más destacados de la Oposición, Trotsky, compartió la formulación de Preobrazhensky respecto a la pugna entre los dos reguladores de la economía de transición. En un texto escrito unos años después (1932), señaló que este principio, que se aplicaba a la naturaleza económica de la Unión Soviética, no debía considerarse por fuera de la naturaleza del poder político. La contraposición entre planificación y mercado debía incorporar a la democracia soviética, el carácter de la dictadura del proletariado. La cuestión del poder estaba relacionada a las condiciones y métodos de la economía planificada: ¿qué organismos debían elaborar y aplicar el plan? En contra de una planificación burocratizada, postulaba la democracia soviética como sistema de regulación real, por las masas, de la estructura económica. La planificación para el desarrollo de la industrialización debía considerar la deliberación e intervención conciente de la clase obrera como sujeto político de la revolución, aspecto que el proceso de burocratización del partido y degeneración del Estado obrero iba socavando. Sólo se podría imprimir una orientación correcta a la economía en la etapa de transición por medio de la interrelación de la planificación estatal, el mercado y la democracia soviética.

En 1936, haciendo un balance de la planificación desarrollada hasta ese momento en la Unión Soviética, Trotsky afirmaba:

“La planificación administrativa ha demostrado suficientemente su poder y, al mismo tiempo, sus límites. Un plan económico concebido *a priori*, sobre todo en un país atrasado con 170 millones de habitantes, y con una contradicción profunda entre el campo y la ciudad, no es un dogma inmutable sino una hipótesis de trabajo que debe ser verificada y transformada durante su ejecución (...) Se necesitan dos palancas para reglamentar y aplicar planes: una palanca *política*, creada por la participación real de las masas en la dirección, lo que no se concibe sin democracia soviética; y una palanca *financiera*, resultante de la verificación efectiva de los cálculos *a priori*, por medio de un equivalente general, lo que es imposible sin un sistema monetario estable” (Trotsky, 2014:82)

Nuevamente, la política es economía concentrada.

## Comentarios finales

El debate -en el terreno de la economía y la política- que enfrentó a dos sectores del Partido Comunista de la Unión Soviética, expresa las tensiones que existieron en la economía en transición. Luego del comunismo de guerra, y bajo el impulso de la NEP, la producción industrial y agrícola se recuperó notablemente. El restablecimiento del mecanismo de mercado y, especialmente, la política favorable al campesinado rico reveló un proceso de diferenciación social, y pronto también sus límites. La curva de desarrollo de la economía entre 1923-28 estuvo marcada por la llamada “crisis de las tijeras” en torno de la cual se abrió un debate entre dos perspectivas teóricas y políticas. Por una parte, un sector que impulsaba la industrialización mediante la planificación, los impuestos a los kulaks y el fortalecimiento de la clase obrera para salir de la crisis, y como vía para pasar de la NEP al socialismo (Oposición de izquierda); y otro sector, que se apoyaba en la clase campesina acomodada y el desarrollo de la NEP, incorporando gradualmente a los kulaks al socialismo (Bloque Oficial).

Detrás de este debate existían perspectivas teóricas divergentes sobre la naturaleza de la economía soviética. Preobrazhensky, economista de la Oposición de Izquierda, sostuvo la existencia de dos reguladores de la economía, caracterizado como un sistema de economía socialista-mercantil, donde se establecía una pugna entre la ley de la valor (que actuaba a partir de la economía privada al interior de la URSS y mediante el capitalismo mundial) y la ley de acumulación socialista (que actuaba en los marcos de la economía planificada). Trotsky, compartiendo esta visión, incorporó el problema de la naturaleza del poder político, es decir de la democracia soviética, como elemento central de la planificación socialista. Bujarin, teórico de la fracción oficial, consideraba a la ley del valor como único regulador de la economía, que podía ser utilizado por la planificación estatal -mediante estímulos que ampliaran el mercado- para impulsar las fuerzas productivas y sellar la alianza con los campesinos. Según Arrizabalo (2014), de este debate de los años '20 no triunfó ninguna de las dos posiciones, sino que triunfó aquella capa social de funcionarios del aparato del Estado y del Partido al comando de Stalin. A partir de 1928, en el marco de una nueva crisis económica, los representantes de la Oposición de Izquierda eran encarcelados o enviados a Siberia, al tiempo que la política económica del Partido daba un viraje,

aplicando las propuestas de industrialización de la Oposición (pero a tasas aceleradas) y lanzando una campaña para “eliminar al kulak como clase”, mediante la colectivización forzosa en el campo. En este cuadro, también fueron expulsados Bujarin y la fracción derechista. Con esto se cierra todo un capítulo de debates al interior del Partido Bolchevique y, en lo sucesivo, nunca más volverá a desarrollarse una discusión pública en su seno (Broué, 1973).

Posteriormente, resultó innegable que la expropiación de la burguesía y la planificación de la economía logró resultados asombrosos. Con la eliminación de la anarquía del mercado (al menos en los marcos nacionales) y su reemplazo por la asignación planificada de los recursos, permitió un crecimiento de las fuerzas productivas (en términos cuantitativos y cualitativos), en el mismo momento que el capitalismo vivía su peor crisis. Un país atrasado y agrario llegó a ser la segunda potencia industrial del mundo. Sin embargo, la gestión burocrática de la economía y la opresión reinante condenaría al país a un callejón sin salida.

La pertinencia de analizar este proceso se revela en momentos en que el capitalismo manifiesta su inevitable tendencia al derrumbe en la crisis de mayor alcance de su historia, planteando el desafío de desarrollar la planificación racional del metabolismo productivo bajo control y gestión de los productores -es decir, de los trabajadores.

## **Bibliografía**

- Arrizabalo, X. (2014): *Capitalismo y Economía Mundial*, Madrid, IME-ARCIS-UdeC.
- Broué, P. (1973): *El partido bolchevique*, Madrid, Ayuso.
- Bujarin, N. (1920): *Teoría económica del período de transición*, Pasado y Presente, Buenos Aires, 1972.
- De Blas, J. (1994): *La formación del ‘mecanismo económico estalinista en la antigua URSS y su imposición en la Europa del Este: el caso de Hungría (crisis de la concepción estalinista autárquica ‘versus’ proceso de integración en la economía capitalista mundial)*. Tesis doctoral, UCM.
- Carr, E. (1980): *Historia de la Rusia Soviética. Vol. 2: El interregno (1923-1924)*, Madrid, Alianza.
- Mandel, E. (1969): *Tratado de economía marxista*, T. 3, México, Era.



- Lenin (1970); “Sobre el impuesto en especie”, *Obras Escogidas*, T. III, Progreso, Moscú.
- Lenin, Trotsky L., Prebrazhensky, Bujarin (1974): *Debate sobre la economía soviética y la ley del valor*, Grijalbo, México.
- Preobrazhensky, E. (1970): *La Nueva Economía*, Ariel, Barcelona.
- Oposición Unificada (1927): “Plataforma de la Oposición Unificada”.
- Rabey, P. (2009): “Las primeras etapas de la economía soviética”, en Pablo Rieznik (ed.); *Un mundo maravilloso. Capitalismo y socialismo en la escena contemporánea*, Biblos, Buenos Aires.
- Rieznik, P. (1996): “Genocidio y trabajo esclavo en la URSS stalinista”, *En defensa del marxismo*, N° 13, julio.
- Shaikh, A. (2006): *Valor, acumulación y crisis. Ensayos de economía política*. Ediciones RyR, Buenos Aires.
- Trotsky, L. (1932): “La economía soviética en peligro”. [www.marxists.org](http://www.marxists.org)
- .– (1999); “Tesis sobre la Industria”, en León Trotsky; *Naturaleza y dinámica del capitalismo y de la economía de transición*, CEIP, Buenos Aires.
- .– (2007): *Historia de la Revolución Rusa*, Ediciones RyR, Buenos Aires.
- .– (2014): *La revolución traicionada y otros escritos*, CEIP, Buenos Aires.



# El significado de Hegel

En el 60º aniversario de su muerte

Georgi Plejanov

**H**ace 60 años, el 14 de noviembre de 1831, murió un hombre que, sin ninguna duda, ocupará siempre uno de los primeros lugares en la historia del pensamiento. Ninguna de las ciencias que los franceses llaman “ciencias morales y políticas” se mantuvo incólume ante la poderosa y fructífera influencia del genio de Hegel. La dialéctica, la lógica, la historia, el derecho, la estética, la historia de la filosofía y la historia de la religión asumieron un nuevo contenido gracias al impulso de Hegel.

La filosofía hegeliana forjó y templó el pensamiento de hombres como David Strauss, Bruno Bauer, Feuerbach, Fischer, Gans, Lassalle y, finalmente, Marx y Engels. Durante su vida, Hegel gozó de una inmensa fama mundial. Después de su muerte, en la década de 1830, la

---

Georgi Plejanov (1856-1918) fue uno de los introductores del marxismo en Rusia y uno de los principales teóricos de la Segunda Internacional. Fundador del grupo marxista Emancipación del Trabajo, en 1883, y del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), en 1898, tras la división del POS DR en su II Congreso en 1903, se agrupó inicialmente con la fracción mayoritaria (los bolcheviques), pero al poco se pasó a la fracción minoritaria, conocidos como los mencheviques. Durante la Primera Guerra Mundial adoptó la posición de defensa del bando ruso; en 1917 apoyó la Revolución de Febrero, pero se opuso a la Revolución de Octubre.

Título original: “Zu Hegel’s sechzigstem Todestag”, publicado en *Neue Zeit* (revista teórica del Partido Socialdemócrata alemán), 10, 1891-1892.

casi universal atracción que despertó su filosofía se hizo aún más notable. Pero luego vino una rápida reacción. Se lo empezó a tratar, en palabras de Marx, “del mismo modo que el valiente Moses Mendelssohn trató a Spinoza en tiempos de Lessing, como a un ‘perro muerto’”. El interés en su filosofía desapareció del todo en los círculos “educados” y en el mundo científico se debilitó hasta tal punto que hasta ahora ningún especialista en la historia de la filosofía ha pensado en definir y establecer el “valor duradero” de la filosofía hegeliana en las diversas ramas de la ciencia con las que se relaciona. Más adelante explicaremos las razones de esta actitud hacia Hegel; por ahora, señalemos que en el futuro cercano podemos esperar un resurgimiento del interés en su filosofía y, en particular, en su filosofía de la historia. El enorme éxito del movimiento obrero, que obliga a las clases educadas a interesarse en la teoría bajo cuya bandera se desarrolla este movimiento, también las obligará a interesarse en el origen histórico de esa teoría.

Y, una vez que se interesen en ella, pronto llegarán a Hegel, quien entonces se transformará ante sus ojos: de “un filósofo de la Restauración” al precursor de las ideas modernas más avanzadas. Por ello podemos predecir que, aunque resurja el interés por Hegel entre las clases educadas, nunca adoptarán la actitud de profunda simpatía de que fue objeto hace sesenta años en los países de cultura germana. Por el contrario, los académicos burgueses emprenderán una ferviente “revisión crítica” de la filosofía de Hegel, y se obtendrán muchos diplomas de doctorado en la lucha contra las “exageraciones” y la “arbitrariedad lógica” del profesor muerto.

Naturalmente, la única ganancia para la ciencia de esa “revisión crítica” será que los apologistas ilustrados del orden capitalista demostrarán una u otra vez su incapacidad teórica, así como ya la han demostrado en el campo de la política. Pero no sin razón se dice que siempre es útil “explorar las raíces de la verdad”. El resurgimiento del interés en la filosofía de Hegel dará a las personas imparciales la oportunidad de estudiar sus obras con independencia. Este trabajo mental no será fácil, pero será muy provechoso. Quienes realmente desean conocer, aprenderán mucho de Hegel.

En este artículo intentamos evaluar las concepciones histórico-filosóficas del gran pensador alemán. Esto ya fue hecho en líneas generales, por la mano de un maestro, en los excelentes artículos de Engels, “Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana”, los cuales aparecieron en *Neue Zeit* y luego se publicaron en forma de folleto. Pero pensamos que estas concepciones de Hegel merecen un análisis más detallado.

La importancia de Hegel en las ciencias sociales está determinada, primero que todo, por el hecho de que él examinó todos los fenómenos sociales desde el punto de vista del proceso *des Werdens* [del devenir], es decir, de su aparición y su desaparición. A muchas personas les puede parecer que esto no tiene ningún mérito pues, aparentemente, los fenómenos sociales no se pueden considerar de otra manera. Pero, en primer lugar, como veremos luego, aún hoy este punto de vista está lejos de ser entendido por muchos de quienes se autodenominan “evolucionistas”; y, en segundo lugar, las personas que estudiaban las ciencias sociales en la época de Hegel estaban aún más lejos de este punto de vista. Baste recordar a los socialistas y a los economistas de esos días. Sin duda, los socialistas consideraban que el sistema burgués era muy perjudicial; no obstante, pensaban que era un producto accidental del error humano. Los economistas estaban entusiasmados y no encontraban palabras para elogiar al sistema capitalista; pero, también consideraban que no era más que el fruto del descubrimiento accidental de la verdad. Ni los primeros ni los segundos fueron más allá de esta *contraposición abstracta de la verdad y el error*, aunque las enseñanzas de los socialistas contenían *atisbos* de una concepción más correcta.

A los ojos de Hegel, esa contraposición abstracta entre verdad y error era uno de esos absurdos en los que suele caer el pensamiento “racional”: Jean Baptiste Say consideraba inútil estudiar la historia de la economía política porque antes de Adam Smith todos los economistas profesaban teorías erróneas. Para Hegel, la filosofía sólo era la expresión intelectual de su época.

Toda filosofía que ha sido “superada” en una época particular era la verdad en su tiempo. Aunque fuese únicamente por esta razón, Hegel nunca descartó los sistemas filosóficos anteriores como basura antigua e inútil. Por el contrario, dijo que “la filosofía más reciente es el resultado de todas las filosofías precedentes y, por ello, debe incluir los principios de todas ellas” (Hegel, 1999: 13). En la base de esta visión de la historia de la filosofía se encuentra, por supuesto, la concepción puramente idealista de que el “Arquitecto ha dirigido la obra [es decir, la obra del pensamiento filosófico] y que el Arquitecto es el único Espíritu viviente cuya naturaleza es pensar, traer a la autoconciencia lo que él es, y, por tanto, con su ser puesto como objeto ante él, ser a la vez levantado por encima, y así llegar a una etapa superior de su propio ser” (Hegel, 1999: 13).

Pero el materialismo más coherente no niega que todo sistema filosófico particular no es más que la expresión intelectual de su época. Y si, volviendo a la historia de la economía política, nos preguntáramos desde qué punto de vista debemos enfocarla en la actualidad, veremos de inmediato que estamos mucho más cerca de Hegel que de Say. Por ejemplo, desde el punto de vista de Say -es decir, desde el punto de vista de la contraposición abstracta de la verdad y el error-, el sistema mercantil, e incluso el sistema de los fisiócratas, no parece ser más que un absurdo en el que la mente humana cayó accidentalmente. Pero, hoy sabemos en qué medida cada uno de los sistemas mencionados era el producto necesario de su época:

“Si el sistema monetario y mercantil consideraba que el comercio mundial y las ramas del trabajo nacional vinculadas directamente con este comercio eran las únicas fuentes verdaderas de riqueza y de dinero, debemos tener en cuenta que, en esa época, una gran parte de la producción nacional aún revestía formas feudales y era la fuente inmediata de medios de subsistencia de sus productores. La mayoría de los productos no se transformaba en mercancías, por lo tanto no se convertía en dinero, no entraba en la circulación material de la vida social y, por ello, no aparecía como materialización del trabajo abstracto ni tampoco constituía -de hecho- riqueza burguesa (...). En conformidad con la fase preparatoria de la producción burguesa, esos profetas no reconocidos se aferraron a la forma tangible y brillante del valor de cambio, a su forma de mercancía universal separada de todas las mercancías particulares” (Marx, 1959: 216-217).

Marx explica la polémica entre los fisiócratas y sus oponentes como una disputa sobre cuál es el tipo de trabajo “que crea plusvalor” (Marx, 1959: 64). ¿No era esta pregunta la más “oportuna” para la burguesía, que entonces se preparaba para apoderarse de todo?

Pero no solamente la filosofía es, para Hegel, el producto natural y necesario de su época, también concibe así a la religión y al derecho. Además, se debe señalar que, en opinión de Hegel, la filosofía, el derecho, la religión, el arte e incluso la tecnología (*technische Geschicklichkeit*) están relacionados estrechamente: “Solamente en conexión con una religión particular, puede existir un Estado particular, así como en cada Estado particular sólo pueden existir una filosofía y un arte particulares” (Hegel, 2001: 69). De nuevo, esto puede parecer trivial: ¿quién no sabe que todos los aspectos y manifestaciones de la vida del pueblo están relacionados estrechamente? Hoy lo saben todos los niños que van a la escuela. Pero Hegel no entendió esta interrelación

entre los diferentes aspectos y manifestaciones de la vida del pueblo de la misma manera como hoy la entienden muchas personas “educadas” y los estudiantes de las escuelas, como una simple interacción de los aspectos y manifestaciones involucrados. Quienes consideran, en primer lugar, que esta interacción es totalmente inexplicable y, en segundo lugar -lo que es de suma importancia- olvidan totalmente que debe existir una fuente común a partir de la cual se originan todos estos aspectos y manifestaciones interrelacionados. Así, este sistema de interacciones queda desprovisto de todo fundamento, parecer estar suspendido en el aire: el derecho influye en la religión, la religión influye en el derecho y cada uno de ellos y ambos en conjunto influyen en la filosofía y en el arte, los que, a su vez, se influyen mutuamente y también influyen en el derecho y la religión, etc. Esto es lo que nos dice esta sabiduría universal. Supongamos que podemos quedar satisfechos con dicha exposición para cada período particular. Aún falta responder la siguiente pregunta: ¿qué determina el desarrollo histórico de la religión, la filosofía, el arte, el derecho, etc., hasta la época actual?

Esta pregunta se suele responder aludiendo a la misma interacción, la cual, entonces, finalmente no explica nada; o señalando algunas causas accidentales que influyen en uno u otro aspecto de la vida del pueblo pero que no tiene nada en común; o, finalmente, todo el asunto se reduce a la lógica subjetiva. Por ejemplo, se dice que el sistema filosófico de Fichte se deriva lógicamente del sistema filosófico de Kant, que la filosofía de Schelling se deriva lógicamente de la filosofía de Fichte y la de Hegel, de la de Schelling. La sucesión de escuelas en el arte también se explica “lógicamente” de la misma manera. Es indudable que en esto hay un grano de verdad. El problema es que no explica nada. Sabemos que, en algunos casos, la transición de un sistema filosófico a otro, o de una escuela de arte a otra, ocurre muy rápidamente, en pocos años. Pero en otros casos se requieren siglos enteros. ¿Cómo se explica esta diferencia? La filiación lógica entre las ideas no la explican en absoluto. Tampoco las referencias de la sabiduría clásica -generalmente conocida- a la interacción y a razones accidentales. Pero las gentes “educadas” no se avergüenzan por ello. Después de hacer declaraciones profundas sobre la interacción de diversos aspectos de la vida del pueblo, quedan satisfechos con esta “manifestación” de su propia profundidad de pensamiento y dejan de pensar exactamente dónde comienza el pensamiento científico riguroso. Hegel estaba tan lejos de esas “profundidades” del pensamiento como el cielo de la tierra.

“Si no vamos más allá de examinar un contenido particular desde el punto de vista de la interacción -dice él- adoptamos una actitud que no es realmente inteligente. Nos quedamos con el mero hecho en bruto, y el llamado a la mediación, el principal motivo para aplicar la relación de causalidad, aún queda sin respuesta. Si miramos más de cerca la insatisfacción que se siente al aplicar la relación de reciprocidad, veremos que ésta consiste en que, posiblemente, esta relación no se puede tratar como un equivalente de la noción, y que, en cambio se debe conocer y entender en su propia naturaleza. Para comprender la relación de acción y reacción, no debemos considerar los dos aspectos como meros hechos dados, sino como momentos de una tercera y superior etapa” (Hegel, 1999: 156).

Esto significa que, al hablar de los diversos aspectos de la vida del pueblo, por ejemplo, no debemos quedar satisfechos señalando su interacción, sino que debemos buscar su explicación en algo nuevo y “superior”, es decir, en lo que determina su existencia, así como la posibilidad de su interacción.

¿Dónde debemos buscar esta cosa nueva y “superior”?

Hegel responde que se debe buscar en las cualidades del espíritu del pueblo. Esto es bastante lógico desde su punto de vista. Para él, la totalidad de la historia no es más que “la exposición y la encarnación del espíritu universal”. El movimiento del espíritu universal se lleva a cabo por etapas.

“Cada etapa del proceso, en cuanto difiere de cualquier otra, tiene su principio peculiar determinado. En la historia, este principio es [...] el genio nacional peculiar. Dentro de las limitaciones de su idiosincrasia, el espíritu del pueblo, en su manifestación concreta, expresa todos los aspectos de su conciencia y su voluntad, el ciclo completo de su realización. Su religión, su política, su ética, su legislación e incluso su ciencia, su arte y su habilidad técnica llevan su sello. La clave de estas peculiaridades especiales es esa peculiaridad común: el principio particular que caracteriza a un pueblo, y ese principio característico común se puede detectar en los hechos que la historia presenta en detalle” (Hegel, 1974: 80).

Nada es más fácil que hacer aquí el brillante descubrimiento de que la visión hegeliana de la historia universal que hemos citado está imbuida del más puro idealismo. Eso salta a la vista -como dice Gogol- incluso para quien nunca ha estudiado en un seminario religioso. Así mismo, nada es más fácil que limitarse a criticar la filosofía hegeliana de la historia levantando desdeñosamente los hombros ante su extre-



mo idealismo. Como lo suelen hacer gentes incapaces de cualquier reflexión coherente, insatisfechas con los materialistas porque son materialistas y con los idealistas porque son idealistas, y sumamente satisfechas consigo mismas porque suponen que su propia visión del mundo está alejada de esos extremos, aunque en realidad es una mezcla indigesta e indigerible de idealismo y materialismo. En todo caso, la filosofía de Hegel tiene el mérito indiscutible de que no contiene trazas de eclecticismo. Y si su errónea base idealista se hace sentir muy a menudo, si impone límites muy estrechos al despliegue del espíritu de ese gran hombre, esa circunstancia debe obligarnos a prestar suma atención a su filosofía; pues es la que la hace tan instructiva. La filosofía idealista de Hegel contiene la mejor y más irrefutable prueba de la incongruencia del idealismo. Pero, al mismo tiempo, nos enseña la coherencia del pensamiento, y quien pase por su severa escuela con amor y atención adquirirá para siempre una saludable aversión por el eclecticismo.

Hoy sabemos que la historia universal no es en absoluto “la exposición y la encarnación del espíritu universal”, que esto no significa que podamos quedar satisfechos con la explicación trivial de que la estructura política de un pueblo dado influye en sus costumbres, que sus costumbres influyen en su constitución, etc. Debemos coincidir con Hegel en que las costumbres y la constitución política provienen de una fuente común. Cuál es, en realidad, esa fuente es lo que nos muestra el análisis materialista moderno de la historia, acerca del cual, por ahora, sólo señalaremos que los señores eclécticos tienen la misma dificultad para entenderlo que para penetrar los secretos de la concepción idealista diametralmente opuesta de Hegel.

Cada vez que Hegel se empeña en presentar las características de un gran pueblo de la historia, exhibe un conocimiento versátil y una gran penetración. Esas caracterizaciones son verdaderamente brillantes y, a la vez, profundamente instructivas, y están acompañadas de numerosos y valiosos comentarios sobre los diversos aspectos de la historia del pueblo en cuestión. Es tan fascinante que se está dispuesto a olvidar que se trata de un idealista, que se está dispuesto a aceptar que él realmente “*die Geschichtenimmt, wiesieist*” (“toma la historia tal como es”), que sigue estrictamente su propia regla: “mantenerse en el terreno histórico empírico”. Pero ¿por qué Hegel necesita ese terreno histórico empírico? Para determinar la particularidad del espíritu del pueblo en cuestión. El espíritu de un pueblo particular no es, como ya sabemos, más que una etapa en el desarrollo del espíritu universal.

Pero las particularidades de este último no se ponen de manifiesto estudiando la historia universal; el concepto de espíritu universal es introducido en ese estudio como un concepto elaborado de antemano y totalmente acabado en todos los aspectos. El resultado es el siguiente: en la medida en que la historia no contradice el concepto de espíritu universal ni las “leyes” de desarrollo de este espíritu, la historia se toma “tal como es”. Hegel se “mantiene en el terreno histórico empírico”. Pero cuando la historia, sin contradecir exactamente las “leyes” de desarrollo del espíritu universal, simplemente se sale del camino de ese supuesto desarrollo y sigue un curso imprevisto por la lógica hegeliana, no recibe ninguna atención. Esa actitud hacia la historia, aparentemente, debería haber evitado al menos que Hegel se contradijera a sí mismo. Pero no fue así. Hegel está lejos de no caer en contradicciones. He aquí un ejemplo suficientemente vívido. En las siguientes líneas Hegel habla de las concepciones religiosas de los indios:

“[En] la fantasía del indio se representa de modo sensible el amor, el cielo, en suma, todo lo espiritual; pero, por otra parte, sus concepciones tienen una encarnación sensual (...) y se sumerge en lo meramente natural. Los objetos religiosos son entonces figuras horribles creadas por el arte o cosas naturales. Cada pájaro y cada mono es el dios presente, un ser absolutamente universal. Los indios son incapaces de captar mentalmente un objeto por medio de los rasgos racionales que se le atribuyen, porque esto requiere reflexión” (Hegel, 2001: 175).

Con base en esta característica, Hegel considera que la adoración a los animales es una consecuencia natural del hecho de que el espíritu del pueblo indio representa una de las etapas más bajas en el desarrollo del espíritu universal. Hegel sitúa en un nivel más alto que el de los indios a los antiguos persas, que deificaban a la luz y también “al sol, la luna y otros cinco cuerpos luminosos”, a los que consideraban “imágenes venerables de Ormuz”. Pero veamos lo que el mismo Hegel dice sobre la adoración a los animales entre los antiguos egipcios:

“El culto de los egipcios es principalmente zoolatría (...) para nosotros, la zoolatría es repulsiva. Podemos conciliarnos con la adoración al cielo, pero la adoración a los animales nos es ajena (...) y, sin embargo, es cierto que los pueblos que adoran al sol y otros cuerpos celestes de ningún modo se pueden considerar superiores a los que deifican a los animales, sino más bien a la inversa, pues en el mundo animal los egipcios contemplaban un principio oculto e incomprensible” (Hegel, 2001: 231).

Hegel da un significado totalmente diferente a la adoración a los animales si está tratando a los indios o a los egipcios. ¿Por qué? ¿Los indios deificaron a los animales en forma diferente a la de los egipcios? No, se trata simplemente de que el “espíritu” del pueblo egipcio es una transición al espíritu del pueblo griego y ocupa, por tanto, un lugar relativamente superior en su clasificación. Por esta razón, Hegel se rehúsa a acusar a los egipcios por las mismas debilidades por las que acusó al espíritu del pueblo indio, al que sitúa en una etapa inferior. De igual modo, Hegel adopta una actitud diferente hacia las castas según sea que las encuentre en India o en Egipto. Las castas indias “surgen de las diferencias naturales” y, por ello, la personalidad es menos apreciada en India que en China, donde existe la nada envidiable igualdad de todos ante el déspota. Con respecto a las castas egipcias nos dice que “no se establecieron rígidamente, sino que luchan y están en contacto entre ellas; a menudo encontramos casos de división y de rebelión” (Hegel, 2001: 234).

Pero, según lo que el mismo Hegel dice de las castas en India, es obvio que allí tampoco había una ausencia total de lucha y contacto entre ellas. En este asunto, así como en el de la adoración a los animales, Hegel está obligado -en aras de una construcción lógica arbitraria- a atribuir un significado totalmente diferente a fenómenos análogos de la vida social. Pero esto no es todo. El talón de Aquiles del idealismo se nos revela particularmente allí donde Hegel está obligado a considerar el traslado del vórtice del movimiento histórico de un pueblo a otro o un cambio en la condición interna de un pueblo particular. En tales casos surge naturalmente la pregunta de cuáles son las causas de esos traslados y cambios, y Hegel, siendo idealista, busca la respuesta en las cualidades de ese mismo espíritu, en cuya encarnación consiste -en su opinión- la Historia. Por ejemplo, se pregunta por qué sucumbió la antigua Persia, mientras que China e India aún existen. Su respuesta va precedida del siguiente comentario:

“Primero que todo, debemos desterrar de nuestra mente el prejuicio en favor de la duración, como si tuviera preeminencia sobre la transitoriedad: las montañas imperecederas no son superiores a la rosa efímera” (Hegel, 2001: 242).

Este comentario preliminar no es, por supuesto, la respuesta. Luego vienen las siguientes consideraciones:

“En Persia comienza el principio del espíritu libre en contraste con el encarcelamiento en la naturaleza; la mera existencia natural deja entonces de florecer y se marchita. El principio de separación de la naturaleza se descubrió en el Imperio persa, y por ello ocupa un lugar superior a los mundos inmersos en lo natural. Con ello se proclamó la necesidad de avanzar. El espíritu reveló su existencia, y debe completar su desarrollo. Al chino sólo se le guarda reverencia cuando muere. El indio se mata a sí mismo -y es absorbido en Brahma- y experimenta la muerte en vida en el estado de plena inconsciencia, o es un dios presente en virtud de su nacimiento. Aquí no tenemos ningún cambio, no es admisible ningún avance, porque el progreso sólo es posible a través del reconocimiento de la independencia del espíritu. Con la Luz de los persas comienza la visión espiritual de las cosas, y el espíritu dice adiós a la naturaleza. Es aquí entonces (sic), donde descubrimos primero (...) que el mundo objetivo queda libre, que los pueblos no son esclavizados, sino que quedan en posesión de su riqueza, su constitución política y su religión. Y, de hecho, este fue el aspecto en el que Persia mostró su debilidad en comparación con Grecia” (Hegel, 2001).

En esta larga disquisición, solamente las últimas líneas -relacionadas con la organización interna del Imperio persa como causa de la debilidad que se manifestó en sus choques con Grecia- se pueden considerar como un intento de explicar el hecho histórico de la caída de Persia.

Pero este intento de explicación tiene poco en común con la explicación idealista de la historia que Hegel defendió: la debilidad de la organización interna de Persia tiene una conexión muy dudosa con la “luz de los persas”. Pero donde Hegel se mantiene fiel al idealismo, lo máximo que puede hacer es encubrir en un ropaje idealista un hecho que requiere explicación. Su idealismo fracasa invariablemente de la misma manera. Tomemos como ejemplo la decadencia interna de Grecia. Según Hegel, el mundo griego era un mundo de belleza y “de espléndida ética moral”. Los griegos eran personas excelentes, profundamente consagradas a su país y capaces de toda clase de auto-sacrificios. Pero lograron grandes hazañas “sin reflexión”.

Para los griegos, su nación era una necesidad sin la cual no podían vivir. Sólo después de que los sofistas introdujeron principios, apareció la reflexión subjetiva, la autoconsciencia moral, la enseñanza de que cada cual debe actuar de acuerdo con sus convicciones. Fue entonces cuando comenzó el declive interno de la “espléndida ética moral” de los griegos mencionada anteriormente; la “autoliberación del mundo interior” llevó a la decadencia de Grecia. Uno de

los aspectos de este mundo interior era el pensamiento. En consecuencia, aquí encontramos el interesante fenómeno histórico de que las fuerzas del pensamiento actúan como “principios de decadencia”. Esta visión merece atención aunque sólo sea porque es mucho más profunda que la visión lineal de los pensadores de la Ilustración, para quienes el éxito del pensamiento en cualquier pueblo debe llevar directa e inevitablemente al “progreso”. No obstante, aún queda abierta la pregunta ¿de dónde proviene esta “autoliberación del mundo interior”? La filosofía idealista de Hegel responde que “el espíritu sólo se podía mantener durante corto tiempo en el plano de la espléndida ética moral”. Pero, por supuesto, de nuevo, esto no es una respuesta sino una simple traducción de la pregunta al lenguaje filosófico del idealismo hegeliano. Hegel mismo parece advertirlo y se apresura a añadir que el “principio de la corrupción se manifestó, primero, en el desarrollo político externo, en las contiendas entre los Estados griegos y en la lucha de facciones dentro de las mismas ciudades” (Hegel, 2001: 284). Aquí ya nos encontramos en el terreno histórico concreto. La lucha de “facciones” dentro de las ciudades, en palabras del mismo Hegel, fue el resultado del desarrollo económico de Grecia, en otras palabras, la lucha entre los partidos políticos no era más que la expresión de las contradicciones económicas que surgieron en las ciudades griegas. Pero, si recordamos que la guerra del Peloponeso -como se ve en Tucídides- no era más que la lucha de clases que se extendió a toda Grecia, concluiremos fácilmente que las causas del declive de Grecia se deben buscar en su historia económica. Así, Hegel abrió el camino de la concepción materialista de la historia, aunque para él la lucha de clases en Grecia sólo es una manifestación del “principio de la decadencia”. Para usar su terminología, el materialismo es la verdad del idealismo.

Constantemente encontramos sorpresas semejantes en la filosofía hegeliana de la historia. Como si el más grande de los idealistas se hubiera impuesto la tarea de despejar el camino para el materialismo. Cuando habla de las ciudades medievales, paga tributo al idealismo; pero analiza su historia, por una parte, como la lucha de los burgos contra el clero y la nobleza y, por otra parte, como una lucha entre diferentes capas de ciudadanos: “los ciudadanos ricos y el pueblo común”. Cuando habla de la Reforma, de nuevo primero nos revela los secretos del “espíritu universal” y, luego, hace el siguiente comentario -totalmente sorprendente en los labios de un idealista- sobre la difusión del protestantismo:

“En Austria, en Baviera y en Bohemia, la Reforma ya había hecho grandes progresos y, aunque se dice que cuando la Verdad una vez que ha penetrado en el alma de los hombres no puede ser desarraigada de nuevo, lo cierto es que aquí fue reprimida por la fuerza de las armas, por la astucia o por la persuasión. Las naciones eslavas eran agricultoras. Esta condición de vida trae consigo la relación entre señor y siervo. En la agricultura predomina la agencia de la naturaleza; la industria humana y la actividad subjetiva son sumamente escasas en este tipo de labor. Por ello, los eslavos no lograron con tanta rapidez o facilidad el sentimiento fundamental de la individualidad pura, la conciencia de la universalidad (...) y no pudieron compartir los beneficios del nacimiento de la libertad” (Hegel, 2001: 439).

Con estas palabras, Hegel dice categóricamente que la explicación de las ideas religiosas, y de todos los movimientos de emancipación que surgen en un pueblo particular, se debe buscar en la actividad económica de ese pueblo. Pero eso no es aún suficiente. El Estado que, según la explicación idealista hegeliana, es “la realización de la idea moral, el espíritu moral en cuanto voluntad patente, claro y sustancial por sí mismo, que se piensa y se conoce a sí mismo y que se realiza a sí mismo en la medida en que se piensa y se conoce a sí mismo”, en Hegel no es más que el producto del desarrollo económico.

“Un verdadero Estado y un verdadero gobierno -dice Hegel- sólo aparecen después de que ha surgido una distinción entre clases, cuando la riqueza y la pobreza se vuelven extremas, y cuando la situación se manifiesta en el hecho de que una gran parte de la población ya no puede satisfacer sus necesidades de la manera como estaba acostumbrada a satisfacerlas” (Hegel, 2001: 103).

Exactamente, de la misma manera, Hegel considera que la aparición histórica del matrimonio está ligada estrechamente a la historia económica de la humanidad:

“El comienzo y el principio fundamental del Estado se remontan a la introducción de la agricultura junto al establecimiento del matrimonio, porque ese principio lleva al laboreo de la tierra y, por consiguiente, a la propiedad privada exclusiva (...), y porque conduce la vida errante del salvaje que busca su subsistencia en el nomadismo a la calma del derecho privado y a la segura satisfacción de las necesidades, a la cual está ligada la limitación del amor sexual en el matrimonio y, por lo tanto, la extensión de este vínculo a una unión duradera y en sí universal, con la obligación de cuidar a la familia y las posesiones familiares” (Hegel, 2006: 203).

Podríamos citar muchos ejemplos similares. Pero, como el espacio no lo permite, nos limitaremos a señalar la importancia que Hegel atribuyó a las “bases geográficas de la historia universal”. Mucho se ha escrito antes y después de Hegel sobre la importancia del medio geográfico en el desarrollo histórico de la humanidad. Pero, después de él, así como antes de él, los investigadores suelen cometer el error de considerar únicamente la influencia psicológica o la influencia fisiológica del medio natural, olvidando por completo su influencia en la situación de las fuerzas productivas sociales y, a través de ellas, sobre todas las relaciones sociales y sus superestructuras ideológicas<sup>1</sup>. Hegel evitó este grave error -si no en sus detalles, al menos en el planteamiento general del problema. En su opinión, existen tres variedades típicas de ambiente geográfico: las tierras áridas altas con sus grandes estepas y llanuras; las tierras bajas surcadas por grandes ríos y las zonas costeras que tienen comunicación directa con el mar.

En las primeras predomina la ganadería; en las segundas, la agricultura; en las últimas, el comercio y la artesanía. Las relaciones sociales entre sus habitantes asumen diversas formas de acuerdo con estas diferencias básicas. Los habitantes de las altiplanicies -por ejemplo, los mongoles- llevan una vida nómada patriarcal y no tienen historia en el verdadero sentido de la palabra. Sólo de vez en cuando, reunidos en gran número, descienden como una tormenta a las tierras civilizadas, dejando devastación y destrucción en su camino. La vida civilizada comienza en los valles, que deben su fertilidad a los ríos.

Pero los pueblos agrícolas que viven en las tierras bajas se distinguen por la inercia, la inmovilidad y el aislamiento; son incapaces de utilizar en sus relaciones mutuas todos los medios que la naturaleza les proporciona. Este defecto no existe en los pueblos que habitan las zonas costeras. El mar no separa a las personas, las une. Por ello, es precisamente en las regiones costeras donde la civilización y, junto con ella, la conciencia humana, alcanza su mayor desarrollo. No es necesario ir muy lejos para encontrar ejemplos. Basta mencionar a la antigua Grecia.

Quizás el lector conozca el libro de L. Mechnikov, *La civilización y los grandes ríos históricos*, que apareció en 1889. Es innegable que el autor tiene inclinaciones idealistas, pero en general adopta un punto

1. En su *Espíritu de las leyes*, Montesquieu menciona a menudo la influencia de la naturaleza sobre la psicología humana. Intenta explicar muchos fenómenos históricos por medio de dicha influencia.

de vista materialista. ¿Y cuál es el resultado? Esta concepción materialista de la importancia histórica del ambiente geográfico coincide casi por completo con la del idealista Hegel, aunque Mechnikov probablemente quedaría muy sorprendido al mencionarle esta similitud.

Hegel también explica, en parte, la aparición de la desigualdad en sociedades más o menos primitivas por la influencia del ambiente geográfico. Así muestra que, en la región ática antes de la época de Solón, la diferencia entre estados (en Hegel el término “estados” designa a las capas de la población más o menos acomodadas: los habitantes de las llanuras, los de las montañas y los de las costas) se basaba en las diferencias entre localidades. Y, sin duda, la diferencia entre localidades y las ocupaciones relacionadas con ellas debe haber ejercido una gran influencia en el desarrollo económico de las sociedades primitivas. Desafortunadamente, los investigadores contemporáneos no siempre toman en cuenta este aspecto de la cuestión.

Hegel se ocupó poco de la economía política pero, aquí también, como en muchos otros campos, su genio le ayudó a captar el aspecto más característico y esencial de los fenómenos. Hegel entendió más claramente que todos los economistas de su tiempo, sin exceptuar a David Ricardo, que en una sociedad basada en la propiedad privada, el crecimiento de la riqueza en una parte va acompañado inevitablemente del crecimiento de la pobreza en otra parte. Así lo dice expresamente en su *Filosofía del Derecho* (§ 245). Para usar sus palabras, esta dialéctica -es decir, un descenso del nivel de vida de la mayoría de la población como resultado del cual ya no puede satisfacer adecuadamente sus necesidades, y que concentra la riqueza en pocas manos- debe llevar necesariamente a una situación en la que la sociedad civil no es suficientemente rica, a pesar del exceso de riqueza; es decir, que no posee los medios suficientes para evitar el exceso de pobreza y la formación de la plebe (*des Pöbels*).

El resultado es que la sociedad civil se ve forzada a salir de sus propias fronteras y a buscar nuevos mercados, a recurrir al comercio internacional y a la colonización<sup>2</sup>. De todos los contemporáneos de Hegel, Fourier fue el único que se distinguió por una claridad similar en el punto de vista y una buena comprensión de la dialéctica de las relaciones económicas burguesas.

El lector quizás haya advertido que, para Hegel, el proletariado no es más que la *Pöbel*, incapaz de aprovechar las ventajas espirituales

2. Aquí Hegel tiene en mente principalmente a Inglaterra.



de la sociedad civil. Hegel no sospechó que el proletariado moderno difería notablemente del proletariado del mundo antiguo, por ejemplo, del proletariado romano. No sabía que, en la sociedad moderna, la opresión de la clase obrera despierta inevitablemente la oposición de esta clase, y que el proletariado está destinado a sobrepasar a la burguesía en desarrollo intelectual. Por supuesto, tampoco lo sabían los socialistas utópicos, para quienes el proletariado no era más que *Pöbel*, merecedor de todo tipo de simpatía y ayuda, pero incapaz de cualquier iniciativa. Solamente el socialismo científico fue capaz de entender el gran significado histórico del proletariado moderno.

Resumamos lo que hemos dicho hasta ahora. Como idealista, Hegel sólo podía ver la historia desde el punto de vista idealista. Empleó todas las facultades de su genio, los gigantescos recursos de su dialéctica, para dar al menos un aspecto científico a la concepción idealista de la historia. Su esfuerzo resultó en vano. El mismo parecía insatisfecho con los resultados que alcanzó y, a menudo, se sintió obligado a bajar de las nebulosas alturas del idealismo al terreno concreto de las relaciones económicas. Cada vez que volvía a la economía, ésta lo sacaba de las profundidades adonde lo llevaba su idealismo. El desarrollo económico resultaba ser la premisa que determina el curso total de la historia.

Esto determinó el desarrollo ulterior de la ciencia. La transición al materialismo, que ocurrió después de la muerte de Hegel, no podía ser el simple retorno al materialismo ingenuo y metafísico del siglo XVIII. En el campo que aquí nos interesa, es decir, en la explicación de la historia, el materialismo primero tuvo que girar hacia la economía. Actuar de otra manera hubiera significado no avanzar, sino retroceder, con respecto a la filosofía hegeliana de la historia.

La concepción materialista de la naturaleza no es todavía la concepción materialista de la historia. Los materialistas del siglo XVIII veían la historia con ojos de idealistas y, además, de idealistas muy ingenuos. En la medida en que se ocupaban de la historia de las sociedades humanas, intentaban explicarla por la historia del pensamiento. Para ellos, la famosa proposición de Anaxágoras, “la razón (nous) gobierna el mundo”, se reducía a la proposición “el juicio humano rige la historia”. Atribuían las tristes páginas de la historia humana a errores de juicio. Si la población de un país dado soporta pacientemente el yugo del despotismo, esto se debe únicamente a que aún no ha entendido las ventajas de la libertad. Si es supersticiosa, se debe a que es engañada por los sacerdotes,

que inventaron la religión para su propio beneficio. Si la humanidad sufre guerras es porque aún no ha sido capaz de entender que son perjudiciales. Y así sucesivamente. El notable pensador Giambattista Vico dijo a comienzos de ese siglo: “El progreso de las ideas depende del progreso de las cosas”. Los materialistas pensaban lo contrario; en la sociedad, el progreso de las cosas está determinado por el progreso de las ideas, y este último está determinado, por decirlo así, por las reglas de la lógica formal y la acumulación de conocimientos.

El idealismo absoluto de Hegel estaba muy alejado del idealismo ingenuo de los pensadores de la Ilustración. Cuando Hegel repetía con Anaxágoras que “la razón gobierna el mundo”, en sus labios esto no significaba que el pensamiento humano gobierne el mundo. La naturaleza es un sistema de razón, pero esto no significa que la naturaleza esté dotada de conciencia:

“El movimiento del sistema solar se efectúa de acuerdo con leyes inmutables. Estas leyes son la razón de ese movimiento. Pero ni el sol ni los planetas, que giran en torno al sol conforme a estas leyes, tienen conciencia de ellas” (Hegel, 2001: 25).

El hombre está dotado de conciencia, fija propósitos definidos a sus acciones. Pero de esto no se deduce que la historia siga el camino que la gente desea. En el resultado de toda acción humana siempre hay algo imprevisto y es precisamente este aspecto imprevisto el que con frecuencia, o más correctamente casi siempre, constituye el logro más esencial de la historia, y este aspecto es el que lleva a la realización del espíritu universal.

“En la historia, las acciones humanas suelen producir un resultado adicional que está más allá de lo que se proponen o desean” (Hegel, 2001: 42); persiguen sus propios intereses pero, como resultado de ello, surge algo nuevo, algo que estaba contenido en sus acciones pero no en su conciencia ni en sus intenciones. Los Estados, los pueblos y los individuos persiguen sus intereses privados, sus fines particulares.

Desde este punto de vista, es innegable que son agentes conscientes y pensantes. Pero, aunque persigan conscientemente sus fines privados (que, en general, también son permeados por claras aspiraciones universales hacia lo que es bueno y correcto), realizan inconscientemente los fines del espíritu universal.

César deseaba la autocracia en Roma. Este era su propósito personal. Pero en esa época la autocracia era una necesidad histórica; de ahí

que, al lograr su objetivo personal, César sirvió al espíritu universal. En este sentido podemos decir que los personajes históricos, así como todos los pueblos, son los instrumentos ciegos del espíritu. Este los obliga a trabajar en su nombre presentándose ante ellos como un cebo en forma de fines privados, y urgiéndolos a seguir adelante con el acicate de la pasión, sin la cual nada grandioso se ha hecho jamás en la historia.

Con respecto a las personas, aquí no hay ningún misticismo de lo “inconsciente”. La actividad de las personas se refleja en su mente, pero este reflejo mental no es lo que determina el movimiento histórico. El progreso de las cosas no está determinado por el progreso de las ideas sino por algo externo e independiente de la voluntad humana y oculto a la conciencia humana.

El accidente de la arbitrariedad y la prudencia humanas dan lugar a la conformidad con la ley y, en consecuencia, a la necesidad. En esto reside la indiscutible superioridad del “idealismo absoluto” frente al idealismo ingenuo de los pensadores de la Ilustración. El idealismo de Hegel es al idealismo de la Ilustración como el monoteísmo es al fetichismo y a la magia. La magia no deja espacio para que la naturaleza se conforme a leyes: supone que “el progreso de las cosas” puede ser interrumpido en cualquier momento por la intervención del mago. El monoteísmo atribuye a Dios la creación de las leyes de la naturaleza, pero reconoce (al menos en la etapa superior de su desarrollo, cuando deja de conciliarse con los milagros) que el progreso de las cosas está determinado por estas leyes establecidas de una vez y para siempre. Por ello da un amplio espacio a la ciencia. Exactamente de la misma manera, el idealismo absoluto, que busca la explicación del movimiento histórico en algo independiente de la arbitrariedad humana, asigna a la ciencia la tarea de explicar los fenómenos históricos conforme a leyes, y el cumplimiento de esta tarea se realiza sin necesidad de la hipótesis del espíritu, que demostró ser totalmente inútil para dar esa explicación.

Si la concepción de los materialistas franceses del siglo pasado sobre el progreso de la historia se reduce a la proposición de que el juicio humano rige la historia, sus expectativas sobre el futuro se podrían expresar así: de aquí en adelante todo será organizado y puesto en orden por la razón ilustrada, por la filosofía. Es notable que Hegel, el idealista absoluto, asignara un papel mucho más modesto a la filosofía.

Para hablar una vez más sobre el precepto de cómo debe ser el mundo -leemos en el prefacio de su *Filosofía del Derecho*- la filosofía siempre llega demasiado tarde. Como pensamiento del mundo, la filosofía surge por primera vez cuando la realidad ya ha culminado su proceso de formación y ha madurado plenamente (...). Cuando la filosofía pinta sus matices, esa forma de vida ya ha envejecido. Y, aunque la filosofía puede conocerla, no puede rejuvenecerla. La lechuza de Minerva sólo inicia su vuelo cuando ha caído el crepúsculo (penúltimo párrafo del prefacio).

No hay duda de que Hegel fue aquí demasiado lejos. Aunque totalmente de acuerdo en que la “filosofía” no puede rejuvenecer a un orden social decrepito y obsoleto, cabría preguntarle: ¿qué impide que nos muestre, por supuesto sólo en líneas generales, el carácter del nuevo orden social que remplazará al viejo? La “filosofía” estudia los fenómenos en el proceso de su devenir. Pero este proceso tiene dos aspectos: la aparición y la desaparición. Estos dos aspectos se pueden considerar separados en el tiempo. Pero en la naturaleza y, especialmente, en la historia, el proceso del devenir es, en cada período particular, un proceso dual: lo viejo se destruye y, al mismo tiempo, lo nuevo surge de sus ruinas.

¿Este proceso de aparición de lo nuevo debe seguir siendo un misterio para la “filosofía”? La “filosofía” intenta conocer lo que es, y no lo que alguien opina que debería ser. Pero, ¿qué es en cada momento particular? Justamente la obsolescencia de lo viejo y el nacimiento de lo nuevo. Si la filosofía sólo conoce lo viejo obsoleto, ese conocimiento es unilateral, y la filosofía es incapaz de cumplir su tarea de conocer lo que es. Pero, esto contradice la convicción de Hegel sobre la omnipotencia de la razón cognoscente.

Esos extremos son ajenos al materialismo moderno. Con base en lo que es y lo que se está volviendo obsoleto, puede juzgar lo que está llegando a ser. Pero no debemos olvidar que nuestra concepción de lo que está llegando a ser difiere esencialmente de la concepción de lo que debería ser (*seinsollenden*) contra la que Hegel dirigió el comentario sobre la lechuza de Minerva. Para nosotros, lo que está llegando a ser es el resultado necesario de lo que se está volviendo obsoleto. Si sabemos que tal cosa, y no otra, está llegando a ser, este conocimiento se lo debemos al proceso objetivo del desarrollo social, que nos prepara para saber lo que está por llegar a ser. No oponemos nuestro pensamiento al ser que nos rodea.

Pero aquellos a quienes Hegel criticó no veían las cosas de esa

manera. Ellos imaginaban que el pensamiento podía modificar a su gusto el curso natural del desarrollo del ser. Por ello no juzgaron necesario estudiar su curso o tomarlo en consideración. Su idea de lo que debería ser no se basaba en el estudio de la realidad que los rodeaba, sino en su razonamiento acerca del sistema social justo y normal que tenían en un momento particular. Ese razonamiento era incitado por la realidad que los rodeaba (principalmente por su aspecto negativo). Confiar en ese razonamiento significaba estar guiado por las direcciones de esa misma realidad, pero aceptándolas indiscriminadamente, sin intentar verificarlas mediante el estudio de la realidad que las incitaba. Era como tratar de conocer un objeto, no mirándolo directamente, sino viendo su reflejo en un espejo convexo. Los errores y las desilusiones eran inevitables. Y cuanto más olvidaban que el origen de sus ideas de lo que “debería ser” era la realidad que los rodeaba, más creían que, armados con esas ideas, podían tratar la realidad como se les ocurriera; y mayor se volvía la distancia entre aquello a lo que aspiraban y lo que lograban. ¡Cuán alejada está la sociedad burguesa moderna del reino de la razón con el que soñaron los pensadores de la Ilustración! Los hombres no se podían liberar del funcionamiento de sus leyes ignorando la realidad; sólo se privaban de la posibilidad de prever el funcionamiento de esas leyes y de usarlas para sus propios fines. Precisamente por ello sus fines eran inalcanzables. Adoptar el punto de vista de los pensadores de la Ilustración significaba no ir más allá de la oposición abstracta entre libertad y necesidad.

A primera vista, parece que si la necesidad predomina en la historia no hay en ella ningún lugar para la libre actividad humana. La filosofía idealista alemana corrigió este enorme error. Schelling ya había señalado que en la visión correcta la libertad es necesidad y la necesidad es libertad<sup>3</sup>. Hegel finalmente resolvió la antinomia entre libertad

3. Schelling señala que la libertad es inconcebible por fuera de la necesidad: “si ningún sacrificio es posible sin la convicción de que la especie humana nunca puede dejar de progresar, ¿cómo es posible esta convicción si está basada única y exclusivamente en la libertad? Debe haber algo superior a la libertad humana, a partir de lo cual se pueda calcular la acción y el comportamiento, sin lo cual el hombre nunca se atrevería a emprender un proyecto de grandes consecuencias, puesto que incluso su más perfecta ejecución puede ser perturbada por la intervención de la libertad ajena, que con su propia acción puede dar lugar a algo bastante diferente de lo que se pretendía. Incluso el deber nunca puede permitirme estar a gusto con los resultados inmediatos de mi acción. Es cierto que, aunque mis acciones dependen de mí, es decir, de mi libertad, los resultados de mis acciones o lo que se desarrolle a partir de ellas no sólo depende de mi libertad, sino de algo bastante diferente y superior” (Schelling, 1858: 595).

y necesidad. El demostró que sólo somos libres en la medida en que conozcamos las leyes de la naturaleza y del desarrollo socio-histórico, y sólo en la medida en que, subordinándonos a ellas, nos basamos en ellas. Este fue un gran avance en el campo de la filosofía así como en el de las ciencias sociales. No obstante, sólo fue explotado plenamente por el materialismo dialéctico moderno.

La explicación materialista de la historia presupone el método dialéctico de pensamiento. La dialéctica era conocida antes de Hegel, pero Hegel tuvo éxito usándola como jamás la usó ninguno de sus predecesores. En manos de este idealista genial se convierte en un arma poderosa para conocer todo lo que existe.

“La dialéctica -dice Hegel- es (...) el alma del progreso científico y es el principio por el cual solamente la conexión inmanente y la necesidad entran en el contenido de la ciencia (...), el rechazo a las definiciones racionales abstractas aparece a nuestra conciencia ordinaria como un ejercicio de simple prudencia conforme a la regla: vive y deja vivir, por la cual todo parece igualmente bueno. Pero la esencia del asunto es que lo que es definitivo no sólo está limitado desde el exterior, sino que está condenado a ser destruido y convertirse en su opuesto en virtud de su naturaleza intrínseca” (Hegel, 1999: 81 y ss.).

En la medida en que Hegel se mantiene fiel a su método dialéctico, es un pensador sumamente progresista. “Decimos que todas las cosas (es decir, todo lo que es finito como tal) deben ser sometidas al juicio de la dialéctica y, por ese mismo hecho, la definimos como una fuerza universal e invencible, que debe destruir todas las cosas, sin importar cuán duraderas puedan parecer”. Por tanto, Hegel está totalmente en lo cierto cuando dice que es de suma importancia asimilar y entender claramente la dialéctica. El método dialéctico es el arma científica más poderosa con la que el idealismo alemán haya llegado a su sucesor, el materialismo moderno.

Sin embargo, el materialismo no podía usar la dialéctica en su forma idealista. Antes tenía que liberarla de sus ropajes místicos.

El más grande de todos los materialistas, un hombre que no era de ningún modo inferior a Hegel en genio intelectual y que fue el verdadero sucesor de este gran filósofo, Karl Marx, dice correctamente que su método es totalmente contrario al de Hegel:

“Para Hegel, el proceso del pensamiento, al que él convierte, con el nombre de Idea, en sujeto con vida propia, es el demiurgo del mundo

real, y el mundo real es solamente la forma externa y fenoménica de “la Idea”. Para mí, por el contrario, lo ideal no es más que el mundo material reflejado por la mente humana y traducido a formas de pensamiento” (Marx, s. f., postfácio a la segunda edición: 25).

Gracias a Marx, la filosofía materialista se convirtió en una concepción integral del mundo, armoniosa y coherente. Ya señalamos que los materialistas del siglo pasado siguieron siendo idealistas ingenuos en el campo de la historia. Marx expulsó al idealismo de su último refugio. Igual que Hegel, concibió la historia humana como un proceso conforme a leyes e independiente de la arbitrariedad humana. Igual que Hegel, consideró todos los fenómenos en su proceso de aparición y desaparición. Igual que Hegel, no quedó satisfecho con la estéril explicación metafísica de los acontecimientos históricos. Y, por último, igual que Hegel, se empeñó en encontrar la fuente universal de todas las fuerzas que actúan e interactúan en la vida social. Pero no encontró esta fuente en el espíritu absoluto sino en el desarrollo económico, al cual, como hemos visto, el mismo Hegel se veía obligado a recurrir cuando el idealismo, incluso en sus fuertes y hábiles manos, era un instrumento impotente e inútil. Pero lo que en Hegel es accidental, una conjetura más o menos ingeniosa, en Marx se convirtió en un análisis científico riguroso.

El materialismo dialéctico moderno aclaró, incomparablemente mejor que el idealismo, la verdad de que el pueblo hace la historia inconscientemente: desde este punto de vista, el curso de la historia está determinado, a final de cuentas, no por la voluntad humana sino por el desarrollo de las fuerzas productivas materiales. El materialismo también sabe exactamente cuándo empieza a volar “el buho de Minerva”, pero no ve nada misterioso en el vuelo de esta ave, como tampoco en muchas otras cosas. Ha logrado aplicar a la historia la relación entre libertad y necesidad que descubrió el idealismo. El pueblo hizo y tenía que hacer su historia inconscientemente porque las fuerzas motrices del desarrollo histórico funcionaban a sus espaldas, independientemente de su conciencia. Una vez se hayan descubierto estas fuerzas, una vez se hayan estudiado las leyes a través de las cuales actúan, el pueblo será capaz de tomarlas en sus propias manos y someterlas a su propia razón.

El servicio que prestó Marx consiste en haber descubierto esas leyes y estudiar su funcionamiento en forma científica y rigurosa. El materialismo dialéctico moderno que, en opinión de los filisteos, debe

convertir al hombre en un autómatas, en realidad abre por primera vez en la historia el camino al reino de la libertad y la actividad conciente. Pero sólo es posible entrar en este reino modificando radicalmente la actividad social existente. Los filisteos lo entienden o por lo menos lo presienten. Por ello, la interpretación materialista de la historia es motivo de vejación y de angustia. Y por esa razón, ningún filisteo puede o está dispuesto a entender o asimilar plenamente la teoría marxista. Hegel consideró al proletariado como una muchedumbre. Para Marx y para los marxistas, el proletariado es una fuerza majestuosa, el portador del futuro. Solamente el proletariado (dejando de lado las excepciones) puede asimilar las enseñanzas de Marx, y hoy vemos que se familiariza cada vez más con su contenido.

Los filisteos de todos los países proclaman ruidosamente que en los escritos marxistas no hay una sola obra importante, aparte de *El capital*. Esto no es cierto. Y aunque lo fuese, no probaría nada. ¿Se puede hablar de estancamiento del pensamiento en una época en que este pensamiento atrae cada día grandes masas de seguidores, en la que abre nuevas y amplias perspectivas para toda una clase social?

Hegel habla con entusiasmo del pueblo ateniense ante el cual se representaban las tragedias de Esquilo y de Sófocles, al que Pericles dirigía sus discursos y del cual “surgieron personalidades que se convirtieron en modelos clásicos para todas las épocas”. Entendemos el entusiasmo de Hegel. Pero debemos señalar que los atenienses eran un pueblo de propietarios de esclavos. Pericles no se dirigía a los esclavos, y ellos no eran los destinatarios de las grandes obras de arte. En nuestra época, la ciencia se dirige al pueblo trabajador y tenemos todo el derecho a ver con entusiasmo a la clase obrera moderna, a la cual se dirigen los pensadores más profundos y ante la cual se presentan los oradores más talentosos. Sólo en nuestra época se ha logrado una unión estrecha e indisoluble entre la ciencia y el pueblo trabajador; una unión que sentará los fundamentos de una época grandiosa y fructífera de la historia universal.

A veces se dice que el punto de vista de la dialéctica es idéntico al de la evolución. No hay duda de que estos dos métodos tienen puntos de contacto. Pero entre ellos hay una profunda e importante diferencia que, se debe reconocer, está lejos de favorecer a la doctrina de la evolución. Los evolucionistas modernos añaden a sus enseñanzas una gran dosis de conservadurismo. Les gustaría demostrar que no hay saltos en la naturaleza ni en la historia. La dialéctica, por su parte,



sabe muy bien que, en la naturaleza, como también en el pensamiento humano y en la historia, los saltos son inevitables. Sin embargo, esto no ignora el hecho innegable de que, a lo largo de todas las fases de cambio, funciona el mismo proceso ininterrumpido. La dialéctica simplemente intenta aclarar la serie de condiciones en las que el cambio gradual debe llevar necesariamente a un salto<sup>4</sup>.

Desde el punto de vista de Hegel, las utopías tienen una importancia sintomática en la historia: ponen al desnudo las contradicciones propias de la época en cuestión. El materialismo dialéctico las interpreta de la misma manera. El desarrollo actual del movimiento obrero no está condicionado por los planes utópicos de algunos reformadores, sino por las leyes de la producción y el intercambio. Y por ello, a diferencia de lo que ocurría en los siglos anteriores, los utópicos no son los reformadores sino todos los personajes públicos que quieren detener la rueda de la historia. Y el rasgo más característico de nuestra época es que quienes recurren a utopías no son los reformadores sino sus oponentes. Los defensores utópicos de la desagradable realidad actual desean convencerse a sí mismos, y a los demás, de que esta realidad, en sí y por sí misma, está llena de perfecciones y que, por tanto, sólo se necesita eliminar algunos abusos que se han acumulado. A este respecto no podemos dejar de recordar lo que Hegel dijo con respecto a la Reforma.

“La Reforma fue el resultado de la corrupción de la Iglesia. Esta corrupción no fue un fenómeno accidental, ni un mero abuso del poder y el dominio. Con frecuencia se presenta, un estado de cosas corrupto como un ‘abuso’; se da por sentado que el fundamento es bueno -que el sistema o la institución son perfectos-, pero que la pasión, el interés subjetivo, en

4. Hegel demostró con sorprendente claridad cuán absurdo es explicar los fenómenos únicamente desde el punto de vista del cambio gradual: “Como base de la gradualidad del nacimiento se halla la representación de que lo que nace, está presente ya en forma sensible o en general en forma real, y que sólo debido a su pequeñez no es todavía perceptible; de igual modo, en la gradualidad del desaparecer [se halla la representación de] que el no ser o lo otro que se introduce en su lugar, están igualmente presentes aunque no sean todavía observables -y [están] presentes sin duda no en el sentido de que lo otro esté contenido en sí en lo otro presente, sino que está presente él como existencia, aunque no es observable. Con esto se elimina el nacer y el perecer en general; o sea, lo en sí, lo interior en que algo está antes de su existencia, se cambia en una pequeñez de la existencia exterior, y la diferencia esencial, o diferencia de concepto, se cambia en una diferencia exterior, de pura magnitud. El hacer comprensible un nacer o perecer por medio de la gradualidad de la variación, tiene en sí el aburrimiento propio de la tautología; tiene ya listo previamente todo lo que nace o perece, y convierte la transformación en una simple variación de una diferencia exterior; por ello, en efecto, [la explicación] es sólo una tautología” (Hegel, 1956: 323).

suma, la volición arbitraria de los hombres, hizo uso de lo que en sí mismo era bueno para lograr sus propios fines egoístas, y que lo único que hay que hacer es eliminar estos elementos adventicios. Desde este punto de vista, la institución en cuestión escapa a todo reproche y el mal que la desfigura parece algo ajeno a ella. Pero, cuando el abuso accidental de algo bueno ocurre realmente, se limita a ciertas particularidades. Una corrupción grande y general que afecta a un cuerpo de alcance tan extenso y general como la Iglesia es una cosa totalmente distinta” (Hegel, 2001: 431).

No es sorprendente que Hegel tenga tan poca simpatía entre aquellos a quienes les gusta apelar a las deficiencias “accidentales” cuando se trata de un asunto de cambio radical de la “cosa” en sí misma. Ellos se sienten aterrorizados por el espíritu audaz y radical que anima a la filosofía de Hegel.

Hubo una época en la que quienes se levantaban contra Hegel pertenecían, en uno u otro grado, al campo innovador. Lo que les chocaba de su doctrina era la actitud filisteo hacia la situación prusiana existente en ese entonces. Estos opositores de Hegel estaban muy equivocados: bajo la cáscara reaccionaria no veían la semilla innovadora de su sistema. Pero, fuese como fuere, su antipatía hacia el gran pensador provenía de motivos nobles, merecedores de todo respeto. Hoy Hegel es condenado por científicos que representan a la burguesía, y lo condenan porque entienden o al menos captan instintivamente el espíritu innovador de su filosofía. Por esa misma razón prefieren silenciar los méritos de Hegel; lo oponen a Kant, y cualquier profesor asistente cree estar llamado a exaltar el sistema del “pensador de Konigsber”. De buen grado damos el debido reconocimiento a Kant y no disputamos sus méritos. Pero nos parece muy sospechoso que la tendencia al criticismo de los científicos burgueses no esté inspirada por los aspectos sólidos, sino por los aspectos débiles del sistema de Kant. Lo que más atrae a los ideólogos burgueses es el dualismo característico de este sistema. Y el dualismo es especialmente conveniente en el ámbito de la “moral”. Con su ayuda se pueden construir los ideales más atractivos y se pueden emprender los viajes más audaces “a un mundo mejor”, sin preocuparse por la materialización de esos “ideales” en la realidad. ¿Qué podría ser mejor? En el ideal se puede abolir totalmente la existencia de clases o eliminar la explotación de una clase por otra, por ejemplo y al mismo tiempo, defender el Estado de clase en la realidad. Para Hegel, la afirmación trivial de que el ideal no se puede cumplir en la realidad era un terri-

ble insulto para la razón humana: “Todo lo que es racional es real, todo lo que es real es racional”. Esta proposición causa perplejidad a muchas personas, no sólo en Alemania sino también en el extranjero, especialmente en Rusia. La causa de esa perplejidad se encuentra en la incapacidad para entender claramente el significado que Hegel atribuye a las palabras “razón” y “realidad”. Incluso si estas palabras se usaran en su acepción usual, uno quedaría igualmente sorprendido por el contenido innovador de la primera parte de la proposición: “todo lo que es racional es real”. Aplicadas a la historia, estas palabras no pueden significar más que la convicción inquebrantable de que todo lo racional, lejos de permanecer “en el más allá”, debe convertirse en realidad. Sin esa alentadora convicción innovadora, el pensamiento perdería todo significado práctico. De acuerdo con Hegel, la historia es la manifestación y la realización en el tiempo del espíritu universal (es decir, de la razón). ¿Cómo explicar entonces, desde este punto de vista, la continua sustitución de las formas sociales? Esta sólo se puede explicar si se considera que en el proceso del desarrollo histórico “la razón se vuelve irracional y lo bueno, malo”. En opinión de Hegel, no deberíamos reverenciar la razón que se ha convertido en su opuesto, en irracionalidad.

Cuando César usurpó el poder del Estado violó la constitución romana. Esa violación fue evidentemente un crimen aborrecible. Aparentemente, los enemigos de César, tenían plena justificación para considerarse defensores del derecho, porque se mantenían dentro de la ley. Pero el derecho que defendían “era un derecho formal, desprovisto de espíritu vital y abandonado por los dioses”. La violación de este derecho sólo era entonces un crimen desde el punto de vista formal y, por tanto, nada es más fácil que justificar a Julio César, el violador de la constitución romana.

Hegel expresó la siguiente opinión sobre el destino de Sócrates, condenado como enemigo de la moral prevaleciente:

“Sócrates fue un héroe porque reconoció conscientemente y expresó el principio superior del espíritu. El derecho de este espíritu absoluto superior (...). En general, ésta es la posición que adoptan los héroes en la historia universal; es a través de ellos que surge el nuevo mundo. Este nuevo principio está en contradicción con el que existía hasta entonces, y parece destructivo; por ello, los héroes parecen ser hombres violentos que destruyen las leyes. Como individuos son condenados, pero el principio se preserva, aunque sea en otra persona, y socava lo existente” (Hegel, 2001: 85-96).

Estas palabras son suficientemente claras en sí mismas. Pero el asunto se hará aún más claro si consideramos que, de acuerdo con Hegel, en el escenario de la historia universal no sólo aparecen héroes, figuras individuales, sino también pueblos enteros, en la medida en que son portadores del nuevo principio histórico. En tales casos, el campo de actividad al cual se extiende el derecho de los pueblos es sumamente extenso.

Contra este derecho absoluto de ser el portavoz de una determinada fase del desarrollo del espíritu universal, los espíritus de los demás pueblos no tienen ningún derecho y son como aquéllos cuya época ya pasó; ya no cuentan en la historia universal (Hegel, 2006: 347).

Sabemos que, en la época actual, el portavoz del nuevo principio de la historia universal no es un pueblo particular sino una clase social específica. Pero seguiremos siendo fieles al espíritu de la filosofía de Hegel si decimos que todas las demás clases sociales entrarán en la historia universal únicamente en la medida en que sean capaces de apoyar a esta clase.

El avance irresistible hacia el gran objetivo histórico, un avance que nada puede detener: ése es el legado de la gran filosofía idealista alemana.

## Bibliografía

- Hegel, G. W. F. (2006): *La filosofía del derecho*. México D. F.: Unam.  
-- (2001): *Philosophy of History*. J. Sibree (trad.). Kitchener. Ontario: Batoche Books.  
-- (1999): *Enciclopedia de las ciencias filosóficas*. Madrid: Alianza editorial.  
-- (1974): *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*. Madrid: Alianza editorial.  
-- (1956): *Ciencia de la lógica*. Augusta y Rodolfo Mondolfo (trads.). Ediciones Solar.  
Marx, K. (1959): *Contribución a la crítica a la economía política*. 1ª ed. en alemán.  
-- (s. f.): *El capital*. vol. 1, 2ª ed. México D. F. Siglo XXI.  
Plejánov, G. (1961): *Selected Works of G. V. Plekhanov*, Volume I. Lawrence and Wishart, Stuttgart y Augsburgo (1858).  
Schelling, V: *Schelling's Werke*. III Band.

# Marx y la contradicción dialéctica

Diego Bruno

El concepto de contradicción es fundamental a la hora de comprender el pensamiento dialéctico. La filosofía hegeliana es una filosofía del devenir y hace de la contradicción la fuente de todo movimiento y de toda vida (Hegel, 1982: 72-73). Considera que la forma más adecuada de entender la realidad es estudiar el desarrollo de las contradicciones dialécticas que anidan en ella. Si bien Marx nunca dedicó trabajo alguno al análisis formal de categorías o conceptos filosóficos, son numerosas sus afirmaciones acerca de las contradicciones en el seno de la sociedad capitalista y acerca de la necesidad de despojar a la dialéctica hegeliana de su forma misticada para poder comprenderlas. Dado que la concepción dialéctica es fundamental al método de análisis científico de Marx, veamos entonces cómo se expresa su diferencia con Hegel en el tratamiento de las contradicciones que hacen ambos.

---

Diego Bruno es filósofo y profesor de la Universidad de Buenos Aires. Integrante del comité editorial de la revista *Hic Rodhus. Crisis capitalista, polémica y controversias* y del programa de investigación Ubacyt “Crisis capitalista mundial: objetos y sujetos en la ‘sociedad de la gran depresión’”.

## La negación de la negación

En su análisis de “la doctrina de la esencia”, en la *Ciencia de la Lógica*, Hegel señala que en el concepto de identidad *Todo es igual a sí mismo* de la lógica formal, expresado simbólicamente  $A=A$ , la identidad y la diferencia no son dos realidades extrañas, sino que la segunda ya se encuentra comprendida en la primera. Sólo en la enunciación de este axioma ya podemos ver que  $A$  no es una, sino, que es ella y otra. Los que afirman que la identidad y la diferencia son diferentes “no ven -dice Hegel- que ya de este modo dicen que la identidad es algo diferente; pues dicen que *la identidad es diferente* de la diferencia” (ídem: 39).

Por otro lado, la expresión  $A=A$  en que consiste el principio de identidad no expresa más que una “vacua tautología”, carente de contenido y que no lleva a avanzar un solo paso en el camino del conocimiento. Hegel clarifica este argumento con un ejemplo: “cuando a la pregunta ¿qué es una planta? se da la contestación: *una planta es una planta*, entonces la verdad de una tal proposición quedará admitida por toda la sociedad ante la cual se la pone a prueba y, al mismo tiempo, de manera igualmente unánime, se dirá que con eso no se ha dicho *nada*” (ídem: 41). El principio de identidad, al mantenerse firme en esta identidad inmóvil, que tiene su opuesto en la diversidad, “expresa sólo una determinación unilateral, y contiene sólo la verdad formal, es decir una verdad abstracta, incompleta”. Y sigue Hegel: “La verdad está completa sólo en la unidad de la identidad con la diferencia y, por consiguiente, consiste sólo en esta unidad” (ídem: 39).

Tenemos aquí, entonces, un movimiento que da lugar a la negación de la primera negación. La identidad para ser tal es el no-ser, la negación de la diferencia, y ésta, para ser tal, es la negación de la identidad. Bajo este mismo aspecto en donde cada uno, para afirmarse, recurre a su contrario, a su negación, se elimina la distinción entre los dos y se realiza la negación de la negación, la cual dará lugar a otra categoría que oficiará de síntesis de estas dos, en este caso la categoría de *igualdad* (ídem, 37-38). Se conforma así una unidad esencial de ambos contradictorios. Tanto la primera negación como la negación de la negación constituyen un proceso necesario, que ocurre con necesidad lógica. Hegel dirá, entonces, que todas las cosas están en contradicción en sí mismas y hará de este principio la base de su sistema filosófico, haciendo de la contradicción interna para cada categoría y la negación de la negación el motor del devenir de un todo sistémico y orgánico.

Si nos remontamos a los primeros escritos críticos de Marx a la filosofía del Estado de Hegel (1843), veremos que la crítica estará direccionada a su método dialéctico-idealista que pretende entender las relaciones sociales concretas como relaciones entre ideas. Al transformar la Idea en sujeto, las relaciones sociales concretas, históricas, reciben el significado de ser una determinación de la idea. Un producto necesario de ésta, que lleva a restaurar de manera subrepticia lo dado, de manera acrítica (en este caso, las instituciones históricas y la realidad socio-política en general).

Siguiendo esta lógica, para Hegel, las contradicciones existentes en las relaciones sociales concretas pretenderán ser mediadas, armonizadas, conciliadas, unificadas, de igual manera que, dialécticamente, éstas lo hacen cuando se trata de relaciones entre conceptos contradictorios como en el caso de la *identidad* y la *diferencia*. En la *Crítica*, Marx señala que en Hegel la oposición de intereses entre la *sociedad civil* y el *Estado*, una oposición que podría haber sido hostil e irreconciliable, se expresa como la oposición entre las ideas contradictorias de *generalidad* (el Estado que representaría el interés general) y *particularidad* (la sociedad civil donde prima el interés privado). Al definirse necesariamente estos conceptos, cada uno a partir de su contrario, dialécticamente conforman una unidad esencial. Para Hegel, esta reconciliación de los opuestos Estado-sociedad civil tiene su manifestación material en la mediación de la clase aristocrática de los funcionarios públicos, la “clase universal”.

Por el contrario, Marx considera que, si bien es relativamente fácil efectuar una mediación entre conceptos opuestos, esto no me dice nada acerca de las relaciones antagónicas entre las clases sociales y el Estado realmente existente. El problema en Hegel -que lo lleva a la bien conocida exaltación, idealización, de la monarquía constitucional prusiana- residiría justamente en referirse a las contradicciones en el mundo de los fenómenos como se refiere a éstas y a su unidad esencial en el plano de las ideas. Como señalamos, para Hegel todas las contradicciones se reconcilian en la Idea (para un desarrollo mayor, ver Wilde, 1991: 278-279). Veamos entonces cómo entiende Marx la contradicción dialéctica en sentido materialista.

### **Oposiciones internas y externas**

Para comprender mejor la posición de Marx es necesario aclarar que, en la *Crítica*, reconoce fundamentalmente dos tipos de oposiciones: la

oposición entre esencias (Wesen) distintas y la oposición interna a una misma esencia. En relación a las primeras, dice:

“Extremos reales no pueden mediar entre sí, precisamente por ser extremos reales. Pero tampoco necesitan mediación alguna, pues son de naturaleza contraria, no tienen nada en común, nada pide uno al otro, no se completan en absoluto. Ninguno de ellos tiene en su propio seno ansia, necesidad, anticipación del otro” (Marx, 1968: 110).

Aquí Marx habla de la oposición entre dos naturalezas que nada tienen en común, esencias distintas o entidades auto-subsistentes fuera de este nexo ocasional; que no pueden mediar, pero que tampoco lo necesitan, pues el enfrentamiento es un hecho que, de una u otra manera, debe consumarse (Dotti, 1983: 243).

Con respecto a la oposición interna a una misma esencia, da el siguiente ejemplo:

El polo norte y el polo sur se atraen. Igualmente se atrae el sexo femenino y el masculino, y sólo la unión de sus diferencias extremas da nacimiento al hombre (...), el polo norte y el polo sur son, ambos, polos; su ser es idéntico; de igual modo el sexo femenino y el sexo masculino son ambos un género, un ser, un ser humano. El norte y el sur son determinaciones opuestas de una misma entidad; la diferencia de una entidad en el mayor grado de su desenvolvimiento (Marx, 1968: 110-111).

En este caso, los opuestos son concebibles sólo en su recíproca atracción-repulsión; son los miembros de una diferenciación interna a un género, su “esencia”, que los comprende conceptualmente (Dotti, 1983: 244). Aquí los extremos se comportan como una contradicción dialéctica, en el sentido de que no son concebibles uno sin el otro; no tienen una existencia independiente.

Marx entonces se refiere al tipo de oposición que es interna a una esencia en el sentido de la contradicción dialéctica, pero cuando habla de la oposición entre esencias distintas, “extremos reales”, niega la posibilidad de entenderla de manera dialéctica, ya que los opuestos nada tienen en común. Sin embargo, la conciliación de los opuestos en una entidad superior que los comprende, o negación de la negación, que se produce en la dialéctica hegeliana, no es algo que Marx verifique en los antagonismos reales que se producen en la sociedad capitalista, a los que, de todas maneras, señala como contradictorios -es decir, como oposiciones dialécticas. Esta diferencia en la idea de



contradicción dialéctica llevó al marxista italiano Lucio Colletti a reclamar que si “los extremos reales no se median uno al otro, es una pérdida de tiempo hablar de una dialéctica de las cosas” (citado en Laclau, 1998: 40). En este sentido, la escuela de Della Volpe, durante el debate acerca de la realidad objetiva de la contradicción que tuvo lugar en la Italia de posguerra, llegó a la conclusión de que era necesario eliminar completamente la noción de contradicción del análisis de los antagonismos sociales y encarar a estos últimos, por el contrario, estrictamente en términos de oposiciones reales. La contradicción dialéctica es algo que se verificaría sólo en el plano de las ideas y no en el de los fenómenos.

Sin embargo, la pregunta que nos surge es la siguiente ¿los extremos al interior de una esencia, como el hombre y la mujer en el caso del *ser humano*, no son también acaso “extremos reales”? Sin duda, y Marx nunca afirmaríala lo contrario. Siguiendo este razonamiento tendríamos aquí entonces extremos reales en donde la mediación es posible. Una relación dialéctica que es real y no sólo conceptual. Por eso, Marx no limita la oposición entre extremos reales a una “diferencia de esencias” sino que admite, al igual que Hegel, que la contradicción (diferencia en la esencia) también es real. En este sentido, señala que “lo profundo en Hegel es que él siente la separación entre la sociedad civil y la sociedad política (entre lo particular y lo general) como una contradicción”. Marx rescata aquí la contradicción dialéctica que sería el “núcleo racional” de un método mistificador. El mérito en Hegel es haber captado esta contradictoriedad de la realidad social, sin embargo, Marx enseguida añade, “lo falso es que él se contenta con la apariencia de esta solución y la hace pasar por la cosa misma” (Marx, 1968: 94-95).

Lo que objeta Marx es que Hegel concilia los contradictorios reales -en este caso la sociedad civil y el Estado- como si tratara de relaciones entre ideas. Como si se tratara de los conceptos de *generalidad* y *particularidad*, los cuales se definen uno a partir del otro y a la vez se contradicen. La unidad de la diferencia. De esta manera, los opuestos reales no son más que el momento de la distinción dentro de la unidad esencial que los contiene -es decir, la Idea. Jorge Dotti señala que “acá Hegel hipostatiza lo universal común y asume los opuestos como la diferencia puesta o ‘existencia’ de la hipóstasis misma, su manifestación fenoménica, atribuyéndoles la prerrogativa de los contrarios de dar lugar a una síntesis superior” (Dotti, 1983).

Para Marx, entonces, la dialéctica hegeliana acierta al señalar el carácter contradictorio de la sociedad burguesa pero, al hacer de ésta un producto de la Idea, al buscar su fundamento en las relaciones entre ideas, se detiene en el momento de la unidad esencial. En cambio, si partiese de la realidad material misma, si buscase su fundamento en la propia dinámica de lo social, encontraría que esa realidad contradictoria no puede conciliarse sin más. Al subsistir los contradictorios inherentes al sistema social burgués, el conflicto no sólo permanece sino que se agudiza.

Entender el fundamento como relaciones entre ideas es lo que limita, para Marx, el análisis científico de Hegel. El dio el primer paso, señala, pero encontró un límite en su concepción idealista y apologética de la sociedad burguesa. Si el fundamento de lo real se busca en la Idea y no en los objetos reales, no se puede comprender la especificidad de la contradicción real, la cual no deviene en una inevitable conciliación-superación en su unidad esencial.

### **Dialéctica materialista y polémica**

Como dijimos anteriormente, la idea de Marx de una dialéctica de las cosas ha suscitado una serie de polémicas y fue puesta en cuestión por propios y extraños a la tradición marxista. Hegelianos como Dotti plantean que no es aceptable -o que por lo menos es de dudoso resultado- la operación teórica que Marx lleva adelante con la contradicción dialéctica. Ya que, por un lado denuncia la carencia de científica de la dialéctica hegeliana pero, por otro lado, la rescata para su propio análisis científico. La recuperación de la dialéctica, en realidad, denotaría, para Dotti, más una continuidad que una ruptura con la tradición idealista. En *Dialéctica y derecho* leemos:

“Las tendencias contrastantes que conviven en el seno de su argumentación, y particularmente el modo como intentará armonizarla, revelan -creemos- menos la ruptura que la continuidad con la tradición filosófica idealista, y constituyen una hipoteca que el Marx maduro, lejos de amortizar, grava en el momento mismo que cree estar haciendo ciencia. La doble filiación teórica está representada, por un lado por la apología de un empirismo extremo en la forma de una valoración ultrancista de lo concreto frente a lo abstracto; por otro, por la búsqueda de la esencia fundante de la cual esa realidad concreta da sólo un testimonio desfigurado. Empirismo científico entonces contrapuesto a la inversión especulativa; y simultáneamente, captación de un fundamento oculto

que, por ser tal, tiene en la empiria una suerte de negación de sí mismo (...) La operación teórica que Marx lleva a cabo en 1843 para resolver esta cuestión compleja, aunque de dudoso resultado, porque consiente la supervivencia de una serie de nociones hegelianas (contradicción real, alienación, negación de la negación, esencia humana como unidad originaria) que frustran el armado de una ciencia social. En la *Kritik*, Marx cree poder unificar en una argumentación coherente el rechazo del marco general netamente idealista de la dialéctica hegeliana, en nombre del respeto de la autonomía ontológica de la empiria, y la recuperación para la ciencia del módulo dialéctico de la contradicción reflexiva, como si fuera posible desgajarlo del paradigma en el cual cumple coherentemente su función idealista” (Dotti, 1983: 239-240).

Dotti considera que Marx incurre en una incoherencia al tratar de conciliar la fundamentación empírica de la realidad con la reflexión dialéctica. Es decir, o la esencia fundante está en lo real sensible o está en el movimiento de la razón. Para Dotti, la contradicción y la negación de la negación son solamente hechos de conciencia que no se dan en la realidad misma -es decir, se dan al margen del movimiento real. Por lo tanto, para el autor, pretender hacer ciencia a partir de aquello a lo que se acusa de especulativo reintroduce a Marx en el terreno de la metafísica, inclusive en las obras superficialmente menos filosóficas y críticas de la economía política.

Al interior del marxismo existe una larga tradición que plantea el rechazo a la dialéctica o que, por lo menos, pone en duda su utilidad científica. Sectores que tienen su origen en la Segunda Internacional fundada en 1889, pasando por el movimiento comunista oficial de la ex Unión Soviética y el marxismo italiano, hasta el estructuralismo de Althusser y el marxismo analítico, han compartido este rechazo (Astarita, 2012). No es la intención de este artículo hacer un repaso por los diferentes planteos de estas escuelas, lo cual, dada su extensión y complejidad, demandaría un texto aparte. Sin embargo, nos parece interesante detenernos en la problemática que señala el marxista italiano Sebastiano Timpanaro en su obra *Praxis, materialismo y estructuralismo* (1973), la cual puede servir para clarificar la posición teórica de Marx respecto a la contradicción dialéctica.

Si bien Timpanaro también encuentra dificultoso conciliar la fundamentación empírica de los fenómenos con las leyes objetivas de la dialéctica, sin que la realidad se vea forzada conforme a reglas *a priori*. Inmediatamente, plantea el problema de una nueva forma, la cual, a nuestro entender, permite salir de la falsa dicotomía señalada previa-

mente. Timpanaro advierte que, al hablar de una dialéctica materialista, hay que precisar a qué procesos de la realidad se refiere Marx cuando señala que ésta se comporta de manera dialéctica y como negación de la negación (superación de la contradicción). Porque hay que reconocer, prosigue, que ése es uno de los ritmos posibles, dado que hay procesos reformistas, de tránsito gradual, también hay negaciones adialécticas y destructivas. Por otra parte, si sólo se sostiene que cualquier proceso histórico es dialéctico -es decir, si se entiende por dialéctica la no estaticidad y el devenir-, entonces con la dialéctica se abarca toda la realidad, pero nos quedamos en un plano extremadamente genérico que no da cuenta de la especificidad del marxismo respecto de cualquier otra teoría que no niegue la historicidad de lo real (Timpanaro, 1973: 91-92).

De alguna manera, la dialéctica es todo esto que señala Timpanaro. Es decir, un abordaje de la realidad como totalidad sistémica, que se desarrolla y crea, y que por lo tanto no es algo inmutable y dado de una vez para siempre (Kosik, 1967: 22-23). Pero, también consiste en poder identificar las contradicciones que dominan la realidad o fenómeno en cuestión y, de esta manera, poder aprehender las condiciones de su devenir. En los procesos sociales, la superación o resolución de las contradicciones no sucede, como ninguna otra cosa, independientemente de la acción de los sujetos que conforman una determinada realidad social objetiva. Las contradicciones objetivas que señala Marx en *El capital* (entre trabajo asalariado-capital; valor de uso-valor de cambio; fuerzas productivas-relaciones de producción; libre competencia-monopolio; etc.) son el producto de determinadas relaciones de producción que establecen los hombres en su vida en sociedad -en este caso, el modo de producción capitalista. La resolución (superación) o no de estas contradicciones del sistema social dependerá de las acciones que tomen los sujetos en torno a ellas. Timpanaro parece comprender esta cuestión cuando señala que “el revolucionario deberá optar por el ritmo de desarrollo dialéctico y trabajar por su realización”. Si bien en el desarrollo de la contradicción ya se encuentran en germen o en potencia los elementos materiales para su superación, aquí no hay teleologismo alguno, no hay un decurso inevitable y necesario, porque la resolución puede producirse como no. La negación de la negación, en un sentido materialista, siempre está en potencia, no es algo que deba cumplirse inexorablemente. He aquí la diferencia con Hegel.

Por lo tanto, para Marx, la superación de la contradicción objetivamente existente en la totalidad sistémica que es el capitalismo no es algo que se pueda resolver en el plano de las ideas ni el simple

devenir de la historia. Esto sólo es posible en la medida en que determinadas fuerzas sociales objetivas, la clase obrera organizada, se lo propongan.

### **La determinación práctico-histórica del conocimiento**

Finalmente, el recurso a la contradicción dialéctica por parte de Marx no puede comprenderse sin comprender su concepción más general sobre el conocimiento. Es la concepción práctica e histórica del conocimiento lo que permite a Marx desgajar la dialéctica del místico movimiento de la razón pura y asentarla sobre bases terrenales. Como señalamos en un trabajo anterior (Bruno, 2015), para Marx las formas de nuestra conciencia no tienen un origen independiente del movimiento real, sino que son la expresión de una determinada realidad social y una práctica concreta en la cual se inserta nuestro pensamiento. Por lo tanto, la dialéctica hegeliana no escapa a esta determinación práctica. El carácter especulativo y consagratorio de lo dado que adquiere en Hegel está en función de reproducir el estado de hecho de la cual ella misma es expresión -es decir, la sociedad burguesa. La dialéctica permite a Hegel, entre otras cosas, identificar las contradicciones reales; pero, en tanto su praxis está en función de conservar y no de transformar el estado de cosas vigentes, se queda en el momento conciliatorio de unidad en la Idea. En Marx, la dialéctica permite fundamentalmente comprender los antagonismos sociales realmente existentes como contradicciones esenciales -es decir, inherentes al modo de producción capitalista. Y comprender también el carácter histórico de la realidad social, la cual es un producto de la actividad productiva humana y que, al cambiar ésta, cambian también las categorías a través de las cuales comprendemos esa realidad. Todo esto es un aporte de la dialéctica que, lejos de oponerse al quehacer científico, como señalan sus críticos, promueve su desarrollo evitando la cristalización y absolutización de sus resultados. Por lo tanto, no hay una incoherencia en la fundamentación empírica de la realidad y el abordaje dialéctico de la misma. La realidad puede ser comprendida de distintas formas, que son históricas y están en función de objetivos prácticos; el fundamento empírico puede entenderlo como algo estático y dado para siempre, como en el caso de las categorías de la economía política que Marx critica, o puede hacerlo de manera dialéctica, etc.

En conclusión, entender la dialéctica en un sentido materialista es lo que permite a Marx recuperarla para el análisis científico y desarrollar así todo su potencial explicativo. En cambio, en su versión idealista, la dialéctica sólo logra un conocimiento aparente, no indaga en la dinámica (análisis científico) de las contradicciones reales. Por el contrario, entiende lo aparente como la expresión material de relaciones entre ideas (la esencia está en la idea). Se contenta así con la apariencia de la solución. Por eso, el pensamiento de Hegel es el reflejo más fidedigno de una sociedad contradictoria pero que crea la ilusión de la conciliación; que aparenta su unidad a través del Estado (encubrimiento de la oposición).

En este sentido último, hay que entender la preocupación de Marx por encontrar “el elemento esencial que, más allá de la apariencia, condiciona la dinámica del todo; es decir, romper el velo fenoménico y captar el fundamento, la ley de movimiento de la cosa misma” (Dotti, 1983: 238-239). Por esencia aquí no debemos entender nada vinculado con lo inmutable o dado para siempre. Nada hay aquí de metafísico: “Lo distintivo en Marx es el punto de vista antiesencialista, lo cual no significa que no exista una esencia de las cosas. Significa, sí, que la apreciación de lo que es esencial es susceptible de ser revelado como un fenómeno que está en perpetuo cambio y perpetuo movimiento, y que se puede conocer” (Rieznik, 2005: 20). Esto, lejos de oponerse a una indagación de tipo científica, por el contrario, la justifica. Si la esencia de las cosas se nos presentase inmediatamente a nuestro sentido y entendimiento, si nouviésemos que hacer un rodeo, la ciencia no tendría razón de ser.

## Bibliografía

- Aricó, José (et. al.) (1998): *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Astarita, Rolando (2012): *El marxismo sin dialéctica*, rolandoastarita.wordpress.com/2012/02/10/el-marxismo-sin-dialectica/tp
- Bruno, Diego (2015): “La dialéctica histórica de Karl Marx”, *En Defensa del Marxismo*, N° 45, octubre.
- Colletti, Lucio (1977): *El marxismo y Hegel*, México D. F., Grijalbo.
- Della Volpe, G. (1971); *Para una metodología materialista*, Buenos Aires, Quintaria.
- Dotti, Jorge (1983): *Dialéctica y derecho*, Buenos Aires, Edicial.

- Hegel, G. W. F. (1982): *Ciencia de la Lógica*, Libro segundo, Rodolfo Mondolfo (trad.), Buenos Aires, Ed. Solar.
- Marx, Karl (1968): *Crítica de la filosofía del Estado de Hegel*, México D. F., Grijalbo.
- . (2004): *El capital. Libro primero, Tomo I, Vol. 1: el proceso de producción del capital*. Traducido por Pedro Scaron, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Kosik, Karel (1967): *Dialéctica de lo concreto*, México, Grijalbo.
- Laclau, Ernesto (1998): “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”, en Ernesto Laclau (et. al.); *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI editores.
- Rieznik, Pablo (2005): *El mundo no empezó en el 4004 antes de Cristo*, Buenos Aires, Biblos.
- Timpanaro, Sebastiano (1973): *Praxis, materialismo y estructuralismo*, Barcelona, Edit. Fontanella.
- Wilde, Lawrence (1991): “Logic: Dialectic and contradiction”, en Terrell Carver (ed.); *The Cambridge Companion to Marx*, Cambridge University Press.

